
3 1761 08831884

OBRAS

DE

PEDRO ESPINOSA

COLECCIONADAS Y ANOTADAS

POR

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,
PREEMINENTE DE LA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS Y CORRESPONDIENTE DE LA DE LA HISTORIA
Y DE LA *Hispanic Society of America* DE NUEVA YORK.

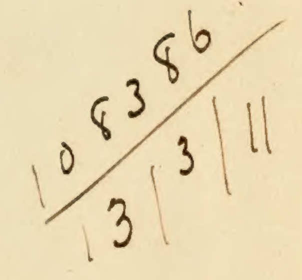
COMPLEMENTO DE LA MEMORIA SOBRE ESPINOSA

QUE PREMIÓ

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

[IMPRESO IGUALMENTE Á SUS EXPENSAS]

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS
Infantas, núm. 42, bajo.
1909



AL

EXCMO. AYUNTAMIENTO

DE LA MUY NOBLE Y LEAL

CIUDAD DE ANTEQUERA

ILUSTRE CUNA

DE

PEDRO ESPINOSA

DEDICA RESPETUOSAMENTE

LA COLECCIÓN DE SUS OBRAS

SU BIÓGRAFO

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

M.CMIX



ADVERTENCIA PRELIMINAR

Hoy ven la luz pública, juntas en colección y ligeramente anotadas, las obras que, así en verso como en prosa, escribió el insigne antequerano á cuya diligencia y á cuyo buen gusto poético debió nuestra literatura la preciosa antología intitulada *Flores de poetas ilustres*. Tales obras — ya lo dije en otro lugar — son muy dignas de salir de molde en nuestros días, no sólo por su mérito y originalidad y como necesaria ilustración de mi estudio acerca de Espinosa, sino también y principalmente porque se han hecho harto difíciles de hallar las más de ellas, cuyos ejemplares, únicos ó casi únicos, paran hoy en la escogida biblioteca de la *Hispanic Society of America*, fundada en Nueva York por el muy docto y desprendido hispanófilo Mr. Archer Milton Huntington.

Como lo ofrecí antaño, siguen á las obras de Espinosa unas *Adiciones y enmiendas* á mi estudio sobre este autor, y en las últimas páginas añado un *Glosario* de las voces y frases usadas por él que pueden y creo que deben tomarse en cuenta al preparar las ediciones futuras de nuestro diccionario vulgar. Alguna de las obras del insigne antequerano, la novela de *El Perro y la Calentura*, merece y necesita un comentario semejante al que D. Francisco de Paula Seijas y Patiño escribió para ilustrar el sabrosísimo *Cuento de cuentos* de Quevedo; pero ¿adónde iba yo por el vagar, y, ante todo, por el saber que requiere tan ardua empresa?

En conclusión (y cúrome en salud, saliendo al encuentro á las censuras de algunos escritores), proclamo que no he reproducido la ortografía de los textos que transcribo, por las razones que

expuse en el *Discurso preliminar* de mi edición de *Rinconete y Cortadillo* (1). Adoptando, fuera de lo estrictamente morfológico, la ortografía de la Real Academia Española, voy en la inmejorable compañía de mi sabio maestro el Sr. Menéndez y Pelayo, quien, al explicar por qué en la hermosa edición académica de las *Obras de Lope de Vega* no había de copiar servilmente los antiguos textos, dijo (2): «Si se atiende á que las obras de Lope de Vega, como toda nuestra literatura de los siglos XVI y XVII, no son para los españoles todavía un documento arqueológico, como pueden serlo para un profesor de lenguas romances, sino que son cosa viva y actual..., no parecerá cosa tan desacordada imprimir las comedias de Lope con la misma ortografía con que desde hace siglo y medio se están imprimiendo, para los más doctos como para los más rudos de nuestro pueblo, *El Ingenioso Hidalgo*, la *Guía de Pecadores*, las *Moradas* de Santa Teresa, los más grandes libros castellanos, que son al mismo tiempo los más populares. ¿A qué hemos de romper esta solidaridad, este vínculo espiritual que liga á los españoles de hoy con los gloriosos españoles de otra edad mejor, haciendo, v. gr., ilegible el *Quijote*, por el empeño pedantesco de reproducir la ortografía de Juan de la Cuesta, que, probablemente, consistía en no tenerla? Publíquense enhorabuena con estricto rigor paleográfico (y no de otro modo deben publicarse) todos los monumentos literarios anteriores á la era de los Reyes Católicos, pero séanos lícito disfrutar, como de cosa familiar y doméstica, de todo el tesoro de nuestras letras clásicas, y no nos empeñemos en ahuyentar á las gentes de la lección de nuestros autores de la edad de oro, presentándolos en textos de aspecto repulsivo, sólo para que algún filólogo tenga el placer de saber á ciencia cierta que Calderón, en *El Mágico prodigioso* (verso 754), escribió *hedad* con *h*.»

Madrid, 10 de Noviembre de 1909.

(1) Sevilla, 1905, págs. 237 y 238.
(2) Tomo II (1892), págs. XIX y XX de las *Observaciones preliminares.*

POESÍAS



PARTE PRIMERA

(159...-1605)

SONETOS AMOROSOS

I

AL GUADALHORCE

Honra del mar de España, ilustre río
Que con cintas de azándar y verbena
Ciñes tu margen, de claveles llena,
Haciendo alegre ultraje al cierzo frío,
Si ya con tierna planta y dulce brío
Vieres la ingrata, causa de mi pena,
Hurtar tus perlas y pisar tu arena,
Baña sus huellas con el llanto mío.
Así la Aurora vierta por tu orilla
Canastillos de aljófar y esmeraldas,
Olor las auras, flores el verano.
Y, si esto es poco, así mi pastorcilla,
Cuando tus lirios ponga en sus guirnaldas,
Te dé licencia de besar su mano.

II

Estas purpúreas rosas que á la Aurora
Se le cayeron hoy del blanco seno,
Y un vaso de pintadas flores lleno,
¡Oh dulces auras! os ofrezco agora,
Si defendéis de mi divina Flora
Con vuestras alas el color moreno,
Del sol, que, ardiente y de piedad ajeno,
Su rostro ofende porque el campo dora.
¡Oh hijas de la Tierra peregrinas!
Mirad si tiene Mayo en sus guirnaldas
Más frescas rosas, más bizarras flores.
Llorando les dió el Alba perlas finas;
El Sol, colores; mi afición, la falda
De mi hermosa Flora, y ella, olores.

III

Levantaba, gigante en pensamiento,
Soberbios montes de inmortal memoria
Para escalar el cielo, en cuya gloria
Procuraba descanso mi tormento,
Cuando bajaron rayos por el viento
Vestidos de venganza y de vitoria,
Y, renovando de Tifeo la historia,
La máquina abrasaron de mi intento.
Y ya Paquino, Lilibeo y Peloro
Me oprimen con pesada valentía,
Y mi pecho es ardiente Mongibelo.
Perdón, señora, pues mi culpa lloro;
No mostréis más que son, á costa mía,
Vuestros ojos los rayos, vos el cielo.

IV

Llegó Diciembre sobre el cierzo helado
Y de flores el campo vió vestido,
Y la redonda llama del sol vido
Sin luz, y el cielo de otra luz honrado.
Paróse el mes en felpas aforrado
Por mirar el milagro nunca oído,
Cuando á mi Sol de lumbre vió ceñido,
Que el cielo alumbra, que enriquece el prado.
La admiración de maravillas tantas
Obligó al mes, y el caso sin segundo,
Á contemplar la luz del claro rayo.
Mas huyó luego con veloces plantas,
Porque, mudando el natural del mundo,
Se iba ya convirtiendo en mes de Mayo.

V

El sol á noble furia se provoca
Cuando sin luz lo dejas descontento,
Y, por gozarte, enfrena el movimiento
El aura, que de gloria se retoca;
Tus bellos ojos y tu dulce boca,
De luz divina y de oloroso aliento,
Envidia el claro sol y adora el viento,
Por lo que el uno ve y el otro toca.
Ojos y boca, que tenéis costumbre
De darme vida, honraos con más despojos;
Mi ardiente amor vuestra piedad invoca.
Fáltame aliento, y fáltame la lumbre:
¡Prestadme vuestra luz, divinos ojos!
¡Beba yo vuestro aliento, dulce boca!

VI

Á ANTONIO MOHEDANO

Pues son vuestros pinceles, Mohedano,
Ministros del más vivo entendimiento,
Almas que le dan vida al pensamiento
Y lenguas con que habla vuestra mano,
Copiad divino un ángel á lo humano
De aquella que se alegra en mi tormento,
Porque tenga á quien dar del mal que siento
Las quejas que se lleva el aire vano.
Cuando el original me diere enojos
Quejaréme al retrato; que esto medra
Quien trata amor con quien crueldades usa.
Mas temo que quedéis, viendo sus ojos,
Como quien vió á Campestre, ó á Medusa:
Enamorado, ó convertido en piedra.

MADRIGALES

I

En una red prendiste tu cabello,
Por salteador de triunfos y despojos,
Y, siendo el delincuente (1)
Lo sueltas, y me haces dél cadena.
No fíes dél, ¡oh lumbre de mis ojos!
Que es lazo, y mucho se te llega al cuello;
Llégalo al mío, y pagaré la pena,
Porque diga el Amor, siendo testigo,
Que mi premio nació de su castigo.

(1) Quirós de los Ríos, en la edición moderna de las *Flores de poetas ilustres* leyó «*él* delincuente».

II

Pobre viste, perdiendo tu decoro,
Arroyuelo gentil, con noble pena,
Lecho y margen sin oro ni verbena,
Agua sin lustre, arena sin tesoro.
Mas ya miras riquezas al trasfloro
Después que el nombre de mi Laura suena,
En lecho, en agua, en margen, en arena,
De perlas, de cristal, de flores, de oro.

III

Vuela más que otras veces;
Sol, desenlaza libre tu presteza,
Y mira no tropieces
En tu misma furiosa ligereza.
No alcancen á tus postas voladoras
Con pies de viento las sucintas horas;
Que con más honra volarás rogado
Que de mi sol vencido y afrentado.

Á CRISALDA

CANCIÓN

Selvas donde en tapetes de esmeralda
Duerme el verano alegre,
Plantas cuyas cortezas
Ilustré con el nombre de Crisalda,
Calvos peñascos, voladoras aves,
Tembladores arroyos (1)

(1) En entrambas ediciones de las *Flores* de Espinosa (165 y 1896) se lee *templadores;* pero téngolo por errata de la primera.

En cuyas verdes márgenes
Os convidé á mis glorias,
Agora os llamo á que miréis mis lágrimas,
Vueltas en cautiverio mis vitorias
Y en fuego mi esperanza.
¿Cuándo oistes decir de tal mudanza?
  Pájaros, fuentes, peñas, plantas, selvas,
Pues ayer, escuchándome,
Vosotras, selvas, me ofrecistes auras,
Vosotros, verdes árboles, silencio,
Y por oirme os acercastes, peñas,
Vosotras, claras fuentes, os parastes,
Y las plumas al viento le negastes
Vosotros, dulces pájaros,
Muévaos mi daño á lástima.
Pues aquel basilisco
Con entrañas de hierro
Derramó por mi seno su ponzoña,
En apariencia angélica,
Y agora, como Hércules,
Muero con la camisa del Centauro.
Y no de verde lauro
Coronado veréis mi monumento;
Mas de cenizas débiles:
Que en fuego me consumo.
Iré con mi esperanza envuelta en humo,
Sin las exequias flébiles
Que la piedad ofrece á los difuntos.
Llorad, en tanto, juntos,
Selvas, plantas, peñascos, fuentes, pájaros.
  Encanto destos montes,
¿Qué te movió á matarme
Y á colgar en tu carro mis despojos?
¿Por qué, si vide tus divinos ojos,
No merecí librarme,
Como quien vido al rey, yendo al cuchillo?
¿Pídote yo la grana de tus labios

Ni el azahar de tu oloroso aliento?
¿De tus mejillas púrpura y jazmines?
No, sino el resplandor de aquestas luces,
De cualquiera trabajo dulce premio.
Yo haré mis gemidos
Por bárbaras naciones conocidos;
Mas callaré tu nombre:
Que no has de ganar fama con mis males.
Y yo sé que son tales,
Que he de ver trasladarlos á los cielos,
Por la color que tienen de mis celos,
En donde, orlados de oro,
Acompañando á las lucientes Híades,
Ornarán la cerviz del rubio Toro;
Y, yo á tus manos muerto,
Tú imitarás á las demás mujeres,
Y en la dureza, á las colunas frigias.
Mas ¿puede haber crueldad en rostro angélico?
En pecho de ángel ¿puede haber mudanza?
Bien que el dolor me ha puesto en tanto extremo,
Que de rabiosas quejas
Henchí los aires anchos;
La adoración negué á tu casa y rejas;
Mas era como esclavo fugitivo,
Bellísima Crisalda,
Pues que las libertades que fingía
Trueca agora el amor en duras cárceles,
Desde donde despacho peticiones
Al tribunal sagrado de tus ojos.
Ya un tiempo vide yo de claras lágrimas
Ricos tus bellos nácares,
Pomas en los altares de mi ausencia;
Ya un tiempo mi presencia
Granjeaste con votos
Y en los templos de Cipria
Quemaste con devota reverencia
Bálsamo de Judea, encienso arábigo,

Porque ni yo adorase otra belleza,
Ni tardase á tus brazos.
¿Los venenos de Colcos,
Las yerbas de Tesalia,
Por ventura, hurtaron tu memoria?
¿No fué mi padre el Cáucaso?
¿No trebejé los pechos de las tigres?
Mira que aun no me falta entendimiento
Para tu gloria y el dolor que paso.
Detén, no hagas caso
De ser sólo tan falto de ventura;
Que si el airado cielo me la niega,
Puedes hacer aún más que el cielo mismo,
Concediéndome tanta,
Que des á mi mal gloria, al cielo envidia.
Yo grabaré tu nombre en cedro y mármores,
Y levantaré templos (1)
Donde á tu bella imagen
Tendrán, desde los blancos alemanes
Hasta los turquesados agatirsos,
En santa y religiosa reverencia;
Que tanta es de los versos la excelencia.
Y, en tanto, á mis querellas
No cierres con las palmas los oídos,
Pues no hay dios tan de bronce,
Que no se ablande á los humildes ruegos,
Ó no agraden los humos de los fuegos
Que encienden en sus aras.
Y, pues que con los dioses te comparas,
Recibe el corazón, ardiendo en vítima,
Ó gusta que lo ofrezca en tus altares;
Que tal favor divino
Al alma será gloria, al cuerpo epítima.

(1) Quirós de los Ríos enmendó *Y levantar he templos*, sin duda para evitar la dureza que causan los acentos inmediatos de las sílabas quinta y sexta.

Si es indicio de penas mal sentidas
Saber decir un hombre lo que siente,
Y si en las pastoriles boscarechas
Caben también pasiones ciudadanas,
No te admire el ornato de mis versos.

AL LICENCIADO ANTONIO MORENO

BOSCARECHA

Tú que huellas el oro de las márgenes
Del Betis, rico de olivares pálidos,
¡Oh tú, hijo de Euterpe!
Oye la furia inexorable, indómita,
De una africana sierpe,
Y juntamente escucha mis agravios (1),
Que en mis ojos y labios
Son testigos crueles de mi ofensa.
Adoré una belleza tan inmensa,
Que á la hermana de Júpiter
Inquietó con envidias y con celos,
Y del dios que á los cielos
Con sus doradas ondas
De claridad enviste los cristales
Hurtó la lumbre y despreció los brazos.
Yo, mientras, en dulcísimos abrazos,
Bebía sus palabras,
Formadas entre perlas y rubíes.
La blanca luna, ornato de los bosques,
Testigo de mi bien, oyó mil veces
Los firmes juramentos que quebranta.

(1) En una de las dos copias que de esta composición hay en el códice llamado *de Barahona*, de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla (fols. 292 y 314), *los*, en lugar de *mis*.

¿Quién vido, Antonio, tan ligera planta,
Que sobre las aristas y las ondas
Desafíe los vientos?
¿Oíste ya decir de una Atalanta
Que hizo perezoso al Euro scítico?
Así esta fiera indómita
Huyendo va de mí por estos montes,
Como ligera cierva
Que aun no ofende las puntas de la yerba.
Ya un tiempo vide yo de claras lágrimas
Ricos sus bellos nácares,
Pomas de los altares de mi ausencia;
Ya un tiempo mi presencia
Granjeó con mil votos
Y en el templo de Cipria
Quemó, con religiosa reverencia,
Bálsamo de Judea, encienso arábigo,
Porque ni yo adorase otra belleza,
Ni tardase en volver á ver la suya.
Mas así goce la presencia tuya,
Que mil veces culpé las horas raudas,
Porque, á mi parecer, habían trocado
Volantes plumas por pesado plomo,
Nobles efetos de amoroso fuego;
Mas ella, viendo luego
Que yo tardaba tanto,
De inmortal amaranto,
De blanco bulbo y de silvestre mirto (1)
Y de sidonio acanto
Colgó por los altares y las bóvedas
Coronas y festones,
Donde venció la afeminada Chipre (2)
En devoción ardiente.

(1) En una de las dichas copias está omitida la conjunción.
(2) *Ibídem*, *á* la.

Pues cuando, en los palacios del Oriente,
Sobre alcatifas blancas
Encarnados cojines
Puso el pardo crepúsculo al Aurora,
¿Qué, el viento cudicioso (1)
No hurtó de su boca el nombre mío?
Ó, cuando los caballos
Que están apacentados de rocío
Bordaron de matices,
Con la lumbre que arrojan sus narices,
El monte verde, el cristalino río,
¿Qué, no les preguntó por mí á los árboles..?
Tú, que en dureza vences á los mármoles,
Cuando el sol, de la noche su enemiga,
Iba huyendo por la tarde abajo
Á zabullirse en las azules ondas,
¿Qué, no escribiste en las cortezas rústicas
Con tu nombre mi nombre?
¡Yo, yo soy aquel hombre
Á quien después bañaste rostro y labios
De dulces besos húmidos!
¡Yo soy quien en tus faldas,
Coronado de flores que traen sueño,
De tu aliento gocé preciosos ámbares!
¡Yo aquel que te adoré (2); yo el que te adoro!
¿Cuándo en Getulia el infelice Moro
Vido mayor fiereza?
¿Crió tan fiero monstruo
El padre de las ninfas (3) Oceano?
¿Fué el Cáucaso tu padre?
¿Trebejaste los pechos de las tigres?
¿Los hechizos de Colcos
Mudaron tus entrañas?

(1) En unas de las copias, *y* el viento.
(2) *Ibid.*, te *lloré*.
(3) *Ibid.*, de las *aguas*.

Bien como al cierzo las palustres cañas
Se mueven, te mudaste,
La risa, en acedísimas palabras;
La dulce vista, en frente melancólica.
Mas no podrás quitarme,
Entre los otros bienes,
La gloria de matarme tus desdenes.
Dan rubias mieles los panales rubios;
La primavera, flores;
Mas yo daré querellas,
Mientras que las estrellas
Parezcan desde el suelo
Tembladoras centellas;
Mientras, parados del redondo cielo
Los dos quiciales de oro,
Lleven los navegantes
Por el camino donde no hay camino...
Mas, pues mi sol divino
Ya me niega su lumbre,
Con triste noche tapiaré mis ojos.
Ves aquí, Antonio amigo, mis enojos,
Tan mal pintados cuanto bien sentidos,
Porque me tengas lástima (1),
Que es el más triste bien de los perdidos.
Mas, ya dejando aparte mis pasiones,
Á aquel que con destrísimos pinceles
Hurta á su entendimiento los conceptos,
Cuya fatiga vence á la de Apeles (2),
Y á aquel de cuya Cueva
Salió el león Fernando
Á ganar gloria y deshacer agravios,
Y de ti, Antonio, y del amigo Torres,
Las manos beso con humildes labios.

(1) En una de las mencionadas copias, *tenga.*
(2) *Ibid., derribó al* de Apeles.

SONETOS FESTIVOS

I

Rompe la niebla de una gruta escura
Un monstruo lleno de culebras pardas,
Y, entre sangrientas puntas de alabardas,
Morir matando con furor procura.
Mas de la escura horrenda sepultura
Salen rabiando bramadoras guardas,
De la Noche y Plutón hijas bastardas,
Que le quitan la vida y la locura.
Deste vestiglo nacen tres gigantes,
Y destos tres gigantes, Doralice;
Y desta Doralice nace un Bendo...
Tú, mirón, que esto miras, no te espantes
Si no lo entiendes; que, aunque yo lo hice,
Así me ayude Dios que no lo entiendo.

II

Cantar que nacen perlas y granates
Si estampas los toribios de tus patas,
Llamar coturnos breves tus zapatas,
Escrebir que eres ninfa del Eufrátes,
Decir, siendo tus codos acicates,
Que son tus brazos tiernos como natas,
Cuyas canillas te vendió baratas
La ninfa de que hacen los chizgates (1),
Es un cierto mentir á fuego lento,
Para que se derrita un pecho moro,
Si nace á ser verdugo de poetas.

(1) Alude á la ninfa Siringa, que fué transformada en caña.

Mas tú misma echarás de ver que miento;
Que las ninfas bordaban paños de oro:
Tú no sabes echarme unas soletas.

Á UNA MUJER GORDA

Porque sois para mucho,
Y mujer tan de hecho
Y de tan grande pecho,
Os quiero grandemente,
Y aquesto, muy sin artes;
Que sois de grandes partes,
Y de cuatro costados,
Con nueva maravilla,
Sois grande de los grandes de Castilla.
Y, aunque os hacéis tan grave,
Que á muchos sois pesada,
Como os ven bien tratada
Y es tal vuestra grandeza,
No se atreve ninguno
Á seros importuno;
Que sois más mujer que otra,
Y así, cualquiera siente
Que lo podréis moler muy fácilmente.
Mas si os tenéis en mucho,
Con grande fundamento
Y con mayor asiento
Estimá en mucho á todos;
Porque si sois grosera,
En ser terrible y fiera
Sudar os hará alguno,
Y con tan sucio ultraje
No es mucho que manchéis vuestro linaje.

Á LESBIA

SONETO

Con planta incierta y paso peregrino,
Lesbia (1), muerta la luz de tus centellas,
Llegaste á la ciudad de las querellas (2),
Sin dejar ni aun señal de tu camino.
Ya el día, primavera y sol divino,
De tus ojos, tu labio y trenzas bellas,
Dieron al agua, al campo, á las estrellas,
Luz clara, flores bellas, oro fino.
Ya de la edad tocaste tristemente
La meta, y pinta tu vitoria ingrata
Con pálida color el tiempo airado.
Ya obscurece, da al viento, vuelve en plata,
De los ojos, del labio, de la frente,
El resplandor, las flores, el brocado.

AL BAUTISMO DE JESÚS

CANCIÓN

La negra noche, con mojadas plumas,
Iba volando por la turbia sombra,
Lloviendo sueño encima de la gente,
Cuando, sobre clarísimas espumas,
De que á sus tiernas plantas hace alfombra (3),
Leyes daba el Jordán á su corriente;
Y, levantando la escarchada frente,
Dentro en sus aguas bellas
Las mismas que en el cielo vido estrellas;
Y apenas se alegró, cuando admirado
Vido bajar del cielo

(1) En el códice de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla, folio 290 vto., *Lice*, en lugar de *Lesbia*.

(2) En las dos ediciones de las *Flores*, *tus* en lugar de *las*.

(3) En la edición original, por yerro, *alfombras*.

Relámpagos blandiéndose,
Y luego un ángel, que, de lumbre armado,
Rasga los aires con ligero vuelo,
Y desde lejos, sobre el viento helado,
Dice, alegrando el suelo,
Estas palabras de inmortal sonido:
«Tú, Jordán, rey de ríos, escogido
De Dios para que á Dios le des mañana
Las aguas del batismo soberano,
Tu margen vestirás de honor florido;
Tus sauces peina, tu corriente allana,
Con diligencias de piadosa mano.»
Dijo, y las plumas por el aire vano
Batió entre fuegos rojos,
Y á los del río seguidores ojos
Lo hurtó el Cielo; y el Jordán, volviendo
Á verse sin espanto,
Llamó á sus blancas náyades,
Y, el mandamiento celestial diciendo,
Ponen las manos al trabajo santo,
Tapetes, perlas, márgenes tendiendo
De azándar y amaranto,
Hermosas galas de la tierna Flora.
No donde el agua frágil bullidora
Del mal acogimiento de las piedras
Murmuraba con labios espumosos,
Mas donde corre muda, vió la Aurora
De fruta y flores, de espadaña y yedras,
Bellos festones, arcos ambiciosos;
Vió de lirios y tallos olorosos
Por los troncos selvajes
Ensortijados lazos y follajes,
Y por la orilla, rica de pintura,
Mil sartas de corales
Y de aljófares líquidos,
Que el Jordán, con gallarda hermosura,
Ensartó en claros hilos de cristales;

El cual, ya convertido en agua pura,
Andaba con iguales
Plantas quietando el reino cristalino.
  Mas ya Jesús y el Precursor divino,
Habiendo por tendido espacio hecho
Á las aguas merced con su presencia,
Deja el Señor la ropa, y el vecino
Jordán pisa, desnudo el santo pecho,
Á quien hacen las aguas reverencia:
Unas, pues, con devota diligencia
Y paso medio humano
Quieren henchir el nácar que en la mano
Tiene el Baptista, y otras, oprimidas
De las que vienen luego,
Besan con labios húmidos,
De paso, las reliquias más queridas
Que el Cielo guarda; el cual, lloviendo fuego
Que alumbra y no consume nuestras vidas,
Se abrió, dejando ciego
Con otra luz mayor al sol dorado.
  Entre fuego, el Espíritu sagrado,
Dando nobleza al valle y á las cumbres,
Calificó la humanidad del Verbo,
De lo cual fué testigo, si admirado,
Bien que estaba muy lejos, por las lumbres,
El infernal espíritu protervo.
Mas, mientras que se admira el ángel siervo,
En agua, en viento y plantas
Se vieron nuevas maravillas santas:
En el viento, los ángeles cantando;
Y en las floridas ramas,
Inumerables pájaros
Á Dios gloriosas alabanzas dando;
Y en el Jordán, reverberantes llamas,
Donde los mudos peces, levantando
Plateadas escamas,
Á Dios le daban alabanzas mudas.

Á LA ASUNCION DE LA VIRGEN MARIA

SONETO

En turquesadas nubes y celajes
Están en los alcázares empirios,
Con blancas hachas y con blancos cirios,
Del sacro Dios los soberanos pajes;
Humean de mil suertes y linajes,
Entre amaranto y plateados lirios,
Enciensos indios y pebetes sirios,
Sobre alfombras de lazos y follajes.
Por manto el sol, la luna por chapines,
Llegó la Virgen á la empírea sala,
Visita que esperaba el Cielo tanto.
Echáronse á sus pies los serafines,
Cantáronle los ángeles la gala,
Y sentóla á su lado el Verbo santo.

Á SAN ACACIO

Acacio, si fueran dos,
Como son diez mil soldados
Los que tenéis á los lados,
Os adoraran por Dios.

GLOSA

Quiso la muerte temer
Cristo, cual si no estuviera
Unido al Eterno Sér,
Y cual si de Dios no fuera
La fortaleza y poder.

Mas tema una muerte Dios;
Que yo sé, Santo, de vos
Y de vuestro valor santo,
Que no temiérades tanto,
Acacio, si fueran dos.
Que, al morir por su ocasión,
Os da con mano sagrada
Santa determinación
Dios, y así, á capa y espada
Peleáis como un león.
Y á los que honran vuestros lados
Promete diez mil cruzados,
Y, según habemos visto,
Diez mil hábitos de Cristo,
Como son diez mil soldados.
Por ganar tales guirnaldas,
Ellos tiñen con furor
De carmín las esmeraldas,
Y echan, por vencer mejor,
El escudo á las espaldas.
Y así, los más arriscados
Reconocen admirados
Que son, siguiéndoos á vos,
Bravos, por la fe de Dios,
Los que tenéis á los lados.
Y no es mucha esa grandeza;
Que, como vos imitáis
Del Maestro la presteza,
Á todos les enseñáis
Su verdadera destreza.
Dios es diestro, y diestro vos:
Gran destreza hay en los dos;
Y, por Dios, que sois tan diestro,
Que á no ser Dios el maestro,
Os adornara por Dios.

Á LA NAVEGACIÓN DE SAN RAIMUNDO

DESDE MALLORCA Á BARCELONA

Tiran yeguas de nieve
El carro de cambiante argentería
Sobre que viene el día
Con rubias trenzas, de quien perlas llueve;
La alcatifa sembrada de diamantes
Se borda y se matiza
De génuli, carmín y azul ceniza,
Cuando de sus alcobas,
Cerúleas, espumantes,
Sale Neptuno horrendo,
Quitando de la frente el musgo y ovas,
Alborotado con el sordo estruendo
Que hacen los tritones,
Que en torno van de un manto
Que el agua corta, que sustenta un santo;
Y recostado en el azul tridente,
Con arrugada frente,
Mira el barco veloz que va volando,
Sus erizadas ondas despreciando.
De claridades bellas
Vido pintada y rica la canoa;
Que la luna era proa,
La popa el sol, y lo demás estrellas;
Y, viendo aquesta maravilla santa,
Bebe el delgado viento
Y á un caracol torcido le da aliento;
Y en el profundo estrecho,
Oyendo furia tanta,
Doris, con miedo helado,
Los azules hijuelos llegó al pecho;

Aparecieron sobre el mar salado
Los escamosos dioses,
Á quien Neptuno pide
Apriesa el carro que las ondas mide;
Encima sube, á los caballos grita
Y á volar los incita,
Hasta que al venerable Santo llega,
Y con espuma los tritones ciega.
  Parece el mar que bulle
Brocado azul, de plata la entretela,
Por donde el carro vuela,
Que, por más gala, á veces se zabulle;
De nácares cubiertas las espaldas,
Relumbra el dios que rige
Fieros caballos de color de acije,
Que con las ondas chocan,
Del cual, entre esmeraldas
Y sanguinos corales,
Los cabellos al pecho helado tocan,
De quien manan clarísimos cristales,
Y sobre el carro verde,
Un caudaloso río
De las barbas preñadas de rocío;
Y los que deste triunfo allí se admiran
También del viejo miran
Que las canas, por más ornato, aforra
De una arrugada concha, en vez de gorra.
  Arrojan los delfines
Por las narices blanca espuma en arco
Sobre el profundo charco,
Y, destilando de las verdes crines
Aljófar, las nereidas asomaron
Y las dulces sirenas
Sobre pintadas conchas de ballenas;
Tritón, Forco y Proteo
Delante se mostraron,
Cuando salió rigiendo

Un caballo marino el dios Nereo,
Que con hendido pie va el mar hendiendo.
La escuadra de las ninfas
Ligera en torno zarpa,
Midiendo acentos en discante y harpa;
Y tú, Raimundo, sobre el pobre manto,
Miras la fiesta, en tanto,
Que hace á tu santísima persona
El turquesado mar de Barcelona.
  Con ligera pujanza
El Rey te sigue y con hinchadas velas,
En tanto que tú vuelas,
Venciendo tu barquillo su esperanza;
Tórnase cana espuma el mar cerúleo;
Los remeros que bogan
Del movimiento del batir se ahogan;
Abriendo cuevas hondas,
Con movimiento hercúleo,
Herrados espolones
Rompen las crespas y sonantes ondas;
Tiemblan con los furiosos empellones
Las galeras de abeto;
Los forzados, remando,
Arroyos de sudor iban sudando,
Y el Rey entiende que un lugar no pasa;
En cólera se abrasa,
Y, arrebatado de un dolor interno,
Vierte el coraje por el rostro tierno.
  Mas tú, tomando tierra,
Y religiosa admiración la orilla,
Sacudes la barquilla
Que te libró de la tormenta y guerra,
Y así la cuelgas en sagrado templo
Como cuando, devoto,
La tabla al templo consagró el piloto.
Los hombres que miraron
El caso sin ejemplo,

Siguiéndote infinitos,
En confusos tropeles te cercaron,
Hiriendo las estrellas con los gritos;
Mas tú, ¡oh padre Raimundo!
Del tropel te adelantas
Con rostro humilde y sosegadas plantas,
Y, en tu celda encerrado,
Del Rey lloras y gimes el pecado;
El cual, tomando puerto apriesa apriesa,
Se arrepiente, te busca, y se confiesa.
Canción, que, navegando,
Vas tras de san Raimundo,
Con el favor de don Andrés de Córdoba,
No al ábrego bramando
Ni al piélago profundo
Temas: porque la virgen Panopea (1)
Te ha prometido cierto
Buen tiempo, mar tranquilo, dulce puerto.

LA FÁBULA DE GENIL

También entre las ondas fuego enciendes,
Amor, como en la esfera de tu fuego,
Y á los dioses de escarcha también prendes
Como á Vulcano, con lascivo juego;
Del sacro Olimpo á Júpiter deciendes
Y á Febo dejas sin su lumbre, ciego,
Y á Marte pones, con infame prueba,
Que de tu madre las palabras beba.
El claro dios Genil sintió tus lazos;
Que á la náyade Cínaris adora:
Ella le hace el corazón pedazos,
Y él crece con las lágrimas que llora.
Corta las aguas con los blancos brazos

(1) Una nereida de este nombre, famosa por su sabiduría y por la honestidad de sus costumbres.

La Ninfa, que con otras ninfas mora
Debajo de las aguas cristalinas,
En aposentos de esmeraldas finas.
El despreciado dios su dulce amante
Con las náyades vido estar bordando,
Y, por enternecer aquel diamante,
Sobre un pescado azul llegó cantando;
De una concha una cítara sonante
Con destrísimos dedos va tocando;
Paró el agua á su queja, y, por oílla,
Los sauces se inclinaron á la orilla.
«Vosotras, que miráis mi fuego ardiente,
Seréis (dice) testigos de mi pena
Y del rigor y término inclemente
De la que está de gracia y desdén llena.
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente
Que es de una sierra de cristales vena
Soy dios, y con mis ondas fuera á Tetis
Si no atajara mi camino el Betis.
»Vestida está mi margen de espadaña
Y de viciosos apios y mastranto,
Y el agua, clara como el ámbar, baña
Troncos de mirtos y de lauro santo.
No hay en mi margen silbadora caña
Ni adelfa, mas violetas y amaranto,
De donde llevan flores en las faldas
Para hacer las hénides guirnaldas.
»Hay blancos lirios, verdes mirabeles
Y azules guarnecidos alhelíes,
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubíes;
Hay ricas alcatifas y alquiceles,
Rojos, blancos, gualdados y turquíes,
Y derraman las auras con su aliento
Ámbares y azahares por el viento.
»Yo, cuando salgo de mis grutas hondas,
Estoy de frescos palios cobijado,

Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi margen veo estar honrado.
El sol no tibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el balador ganado;
Ni á las napeas que en mi orilla cantan
Los pintados lagartos las espantan.
»Allí (1) del olmo abrazan ramo y cepa
Con pámpanos harpados los sarmientos;
Falta lugar por donde el rayo quepa
Del sol, y soplan los delgados vientos;
Por flegibles tarahes (2) sube y trepa
La inexplicable yedra, y los contentos
Ruiseñores trinando, allí no hay selva
Que en mi alabanza á responder no vuelva.
»Mas ¿qué aprovecha ¡oh lumbre de mis ojos!
Que conozcas mis padres y riqueza,
Si, despreciando todos mis despojos,
Te contentas con sola tu belleza?»
Dijo, y la Ninfa de matices rojos
Cubrió el marfil, y, vuelta la cabeza
Con desdén, da á entender que el Dios la enoja,
Y arroja el bastidor y el oro arroja.
Quedó elevado, así como se encanta
El que escuchó la voz de la sirena;
Helósele su voz en la garganta,
Como cercado de engañosa hiena:
No tanto á virgen temerosa espanta
Serpiente negra que pisó en la arena,
Ni al yerto labrador en noche triste
Rayo veloz que de temor le embiste (3).
En sí volvió del ya pasado espanto
Cuando quiso el contrario del contento,
Y halló que las aguas de su llanto

(1) En la edición original de las *Flores* (fol. 108 vto.), *Assi*, por errata sin duda. Quintana fué el primero que leyó *Allí*.

(2) Quirós de los Ríos, tal como otros, leyó *flexibles tarajes*.

(3) Así en las ediciones de 1605 y 1896. *¿Enviste?*

Le llevaban nadando el instrumento.
La libertada cólera, entretanto,
Le obligó á que dijese, y el tormento:
«¡Oh tú, hija de montes y de fieras,
Por fuerza has de quererme, aunque no quieras!»
Dijo así y, cudicioso del trofeo,
Al alcázar del viejo Betis parte,
Cuyo artificio atrás deja el deseo;
Que á la materia sobrepuja el arte.
No da tributo Betis á Nereo,
Mas, como amigo, sus riquezas parte
Con él; que es rey de ríos, y los reyes
No dan tributo, sino ponen leyes.
Ve que son plata lisa los umbrales;
Claros diamantes las lucientes puertas,
Ricas de clavazones de corales
Y de pequeños nácares cubiertas;
Ve que rayos de luces inmortales
Dan, y que están de par en par abiertas,
Y los quiciales, de oro muy rollizo,
Que muestran el poder de quien los hizo.
Colunas más hermosas que valientes
Sustentan el gran techo cristalino;
Las paredes son piedras transparentes,
Cuyo valor del Ocidente vino;
Brotan por los cimientos claras fuentes,
Y con pie blando, en líquido camino,
Corren cubriendo con sus claras linfas
Las carnes blancas de las bellas ninfas.
De suelos pardos, de mohosos techos,
Hay dozientas hondísimas alcobas,
Y de menudos juncos verdes lechos,
Y encima, colchas de pintadas tobas.
Maldicientes arroyos por estrechos
Pasos murmuran, entre juncia y ovas,
Donde á los dioses el profundo sueño
Cubre de adormideras y beleño.

Vido entrando Genil un virgen coro
De bellas ninfas de desnudos pechos,
Sobre cristal cerniendo granos de oro
Con verdes cribos de esmeraldas hechos;
Vido, ricos de lustre y de tesoro,
Follajes de carámbano en los techos,
Que estaban por las puntas adornados
De racimos de aljófares helados.
Un rico asiento de diamante frío
Sobre gradas de nácar se sustenta,
Donde preñadas perlas de rocío
Al alcázar dan luz, al sol afrenta.
El venerable viejo dios del río
Aquí con santa majestad se asienta,
Reclinado en dos urnas relucientes,
Que son los caños de abundantes fuentes.
Ya que huyó la admiración del fuego
Que abrasaba al amante despreciado,
Su queja al padre Betis cuenta luego,
No sé si más lloroso que turbado;
Dió luz á su justicia, estando ciego
De lágrimas que amor había brotado,
Y no hubo menester el dios amigo
Ni más información ni más testigo.
«No será tu afición con desdén rota
(Le dice Betis); que también tu orilla
Mereció á Febo, como el sacro Eurota,
Por quien desprecia Júpiter su silla.
Granada de tus templos es devota,
Si hecatombe á mis templos da Sevilla,
Y por ti gozo ilustres vasallajes
Desde el Hidaspes dulce al negro Arajes.»
En Colcos, junto á un ancho promontorio,
Hay unas grutas de alabastro fino,
Donde nació, entre arenas de abalorio,
Un tritón que á servir á Betis vino;
Á éste manda llamar á consistorio

Á todos los del reino cristalino,
Los cuales, al sagrado mandamiento,
Vienen, venciendo por el agua el viento.
  Ricas garnachas de riqueza suma
Unos visten de tiernas esmeraldas;
Otros, como á la garza fácil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas;
Con ropas blancas de cuajada espuma
Otros vienen, ceñidos con guirnaldas,
Brotando olor los cristalinos cuernos,
De tiernas flores y de tallos tiernos.
  Cuantas viven en fuentes ninfas bellas
(Que burlan los satíricos silvanos,
Que, arrojándose al agua por cogellas,
El agua aprietan con lascivas manos)
Vinieron; y, á una parte las doncellas,
Á otra los mozos y á otra los ancianos,
Se sientan, cual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojados céspedes.
  Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto camino al blando aliento,
Y las vistas suspensas y divinas
Á Betis fueron penetrando el viento,
Y entre los labios de esmeraldas finas
Pararon, él, con grave movimiento,
Sacudió la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo y llovió el techo.
  «No con el mar de España tengo guerra
(Dice), ó saliendo de mi margen corva
Quiero cubrir las faldas de la tierra
Mientras teme dudosa que la sorba;
Ni pardo monte ni cerúlea sierra
De mi profundidad el paso estorba;
Mas hoy se casa un claro dios divino
Que ha merecido á Betis por padrino.
  »Tú, Genil, á quien ciñen mirto y lauro,
No cañaveras frágiles, tus sienes,

Y, como el Cindo del nevado Tauro,
Montes de plata por principio tienes,
Tú, aquel potente dios á quien el Dauro
Señor te hace de mayores bienes,
Pues que sus ninfas, en liviano coro,
Para darte tributo ciernen oro,
»Hoy gozarás de Cínaris los brazos,
Y tú, ninfa, el valor de ser su esposa;
Y, en legítimo fuego y dulces lazos,
Dejaréis á Cidálida (1) envidiosa.»
Dijo, y ella, huyendo los abrazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Naciendo, al tierno llanto que comienza,
Rojo color de virginal vergüenza.
No hay dios á quien el llanto no recuerde
Si con la compasión hace su tiro,
Y así, el aljófar que la Ninfa pierde
Costó más de un sollozo y de un suspiro;
Y hubo alguno que el crin de sauce verde
Tendió sobre la frente de zafiro;
Mas los arroyos que á la puerta estaban
Del desdén de la Ninfa murmuraban.
Como cuando en solícitos tropeles,
Por mayor majestad de sus castillos
Ricos de olor, vestidos de doseles,
Entre selvajes cercas de tomillos,
Guardando rubias perezosas mieles
En urnas de panales amarillos,
Se oyeron las abejas en escuadra,
Así el rumor por la soberbia cuadra.
Lágrimas tibias de tus luces bellas
Llueves en tanto que Genil te imita.
¡Oh Cínaris! mas todas tus querellas
Betis mirando, el caso facilita;

(1) Así en ambas ediciones. Espinosa se refiere á *Acidalia*, nombre que solía darse á Venus.

Que el melindre que es dado á las doncellas
Piensa que el libre espíritu te quita,
Y así, queriendo un monte hacer llano,
La mano de Genil puso en tu mano.
  Llenos de envidia noble se levantan
Los dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: «¡Himeneo! ¡Himeneo!»
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la Ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó, llorando, en agua convertida.



PARTE SEGUNDA

(1605-1615)

SONETOS

I

Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

SONETO EN ALEJANDRINOS

Como el triste piloto que por el mar incierto
Se ve, con turbios ojos, sujeto de la pena
Sobre las corvas olas, que, vomitando arena,
Lo tienen de la espuma salpicado y cubierto,
Cuando, sin esperanza, de espanto medio muerto,
Ve el fuego de Santelmo lucir sobre la antena,
Y, adorando su lumbre, de gozo el alma llena,
Halla su nao cascada surgida en dulce puerto,
Así yo el mar sulcaba de penas y de enojos,
Y, con tormenta fiera, ya de las aguas hondas
Medio cubierto estaba, la fuerza y luz perdida,
Cuando miré la lumbre ¡oh Virgen! de tus ojos,
Con cuyos resplandores, quietándose las ondas,
Llegué al dichoso puerto donde escapé la vida.

II

DESDE SU RETIRO

Cantas himnos á Dios, no cantas quejas,
¡Oh dulcemente pájara parlera,
Que en cualquier árbol hallas, extranjera,
Jaula de celosías y de rejas!
No te escribe la patria si te alejas;
¡Oh tú, de los cuidados forastera!
Que en altas puntas, libre si ligera,
Las plumas bates y los miedos dejas.
Así yo, solitario de la Gloria,
Mi diligencia en montes apartados
Libro del mal que en las ciudades veo.
Suene en mi boca y viva en mi memoria
La alabanza de Dios, no los cuidados:
Tu imitación merezca mi deseo.

III

A NUESTRA SEÑORA DE MONTEAGUDO

Selva, viento, corriente, que jüeces
Os mereció en mi mal el llanto mío;
Verde calle, luz tierna, cristal frío
Que á Febo, á Amor, á Diana, gloria ofreces,
Y á mi canto respondes dulces veces;
Ancha selva, aire fresco, claro río,
De alta sombra, luz nueva, alegre brío,
De animales, de pájaros y peces;
Sin temor que á las lágrimas me vuelva,
Vino mi amor, y en ella mi contento,
Virgen del Norte, á quien el alma envío.
Las flores tienes de sus labios, selva;
La luz ganaste de sus ojos, viento;
El oro debes á su frente, río.

IV

AL MISMO ASUNTO

Donde los ríos en cristal encierra
El Norte airado, que temblores llueve,
Al Sol divino su crueldad se atreve:
María, que bajó á alumbrar su tierra.
Con rayos de impiedad le hace guerra,
Porque desata su prisión de nieve,
Y allá le torna el día obscuro y breve,
Y adonde el sol descansa se destierra.
Aquí, zona de estrellas luminosa,
Oro presta á las selvas; plata al río
Su luz, dichosamente desechada.
Ya (gloria al sol) alumbra si reposa,
Y olvida, en yelo y en tiniebla errada,
La tierra que á las almas pega el frío.

V

AL MISMO ASUNTO

Paloma que con ala diligente,
Navegando los aires, te levantas,
Y de la oliva, reina de las plantas,
Nos traes la paz que el arca abrir consiente;
Vuelas, huyendo venturosamente,
Y, honrando con tu vista tierras tantas,
Las plumas pliegas, y á tus alas santas
El Cielo en tierra firme ve la gente.
En guerra, dimos votos á tu fama;
Tristes, te tuvo el llanto merecida;
Cautivos, te inclinaste á nuestro duelo.
Ya en guerra ó paz el fruto de tu rama,
Tristes, debemos gozo á tu venida,
Libres, pagamos parias á tu vuelo.

VI

AL MISMO ASUNTO

Brotando llamas de oro estos blandones
Y este incienso que ya abrasado espera
Dejar el viento y penetrar la esfera,
Acompañado de altas oraciones,
Á Ti las más católicas naciones
Que mira el sol, hoy, Virgen extranjera,
Mejor te ofrecen que la gente fiera
Que tiene por zenit á los Triones (1).
Que allá viste traer, con rabia loca,
Para quemar tu templo, al Belga ciego,
Fuego atrevido en sus herejes palmas,
Y aquí, Señora, en nuestra humilde boca
Ves el divinamente dulce fuego
Con que se abrasan en tu amor las almas.

VII

AL RETRATO DEL BEATO PADRE IGNACIO

Como tarja ó blasón (2), así abrazaba
Esta águila á su Sol (3), autor del día,
Y á los que hijos puso en compañía
En sacro examen su valor probaba.
Siete días en hito al sol miraba
Con nueva juventud, y al fin abría
Senda en las nubes, y, en veloz porfía,
En el Cielo, á los ojos se hurtaba.
La seguidora (4) vista (que merece
Sólo el aire) en creciente lagrimosa
De sus hijos cegaron los desmayos.

(1) En el códice de Sevilla, por burdo yerro, *Tritones*.
(2) En el original de Calderón, *y* en lugar de *ó*.
(3) *Ibid.*, *Este* águila *al que es* sol.
(4) *Ibid.*, La *cudiciosa*.

¡Oh santo desamparo, pues ya ofrece
(No como la de Jove fabulosa)
Rayos de amor; no de venganza rayos!

VIII

Á LA ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DE ARCHIDONA

Si devoción te trujo ¡oh peregrino!
Al templo, crecerá, si en él reparas,
Y hallarás en estas blandas aras
La meta del deseo y del camino.
Estas velas que al viento el Pichelino
Dió, y el Turco de Tracia aquellas jaras,
Y estos triunfos que ocupan estas varas,
Muestran el que hay aquí favor divino.
El Infierno y la Muerte aquí oprimidos,
Verás mudos con voz, con lumbre ciegos,
Enfermos con salud, volver devotos.
Aquí escombra la Virgen los gimidos;
Y mientras siempre está escuchando ruegos,
Siempre está la piedad pagando votos.

IX

AL LICENCIADO AGUSTÍN CALDERÓN

PARA SU COLECCIÓN DE *FLORES DE POETAS ILUSTRES*

Calas la selva que con verde reja
Guarda la flor que el noble hurto siente
De tu industria novel, si diligente,
¡Oh cisne á quien la vida no se aleja!
Tal solicita el nardo, adelfa deja,
Examinando en Hymblia floreciente
Cuanto brota el Abril, curiosamente,
La autora de las mieles, dulce abeja.

Tu voz prendió con invisible mano
Al Betis y, juntando sus olivas,
Das á tus plumas sombra por tributo.
¡Oh primera noticia del verano!
Penetres la vejez, su margen vivas,
Ahora en flores y después en fruto.

X

Á LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA, CAMINANDO Á EGIPTO

Mira desde una laja de la roca
El águila ondear el fuego claro,
Y el nido con piadoso desamparo
Deja, sus hijos salva, el cielo toca.
También do el sol se ignora, en tierra poca
Hunde el tesoro el mal seguro avaro,
Que teme de la cueva, aunque es su amparo,
No suenen sus secretos en su boca.
Así guardas el Hijo y el tesoro,
Ave María, Virgen cudiciosa,
Con presta mano y peregrina planta.
Así del dulce nido, así del oro
Te obliga ¡oh sabiamente recelosa!
Piedad divina y avaricia santa.

XI

AL NIÑO PERDIDO, Á NUESTRA SEÑORA Y Á SAN JOSEPH

Pastor á cuya gloria me levanto,
Zagala, honor de aquestas selvas bellas,
En lágrimas bañáis las nobles huellas;
¿Que un cordero perdido lloráis tanto?

Lloras, María, y tu precioso llanto
Suben para su lumbre las estrellas,
Y lloras tú, Joseph, cuyas querellas
Son de los aires ornamento santo.
Más de una voz el aire desordena
Del uno y otro pecho atribulado,
Que á Jesús llama entre mortal gemido.
Mas de aqueste dolor nace otra pena,
Viendo que, cuando más hayáis llorado,
No igualará el dolor al bien perdido.

XII

Á LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Jesús, mi amor, que en una nube de oro,
Engendrada del llanto de tu ausencia,
Al Cielo te trasladas en presencia
Del, si alegre, dichoso, santo coro,
Mi corazón se va tras su tesoro:
Tras Ti se va con alta diligencia,
Y yo te sigo en dulce competencia,
Con cudiciosa vista y triste lloro.
¿Cómo oirás ¡oh mi bien! el llanto mío,
Si vas adonde nunca entró la pena?
Bien que en tus manos llevas mi memoria.
Lejos yo, cual mis ojos, hechos río,
El fuego templan que en mi pecho suena,
Templaré mis querellas con tu gloria.

XIII

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Guardan á un señor preso con precetos
Rigurosos los guardas diligentes;
Mas en el pan le esconden los parientes
Un papel y le avisan los secretos.
Tal guardan los sentidos indiscretos,
Examinando cosas diferentes;
Mas, escondido Dios en acidentes,
Avisa al alma presa sus concetos.
Bien que á Cristo no vemos ni sentimos,
Mas la fe certifica con su sello
Que en pan se pasa al alma por la boca.
Creer mandó otras cosas que no vimos,
Y aquí creer nos manda contra aquello
Que ven los ojos y la lengua toca.

XIV

Á JESUCRISTO EN LA CRUZ

Desplegar como un velo en los coluros
El que sin cabo cielo se dilata,
Y de llama hermosamente ingrata
Armar sus campos de cristales puros,
Cimientos á la tierra abrir siguros
Donde el viento sus plumas desbarata,
Hacer al mar, que en perlas se desata,
De floja arena inacesibles muros,
Pequeña gloria fué de tu potencia;
Mas que, de puro amor, te hagas hombre,
Dios mío, por morir por tu criatura,
No es mucho que á los ángeles asombre,
Ni los hombres, que ignoran tu clemencia,
Lo tengan por escándalo y locura.

XV

AL RETRATO DEL B. P. FRANCISCO JAVIER

Aquel que trujo Cristo fuego ardiente
Le dejó esfera ¡oh fénix! en tu pecho;
Ya en venturoso incendio lo ha deshecho;
Ya aun la pluma de encima no consiente.
Vuelas al mar y ya hervir se siente,
Y, olvidando este mundo por estrecho,
Allí do l'alba duerme en blando lecho
Cebas el fuego en llanos de Orïente.
Su llama de oro duramente tierna
(Que aun hoy suena en las selvas olorosas,
Roba tus plumas de la luz del día.
Ya á tu ceniza debes vida eterna,
Fuego que en Dios, tu esfera, te reposas;
Fénix sola, que estás en compañía.

XVI

AL CONOCIMIENTO DE SÍ PROPIO

Su pobre origen olvidó este río,
Y en anchos vados espumoso espanta
Al que armado de robles se levanta
Valiente monte á contrastar su brío.
Pasa con inconstante señorío,
De sus ondas ufano, y adelanta
Al ancho mar la irrevocable planta,
En donde ahoga el nombre y pierde el brío.
¡Oh tres y cuatro veces desdichada
Miseria humana, que soberbia puedes
Disimularte en sombra lisonjera!
Hombre, hijo de tierra y de la nada,
¿Cómo, yendo á la muerte, te concedes
Olvido vil de tu nación primera?

XVII

AL INFIERNO

Allí, negra región de la venganza,
En hondos lagos de metal ardiente,
Suena la ira de Dios eternamente,
Á quien no ha visto el rostro la esperanza.
¡Oh el mayor mal! ¡Oh pena sin mudanza!
¡Oh eternidad del fuego y de la gente!
Mi memoria á tu daño esté presente,
Si tanto bien un olvidado alcanza.
Muchos llamados, pocos escogidos
Son, porque es más el número de locos:
Testigo es esta cárcel vengadora.
¡Á recoger cuidados y sentidos;
Que si como los muchos vivo ahora,
No iré después adonde van los pocos!

PLEGARIA

Ausente llamo al que presente adoro:
Concede Tú á las lágrimas que lloro (1),
Yo, solitario tuyo, en tierra fría,
Dulce Jesús, merezca en mi porfía,
Ciego, á mi Sol; y pobre, á mi Tesoro.

(1) Añado el pronombre, que no está en el códice granadino, para que conste el verso.

Á NUESTRA SEÑORA DE MONTEAGUDO, DE ANTEQUERA

Vulgo de mil cabezas,
Justamente te espantas
De ver en Antequera
La dama de la Infanta.
Cudicioso preguntas,
Malicioso reparas,
Inconstante en las obras,
Infiel en las palabras.
Con llave de oro puro
Abriré á tu ignorancia
Las bien cerradas puertas,
Con desiguales guardas.
Donde el Norte espacioso
Prende en cristal las aguas
Y el Orïón valiente
Cala yelmo de escarcha,
Entre desnudos juncos,
Corre el flamenco Escalda,
Cinta de Monteagudo,
Guarnición de sus faldas.
Aquí un dórico templo
Altas puntas levanta,
Tropiezo de los bueyes
De la luna de plata.
En éste venció el fuego
Al oro con la llama,
Con la luz al piropo,
Y con el humo al ámbar.
Aquí, honradas de dones,
Las virginales aras
Mostraron que ha quedado
Piedad en Alemaña (1).

(1) En el códice sevillano, *Alemania.*

Cuantos en corvas naves
Los fríos mares rasgan,
Libres de la tormenta
Vieron esta montaña.
Á ti, gloriosa Virgen,
Cortésmente serrana,
Cumplieron nobles votos,
Cantaron alabanzas.
De naves y cadenas,
De cera rubia y blanca,
Dió el agradecimiento
Cortinas á su alcázar.
En tanto el Belga hereje,
Para abrasar su casa,
Hería el pedernal (1),
Que es cárcel de las llamas,
Cuanto, atenta á sus golpes
La que pasó de España,
La nobleza en la sangre,
La piedad en el alma (2),
Hurtó sagradamente
De un árbol la manzana
Que sanó á todo el mundo
Y aquel de Adán restaura.
Cubierto de una nube
Puso el sol en su patria,
Do el que nace en Oriente
Dentro del mar descansa.
Es la Reina, que viene
Con su gente de guardia,
De la casa del campo
Á morar en su casa.
Recíbela la gente
Contenta, si admirada,

(1) Quirós de los Ríos enmendó, para quitar la terminación aguda: *El pedernal hería.*
(2) Así en el códice de Sevilla; en el granadino, La *piedad* en *l'alma.*

Quemando sacro incienso,
Blandiendo tiernas palmas.
En honra de los vientos,
Versos los cisnes cantan,
De vanidad devota
Ostentaciones sanctas.
Mas hurtáos, versos míos,
Á los saraos y danzas,
Y honrad la que á la Virgen,
Cual Joseph, acompaña,
Y aquel que dignamente
Viste la cruz de grana,
Que ilustres solicitan (1)
Gloriosas alabanzas.
Mas á tan alto vuelo
No se atreven mis alas,
Si ya mi monumento
No pretendo en las aguas.
Ves aquí, vulgo necio,
El debujo en estampa;
Que para tu torpeza
Torpes rasguños bastan.

AL BEATO IGNACIO DE LOYOLA

Vuelan fuegos el viento (2),
Con general ofensa;
Vence al miedo el furor, el humo al día;
Francés atrevimiento
Y española defensa
Sustentan el tesón desta porfía,
Cuando el Autor del día,
Escondido en sí mismo, examinaba

(1) En el códice granadino, Que *ilustre solicita.*

(2) En la *Relación de la fiesta... á la beatificación de San Ignacio* (Sevilla, 1610), *al* viento.

La mayor valentía
Y en el mancebo Ignacio la hallaba,
Que, ahogando el arena (1) con espumas
De sangre, luce con vistosas plumas;
Cuando, herido, su potencia brava
Rinde, dando á los hombres Dios ejemplo,
Lumbre á su Iglesia (2), á Francia la victoria,
Nuevo mundo á su fe, á su nombre templo,
Fin á las armas y á su intento gloria.
  Mas ya con nueva vida
Das, Ignacio, á la tierra
Nueva alegría, dulce, si costosa;
Salud de tu herida,
Palma y paz de tu guerra,
De tus prisiones libertad gloriosa.
De la cadena honrosa,
Que tal de los soldados es la espada,
Con mano religiosa,
Dejas de un templo la pared armada (3)
Y (con la devoción vencido el asco)
Cubre el sayal lo que ciñó el damasco,
Funda de aquella castidad sagrada
Que te trujo María, y del tesoro
Que San Pedro te trujo, ¡oh Peregrino!
Porque el que lleva descubierto el oro
Antes la vida acaba que el camino.
  No con amor pequeño
En Padua te visita
Jesús y á tu viaje se promete;
Luego te guarda el sueño
Que á un senador le quita,
El mar te allana y te negocia el flete;
Hasta el monte Olivete,
Romero de Emaús, tus pasos guía,

(1) En el códice de Sevilla y en la *Relación de la fiesta, la* arena.
(2) *Ibid.*, á su *Ignacio.*
(3) *Ibid., ornada.*

Y antes, en días siete,
Á otro Jerusalén en romería
Te acompañó, Jerusalén del Cielo;
Y, cebando (1) su amor en tu consuelo,
Fué el primero que entró en tu Compañía,
Con que el fuego que trujo á ti lo pasa;
Que *Ignacio* es *ignis*, y esto lo confirma
Javier, que en los antípodas se abrasa
Con sola (2) una centella de tu firma.
  La protección no cesa,
Como á los ojos vemos,
Que en Roma, por el Padre, te dió el Hijo:
Que á la misma promesa,
Aunque antigua, debemos
Este que hoy celebramos regucijo.
Irme tras de ti elijo (3);
Que en Compañía que las armas usa,
La silla tendré fijo,
Sin que mi justa quede por confusa,
Pues que te siguen cojos, sordos, ciegos,
Que sanaste, inclinado de sus ruegos.
¡Oh! yo seré tu lira, y tú mi musa (4),
Y aplaudirán con general decoro,
Mientras mi voz en tu alabanza suena,
De las virtudes el inmenso coro
Y de las ciencias la divina escena (5).

---

(1) En la *Relación, llevando.*

(2) En el códice sevillano, Con *sólo.*

(3) En la *Relación, Irme tras ti elijo*, pero falta al verso una sílaba.

(4) En el códice sevillano, sin la conjunción.

(5) En las *Flores* de Calderón (1896) puse la siguiente nota á este pasaje: «Tanto en el códice del Sr. Duque de Gor como en el existente en la Biblioteca del Palacio Arzobispal de Sevilla (33,180) se lee:

Y de las ciencias la divina *escuela.*

La enmienda, tal como queda hecha, está anotada en los apuntes del Sr. Quirós de los Ríos. También podría leerse, dos versos más arriba:

Mientras mi voz en tu alabanza *vuela*,

y en este caso no habría para qué tocar al último verso de la estrofa.»

Dudoso estoy si cante
Cuando á tus oraciones
Temblaba como á trueno el aposento,
Ó si trate adelante
De las negras legiones
Que al Infierno venciste sobre el viento;
Ó si es de más momento
Que de tu firma maravillas tantas
Cuente de ciento en ciento,
Ó que sobre ti mismo te levantas;
Ó diré las mercedes que en tu pecho
La Trinidad beatísima (1) te ha hecho;
Mas esto quiere tiempo y voces santas.
Que del fuego de Dios eres esfera
Cantaré, si esto puede voz alguna,
Cuyas llamas te encienden (2) de manera,
Que ardes dentro de l'agua en la laguna.
Lo que has profetizado
Callaré por agora,
Los milagros que obraste en tu gobierno,
Y que un desesperado (3),
Con mano vencedora,
Le quitaste á la Muerte y al Infierno;
Que por el aire tierno
Cerco de luz brotaba (4) de tus sienes,
Ó resplandor interno
Del Sol, del nombre que en la mano tienes (5),
Y que cuando Lucina es importuna,
Defendiendo á los niños cielo y cuna,
Aun antes de nacer gozan tus bienes,
Y mayores mercedes adelante,
Paz en la muerte, y tras la paz, la Gloria;

---

(1) En el códice sevillano, *beatífica*.
(2) En los códices granadino y sevillano, *se* encienden.
(3) En la *Relación*, Y *aunque* desesperado.
(4) *Ibid.*, *Cercos* de luz *brotaban*.
(5) *Ibid.*, Del *claro Sol que de tu* mano tienes.

Porque esto pide trompa, y no discante;
No breves versos, sino larga historia.
Nuestra Fe por ti mora
En la región que guarda
Lecho al Aurora y monumento (1) al día,
Por quien, blandiendo agora
Lauro ó palma gallarda,
Le renueva en la Gloria tu alegría.
Tú, que á Alemania fría
Como espada de fuego te opusiste,
Tú, que la Compañía
De Jesús, sancto Ignacio, mereciste,
Del Cordero que en selvas olorosas
Se apacienta de lirios y de rosas
(Selvas (2) donde no llega cosa triste),
Oye piadoso los devotos ruegos
Que te enviamos con amor devoto,
Mientras humea entre dorados fuegos
En tus recientes aras nuestro voto.
Canción, que miras con glorioso espanto
Las nubes inferiores de tu vuelo,
Muestra el amor que tengo á nuestro Santo,
Pues con amor nos paga desde el Cielo (3).

AL BEATO PADRE IGNACIO

CANCIÓN

Otra vez en divino fuego envuelto
Descubre su tesoro el Pirineo,
Á quien el rico incendio puso nombre;
Á él corrieron gentes con deseo
Del metal, que en arroyos iba suelto;
Que adonde corre el oro vuela el hombre,

(1) En el códice de Sevilla, por evidente yerro, *movimiento.*
(2) En los códices sevillano y granadino, *selva.*
(3) En el códice de Sevilla, *nos pagan los de* el Cielo.

Sin que monte le estorbe, mar le asombre.
Mas el grande tesoro y vena rica,
Que este monte nos da de sus vertientes,
Á las últimas gentes
Su inestimable precio comunica.
Pasa las mares, al Japón alcanza,
Al un Indio y al otro da riqueza.
Al Polaco visita, al Chino alegra,
La Scitia helada, la Etiopía negra.
Deste metal recoge la fineza;
De nueva llama siente la pujanza.
De las minas de España es gran probanza
Esta barra, que, en barro mal cubierta,
El fuego hace acrisolada y cierta.
Ya Ignacio de su fuego el nombre tuvo,
Y el valor del talento, si tuviera
El fuego activo: en sus primeros años,
Careció de calor su primavera.
Su luciente metal mezclado estuvo
Con tosca escoria de engañosos daños;
Mas tu rayo descubre desengaños:
Tocas del monte la soberbia cima,
Y resuelto en licor y electro fino,
Con tu fuego divino,
Buen Dios, su precio muestra y grande estima.
Ya corre por España; ya no cabe
En la Francia; ya Italia dél se llena;
Ya de la Palestina besa el suelo;
La mina de oro ya de fuego el cielo
Con su violencia rompe, cuando suena
De la oración el trueno y golpe grave.
La misma Trinidad aquesto sabe,
Que baja de su alta empírea silla
Combatida de Ignacio, que se humilla.
Al mundo tuvo con razón suspenso
El rico ardor y la riqueza ardiente;
Mas no fué la primera deste monte:

De allí bajó Domingo con creciente
Tan grande, que nos dió tesoro inmenso,
Dejando enriquecido el horizonte:
Que el tesoro de España se trasmonte,
Buen testigo es Lorenzo, y toda Roma,
Y el mundo esclarecido con su llama,
Cuando la dura cama
De fuego con su fuego rinde y doma.
¡Feliz terreno, que aun de brava sierra
Los yertos riscos borda en Roma y teje
Con venas de oro ricas y abundantes!
¡Cielo pío, que en rayos tremolantes
Benigno influjo envías, que nos deje
Ilustre la nación, rica la tierra!
¡Fogosas flechas de amorosa guerra,
Para que suba el sol, aunque pesado,
Al lugar de do el fuego fué arrojado!
El saltador que en gruta pedregosa,
Ó en fuente de alabastro sustenida,
Suspende su cristal con violencia,
En tal altura esparce la subida
Cuanto fué la bajada impetuosa,
Por cierta natural correspondencia.
De su fuego nos dijo esta sentencia
El que le trajo al mundo porque ardiese,
Que una copiosa fuente nacería,
Y al cielo saltaría,
En aquel que su gracia recibiese.
Al mal incendio es agua; al yelo, fuego;
Saltador que sustenta en alto el peso,
Pieza que arroja su dorada bala
Al cielo, ¿cuál ardiente tiro iguala,
Ignacio, al fuego que te vuela preso,
Entre tu libertad y tu sosiego?
Tu luz me ofusca ya, en tu mar me anego;
Perdido he pie; la vista se me acorta;
Mal corta el agua quien se ciega y corta.

Tú, por la extraña fuerza que te hizo
Escalar las estrellas, dar asalto
Al cielo, y con tu oro batería,
Dame que de tu mar llegue en un salto
Á ver cuánto en el cielo satisfizo
Tu ardimiento, valor y gallardía.
¡Ay, Dios, gran premiador de valentía,
Tu ciudad, de quien dicen grandes cosas,
Que tiene de oro muros, plaza y suelo
(Si suelo hay en el cielo),
Puertas de sendas perlas, de preciosas
Piedras, aquellos doce estribos fuertes,
Hace con este oro grande fiesta.
Pónesle en tu corona por asiento;
Quieres que tu Vicario muy de intento
Le asiente en la tiara que trae puesta,
Y á tu culto y estima nos conviertes:
Con tales tiros, tan preciosas muertes
Has hecho, desde el tiempo que bajaste
El fuego con que el mundo reformaste.
¿Qué tierras mira el sol que los trofeos
De Ignacio no levanten, cudiciosas
De celebrar sus ínclitas hazañas?
Cayeron las memorias ambiciosas
Que Pompeyo asentó en los Pirineos,
Teniendo por sujetas las Españas;
Mas éstas en las partes más extrañas
Vivirán, de aquel fuego sucesoras
Que ardía siempre en el sagrado pecho,
Y lucía en el hecho
Sacando de sus daños sus mejoras.
Haberse en todo el mundo dilatado
Colegios, residencias, probaciones,
Mártires, confesores, catequistas,
Cuantos nos ponen ya las nuevas listas,
Cuantas fundadas ven varias naciones,
¿De dónde pensaré que ha resultado?

Con las persecuciones han medrado;
Que el fuego grande con el viento crece
Y con el fuego el oro resplandece.
  Canción, mal disimulas tu pobreza
Con todo el oro de que vas cargada;
Mas el pobre con ropa ajena luce.
Anda (pues me importunas) confiada;
Que el fuego puro que te da viveza
No es ajeno, pues tal amor produce.
Ofrecer fuego ajeno es peligroso;
Que el incensario siempre fué precioso.

Á SAN IGNACIO

  Al nombre suyo le ha hecho
Jesús un templo y palacio
Del pecho de Sant Ignacio:
Tal, Ignacio, es vuestro pecho.
Ya, en fuego de Dios deshecho,
Pagáis tan alta afición,
Pues al divino halcón
Que con vuelo soberano
Se os ha venido á la mano,
Cebáis con el corazón (1).
  ¡Oh más claro que el topacio!
Por el gozo que me toca,
Dejad que llene mi boca
De vuestro nombre de espacio.
Sancto Ignacio, Sancto Ignacio,
Que á la Fe y la Caridad
Dais un mundo por ciudad,
Yo os ofrezco el alma mía;

(1) El códice granadino, *en* el corazón.

Que cuanto no es Compañía
Es desierto y soledad (1).
Un Pablo en vuestra persona
Contemplo: tal en la guerra
Os miro tendido en tierra,
En el cerco de Pamplona;
Ya se os labra la corona
Entre esas heridas dos,
Pues ya al mundo olvidáis vos
Al golpe que en vos se ve;
Que es bien se sienta de un pie
Jacob, en mirando á Dios.
Y no fué sin fundamento
El haberos derribado,
Pues os vistes levantado
Ocho días por el viento.
Fué la humildad el cimiento
Y la caridad el vuelo;
Que es de Dios, sumo consuelo,
Ya condición conocida
Que de una buena caída
Levanta al tercero cielo.
Por medio de la lección
Dios mostró en vos su bondad;
Que os llevó á la soledad
Y allí os habló al corazón.
Ya tratáis de devoción;
Que la lección que leéis
Muy de coro la tenéis:
Ya el corazón os penetra;
Que entró con sangre la letra,
Y así, no la olvidaréis.
Alzóse con afición
Con la cruz de Cristo Andrés;

(1) Esta décima y las tres siguientes faltan así en el códice granadino como en el sevillano; pero están en la *Relación de la fiesta que se hizo en Sevilla á la beatificación del glorioso San Ignacio.*

Magdalena, con los pies;
Bernardo, con la pasión;
Gertrudis el corazón
Llevó, y porque más asombre,
Las llagas, un ángel hombre;
Y vos, Ignacio sagrado,
Que á la postre habéis llegado,
Os alzastes con el nombre.

Hurto fué de estimación,
Y aun agora á los cristianos
Que ya os miran á las manos
Les robáis el corazón;
Mas viendo yo ese blasón
Á vuestra puerta, diría:
«Jesús vive aquí y María;
Y el nombre que aquí se enseña
Se lo dan por contraseña
Á toda la Compañía» (1).

La mayor gloria divina
Cien mil veces repetís,
Y á esa gloria á que acudís (2)
Vuestro curso se encamina.
¡Oh vos, de Vizcaya fina
Aguja que nos guiáis,
En esa gloria os tocáis,
Que es de la imán la cabeza,
Y así con tal ligereza
Al Norte lo enderezáis.

Pedro, de quien sois sigundo,
Plantó la fe como cedro,
Y vos, hijo de Sant Pedro,
La trasplantáis á otro mundo.
Vuestro consejo es profundo,
Pues con acuerdo divino,

(1) Esta décima falta en la *Relación de la fiesta.*
(2) En la *Relación, que decís.*

Para tan largo camino
Tomáis el Norte en la diestra,
Para salir con la vuestra,
Como hidalgo vizcaíno.
Viento en popa, mar bonanza,
Sulcáis el mar de victoria.
Á las Indias de la Gloria,
Cabo de Buena Esperanza;
Ya la noche no os alcanza
Con la luz de ese farol,
Porque sois, santo español,
Águila que al sol miráis,
Y á vuestros (1) hijos probáis
Á los rayos de ese sol.
Esfera del soberano
Fuego sois, pues hace arder
Al seráfico Javier
La firma de vuestra mano.
Con ella se abrasa ufano;
Que Ignacio es *Ignis* ardiente (2);
Y Javier (3), que arder se siente,
Aparta el vestido della,
Y con sola (4) esta centella
Puso fuego á todo Oriente.
Milagros hicistes cuantos
Convertistes corazones,
Y vuestras constituiciones
Son otros milagros tantos.
¡Oh ilustre santo entre santos!
Vuestros milagros hoy día
Ya han vencido á la porfía,
Y agora tantos hacéis

(1) En la *Relación*, *Y vuestros*.
(2) *Ibid.*, *Porque* Ignacio es *fuego* ardiente.
(3) En el códice granadino, sin la conjunción.
(4) En el sevillano, *solo*.

Cuantos hijos vos tenéis (1)
En toda la Compañía.
No hay poblados, no hay desiertos,
Ignacio, que no hayan visto
Que dais, en virtud de Cristo,
Pies á cojos, vida á muertos
Por vos, los ojos abiertos,
Las colores conoció
El ciego que nunca vió,
Y aquel que primero vía
Volvió á ver la luz del día,
Que por vos le amaneció.
Pero ¿de qué enfermedad
No llevaréis, sancto, palma,
Si enfermedades del alma
Hallan en vos sanidad?
Publiquen esta verdad
Nuestro bien y la experiencia,
Pues la más mala conciencia
Á quien vuestra mano toca
Le hacéis echar por la boca
El mal, con la penitencia (2).
Ninguno el ánimo enfrene;
Que no os piden gloria en vano,
Pues tenéis de vuestra mano
Al que de su mano os tiene.
Viene Ignacio y Jesús viene,
Padre, compañero y guía;
Pues ninguno se desvía
Del otro, por su interés,
Ya podremos decir que es
Jesús de la Compañía (3).

(1) En el códice sevillano, *hoy* tenéis.
(2) En los códices sevillano y granadino, *por* la penitencia.
(3) En la *Relación*, de esta manera:

Padre *y* compañero y guía,
Y pues que no se desvía
De Ignacio por su interés,
Ya *podemos* decir que es...

¡Oh vos, que seguís las huellas
Del Cordero con mil almas,
Blandiendo cetros de palmas
Por esas regiones bellas!
Vestís luz, pisáis estrellas;
¡Oh Ignacio! á la devoción
Que os ofrece esta canción (1),
Inclinad el cetro y luz,
Y un rayo de ese Jesús
Le enviad al corazón (2).

Á NUESTRA SEÑORA DE ARCHIDONA

Farol de esta comarca,
Luz de Archidona,
Virgen madre de Gracia
Virgen toda graciosa,
Tu nido en alto tienes,
Blanca paloma,
Tan alto, que parece
Escala de la gloria.
Tú del Sol eres madre,
Rosada Aurora,
Privilegiado Oriente
No ultrajado de sombras;
Países extranjeros
Tu gracia invocan
Y tu amor solicitan
Lejas palmas devotas,
Donde en saraos y justas
Almas gloriosas

(1) En el códice de Granada, *oración*.
(2) En la *Relación* la poesía acaba en la décima anterior, y ésta, por tanto, falta.

Enristran blancas palmas,
Calan yelmos de rosas.
  Allí oyes que te llama
Gente remota,
Despachas sus gemidos;
Su llanto en risa tornas.
  Luego, por ver tu casa,
Ya sin congoja,
Deslindan los caminos
Agradecidas tropas,
  Y allá do el Euro bravo
Vuelca las ondas,
Le arrebata al piloto
Tu nombre de la boca;
  Y mientras corajoso
Los pinos troncha,
«Virgen de Gracia» suena,
Y el peregrino votan,
  Respeta el viento el nombre,
Y en aura sopla,
Y tus paredes visten
Tablas y húmida ropa.
  También cuando con saña
Hierve Belona,
Bebe la arena sangre,
Hacen las flechas sombra,
  Entre rayos de plomo,
Truenos de trompas,
Quien se arma de tu nombre (1)
Desprecia las pelotas.
  Por ti los pies atados
Sus pasos cobran,
Y á los ojos sin día
Concedes ver las cosas.
  Defraudas á la muerte
Varias victorias,

(1) En el códice granadino, *á* tu nombre.

Y á los demonios quitas
Las que hurtaron joyas.
  Por eso tu alabanza
Las lenguas brotan
Y en tu casa agradecen
Los que de gozo lloran.
  Cuando rubias aristas
Quiebran en ondas,
El labrador te escoge
La más lucida copia.
  Para tu humilde casa
Nápoles borda,
Teje damasco el China (1),
Y el Mauritano alfombras.
  ¡Oh Virgen, reina mía,
Que de mi roca
Me llamaste á tu casa,
Á dignidad de escoba!
  Fiesta harán mis versos
Para memoria,
Porque no estimo en tanto
Triunfo y laurel de Roma.

PSALMOS

I

  Pregona el firmamento
Las obras de tus manos,
Y en mí escribiste un libro de tu ciencia;
Tierra, mar, fuego, viento
Publican tu potencia,
Y todo cuanto veo
Me dice que te ame

(1) En el códice de Granada, el *Chino*.

Y que en tu amor me inflame;
Mas mayor que mi amor es mi deseo.
Mejor que yo, Dios mío, lo conoces;
Sordo estoy á las voces
Que me dan tus sagradas maravillas
Llamándome, Señor, á tus amores:
¿Quién te enseñó, mi Dios, á hacer flores
Y en una hoja de entretalles llena
Bordar lazos con cuatro ó seis labores?
¿Quién te enseñó el perfil de la azucena,
Ó quién la rosa coronada de oro,
Reina de los olores,
Y el hermoso decoro
Que guardan los claveles,
Reyes de los colores,
Sobre el botón tendiendo su belleza?
¿De qué son tus pinceles,
Que pintan con tan diestra sutileza
Las venas de los lirios?
La luna y el sol, sin resplandor segundo,
Ojos del cielo, lámparas del mundo (1),
¿De dónde los sacaste,
Y los que el cielo adornan por engaste
Albos diamantes trémulos?
¿Y el que buscando el centro tiene fuego (2)
Claro desasosiego?
¿Y el agua, que, con paso medio humano,
Busca á los hombres, murmurando en vano
Que l'alma se le iguale en floja y fría?
¿Y el que, animoso, al mar lo vuelve cano,
No por la edad, por pleitos y porfía,
Viento hinchado que tormentas cría?
Y ¿sobre qué pusiste
La inmensa madre tierra,

(1) En el códice de Sevilla, *ojo* del cielo *y lámpara* del mundo.

(1) ¡Desaforada transposición! *Traduzcámosla:* «¿Y el fuego, que buscando el centro, tiene...»

Que embraza montes, que provincias viste,
Que los mares encierra
Y con armas de arena los resiste?
¡Oh altísimo Señor que me hiciste!
No pasaré adelante:
Tu poder mismo tus hazañas cante;
Que, si bien las mirara,
Sabiamente debiera de estar loco,
Atónito y pasmado desto poco.
¡Ay! tu olor me recrea,
Sáname tu memoria,
Mas no me hartaré hasta que vea,
¡Oh señor! tu presencia, que es mi gloria.
¿En dónde estás, en dónde estás, mi vida?
¿Dónde te hallaré? ¿Dónde te escondes?
Ven, Señor, que mi alma
De amor está perdida,
Y Tú no le respondes;
Desfallece de amor y dice á gritos:
«¿Dónde le hallaré, que no le veo (1),
Á Aquel, á Aquel hermoso que deseo?»
Oigo tu voz y cobro nuevo aliento;
Mas como no te hallo,
Derramo mis querellas por el viento.
¡Oh amor! ¡Oh Jesús mío!
¡Oh vida mía! recibid mi alma,
Que herida de amores os la envío,
Envuelta en su querella.
¡Allá, Señor, os avenid con ella!

II

Levanta entre gemidos, alma mía,
El grito afectuoso,
Pidiendo amor, pues Dios te lo ha mandado,

(1) En el códice de Sevilla, *lo* ambas veces, y no *le*.

¡Oh mi esperanza, oh gloria, oh mi alegría,
Oh mi Esposo gentil, oh dulce Esposo,
Querido mío, amante regalado,
Más florido que el prado!
Ven, ven, no tardes; ven, sabroso fuego;
No tardes: luego luego
Tu rayo me deshaga;
Sienta mi corazón la honda llaga
De tu saeta ardiente.
El generoso vino, alegremente,
De tu botillería
Robó mis ojos de la luz del día;
Robóme los sentidos
Y, con gloriosa libertad perdidos,
Ni yo me hallé en mí, ni en mí está l'alma,
Que agora pide fuego.
¿Cuándo me veré ciego,
Que Tú veas con mis ojos?
¿Cuándo, fuera de Ti, serán abrojos
Los jazmines de Mayo?
Rómpeme el pecho con ardiente rayo;
Anégame y escóndeme en tus llamas;
Hazme, Señor, contigo un mismo espíritu.
Amado, amado mío,
En Ti, Señor, confío:
¿Por qué, si el cielo abrasas y la tierra,
Fuego bravo y süave,
Dejas mi corazón helado y frío,
Y, hinchendo (1) las tierras y los cielos,
Estoy de Ti vacío?
Tú que los campos vistes
De ingeniosas libreas,
De azules violas y dorados lirios,
Tú que en amor los pájaros recreas
Y á las chicas hormigas

(1) En el códice de Granada, *hinchiendo*.

Concedes el honor de las espigas,
¿Por qué de mí te olvidas, pues me olvido
Por Ti, pues, por hallarte, voy perdido?
Ven; no por mí, por tu piedad te llamo;
Que, como ausente tórtola
En seco estéril ramo,
Con mi llanto grajeo (1) y solicito
La dulce vista del esposo ausente,
Ó cual herido ciervo que á la fuente
Corre y desea en el calor estivo
Las vivas aguas con aliento vivo,
Así mi alma, con afecto ardiente,
Desea de hallarte.
Tarde he venido á amarte:
Tarde te conocí; tarde he llegado;
¡Triste del tiempo triste que he tardado,
Mi Dios, sin conocerte, pues estabas
Dentro de mí, y de fuera andaba errado,
Buscándote en las cosas!
Mas ninguna á pedirte me acobarde
Que no me dejes, aunque vengo tarde.

A DIOS, EN UN TRABAJO

Esforzad vuestro rigor,
Animaré mi sufrir;
Que es grande afrenta sentir
Poco mal por tanto amor.
Mas si á manos del dolor
Feneciere mi paciencia,
Nacerá vuestra clemencia
Del dolor y mi pasión,
Y en mi boca y corazón
. . . . (2)

(1) *Granjeo,* en el códice de Sevilla.

(2) Falta el último verso de la décima en el códice sevillano, único en donde se encuentra esta composición.

Si como dais el tormento
Dais el sufrir y callar,
¡Más padecer y penar!
¡Más silencio y sufrimiento!
Si penas llevan contento
Como las flores hermosas
Brotan ramas espinosas,
Ningunas penas desecho:
Espinas puncen el pecho
Y den á la frente rosas.
Si en este golfo profundo
La tormenta más cruel
Saca más presto el bajel
De entre las olas del mundo,
En buena razón me fundo
Para amar un desconcierto
Que, si al cuerpo deja muerto,
Lleva con gloriosa palma
En claros triunfos al alma
Á tomar seguro puerto.
Corran por mí del acero
Los filos en esta vida,
Y en la llama más crecida
Me venga el día postrero.
Los filos y llamas quiero,
Con tal que en la eternidad
Vuestra clemente bondad
Trueque al Jüez en amigo,
Y en indulgencia el castigo
De mi atrevida maldad.

A SAN ACACIO

CANCIÓN

El triunfo es éste y éstos los cantares
Que debe la piedad á tu memoria,
¡Oh santo! premio de la voz triunfante;
Hoy arde el sacro incensio en tus altares,
Donde se guarda tu inmortal memoria
Impresa en lisas cartas de diamante.
Tú eres aquel que, en ánimo gigante,
Oprimiste con yelmo tus cabellos,
Y, abriendo pechos y cortando cuellos,
Sudar hiciste el campo sangre negra
En la guerra de Flegra,
Cuando en tu nombre el escuadrón luciente
Salió rompiendo por los aires puros
Del caustro *(sic)* eterno de invencibles muros,
Y ceñidos de lumbre entre tu gente,
En el conflecto (1) alegremente fiero,
Se olvidaron las lanzas en la mano,
Viéndote dar entre el contrario acero
Luz al sol, miedo á todos, sangre al llano.
Y tú, después del noble vencimiento,
Merced del cielo á tu valiente lanza,
De Dios el nombre se halló en tu boca.
Y admirando tu gente, en grave acento
Diste de otra victoria otra esperanza,
Que así á furor católico provoca
Fuertes varones, á quien Cristo toca
Con bien amigos fuegos nuestras almas.
«Mirad, mirad los lauros y las palmas
De que están esos cielos enramados;
Ved los aires delgados

(1) En el códice sevillano, *confleto.*

Mil luces sustentando en sus espaldas;
Y, si la vista humana tanto sube,
En los senos de aquella rubia nube
Mirad tantas coronas y guirnaldas,
Honor de los jardines de la Gloria;
Este premio, esta palma y este vuelo
Es vuestro, si le da vuestra victoria
Honra á Dios, luz al mundo, triunfo al cielo.
»Mirad de azules y encarnados jaspes
Arcos soberbios de gentil tesoro,
Antes del Capitolio, en ancha planta;
Ved, sobre bordaduras de giraspes,
Ir blanqueando entre celajes de oro
Los cortesanos de la Corte Santa;
Este triunfo al de Roma se adelanta:
Porque el triunfo de Roma lisonjera
Es cual caduca flor de adormidera,
Que en medio de sí misma no parece;
Aquí Dios se merece;
En su nombre agostemos nuestras venas
Y hagamos sepulcro á nuestros huesos
Entre estos elicrisios y cantuesos,
Cerrando el paso al daño de otras penas.»
Dijo así, y encendió en los corazones
Coraje santo y fervoroso brío,
Y el tronido inmortal destas razones
Tuvo al sol, prendió al viento, paró al río.
Mas huyeron el río, el sol y el viento
Viendo lucir las armas enemigas
Contra la gente apenas bautizada,
Que con duro y nefando atrevimiento,
En tropa como escuadras (1) de hormigas,
Vienen jugando piedras, no la espada.
Mas, viendo la defensa no mirada
Que el Cielo hace, á cruces los condena

(1) En el códice granadino, *escuadra.*

César furioso; mas la dulce pena
Abrazan los ilustres militantes,
Y los pechos constantes
Dan al rigor, al palo las espaldas;
Y mientras que del aire están pendientes
Con indignas coronas en las frentes,
Ven bajar de los cielos las guirnaldas
Fin de su pena, y en acento tierno
Oyen la voz que á Gloria los convida;
Que por su sangre, bien que premio eterno,
Ganan paz, pierden muerte, cobran vida.
  Mas después que vencidos los combates,
Las nobles almas de prisiones hondas
Volaron libres, sin temor de guerra,
Sus vados enturbió el vecino Eufrates,
Y el mar con altas corajosas ondas
Azotó los escollos y la tierra,
Y el gran peñón que sus cavernas cierra
Desquiciaron, huyéndose, los vientos.
También los tenebrosos movimientos
Dieron sus sombras á la luz del día (1),
Mientras que la alegría
Triunfaba en la región de las estrellas,
Yendo marchando el escuadrón divino
Por el camino donde no hay camino,
Hasta llegar á las portadas bellas
Del gravemente claro Capitolio,
Donde vive el honor de la victoria;
Que entrando donde está el celeste Solio
Ven á Dios, toman cielos, gozan gloria.
  Tú, de olivares pálidos honrado,
Que esta fiesta celebras, padre Betis,
Con más piedad que el babilonio Eufrates
Contra el querer de Ganje desterrado,
Mientras sus aguas caudalosas trates,

(1) En el códice de Sevilla, *al azul* del día.

El oro de tu orilla en más quilates
Será estimado, pues así celebra
El capitán Acacio, cuya suerte
Lejos del tiempo y libre de la muerte
Vivirá en tanto que l'aurora fría
En sus cabellos de oro traiga el día
Y mientras diere el que la luz gobierna
Dulce amor, santa paz, quietud eterna.

Á SAN JUAN BAUTISTA, EN LA FIESTA DEL SACRAMENTO

Voz que en el desierto canta
Con nuevo tono y modelo,
Pues que llegáis hasta el cielo
Con un paso de garganta,
Dad voces con fuerza tanta,
Que detengan el Jordán;
Mirad no hagan San Juan
Las guardas deste sembrado;
Que el Cordero señalado
Diz que se ha entrado en el pan.

Á SAN JOSEPH

EPIGRAMA

De Egipto venís, gitano;
No hay alma con Vos sigura,
Mientras su buena ventura
Le mostráis en vuestra mano.
. . . . (1)

(1) Así en el códice de Granada como en el de Sevilla falta el quinto verso de esta décima.

Delante de Dios se ve
Que venís, ó yo no sé,
Si ya no es por el consejo,
Joseph, por qué os pintan viejo,
Pues que sois mozo de á pie!

Á LAS LÁGRIMAS DE SAN PEDRO

CANCIÓN

Planta que vence al cedro,
Á cuya sombra medro,
No por tanto regar te seques, planta;
Lloroso Pedro santo,
No des licencia al llanto
Que anegue cimbra (1) y planta.
De nuestra Iglesia Santa
¡Oh noble viejo triste!
Piedra en quien (2) se quebranta
La onda que te embiste,
Templa el alto consejo;
Que es el dolor valiente, y tú eres viejo.
Ya confiesas gimiendo,
Si negaste temiendo;
La lengua satisfaces con los ojos;
Lloras virtiendo el daño
Del no mirado engaño,
Con mirados enojos
Ó bien claros antojos
Que aumentan el delito;
Mas no ven los despojos
Que con tu llanto ha escrito
El dolor tristemente,
Por estar en el alma y en la frente.

(1) En el códice de Sevilla, *cimbria*.
(2) *Ibid.*, en *que*.

¿Á tu barba de nieve (1)
El coraje se atreve?
¡Oh piadosa crueldad! limita el fuego;
Porque no en breve abrase
Al alma, el furor tase
Con el piadoso riego;
Mas ¡oh turbia corriente,
Que con violento ruego
Fuerzas la llama ardiente!
Niégate á aquesa fragua;
Que ya crecen los fuegos con el agua.
¡Oh bien pintado ejemplo,
Al fresco, en nuestro templo,
De amor, de penitencia y valentía!
En ti contemplo un viejo
De sañudo entrecejo,
Que en sangre anciana y fría
Ardientes iras cría,
Y en l'alma enamorada,
Cual lo fuese la mía,
De saeta dorada
Traspasado y de enojos (2),
Virtiendo los dolores por los ojos.
Cueva erizada de ovas,
Que en tus hondas alcobas
Se quiebran altamente sus gemidos
En pardas tobas frías,
Pues con su llanto crías
Tus húmidos vestidos,
Esas que pierdes quejas
Guarda, y los alaridos
Que despreciados dejas;
Que un alma arrepentida
Te comprará su precio con su vida.

(1) En el códice sevillano, ¿A *ti*, barba de nieve.
(2) *Ibid.*, de *inojos*.

SOLEDAD DE PEDRO DE JESÚS, PRESBÍTERO

¡Quién te diera volar con plumas de oro,
Que David deseó, que batió Arsenio,
Á estas mis soledades, Heliodoro,
Cristo en Sïón, no Venus en Partenio!
La capa á Putifar, la sombra al toro,
Deja, y huye en talares de Silenio
La ostentación, el oro y las mujeres,
Pues tanto vencerás cuanto huyeres.
¿Qué Circe en forma vil tu pie divierte,
Yendo á la muerte cierta y mal sabida?
Al sepulcro las lágrimas convierte,
Pues cuanto vives pierdes de la vida.
Nueve meses comido había la muerte,
Cuando naciste, de tu edad florida,
Y menos vivirás cuanto más vives,
Dando en manos de médicos caribes.
Yo aquí, á la orilla, Heliodoro hermano,
Pues padeció naufragio mi navío,
Sirvo de señalarte con la mano
La sirte, en tu escarmiento y daño mío.
Del padre de los monstruos, Oceano,
Ya rápido, ya atado en yelo frío,
Viejo avaro, ligero te remontes (1),
Ya en una religión, ó ya en los montes.
Encrespe el mercadante en corvo pino
Las tablas de cristal en mar extraña,
Y, abriendo senda donde no hay camino,
Ultraje las espumas de su saña;
Despliegue en puertos de la Aurora el lino,
Ó donde el sol sus trenzas de oro baña,

(1) Como advertí en la biografía de ESPINOSA, nota de la pág. 226, *te remontes* está dicho por *remóntate:* el subjuntivo por el imperativo, de uso algo frecuente en los siglos XVI y XVII.

El Austro beba, ó brisas de Calisto,
No quiero más que soledad y Cristo.
¿Qué es esto, Cristo mío? ¿Yo en regalo,
Vos, anegado en un turbión de enojos,
Cosido con tres garfios en un palo,
Yo buscando lisonjas á mis ojos,
Yo en opinión de bueno, y Vos de malo,
Yo corona de rosas, Vos de abrojos...?
Mis pasos recordad: de culpa salga;
Camino os siga; vuestra Cruz me valga.
Convierte ya la vista cudiciosa,
En tiernas tibias lágrimas deshecho,
Á esta tabla de flores, pues hermosa
Á las pías de Juno ha contrahecho;
Mira marchita la cerviz de rosa
Y, entre claveles, blanqueando el pecho
De un mancebo que yace al aire frío,
Bellísimo á mis ojos, ¡Cristo mío!
Mira cárdeno lirio el rostro santo,
Y el tirio carmesí del lado abierto;
¿Grita el león, y el hijo duerme tanto...?
Plega el lino al abrigo deste puerto:
Ven, llora aquí tus culpas con su llanto,
Y al que mataste vivo, abraza muerto,
Tal, que estos montes te parezcan rojos,
Como quien, viendo al sol, lloran los ojos.
Profese Italia palmas de Vitrubio,
Francia telares, y el Persiano pompa;
Rompa yelos del mar el Anglio rubio,
Y España á Potosí las venas rompa;
Vuelque sobras de mesas el Danubio;
Que, cuando aliento el Ángel dé á la trompa,
Lo que han sembrado cogerán; y advierte
No ames cosa que dejes con la muerte.
Ven y verás por estos valles frescos
Ensortijados lazos y follajes
Y, brillando, floridos arabescos

Prender espigas, trasflorar celajes;
Estofados subientes de grutescos
Arbolando cogollos y plumajes;
Prósperos tallos de elegantes vides
Trepando en ondas el bastón de Alcides.
Cuando en carro de rosas venga el día,
Aquí cantando himnos te levantas
Y á los aires trasladas tu armonía,
Trebejas con la arpa y psalmos cantas,
(¡Oh dulce solitaria compañía
De Cristo! ¡Oh fértil riego de sus plantas!),
Con ojos más mojados que traviesos,
Cogiendo gracias mientras siembras besos.
Será el flojel la felpa de la grama,
Á los arrullos de la fuente fría,
Y el pabellón y sargas de la cama,
Festones de cambiante argentería.
Del sol no temas la redonda llama;
Que en dulce sueño, aunque le pese al día,
Te guardará el laurel que no recuerdes,
Poniendo meta al sol con lindes verdes.
En desiguales cuadras de una gruta
Do el culantrillo y musgo en barbas medra,
De aradas conchas y de tela bruta
Viste rico gabán de tosca piedra.
Aquí te irás á una alcobilla enjuta
Que el pavimento es jaspe, el tapiz yedra,
No respirante veninoso tuho,
Aunque en sus arcabucos mora el buho.
Cuando tu huerto, ya sin sol, regares,
Brindándole á las eras la bebida,
El gusto cebarás en los manjares
Y rendirás la hambre á la comida.
Mil pasos entre calles de azahares
Al rosario darás por despedida,
Y sembrarás jaculatorias santas,
Más regados tus ojós que las plantas.

Con pie curioso, por los verdes valles,
Construyendo períodos de parras,
El guarnecido arroyo de entretalles
Verás, en trenzas de cristal, bizarras
Varas trepando inexplicables calles
Volcar su arena lo que el indio en barras,
Y seguirás la margen de sus yerros,
Ciñiendo en breve anillo muchos berros.
No falta aquí contra el azul zelidro
La bazahar, dos veces extranjera,
Ni la aserrada pempinela y cidro,
Betónica montés, vulgar cidrera.
En corcho sí, no en veneciano vidro,
Conserva esconderás de escorzonera,
Y el díctamo pisado y la carlina
Búrlate de Cerasta peregrina.
No por la cuesta repitiendo huellas,
Mas pisando eliocrisos por tapete,
Sube á una roca que presuma estrellas,
Desta sierra turqués azul copete.
Concédanse á tus ojos selvas bellas;
Rompe en abeto el mar sin pagar flete,
Y siendo superior de cosas grandes,
Habrás visto pintado vivo á Flandes.
Ámbar hurtando de tu huerto al viento,
Con el peso las ramas humillando,
Nectáreo honor disfrutarás contento,
Los riegos en almíbares cobrando.
Luego reducirás al pensamiento
Lo que disfrutó Adán, Cristo ayunando,
Ó si te agrada más, un Niño en fajas,
Fruta del nuevo Adán, madura en pajas.
Cuando el líquido pie prendiendo al río,
De carámbano se armen los Triones,
Los tueros que enviaste en el estío
Ayudarás con soplos y tizones;
Extranjero del mundo, y más del frío,

Pagarás las que debes devociones,
Á ti contento, mariposa al ceño,
Al cuerpo leche y á los ojos sueño.
Y cuando ya la noche envuelve en sombra
Las cosas, siembra estrellas, llueve espanto,
Y en alto horror aun el silencio asombra,
Que la corneja ofende con su canto,
Libre del sueño que el beleño escombra,
Á cantar mis maitines me levanto,
Y luego, de la Virgen, mi esperanza,
Tal concierto en mi lira su alabanza:

«Virgen hermosa que, del sol vestida,
Privilegiáis de lumbre á las estrellas,
De flores al Abril, de honor las flores,
Y siendo de los ruegos conocida,
Á limitar presides las querellas
Y á terminar con gozo los dolores;
Propicia á los clamores
Acomoda el oído á tu alabanza,
Mientras los serafines que al pie tienes,
Colmadas de oro las nevadas sienes,
Gozan tu gloria, que su vista alcanza,
Y, armados de jazmines,
Honor de los jardines,
Calan yelmos de rosa, enristran lauras,
Embrazan resplandor, anhelan auras,
Combaten dulcemente
Bien fijados agravios,
Y, en premio, ven, al rayo de tu frente,
Derramada la risa por tus labios.
»Antes que, como sarga de giraspes,
Dios desplegase el cielo en los coluros
Y la invisible pluma atase al viento,
Y antes que el suelo en remendados jaspes
Tendiese, y antes que severos muros

Diese de arena floja al mar violento
(Sin dejar su aposento
El cristal fugitivo de la fuente),
Y el monte ufano en verde pesadumbre
Estorbase á la luna con su cumbre,
Y aún, en sombra inorante, las liciones
Del sol, llamas hermosas,
Descansaban ociosas,
Cuando eras preservada y elegida,
¡Oh en las corrientes árbol de la vida!
¡Oh autora del consuelo,
Á quien siguen las almas,
Pisando ahora estrellas en el cielo,
Blandiendo lauros y arbolando palmas!
»Á ti vuelan con plumas de esperanzas,
En los peligros, los primeros votos,
Y en las fatigas, los primeros llantos,
Y el gozo, con primeras alabanzas,
Con tiernos ojos y con pies devotos,
Paga promesas á tus templos santos;
Y forasteros cantos
De extranjero país de lengua extraña
Retruenan por sus bóvedas y hueco,
Multiplicando tu alabanza el eco,
Voz que, muda, parleramente engaña,
Y el marinero cuenta
Allí que en la tormenta
Su nao salvaste y que aserró sin riesgo
La pacífica tabla del mar sesgo;
Y el cautivo, oprimido
De enemigas fortunas,
Vela su libertad y, agradecido,
Sus cadenas cautiva en tus colunas.
»Dones admites, granjear te dejas,
Con pomas indias, con pebetes sirios,
Si forasteros, mucho más piadosos,
Y así inoran las flores las abejas,

Y ya, en festones de aligustres lirios,
Tu templo sufre pesos olorosos;
Trofeos vitoriosos
Cubren si es de orden dórica ó corintia.
Tal, que al que lo visita peregrino
Ponen meta al deseo y al camino;
En pendones sin fe, menguante á Cintia
Ve, y en mortajas frías
Revocados los días,
Colgadas en ultraje de la muerte,
Y en tristes ve en dichosa suerte (1)
Pintados por despojos;
Y como halla tanto,
La cudicia apacienta de los ojos;
Mas lo que goza el alma paga en llanto.
»Cuando Marte, de acero y muerte armado,
En tibia sangre ahoga el polvo escuro,
La que el temor al corazón retira,
Suena tu nombre y, en sudor bañado,
Vuelve á sonar en labio bien seguro,
Aunque en ardientes auras lo respira.
Cual de Arïón la lira,
Fabrica muros mientras más te nombra;
Plomo, pólvora y fuego defendiendo,
Rayo, trueno y relámpago estrupendo
Cubren el sol y destos haces sombra (2),
De flores, no de llama,
Virgen, al que te ama;
Y cuando va á agotar el que le ciega
Sudor humoso y á la fuente llega,
Ya la corona halla
Que tejiste en la Gloria,
Cuyo laurel da linde á la batalla
Y desnuda á las armas su victoria.

(1) Así en el estragadísimo texto del códice de Sevilla, único en que se encuentra esta composición.

(2) *Ibid.*, haces *llama.*

»Concédele consuelo á mis enojos,
Dale serenidad á mis suspiros,
Ceda tu majestad á mi porfía,
Tú, que, llenos de Dios los claros ojos,
Que limitan el precio á los zafiros,
Bebes con ellos del eterno día;
Virgen, Virgen María,
Que eres Madre de Gracia ahora sienta:
Redime con audiencia mis querellas,
¡Oh fuente de la luz de las estrellas,
De la que calzas luna ilustre afrenta!
Escombra mis lamentos,
Con que ofendo los vientos;
Cámbialos, Virgen pura, en tu alabanza;
No inore tus piedades mi esperanza;
Que si vencer te dejas,
Aumentas tus devotos,
Pues mientras siempre estás oyendo quejas,
Siempre está la piedad pagando votos.
»Canción, pues es tu cuna
La cumbre desta sierra
Que tronar ve inferiores á las nubes,
Do tropiezan los bueyes de la Luna,
No bajes á la tierra;
Que si adelante subes,
Quizá merecerá por tus despojos
Tu solitario el nido de sus ojos.»

Pagado este paréntesis de sueño
En lecho á que el armiño no se atreve,
En lanífera piel, no ecuóreo leño,
Ondosos sueños sulco en urca breve;
Dormido Palinuro, Argos pequeño,
Navego al alba de rosada nieve,
Hasta que con sus lirios me levanto,
A despertar las aves con mi canto.

Abeja hiblia, en vagos desvaríos,
Mordaz tomillo, azules romerales
Cala, primero que á la Aurora el río
Lave el pie azafranado en sus cristales;
Tal de las tirias rosas el rocío
De Cristo, dulce humor de mis panales,
Solicito, y le ofrece mi porfía
Cuanto pulsare y respirare el día.
Sudor despeña de la alpina frente
Un risco viejo que en zafir desata,
Capítulo del curso de una fuente
Que antes de comenzar se desbarata;
Y antes que del rigor vía corriente (*sic*)
Aquí, entre polvos líquidos de plata,
La calma que llovió el noturno mostro
Con las cóncavas palmas robo al rostro.
Restituyendo el agua al paño enjuto,
Que otra vez puede, viejo, ser hilado,
Jam lucis orto sidere en tributo
Pago, en silla de tréboles sentado;
Y habiendo en nuevo sol el nuevo fruto
De mis labios á Cristo presentado,
Antes de celebrar, mi vago acento
Tal vuela espumas y navega el viento:

PSALMO

Deste sidonio acanto (1)
Y estas del prado estrellas
Coronaré las aras de mi amado,
Y en sedas de amaranto,

(1) Si por esta expresión hubiera de inducirse que el poeta se refiere á Medina Sidonia, sería preciso dar por cierto que el presente *psalmo* fué añadido años después á la *Soledad*, cuyas alusiones á residir Espinosa en la ermita de Archidona cuando la compuso son tan evidentes como demostré en el capítulo VI del estudio biográfico. Pero no: llama sidonio al acanto, por llamarle originario de Sidón. Ya lo había llamado así en la *boscarecha* dirigida al licenciado Antonio Moreno Vilches.

Cantuesos y mastranto,
Haré cortinas bellas
Que á cuanto Mayo brota den cuidado.
Tú, autoridad del prado,
Tú, suma de claveles,
Merecerás las rosas del costado;
Vos, narcisos noveles,
Limitadores de la nieve en ampo,
Iréis de un campo verde á un rojo campo,
Tejiendo en esmeralda
Espléndida guirnalda
Al brocado cabello de mi Cristo,
Trocando la de espinas,
Que brota clavellinas
Al jardín de su rostro, tinto en gualda.
Mas ¡ay, si mis amores
Os respirara, flores!
Pues esta selva verde,
Annal de varia historia,
Del Diciembre vitoria,
Recuerdos son que de su amor me acuerde;
Carta abierta amatoria,
¡Oh Dios de mis entrañas!
Presa de mi memoria.
Por tu amor me ejecutan las montañas:
Dísteme á mí y á Ti por tantas cosas;
Sólo mi amor me pides,
Y el amor no se paga sólo en rosas.
Por el amor, no por las obras mides,
¡Oh vida de mi alma!
Que tanto mi amor quieres,
Que porque te ame mueres:
Honre la palma de tu amor mi palma,
Pues dentro en mí te has puesto,
Porque te ame, conmigo,
Y perdonas de presto,

Mi Cristo, al enemigo,
Porque no tarde ya en amarte amigo.
  No cesas de hacer bienes,
Por no cesar de recibir amores,
Pues á los pecadores
Ruegas con el perdón, por ser amado.
Pues de noche y de día,
¿Qué tiene que hacer el alma mía,
Sino en amarte más, y más amarte,
Y, ayudando á la gracia con el arte,
Como Pirodas (?), inventar centellas
Del pedernal que es cárcel de piropos,
Y miel la abeja de las flores bellas?
  Cuantos cierzo por cerros hile copos
Y en las dehesas de zafir brillantes
Viere trémulos prados de diamantes,
Tantos amores te daré sin cuento,
Si en polvaredas de agua, oscuro el viento,
Viere olibias *(sic)* de aristas ondeantes.
Te daré, amado Dios, tantos amores
Cuantas hay allí frutas y aquí flores,
Allí priesa de arena, aquí de hojas,
De euros allí, y aquí de ruiseñores.



PARTE TERCERA

(1615-1650)

RELACIÓN

DE LA FORMA QUE SE TUVO EN EL ENTIERRO

DE DON ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN EL BUENO

DUQUE DE MEDINA SIDONIA

Dirigida á su hijo y sucesor D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.

Pues no permite á tus piadosos ojos
El negro luto que los cubre ahora
Más que llorar los fúnebres despojos,
Pues no ves las acciones con que llora
El pueblo á tu gran padre, que en el Cielo
La eterna Causa ya glorioso adora,
Oye ¡oh gran sucesor! para consuelo
De tus lágrimas tristes, la grandeza
Que admira y agradece el patrio suelo.
Llegó con no pensada ligereza
El término fatal de aquella muerte,
Que causa al mundo general tristeza.
Ya goza el noble espíritu la suerte
Inmortal que aguardaba; el cuerpo espera
La tierra, que en sí misma se convierte.

La gran antorcha de la cuarta esfera
Casi en el Occidente se apagaba,
Pálida y triste, de color de cera.
El sacro mar que con sus ondas lava
La playa de Sanlúcar arenosa,
Con lágrimas agora la bañaba.
El aire, entonces mudo, la espantosa
Procesión funeral miraba atento;
Que en todos fué la suspensión forzosa.
Principio daban cinco veces ciento
Soldados, en sus siete compañías,
Al acto triste, al grave sentimiento.
Tú que ordenabas esto y no lo vías,
Porque entonces el rostro nunca enjuto
Con la bayeta del capuz cubrías,
Vestirlos todos de funesto luto
Á tu costa, señor, mandaste luego,
Con traje igual al bélico instituto.
El diestro infante á quien el humo y fuego
Ciega del arcabuz, vuelto le lleva,
De humo y fuego no: de llorar ciego.
La gran Belona aplaude, Marte aprueba
Las picas y banderas arrastradas,
Costumbre antigua, pero pompa nueva.
Cajas con luto, roncas, destempladas,
Causando horror y sentimiento oíllas,
Entre voces de llanto mal formadas;
Cien pobres con cien hachas amarillas,
Cubiertos con sus lobas de bayeta,
Con lágrimas regaban sus mejillas;
Cuarenta colegiales que, en quïeta
Vida, en la Caridad á Dios ofrecen
Sagrado culto y oración perfecta,
Se siguen luego; y, como ya carecen
De su señor, con ayes y gemidos
Los más duros peñascos enternecen,

Luego veintiocho hermanos conducidos
De Juan de Dios; de la Victoria, ochenta,
Por su ministro provincial regidos;
Ochenta y seis San Agustín presenta,
Ciento de San Francisco, y otros ciento
Santo Domingo da con igual cuenta.
Ochenta y cuatro clérigos con lento
Y grave paso, á coros entonaban,
Mezclando con la música el lamento.
La Caridad y su capilla alzaban
La dulce voz, y todos, con la cera
Ardiendo, el aire y procesión ornaban.
De cuantas sabe el mar, cada extranjera
Nación, por orden, con su cónsul iba,
Todos con luto y con piedad sincera.
Á todos pasma la grandeza altiva,
La pompa y los principios soberanos
Del nuevo Duque, que mil siglos viva.
Siguiéronse después los ciudadanos
De Sanlúcar, con lobas tan cerradas,
Que cubrían cabeza, pies y manos.
Según su antigüedad, representadas
En sus concejos, villas y lugares
Siguen con luto igual estas pisadas.
Caballeros después particulares
De la misma ciudad, en ley y fuero
De la lealtad vasallos singulares.
Después el mayordomo y camarero
Del Duque á quien el ataud encierra,
Del muerto, digo, su señor primero.
El uno y otro su bastón de guerra,
Representando así que tuvo nombre
De digno general de mar y tierra.
Luego, sobre un caballo, un gentilhombre
De la cámara al mundo ejemplo daba
De cuánto es bien que su mudanza asombre.

Éste el guión de general llevaba,
Y al caballo y á él, todo, hasta el suelo,
Cubría el negro luto que arrastraba.
Otro caballo, en fin, de terciopelo
Negro todo cubierto, y todo armado,
Digno del carro del señor de Delo:
El mismo irracional, que, desherrado,
Las piedras pisa con dolor, parece
Que entiende la razón del triste estado.
Cuatro lacayos á la vista ofrece
Luego el grave espectáculo, enlutados,
Vestido que los cubre y entristece.
Con lobas dos ministros diputados,
Á los caballos noblemente el puesto
Ocupaban aquí de los dos lados.
Á pié, el caballerizo, con funesto
Capuz cubierto el rostro, atrás venía,
Todo por tu prudencia así dispuesto.
Con regio sceptro y cota que vestía
De las armas reales, que aparencia
Vistosa y grave sobre el luto hacía,
Pasó luego un rey de armas, preeminencia
Que goza tu gran casa solamente,
Por ser de tronco real su descendencia.
En medio le llevaban gravemente
Dos maceros con lobas, y sobre ellas,
Las cotas de tus armas igualmente.
Seguían luego las funestas huellas
El cuerpo de aquel alma que en la gloria
Con inmortales plantas pisa estrellas.
Permite ¡oh Tiempo! que tan grave historia
En vividores mármoles se escriba,
En jaspe ó bronce de inmortal memoria.
¡Oh estatua de Nabuco! En tierra estriba
El hierro fuerte, cobre, plata y oro,
Y al golpe de una piedra se derriba.

¿Quién vió la majestad, quién el decoro
De aquel cadáver, ya materia sola
De desengaño, de tristeza y lloro?
El respeto de todos, la española
Grandeza en tierra yace... ¡Oh mundo vario!
Naturalmente ruedas, que eres bola,
El inconstante ser de tu voltario
Curso, á la choza el Capitolio asido,
Con igual pie, sin distinción contrario.
Sacaron, pues, con general gemido,
El sacro peso que difunto clama
El pueblo, por las calles esparcido,
Asido al tronco, como digna rama,
El marqués de Ayamonte, á cuya frente
Victorioso laurel rinde la fama,
Don Francisco Duarte, presidente,
Y otros cuatro, en nobleza semejantes,
Con cruces en los pechos dignamente,
Todos, si en cuerpos no, en valor gigantes;
Que para el alto cielo de Medina
No pudieran bastar menos Atlantes.
Después, en hombros su patrón camina
De seis padres domínicos, con pechos
Llenos de amor y reverencia digna.
Luego le llevan otros seis, á trechos,
De cada religión que le acompaña,
También Alcides como Atlantes hechos.
La caja iba cubierta, y con extraña
Majestad la cruz roja que en la guerra
Es insignia fiel de nuestra España.
Luego, arrastrando lutos por la tierra,
Diez y seis capellanes rodeaban
El gran cadáver que la caja encierra.
Estos por su Excelencia á Dios cantaban
Siempre en la Caridad dignos loores,
Cuya fundación noble tanto alaban.

Siguióse la Ciudad, los regidores
Y demás oficiales, los Ulpianos
Letrados de su cámara y oidores.
Tú, nuevo Duque, con tus cuatro hermanos,
El de Ayamonte, el Presidente, y luego
Hábitos y otros nobles sevillanos,
Cual fénix que renace de su fuego,
Saliste acompañando aquel tesoro,
Que á las entrañas de la tierra entrego,
Sobre la loba el vellocino de oro.
Porque era tu gran padre caballero
Del orden mismo, con igual decoro.
Tus criados, señor, con verdadero
Dolor y sentimiento, atrás venían
Por orden, desde el último al primero.
Los doscientos infantes que tenían
Las bocas de las calles ya tomadas,
Cerca del templo en orden asistían.
Las demás compañías, ordenadas
Allí en la plaza, un escuadrón formaron,
Con arte militar disciplinadas.
Todos así á la Caridad llegaron,
Donde, con arte nueva, un eminente
Túmulo al muerto Duque levantaron.
La artificiosa traza, la valiente
Arquitectura, á su inventor ha hecho
Famoso en propria y extranjera gente.
Por remate del túmulo, derecho,
Pendía gravemente el estandarte,
Cuya punta tocó el dorado techo;
Digo, la insignia real que, para el arte
De la milicia, al General que ampara
El Océano todo entregó Marte.
El túmulo era negro, mas con rara
Pompa; las hachas, que amarillas eran,
La noche hacían reluciente y clara.

Tantas eran las luces, que, si fuera
Con proporción esférica formado,
El estrellado globo pareciera.

En el segundo cuerpo relevado
Del gran túmulo estaba su Excelencia,
Gran Duque ayer, hoy cuerpo inanimado,

Á cuya cabecera, en la eminencia,
Por general de nuestra Andalucía,
Hizo el regio guión grave aparencia.

El mayordomo su bastón tenía,
El suyo el camarero, y á los lados
Le hicieron la postrera compañía.

Todos ya en sus lugares señalados,
Se comenzó el oficio y los suaves
Tonos, con arte y devoción cantados.

Eran las voces dulcemente graves,
Á quien con tristes y funestos cantos
Ayudaban también nocturnas aves.

Tiernos suspiros y piadosos llantos,
Haciendo melancólica armonía,
Acompañaban los oficios santos.

Luego ¡oh triste espectáculo! á la fría
Tierra entregaron el cadáver noble,
Que ha de volver glorioso el postrer día.

Aquí, con grave y lastimoso doble,
Pudieran tiernamente las campanas
Doblar el duro corazón de un roble.

Pidió, con muestras de humildad cristiana,
Á la puerta del templo sepultura:
Desprecio heroico de las pompas vanas.

Mas tú, señor, cuya piedad procura
Venerar las reliquias de tu padre,
Acción que larga vida te asegura,

Cerca de Dios y su piadosa Madre,
Dentro del mismo altar mayor, le ordenas
Sepulcro tal, que á su grandeza cuadre.

Puesto el tesoro ya dentro en las venas
De la tierra, que avaras recibieron,
Quedando entonces de riqueza llenas,
El camarero y mayordomo fueron
Por el rey de armas luego y de las gradas
Del túmulo, en que estaba, le trajeron.
Venía entre los dos que las doradas
Mazas traían, todos tres llevando,
Con lobas negras, cotas coloradas.
Llegaba al medio de la iglesia, cuando
Pidió atención, y á todos los presentes,
Que oían con silencio, aunque llorando,
Dijo: «El Guzmán que tantos excelentes
Títulos tuvo, duque, marqués, conde,
General, y otros muchos eminentes,
»Nuestro señor, es muerto y vive adonde
Durará eternos siglos, aunque ahora
El cuerpo solo aquel sepulcro esconde.
»Rogad á Dios por él.»—En más de un hora
No cesaron las lágrimas vertidas
Del fïel pueblo que á su dueño llora.
Todos, en fin, con velas encendidas,
Cantaron el responso postrimero:
¡En esto paran las humanas vidas!
Volvieron mayordomo y camarero
Por el mismo rey de armas, que ya había
Vuelto otra vez á su lugar primero,
Y entonces, anunciando el alegría
De un cielo ya sin nubes, más sereno,
En alta voz al pueblo así decía:
«El excelente y de grandezas lleno
Don Manuel, á quien llaman juntamente
Alonso Pérez de Guzmán el Bueno,
»De Medina Sidonia, inmortalmente
Dignísima ciudad, duque famoso,
Conde de Niebla ilustre y excelente,

»De Cazaza, en el África, glorioso
Marqués y, por más gloria de su estado,
Del gran Sanlúcar dueño generoso,
»General del Océano salado
Y costa de Andaluces, caballero
De la insigne orden del Tusón dorado,
»Es vuestro natural y verdadero
Señor: rogad á Dios que le dé vida
Y que os gobierne en paz un siglo entero.»
Un caballero aquí, de conocida
Nobleza, dignamente tu criado,
Con gallarda destreza prevenida,
El estandarte real enarbolado
Al aire tremoló, y el pueblo junto
Aplaudió felizmente consolado.
La música dió luego á un mismo punto,
Con órganos, campanas, chirimías,
Al vivo parabién, paz al difunto.
Luego las ordenadas compañías,
Enarbolando picas y banderas
Y juntando tristezas y alegrías,
Junto de tu palacio, en sus hileras
Un escuadrón hicieron prolongado,
Como, si no le ves, le consideras.
Ya, conforme al estilo acostumbrado,
Iban los arcabuces; los tambores
Hacían són distinto y acordado.
Era de noche ya; los resplandores
De los astros no más al mundo daba,
Á quien sus luces llegan ya menores.
Si el cielo con estrellas se alumbraba,
La tierra con treinta hachas que, delante,
De pajes igual número llevaba.
Llegados ya á palacio, al mismo instante
Aclamó todo el pueblo á Vuexcelencia
Por hijo á su gran padre semejante.

«¡Viva!» dijeron todos y, en presencia
De toda la ciudad, los capitanes
Te rindieron humildes la obediencia.
Aquí sus tremolados tafetanes
Los alféreces todos abatieron,
Cuanto su luto permitió galanes.
Tú retirado en fin, todos se fueron,
Aunque para los últimos honores
De su muerto señor se previnieron.
Nueve elocuentes destos oradores
Nueve continuos días publicaron
Al mundo sus dignísimos loores.
El clero y religiosos dedicaron
En devoto incruento sacrificio
Á Dios el mismo Dios que consagraron.
En persona asistías al oficio,
Siempre con grave música solene,
Dando de tu piedad bastante indicio.
Ya, sin duda, señor, tu padre tiene
La herencia celestial del Reino santo,
Que como á hijo de adopción le viene.
Descanse en paz. Y tú también, en tanto,
Permite á Iris que serene el cielo
Y que destierre nubes de tu llanto.
Mira el afecto, la piedad y el celo
Con que te pide el mundo que permitas
Lugar al tuyo y al común consuelo.
Diviértate el aplauso y las visitas
Con que Sevilla te ha reconocido
Por nuevo dueño que á tu padre imitas.
¿Qué príncipe, qué noble no ha venido
Con arrastrados lutos? Esto diga
La confusión de tantos y el ruído;
Que, como á todos el favor obliga
De tu gran casa, apenas hay alguno
Que, por sangre ó respeto, no la siga.

¡Qué de veces el mar crece importuno,
Por llegar á tus pies! De imaginallo
Se extiende tanto y hincha el gran Neptuno.
Pero si queda atrás, como caballo
Á quien el freno rinde, espumas echa,
Mas sujétase, en fin, como vasallo.
¡Oh, cuánto está tu patria satisfecha
De los principios de tu gran gobierno!
Justicia siempre igual: vara derecha.
No menos te promete nombre eterno
Aquella liberal magnificencia
Con que la copia ha derramado el cuerno.
Tienes, señor, por la mayor herencia
Premiar y honrar á todos; que ha heredado,
Sin duda, para todos Vuexcelencia.
En fin, no veo que á ningún criado
De tu padre despojas; antes veo
Que á muchos dellos has aventajado.
De todo en todos haces digno empleo,
Y á mí, aunque indigno soy, también me cupo
La parte principal de mi deseo.
Tu grandeza, señor, que honrarme supo,
Suplió mi pequeñez: ya gratamente
Con recebido honor mi puesto ocupo.
Tu consorte dignísima, excelente
Duquesa, envidia de la edad pasada
Y decoro inmortal de la presente,
Con gloria en esta vida comenzada,
Goce una eternidad tu compañía,
Á entrambos dulcemente regalada.
Dure eterna la gracia y bizarría
Del hermoso clavel y bellas flores
Que el nuevo Abril en tiernos años cría.
Digo, los generosos sucesores
De vuestra casa y sangre, de Medina
Y de Lerma gloriosos esplendores,

Y désta á la región más peregrina,
Á su pesar del tiempo y del olvido,
Causas de toda universal ruina,
Viva siempre inmortal vuestro apellido.

CONTRA LA ANSIOSA CUDICIA

Pues corazón cudicioso
Jamás se pudo hartar,
Quítate tú el desear,
Que yo te haré dichoso.
No tomes lugar dudoso
Si en salvo te quieres ver;
No quieras mucho querer,
Pues daña la demasía;
Que para una pasadía
Harto poco es menester.
Dile á la gula que entienda
Que á la hambre todo es bueno;
Que acortar al gusto el freno
Es alargar la hacienda.
Y para que ésta no ofenda,
Si no que sirva oportuna,
No sea mucha, mas alguna,
Con que no llegue á pobreza;
Y así la naturaleza
Se reirá de la fortuna.
Que, pues gula y opinión
Piden lo demasïado,
No guardes con un candado
El oro y el corazón.
Hambres abundantes son
Las riquezas de Fineo;
Haz en las cosas empleo
Conforme á naturaleza;

Que el remedio en la pobreza
Es acortar el deseo.
Cuanto más leña se emplea,
Más el fuego á crecer viene;
No es pobre el que poco tiene,
Sino el que mucho desea.
Con cualquier cosa que sea,
Ya espléndida, ya soez,
Te alegres, porque tal vez
No te haga el tiempo alcances;
Y si no previenes lances,
No juegues al ajedrez.
La medianía, en sustancia,
Es tan excelente cosa,
Que llega á ser muy dichosa,
Á pesar de la abundancia.
No es vivir mala ganancia;
Tiempo y no vida es buscar;
Ahorra de desear;
Vive alegre, aunque sin fama;
Que si no arrancas la grama,
Ocio estéril es sembrar.
No, cual gusano de seda,
Sea tu cárcel tu sudor:
Estima en mucho tu amor
Y tú á ti mismo te hereda.
No se lleva lo que queda:
Págate lo que has ganado;
Que, pues jüez y abogado
Piden, tengo por mejor
Pagar al acreedor,
Y así, morir descansado.
No te des tus bienes tarde,
Pues tu hermano eres mayor;
Que cudicia, edad ni flor
No mejoran en la tarde.
No es bien que á vivir se aguarde

Cuando la vida se ha ido;
No mueras de prevenido;
Para ti mismo te quiero;
Que el tiempo deja primero
De ser que de haber venido.
  No te. . . . . (1)
Con uno y otro cuidado;
Que no hay en el ocupado
Cosa menos que vivir.
Podrás la verdad oir,
Lo que el rico no merece;
Porque cuando el miedo ofrece
Lo más, da allí lo peor;
Y así, en su altura mayor,
Más humo se desvanece.

Á UN AVARIENTO

  Estéril rico menguado,
Sepulcro del bien ajeno,
Si quien mal hace mal piensa,
Malos son tus pensamientos.
  Lo que más tienes y guardas
Eso es lo que tienes menos,
Porque sólo el oro es causa
De tu pobreza, avariento.
  Agradable sacrificio
Serás de tus herederos,
Que llorarán, no tu muerte,
Sino el no haberte antes muerto.
  Los deseos de tu luto
Premiarás á tus hijuelos,
Que les pesa que te añadas
Lo que les quitas á ellos.

(1) Llevóse casi todo este verso, en el códice de Sevilla, único en que esta composición se encuentra, la cuchilla de un ruin encuadernador.

Si contigo te empeoras,
Castigo eres de ti mesmo,
Pues no tienes lo bastante
Cuando tienes lo superfluo.

Tú te aborreces á ti
Aún más que te aborrecemos;
Y el que para sí es tan malo
No será para otros bueno.

Tu moneda idolatrando,
La cuentas por pasatiempo;
Que adonde hay mucho dolor
Acuden mucho los dedos.

Mas lo que nada te sirve
Estímalo en nada, necio:
No te canses; que contarlos
No es usar de los dineros.

No es sed, sino hidropesía,
Pues no te sana el remedio;
Que el oro, aunque es medicina,
Aumenta el mal al enfermo.

Púrgate de las riquezas,
Por no morir de repleto;
Que el deseo de tener
No se mitiga teniendo.

Despiértanse con el oro
Con más ansias sus afectos;
Salsa que incita y no harta
Al apetito hambriento.

Satisface á la pobreza
El oro, no á los anhelos,
Porque éstos se encienden más,
Como con la leña el fuego.

Nadie del manjar se abstiene
Si lo tiene, y hambre dello;
Mas tú al dinero no llegas,
Con la hambre del dinero.

Juntas como liberal
Y guardas como avariento;
Que aun de tus dientes no fías
Lo que debes á tu cuerpo.

Á otros quitas, hombre malo,
Lo que ellos gastaran buenos;
Que así la víbora mata,
Sin comer de lo que ha muerto.

Eres un asno en soletas
Que al baño llevas sarmientos,
Y de su fuego y limpieza
Le toca el humo y espeso.

¡Oh abundantísimo pobre,
Siervo de quien eres dueño,
Pues lo que tienes te tiene,
Como la cadena al preso!

Eso que tienes no vales;
Y, pues lo guardas temiendo,
Ello me venga de ti:
Vivas muchos años, viejo.

Aunque el primer bien que hicieras
Sería morirte presto;
Mas, por no dar, al dïablo
No le darás tal contento.

En tus cofres tiene el oro,
Aún más que en sus minas, peso;
Allá, debajo de tierra;
Y aquí, debajo de hierro.

Ángel malo de la guarda,
Tú eres duro como un hueso;
Mas ni aun un golpe darás,
Aunque andes en un cencerro.

Bueno eres para teniente,
Ó para brazo de peso,
Pues siempre estás en un fil,
Y tienes por los extremos.

Cuanto no tienes y tienes
Te hace pobre; mas te advierto
Que es tan tuyo como mío,
Pues los dos no usamos dello.

En ti, padre guardïán,
Un contranatura vemos,
Pues la virtud retentiva
Te ha hecho perder el tiento.

Viendo, pues, que es el dïablo
Sutil, aunque hila grueso,
Por tener de todos, tienes
Del mismo dïablo un pelo.

El que tiene lo bastante
No es pobre; mas eslo cierto
El que está de honra vacío
Por estar de barras lleno.

Si á nadie menos que á ti
Es tu caudal de provecho,
Tasadamente te falta
Eso que te falta menos.

No es darle la suficiencia
El dar el oficio al necio,
Ni es rico el que mucho tiene,
Sino el que sabe usar dello.

Dinero no hace al hombre,
Más hombre hace al dinero;
Que al caballo no mejora
Ser de diamantes el freno.

Tanto cuanto tienes temes,
Y deseas todo aquello
Que no tienes, pobre tuyo,
Pues á ninguno das menos.

Todo puedes despreciallo,
Pero no todo tenerlo;
Que no harta más la sed
Un río que un arroyuelo.

Guárdate de ti, pues eres
Ladrón que roba tus pesos;
Que, hurtando para otros,
Lo ha de pagar tu pescuezo.

Como en tejas de canal,
Irán de hijos á nietos,
Hasta que la postrer teja
Los desperdicie sin duelo.

Á palos, como la encina,
Darás el fruto á los puercos;
Que aunque doy á la alcancía,
No me da si no la quiebro.

El peor fruto es aquel
Á quien no madura el tiempo,
Y el peor hombre, el que guarda
Lo que es suyo como ajeno.

El oro manoseado
Reluce como un espejo;
Mas el tuyo está eclipsado
Por la tierra que hay en medio.

Nunca vi avariento rico,
Si no es de sospecha y miedo;
Sepultura de sí propio,
Con facultades de muerto.

Tú, con rico sobresalto,
De Gibraltar el estrecho
Guardas en vela y candil
¡Gran cosa! sin tomar sueño.

Sin uso, el hierro se toma,
Y tus dientes y tus tejos,
Que tanto guardas de todos
Como de tí, majadero.

Pronóstico de la hambre,
Tan estrujado te veo,
Que, por no dar, no darás
Un bocado en un pan tierno.

Invidioso el ciervo esconde,
Si anciano muda, los cuernos,
Y tú, guardándolos, dices:
«Los que dan de sí son cueros.»

Falta padeces de todo:
La razón es por tenerlo;
Que montes que llevan oro
Son estériles y secos.

Mientras temes lo que tienes,
Cudicias lo que yo tengo:
De mortal son tus temores
Y de inmortal tus deseos.

Sólo en morir harás bien,
Que el árbol sin fruto es leño;
Si ya no es que de la muerte
Te escondes en un talego.

No peques contra tu vientre,
Astuto, si no discreto;
Que donde hay oro hay ladrones,
Y donde ladrones, miedo.

Para despreciar el oro
Es dulce cosa tenerlo;
Mas al que mucho desea
Mucho falta, te prometo.

Hazte sarna, porque comas,
Ó sabañón, porque veo
Que hasta los dientes aprietas,
Como virgo contrahecho.

Prender puedes, no soltar;
Ó eres alguacil, ó infierno,
Ó eres lo uno y lo otro,
En cuanto á *nulla est redemptio.*

Obliga, pues, á los hombres
Con lo que te ha dado el cielo;
Que lo que se da se lleva,
Aunque se entregue á un recuerdo.

Á LA ROSA

Rosa, hambre de los ojos
Y cuidado de los dioses,
Concha de sangre divina
Que al rubí límite pones;

De Abril primera noticia,
Que, con flagrancia de joven,
Desperdicias caudal sirio
En la poma que te rompes;

Tú, argumento de las Musas,
Por ser (el clavel perdone)
Reina coronada de oro,
Te guardan picas de bronce;

Tú, pródiga de regalos,
Recuerdas para los hombres,
Aun cuando el sueño entretiene
En los párpados la noche.

. . . . (1)
Parlas persuadiendo albores,
Y para el alba madrugas
Cortinas tirias al coche.

Del botón desabrochada,
Desfluecas en arreboles
Un sol que habita los aires,
Locura ilustre del bosque;

Hybla verdad del verano (2),
Las guirnaldas te conocen,
Tal vez de las flores honra,
Tal, afrenta de las flores.

(1) Falta un verso, que se llevó la cuchilla del encuadernador.

(2) En el códice de Sevilla, ó, á lo menos, en la copia de él de que me sirvo, «*Habla y* verdad del verano,» que no hace buen sentido. Creo razonable la conjetura de que Espinosa lo escribiría como lo enmiendo.

Copa en que bebe el olfato
El sacro néctar de Jove,
Donde en púrpura no estás,
Estás en ámbares nobles;

Vergüenzas purpureando,
Cupido te descompone,
Porque eres beso de Venus,
Que perdió el muchacho Adonis.

De abejas solicitada,
Asaltada en escuadrones,
Oro líquido te deben
Los milagros de sus trojes.

Persuadiendo buenos días,
Con bien curioso desorden,
Jarifo crédito ostentas,
Porque los ojos te logren.

Primer presente del día,
Si á la tarde desconforme,
Pues la cuna que te mueve
Tumba funeral te acoge,

Si en la esfera de tu rueda
Vivieras meses, entonces
Presidente de los prados,
Dieras ley á los pavones.

Mas ¡ay! engañada rosa,
Reina ricamente pobre,
Pues naces sólo á morir,
Y en el oriente te pones,

Pálida injuria padeces;
Que si en ti misma te escondes,
Si te buscas, no te hallas,
Porque te anocheció el norte.

EPIGRAMAS

I

El que acecha de curioso
Por ser de males testigo,
Tan bueno es para enemigo
Cuanto para sí dañoso.
Mas si, al fin, quiere sabellos
Porque no le sean mortales,
Conozca sus propios males,
Á fin de librarse dellos.

II

El malsín preguntador
Llega la oreja curiosa,
Por sacar, como ventosa,
Siempre la sangre peor.
Hártese de sus malicias;
Gócese del mal ajeno;
Que el albañar sólo es bueno
Para coger inmundicias.

COMPOSICIONES LAUDATORIAS
Á DIVERSOS AUTORES

I

EN EL LIBRO INTITULADO
SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE CONSOLACIÓN Y ANTIGÜEDAD DE LA VILLA DE UTRERA,
DEL LICENCIADO RODRIGO CARO

Dichoso si atrevido vuelo emprendes;
Pues, vinculado al fuego que revives,
Cuanto aleas ¡oh Fénix! tanto vives,
Y tanto vuelas, Fénix, cuanto enciendes.
La anciana antigüedad, que comprehendes,
Te aguarda, amigo Caro, en lo que escribes;
Y entre sus alabanzas, hoy recibes
La vida que á tu patria dar pretendes.
Sobrepujas del tiempo la alta cima;
Todos quedan atrás, á ti te igualas,
De renovada juventud vestido;
Que tu pluma, limada con su lima,
Burlando de las plumas de sus alas,
Posa sobre la meta de su olvido.

II

EN EL *LIBRO DE CRISTO Y MARÍA*

DE FR. HERNANDO DE PERALTA MONTAÑÉS

¡Oh Montañés, que tras los dos Amantes,
Curioso, á sus dulzuras te avecinas,
Y, águila de ambos soles, examinas
Cómo el amor produce semejantes!
Su pasto olvidarán las siempre errantes
Cabras, y, despertando clavellinas,
Los laureles traerás y las encinas,
Cuando en tu avena sus amores cantes.
Pechos humanos en amor divino
Arderás: ¡oh, comienza el alto empleo!
¡Canta lo que tú sólo decir puedes!
¡Oh corazón, oh pluma de Augustino,
Logra los desengaños del deseo,
Tú, que á cuanto tú mismo no es, ecedes!

III

EN LAS *RIMAS VARIAS*

DEL LICENCIADO D. JERÓNIMO DE PORRAS

(Al autor, en su fábula de CÉFALO Y PROCRIS.)

Á ti, insulso, que te alejas,
Por cualque corcillo vil,
De ese pedazo de Abril,
Regado con llanto y quejas,
Ya que entre cristal le dejas,
Dardo, que rosas desate,
Por cubrir tu disparate,
Hoy nuestro Apolo gallardo,
Te envía el hierro del dardo
Dorado con oro mate.

IV

AL PADRE FR. FRANCISCO DE CABRERA, DEL ORDEN DE SAN AGUSTIN, EN SUS *ANTIGÜEDADES DE ANTEQUERA*

Fabio, apurando ramas vencedoras,
Los siglos restituyes cancerados;
Que el socorro gentil de tus cuidados
En sus tardes revoca sus auroras.
Los bronces, mal fiados de las horas,
Que en ocio estéril yacen sepultados,
¡Oh, cómo los animas enmendados
Y, malgrado del tiempo, los mejoras!
Has magníficamente redimido
Sus desperdicios; has podido tanto,
Que no vale á la edad borrar las señas.
¡Oh enmienda noble de infïel olvido!
¡Oh, cuánto igualas á ti mesmo! ¡Oh, cuánto
La elección del asunto desempeñas!

POESÍAS

EN ALABANZA

DE DON MANUEL ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN EL BUENO

DUQUE DE MEDINA SIDONIA

I

AL GRAN DUQUE

Aunque llover en mar es alabarte,
No constituye loco
Al que mucho no puede, hacer poco.
Así, he de celebrarte
Como pudiere bárbara cultura,
Bien que calle de en medio es más segura.
No dan pequeñas lides gran victoria:

Descargaré en la pluma la memoria.
Llore la presunción, llore escarmiento;
Que con atrevimiento,
Aunque más desvaríe,
La Fortuna se ríe,
Y en negocios de fama
Poca centella engendra grande llama.
Bien que el sujeto excede;
Mas no es gran bien el que decir se puede.
  La calumnia, que corta más que espada,
Atajado el discurso, afirma, ó duda,
Si has de ser bueno necesariamente,
Como si la virtud fuera heredada
Y no del que la suda,
Confundiendo el señor con el valiente,
Con las obras, la herencia;
Que, sin ser Duque, fueran excelencia,
Pues más has adquirido que heredado,
Y menos recebido que gastado,
Del oro á la persona haciendo escala,
Á quien sobra el estado,
Y á sí misma se iguala,
Y llega adonde el nombre le señala,
Y más; que como vió los puestos llenos,
Con el *Mejor* se adelantó á los *Buenos*.
  No divide del vulgo grande casa,
Sino grandeza de ánimo valiente,
Que á la jurisdición de todos pasa.
¡Oh cuatro y muchas veces excelente!
Por lo que en ti no vemos
Aún eres más amable
Que por cuanto miramos admirable.
De ti más ignoramos que sabemos;
Que tu virtud consigo se contenta,
Que en sí es más que lo más que representa.
Y así, más le concedes que á su fama;
Que, aunque ésta por dos mundos se derrama,

Aquélla, de sí misma persuadida,
Obra por sí, que no por ser sabida,
Porque el que más la encubre, la acrecienta.
Ésta, mirando al centro,
Procura ser; nó parecer procura:
Que el escultor no labra lo de dentro;
Y así obras tan sin pena,
Reparando en la tuya, no en la ajena.
Tal á las ocasiones te convidas,
Que parecen llamadas, no venidas;
Tal, cortés, dadivosa,
Cien pasos sale á recebir la rosa,
Y el sol sin ser rogado resplandece,
Como que el bien que hace lo agradece.
Tú así, fuente de luz de las estrellas
(Pues más por ti las vemos que por ellas),
Á la dificultad untas el eje,
Para que ni se pare ni se queje;
Antes en ti, señor, halla á deseo
Argos y Briareo;
Las Musas y las Gracias, primavera;
La admiración, esfera;
Estímulo el ejemplo,
Y la Religión templo;
Fortaleza, coluna,
Cordura la fortuna,
Y freno la licencia,
Espejo la prudencia,
Maravilla el oído,
Y milagro la vista,
Excepción el olvido,
Con facultades ya de coronista,
Á quien la misma invidia favorece;
Que cuando es poco el fuego,
El humo prevalece;
Mas cuando el fuego crece,
El humo muere luego.

Así la invidia su costumbre pierde;
Que al dueño que conoce el can no muerde.
Rayo que burlas cuanto inacesible
Maquina el imposible,
Y, en largos horizontes,
Alumbras valles cuando allanas montes,
Tu ejemplo ha renovado de la gente
Virtud, que con la tuya se amplifica:
Del sabor de la fuente
Es toda la corriente,
Y la lluvia los aires purifica:
Eres Norte á la aguja del distinto;
Que del calor del aire está el jacinto.
Que no hay, ó brame el Noto,
Tormenta más cruel que mal piloto,
Que es el que poco sabe,
Pirata de su nave;
Lo dulce, peor veneno;
Y ya es mal capitán el que no es bueno;
Y al rey, sí la persona
Hace; no la corona.
Información han hecho
Los ojos, diligencias fidedinas,
Que á tu apariencia no desmiente el hecho;
Pues (siendo una ave rara, no propuesta,
La potencia modesta),
Con pesos nobles tu grandeza inclinas,
Y así, por igualar, señor, trabajas,
Á cuantos te aventajas,
Y, como á Dios imitas,
Menos castigas, porque más evitas;
Menos dices que obras;
Más haces que prometes,
Para que obremos obras;
Y así, divinidades acometes,
Porque siquiera raye nuestra mano,
Si no lo sumo, al menos, lo mediano.

Entre tus bienes cuento cuanto has dado,
Pues tanto es tuyo cuanto te has quitado;
Eso te debes, eso te cobraste:
Si no tienes, pagaste.
Con lo menos gastado
Hicieras otro estado.
En esta parte es grande tu riqueza;
Que el trigo no se aumenta en el granero.
Asa de tu alabanza es tu franqueza,
Pues no haciendo el camino paradero,
Así has gastado como tu heredero;
Así lo tienes como tu heredado.
Mas en todos está depositado,
Y, en moneda corriente de alabanzas,
Cumplen, á letra vista, tus libranzas;
Bien que en la boca del que no es testigo
Crecen tus rentas cual mojado trigo.
Al lobo mal tendrás por las orejas,
Y bien al vulgo con mentira ó quejas,
Hasta que en la experiencia
Consiente al desengaño la evidencia.
La riqueza no es bien, pues no hace bueno
Al que la tiene; mas tú bien la haces,
Como alacrán que sana su veneno,
Y que consigo mismo tiene paces;
Que el oro da salud con su malicia
Cuando tu condición lo beneficia.
Mejor está en tu mano que en su mina,
Allí, veneno; en ésta, medicina;
Allí, pálido; aquí, resplandeciente;
Mohoso allí, y aquí manoseado;
Que, como hinojo, huele maltratado;
Ambicioso con precio,
Y humilde con desprecio:
Esclavo, si es mandado,
Tirano, si es servido.
En uso, pues, mejor introducido,

Compras con él mejores cosas, tales
Que con las mismas frisan inmortales;
No ya corona, escala sí, en que subes
Do inferiores de ti truenan las nubes.
Lejos de peregrinas impresiones,
En donde editos de tu nombre pones.

II

Á SUS ACCIONES

Si el crédito se turba en tus extremos
Y tanta luz le das, que lo escureces,
¿Por qué cosas mayores nos ofreces,
Pues la fe nos ayuda en las que vemos?
Témplate en ellas; danos que imitemos;
Si no cabes en ti, ¿para quién creces?
Que aunque sólo te imitas y mereces,
También imitaciones te debemos.
Concede, ya que en tu deidad te empleas,
Donde llegue la copia de obras tales,
Y en paz, mayor que todo el mundo seas.
¡Oh excelso Duque, contra ti peleas;
Pues te obligas con hechos inmortales
Á que también los imposibles creas!

III

Á LA COLOR AZUL SUYA (1)

Color, la gloria que ostentas
Dudan de dónde te viene:
Ó porque el cielo te tiene,
Ó porque al Duque contentas.
Mayor cosa representas;

(1) *De sus armas*, quiere decir, aludiendo al campo azul en que lucen dos calderas jaqueladas de oro y sangre.

Que nos significa el celo,
Pues te admite, sin recelo
Que tus zafiros trabuque,
El cielo, por ser del Duque,
Y el Duque, por ser del cielo.

IV

EN EL TEMPLO DE LA MERCED

Esa pira que á Atlante le concedes
Que arrime al cielo cuando esté cansado,
Ese templo, de Fidias gran cuidado,
Diciendo está que á su grandeza ecedes.
Á estos cien alabastros oirlos puedes,
Que dicen, y este jaspe remendado:
«¿Qué mucho que dé al Rey oro animado
Quien hace de oro al mismo Dios Mercedes?»
Ésta, pues, aunque el paso al cielo estorbe,
Que inmenso sitio de los aires huella,
Y de siete milagros no se alcanza,
Siendo la mayor fábrica del orbe,
La menor parte de sí misma es ella:
La más corta inscripción de tu alabanza.

V

DÍA DE SU DICHOSO NACIMIENTO, PASCUA DE REYES,

EN OCASIONES DE LOS PRESENTES Á SU MAJESTAD

Encendió luminarias de alegría,
Profetizando el Cielo cuanto haces;
Y como para ser su estrella naces,
Te miró con más ojos que tenía.

Al desempeño de su profecía
Con influencias nobles satisfaces,
Pues á los Reyes, de tu luz capaces,
Estrellas haces ver á medio día.
Él cumplirá también con el decoro
De su verdad, cuando te robe al suelo
Por suplemento de su lumbre bella.
Que quien da á Reyes, para que den, oro,
No puede recibir sino del Cielo,
Y así, el lugar te guarda de su estrella.

VI

EN SU NACIMIENTO, QUE FUÉ PASCUA DE REYES

Hoy la rosa de Medina,
Del botón desabrochada,
Madruga invidia á las flores,
Si olores presta á las auras.
Hoy la risa de la tierra
Despierta por la mañana
Y traen lilios á la cuna
En canastillos las Gracias.
En tan dulce amanecer
Hasta los árboles cantan,
Los ruseñoles florecen,
Y las mismas piedras bailan.
Los arroyuelos, que, á escuras,
Ó se estorban, ó se paran,
Ya, viendo lo que se hacen,
Yerran aciertos sus plantas.
La malicia de la noche
Plebeyas hizo y con mancha
Flores que á la alba litigan
La nobleza de sus tarjas.
Sospechosas amistades
Por del amor se declaran;

Y, dándose buenos días,
Se conocen y se hablan.
  Hoy sale el Amor de madre,
Y así, no es mucho que salga
Un año nuevo á la fiesta
Con tres Reyes y dos Pascuas.
  Sale la Estrella, y tras ella
Los Reyes, Aurora blanca,
Y luego el Sol de Guzmán
Tras el Lucero y el Alba.
  En fiesta de Reyes, cuando
Ofrecen oro de Arabia,
Nace esta fuente de oro,
Pues oro realmente mana.
  Al salir el Sol de Niebla,
Abre los ojos España;
La invidia enmudezca á Herodes,
Pues que las estrellas hablan.
  ¡Oh autoridad del verano,
Crédito de la esperanza,
Rosa noble, con quien pierde
Su reputación el ámbar!
  Veo que el arco del cielo
Es de tus calderas asa;
Que el mar, por besarte el pie,
Líquidos pasos trabaja
  Y que, vinculando Febo
Á su lira tu alabanza,
De las flores de tu cuna
Teje á tu lecho guirnaldas.
  ¡Oh, el tiempo no fiscalice
La edad que cumples gallarda,
Hasta que cuentes más años
Que el peine hilos de plata!

SOLEDAD DEL GRAN DUQUE DE MEDINA SIDONIA

HORTENSIO, *retirado*, *á* HELIODORO, *cortesano* (1).

Si adonde no entra el cierzo entra la pena,
Haya guardas, tapices (2) ó tesoro,
Si no lima ni afloja la cadena
Escupir sangre en alcatifa de oro,
Si el movimiento á descansar se ordena,
Deja ya de sudar por cada poro,
Pues la aurora y la tarde, en un momento,
Mece la cuna y sella el monumento.

Por más que andes en círculo la rueda,
No hallarás donde parar posada;
La muerte ya ha llegado; no está queda,
Pues tiene en su poder tu edad pasada.
No sólo es poco ahora lo que queda,
Sino que es lo peor de la jornada:
Pues ¿para cuándo labras tu ventura,
Si el vivir es cavar la sepultura?

Ricos Naturaleza á todos cría,
Mas la opinión á todos empobrece;
De ti eres lo mejor: ten compañía (3)
Contigo y á ti mismo te merece.
Sin que salgas de ti, ten alegría;
Vive á lo natural, que aquí se ofrece;
Huye el peligro, y poco le concedo
Si la virtud no hace lo que el miedo.

¿Qué importa que sea parda la escarlata,
Pues no es de menos ánimo bizarro

---

(1) Al fin del *Elogio al retrato...* tiene este epígrafe: *Su divina soledad. Hortensio á Heliodoro.*

(2) En el códice de Sevilla, Haya *guarda ó* tapices.

(3) *Ibid.*, por yerro, ten *alegría.*

Usar del barro cual si fuese plata
Que usar de plata cual si fuese barro?
No el oro, sino Baco, la sed mata;
¿Para qué es Ganimedes cuando hay tarro,
Ó cuando (1) un brindis y otro fuente fría,
Hecha vidro, y bebida, y sed, porfía?
  Si muerte desocupa al ocupado,
Sacude el yugo; libertades canta;
Deja la capa en manos del cuidado;
Dos talares engiere (2) en cada planta.
Hágate el escarmiento recatado;
Ven do el hombre á sí mismo se adelanta,
Y la cadena de impiedad y pompa (3),
Si no se puede desatar, se rompa.
  El bien que tarda, en tan pequeña vida,
¿Para cuándo ha de ser, pues se anonada
En tan menudas partes repartida,
Y por larga no es bienaventurada?
Temor de una hora incierta, ó no venida,
Basta á hacerla toda desdichada.
Ven á vivir; mas júntate primero,
Y así, por premio de mi amor, te espero.
  Tantos peligros como cosas huellas,
Si en Soledad te escondes ignorada (4);
Su daño falta cuando faltan ellas;
Que el que te ignora (5) no te ofende en nada.
No se va por lo llano á las estrellas;
Sentir has de dejar lo que te agrada;
Mas quien se gana nada pierde, amigo;
Todos tus bienes te trairás contigo.

(1) En el códice de Sevilla, *Y* cuando.
(2) *Ibid.*, *ingiere.*
(3) Al fin del *Elogio al retrato...* (1625), sin la preposición: *Y la cadena impiedad.*
(4) En el códice de Sevilla, *inoráda.*
(5) *Ibid.*, *inora*, y así siempre.

Contenta tu deseo con escasa
Suerte, que luto y púrpuras ignora;
Admiren más al dueño que á tu casa:
No el gran menaje (1), ó la opinión, mejora.
Á la imaginación los pasos tasa;
Cerca de ti, con tu esperanza, mora,
Sin que el discurso sierre con tu riesgo
La pacífica tabla del mar sesgo (2).

¿Para qué es grande casa al que reside
En una parte? ¿Para qué ser dueño
De todo el orbe el que su sombra mide
Y se halla ser hombre muy pequeño?
Pues ¿qué, si en varias cosas se divide,
Les da su mesa y les reparte el sueño?
¡Oh mortal, á deseos condenado!
Menos lleno estarás que embarazado.

Espera en todas partes á la muerte,
Pues en todas te espera: no en caribes
Sólo está, ó en veneno; mas advierte
Que está en todos los gustos que recibes.
Hasta en tu propia vida se convierte,
Pues menos vivirás cuanto más vives (3):

---

(1) Al fin del *Elogio al retrato...*, por errata, *grande* menaje.

(2) En esta hermosa *Soledad*, escrita en 1623, según se indica bajo su epígrafe en el códice de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla, quiso ESPINOSA rememorar la que unos diez años antes había dirigido desde Archidona al mismo príncipe. Y para mejor lograrlo, y á fin de que entrambas *soledades* tuviesen de común algo más que la mera analogía del asunto, repitió en la una versos y aun casi octavas enteras de la otra. Señalaré los pasajes. Por lo pronto, esto de

La pacífica tabla del mar sesgo

ya lo había escrito ESPINOSA en la canción de la *Soledad de Pedro de Jesús* (pág. 77 del presente libro):

Y el marinero cuenta
Allí que en la tormenta
Su nao salvaste y que aserró sin riesgo
La pacífica tabla del mar sesgo.

(3) En el códice de Sevilla, *mientra* más vives.

¡Fiero ladrón! pues antes que nacieses,
Te había ya robado nueve meses (1).
  Cuando la multitud de tropel cierra,
No cae uno sin otro en paso estrecho;
Jamás para sí solo nadie yerra,
Como ni es para muchos un provecho.
Goza esta paz por fruto de esa guerra,
Que en ser, y no en hacer, está el buen hecho,
Y en tal fragilidad y aprietos tales,
No es poco bien guardarte de los males.
  El sabio sufre el daño, aunque lo siente,
Y está solo, aunque quiere compañía;
Y aunque no ruga en el dolor (2) la frente,
Mejor sin el dolor se hallaría:
Ama, sociable, el trato de la gente;
Mas si de estar consigo lo desvía,
Habitador de sí, huye constante
Del vulgo, por no ser su semejante.
  Memoria aflige con el bien pasado;
La providencia, con lo venidero;
Nadie en sólo el presente (3) es desdichado;
No hay rico á quien no falte algún dinero.
¿Buscas un bien seguido, no alcanzado,
No de planta, de vuelo muy ligero?
La senda erraste: así, del fin divino
Más te alejas, andando más camino.
  Sujétase á fortuna el que desea
Algo fuera de sí, y es desdichado,
Aunque más oro que Átalo posea,
Si no puede vivir solo y pagado.

(1) En la octava segunda de la *Soledad de Pedro de Jesús* (pág. 72):

Nueve meses comido había la muerte,
Cuando naciste, de tu edad florida,
Y menos vivirás cuanto más vives,
Dando en manos de médicos caribes.

(2) En el códice de Sevilla, *Que* aunque no ruga *intrépido*.
(3) *Ibid.*, sin el artículo.

¿Qué importa que el estado grande sea,
Al que no le parece que es mediado?
Luego tú eres de ti males ó bienes;
Que ajenos son cuantos en ti no tienes.
Son los gobiernos honras funerales;
El que gobierna, esclavo bien vestido;
El oro, cofre de hermosos males (1),
Y la pompa, remiendo guarnecido;
Los señores son pobres principales;
El imperio, tormento pretendido:
Escoge, pues, si es tu vivir molesto,
Con cuál veneno acabarás más presto.
Dase el gobierno á ferias de privanzas;
Gusanos con su vida compran seda;
Posesiones se dan por esperanzas,
Y fortuna alquilada en coches rueda.
El peso desiguala las balanzas;
Todo es venal y puja de almoneda...
¿Todo? No dije bien, pues te confieso
Que no se vende ni se compra el seso.
Como en el cazador el tigre fiero,
Halla la mosca lazos en la araña;
También al grande ofende el lisonjero,
Si desprecio al plebeyo humilde daña.
Al señor (no lo dije), á su dinero,
Banda de interesados acompaña;
Su sombra al pobre, y á los dos, cuidados,
Unos sencillos y otros recamados.
De cualquier temerario ó sin juicio
Tu vida está en su mano, y de un perjuro
Tu honor, y un oficial de vil oficio
Puede hacer cuanto temes, sin conjuro.
Fiar de todos es honesto vicio;
De ninguno fiar, vicio seguro;

(1) En el códice de Sevilla, de *infinitos* males.

Peligro y vicio abrazan ambos modos:
Fiar de todos y dudar (1) de todos.
Tal hay que anhela al oro forastero,
Prófugo en desterrados (2) horizontes,
Encorvado á la tierra con acero,
Humeando sudor, desnudo Brontes.
Para premiar deseos de heredero,
Turba la paz al seno de los montes,
En hondos arrabales del Averno,
Más que del sol, vecinos (3) del Infierno.
Tal ambicioso, en cortejante empleo,
Á una deidad humana (útil esclavo)
Á hurto sacrifica con rodeo,
Ayudando á la rueda con un clavo;
Mas al granar los fructos del deseo,
Hondo y grave, le habla como pavo;
Que escrúpulos se abrigan en las martas,
Piadosas en cocar cuando están hartas.
Otro claro señor (¡si está al trasfloro!),
Como compró el gobierno y señorío,
Siega de la ciudad las mieses de oro,
Hecho hoz en los propios su albedrío.
Hace invisible el público tesoro;
Sobre este jaspe frigio, grueso y frío,
Descansa la ciudad su peso grave.
¡Mal piloto, pirata de tu nave!
Campo heredado, fértil si pequeño,
Rinde á mi propia industria fruto y palma,
Y olvido el oro, que le roba al dueño
Sueño á los ojos y sosiego al alma.
Sosiego al alma y á los ojos sueño
En ámbares granjeo en esta calma,
Y las napeas, porque no recuerde,
Tejen lindes al sol de estorbo verde.

(1) En el *Elogio...*, por errata, y *de* dudar.
(2) En el códice de Sevilla, en *desiguales*.
(3) *Ibid.*, *vezino*.

Á olvidos apacibles me provoco;
Y, dando el píleo á pensamientos presos,
Ofendo mucho Abril en lecho poco
Y depongo el gobierno en los cantuesos.
Vengan apriesa, ó vengan poco á poco,
No salgo á recebir á los sucesos;
Bástales la malicia de sus horas:
No anticipen crepúsculos ni auroras (1).
Siervo de la cudicia y del deseo,
Tabla breve abracé, madre piadosa;
Despreciôme el abismo por trofeo;
Vecindad fuí del cielo (2) sospechosa;
Bebí la saña del azul Nereo,
Y, por yerro, una máquina espumosa
Me escupió, al fin, por afrentar al puerto,
Y escapé, ni bien vivo, ni bien muerto.
Enjugando la ropa en esta playa,
Te demarco las sirtes enemigas,
Porque, si no segura, cauta vaya
Esa movible poblazón de vigas.
Lo que es leño en la mar, es aquí haya;
Aquí eres dueño del que allá te obligas
Á fatigar con ruegos los oídos,
Tan bien votados cuanto mal cumplidos.
¡Oh Soledad, del bien acompañada,
Y así, de la ambición mal conocida!
Si en la ciudad se abrevia mal lograda,
Bien lograda se alarga en ti la vida.
Restitúyase á sí (3), tan bien ganada
Cuanto se hurtó en Corte, mal perdida:
Por hallarme, te busco sin estruendo;
Venza otro peleando; yo, huyendo.

(1) En el códice de Sevilla:

Bástales la malicia de sus *ratos;*
No me espanten los cisnes ni los patos.

(2) *Ibid., á los cielos.*

(3) Al fin del *Elogio..., assí.*

¡Oh pacífica tregua del suspiro,
Que, de rústica Flora coronado,
Ahogos cefirizas con respiro,
Restitución del ánimo apurado!
Novedad (1) de los años, ¡oh Retiro!
No me hallé (2) más bien acompañado
Que solo, ni, en tus felpas de reposo
Menos ocioso estoy que estando ocioso.
Rendir á Dios y á la razón los bríos
Y al ánimo los varios acidentes
Pomos son destos árboles sombríos;
Néctar son que distilan estas fuentes.
Más debo que cristales á estos ríos,
Y más que flores debo á estas corrientes (3),
Porque á esotros negocios hace el ocio
Ser episodios (4) del mayor negocio.
Cifrado, pues, del bosque en verdes paños (5),
Sobresalto la paz del conejuelo,
Que acecha de las flores los engaños,
Árbitro de los vientos su recelo;
Mas, intimándole el temor los daños *(sic)*
Y cometiendo la sospecha al vuelo,
Se ve alcanzado el vuelo y la sospecha,
Á un tiempo, de los ojos y la flecha.
Mucha parte en el cielo aquí se tiene:
No de techo impedido de artesones;
Tarde la noche y presto el alba (6) viene;
Todo es licencias; todo es ocasiones.

---

(1) Al fin del *Elogio...*, *Juventud.*
(2) En el códice de Sevilla, No me *hallo.*
(3) *Ibid.*:

Más que ámbar y carmín á estos orientes

(4) *Ibid.*, Ser *epiçiclos.*
(5) *Ibid.*:

Cifrado *en los* del bosque verdes paños.

(6) *Ibid.*, *la* alba.

Yo, en las que mi heredad planas contiene
(Pautados á compás largos renglones),
Con oro escribo, y mucha Ceres leo,
Y respuesta recibe mi deseo.
  Céfiro dulce, con error florido,
Persüade en retórica (1) idioma
Fecundas tiranías al sentido;
La vista embarga, si los pasos toma.
Sueños enseña y solicita olvido
Desvanecida erudición de poma,
Y Mayo disüade las congojas
Con tantas lenguas cuantas viste hojas.
  Con pincel y colores lisonjeras
Copia lo natural de la pintura,
En muchas tablas, muchas primaveras;
La hermosura venciendo á la hermosura.
Pintoresco estofado, por las eras,
Períodos construye de verdura,
Y Pomona, que engaños aconseja,
Con sobresaltos de cristal corteja.
  De saeta de aljófar ofendido,
Que le alcanzó con paso medio humano,
Apela el forastero inadvertido
Á rayos, que divierte con la mano.
En blandos nudos de cristal prendido,
Falsos refugios solicita en vano;
Que en corte de zafiros y esmeraldas
Aun no tiene seguras las espaldas.
  Tú que campañas de los vientos huellas (2),
Fuente que manas de esmeraldas finas,
Ó presumes morar con las estrellas,
Ó gigante, de aljófar las fulminas;
Si no es que, por bañarte en auras bellas,
Á sus mares helados te avecinas,

(1) En el códice de Sevilla, en *retórico*.
(2) *Ibid.*, de los *aires*.

Ó en cuna de alhelís la tierna Aurora
Nace riendo y sobre el cielo llora.
Tú, Filomela (1), acentuando llamas
(Durmiendo el sol en pabellón de espuma),
Distilada en lisonjas te derramas,
Sin que el fuego que cantas te consuma.
Cometes (dulce lengua de las ramas)
Más fugas con la voz que con la pluma,
Y desperdicias (2) quejas de cuñada,
Que deja de ser culpa en bien cantada.
Fuente que el peso de los montes suda,
Que inventa sed, annal de varia historia,
Habla (3) en sus labios elocuencia muda
Y tomo sus discursos de memoria.
Gozo en su margen, cultamente ruda,
En diversas bellezas igual gloria,
De su doctrina (4); fructa que es tan bella,
Que ojos, manos y gusto comen della.
Si ésta, pues, Soledad merecimientos
Te da que la conozcas y recibas,
Con palio aplaudirá tus escarmientos
Cuando en cartas de troncos los escribas.
Árboles, moradores de los vientos,
Vivos pliegos serán de letras vivas
Que hablen en tarjeta vividora:
«Mal principio atajado, el fin mejora.»
Saldráte á recebir en azahares,
Mil pasos el jardín; la bienvenida
Cortés le volverás, cuando llegares
Brindándole á las eras la bebida.
El gusto cebarás en los manjares
Y rendirás la hambre á la comida (5),

(1) En el códice de Sevilla, *Filomena.*
(2) En el *Elogio...*, por errata, *despredicias.*
(3) En el códice de Sevilla, *Prla.*
(4) *Ibid.*, *dotrina.*
(5) Falta este verso en el códice de Sevilla.

Y cohechará Otoño tu licencia,
Si á sus varas les tomas residencia (1).
Cuando abeja ignorare, argumentosa,
(Recién nacido Abril) la miel florida,
Librea estrenarás, que Flora hermosa
Tejerá, de lisonjas construída:
Porque, rompiendo su prisión la rosa,
En impaciente grana divertida,
Madrugará esperanzas de aquel cuerno
Que restituye robos del ivierno.
Ya que, pía de Juno hecho el prado
(Oprimidos con lilios tus cabellos),
Se convide al vivir sin ser llamado,
Verás tus dichas en sus ojos bellos.
Tras ti se irán las aguas y el ganado,
Oyendo versos, y admirando en ellos
Alabanzas del gusto con que vives
Volviendo al Cielo cuanto dél recibes.
Cuando en brocado azul, de ciento en ciento (2),
Brille la noche trémulos diamantes,
Altere la floresta tu instrumento;
Emperece al arroyo cuando cantes.
De las piedras el mal acogimiento
No murmure con labios espumantes,
Tal, que te alabe en ámbares la selva,
Y Eco, en usuras, á cantarte vuelva.
Cuando en carro de rosas (3) viene el día,
Con sencillos cuidados te levantas,

(1) Los seis primeros versos de esta octava son, con leves variantes, los seis primeros de otra, la décimatercia, de la *Soledad de Pedro de Jesús* (pág. 74):

Cuando tu huerto, ya sin sol, regares,
Brindándole á las eras la bebida,
El gusto cebarás en los manjares
Y rendirás la hambre á la comida.
Mil pasos entre calles de azahares
Al rosario darás por despedida...

(2) Al fin del *Elogio:*

Cuando *de mil en mil y* ciento en ciento.

(3) *Ibid.,* de *rosa.*

Á los aires trasladas tu armonía
Y, con la lira (1) trebejando, cantas (2).
La selva, de cambiante argentería
Errores danza con inmobles plantas,
Y abejas hiblas (3), despertando flores,
Te dan los buenos días con olores.
Ya que en nuestro zenit el sol subido,
En fil de las dos metas pesa el día,
Y las sombras mayores se ha bebido
Con labios de bochorno y de sequía,
Cuando ni el aire está más encendido
Ni la fuente diáfana más fría,
Y el novillo, con media luna breve,
Botes al viento tras la mosca embebe,
De un arcabuco en mal distinta gruta
Te hurtarás, do el musgo en barbas medra,
Y de conchas aradas tela bruta
Desmiente infamias de la tosca piedra.
Alcoba fresca ocuparás enjuta,
Que ostente ingrata vecindad de yedra (4),
Elicrisos y azándares el lecho;
Racimos de carámbanos el techo.
Pródigo de regalos, pues, el viento,
Con el peso las ramas humillando,

(1) En el códice de Sevilla, *harpa*.
(2) En la octava décima de la *Soledad de Pedro de Jesús* (pág. 74):

Cuando en carro de rosas venga el día,
Aquí cantando himnos te levantas
Y á los aires trasladas tu armonía,
Trebejas con la arpa y psalmos cantas...

(3) En el códice de Sevilla, *Hiblias*.
(4) La octava duodécima de la otra *Soledad* (pág. 74):

En desiguales cuadras de una gruta
Do el culantrillo y musgo en barbas medra,
De aradas conchas y de tela bruta
Viste rico gabán de tosca piedra.
Aquí te irás á una alcobilla enjuta
Que el pavimento es jaspe, el tapiz yedra...

Nectáreo honor desfrutarás contento,
Los riegos en almíbares cobrando (1);
El firme de las hojas movimiento (2)
Beberás en la fuente, alimentando
El ocio en plateadas alamedas,
Que fingen que se van, y se están quedas.
Ven y verás por estos valles frescos
Ensortijados lazos y follajes;
Porfiando, argumentos arabescos;
Difiniendo, cogollos y plumajes;
Chórcholas de subientes (3) y grutescos
Prender espigas, trasflorar (4) celajes;
Prósperos tallos de elegantes vides
Trepando en ondas el bastón de Alcides (5).
No buscar, escoger amigos ciento
Puedes: Platón y Séneca son buenos;
Y si los pasas al entendimiento,
Tuyos serán sus libros, que no ajenos.

---

(1) Como en la octava décimaséptima de la *Soledad de Pedro de Jesús* (página 75):

Ámbar hurtando de tu huerto al viento,
Con el peso las ramas humillando,
Nectáreo honor disfrutarás contento,
Los riegos en almíbares cobrando.

(2) Así al fin del *Elogio...* y en el códice de Sevilla. ¡Qué desmedido amor á las transposiciones violentas! ¡Cuánto mejor habría sido escribir, más á la llana, aun pasando por una leve cacofonía y un sencillo hipérbaton,

De las hojas el firme movimiento,

ó siquiera,

El de las hojas firme movimiento!

(3) En el códice sevillano, por yerro, *de sus bienes.*

(4) En el *Elogio...*, *trasfolar.*

(5) Es, casi á la letra, la octava novena de la otra *Soledad* (pág. 73):

Ven y verás por estos valles frescos
Ensortijados lazos y follajes
Y, brillando, floridos arabescos
Prender espigas, trasflorar celajes;
Estofados subientes de grutescos
Arbolando cogollos y plumajes;
Prósperos tallos de elegantes vides
Trepando en ondas el bastón de Alcides.

Redes, lazos y anzuelos te consiento,
Pues no vendrá la perfeción á menos;
Que si ocio estéril sin obrar te halla,
Será trocar pasión, y no curalla.
  La memoria (1), la patria y el amigo
Déjate allá, sin más correspondencia;
Que al que no trae su corazón consigo
Poco importa el lugar, ni hacer ausencia
Si introduce gran mal no gran postigo,
En tu salud no hagas experiencia;
Mas, sin romperle la cubierta al pliego,
Sepa las nuevas de tu tierra el fuego.

(1) En el códice de Sevilla, *Los cuidados.*

PSALMO

DE PENITENCIA, IMPOR-

tantiſsimo para alcançar perdon de
los pecados

Al Excelentiſsimo Señor don Manuel Alonso Perez de Guzman el Bueno 8 Duque de Medina Sidonia, Marques, y Conde, Capitan General del mar Oceano, i coſtas de Andaluzia, de la inſigne orden del Tuſon de oro, del Conſejo de eſtado, y guerra de ſu Majeſtad, &c.

¶ Pedro Eſpinoſa, ſu Capellan, i Rector del Colegio de San Ileſonſo



Impreſſo en Sanlucar de Barrameda por
Fernando Rey, Año de 1625.

Señor Excelentísimo:

Habiéndome V. Ex. mandado le escribiese este Psalmo (suyo por mi obediencia, por mis deseos, y por mis obligaciones), se le consagro, por útil lisonja de mi voluntad. Suplico á V. Ex., pues él ha merecido sus manos, merezca yo sus pies: que ni puede tener más dicha, ni quiero tener más honra. Guarde, etc.

Pedro Espinosa.



PSALMO (1)

Cristo mi Redemptor, Cristo mi padre,
Aquí, al amparo de la Virgen pura,
Madre tuya y mi madre,
Lloro tu ofensa, que es mi desventura;
Mis culpas lloro, lloro mi locura.
¡Ay, quién pudiera desandar lo andado,
Y no haberte ofendido!
Arrepentido estoy, arrepentido,
Mucho mucho, mi amado.
Señor, yo seré bueno (2);
Perdona mi pasado desvarío:
¿Qué cuesta un sí, Dios mío?
De males yo, Tú de piedades lleno,
Bien me viene; Tú padre, yo culpado,
Al que costó tu sangre no condenes:
De tu muerte soy bienes;
No quiebres la hechura de tu dedo *(a)*;
Eche en amar (3) lo que me lleva el miedo.

---

(1) Las notas que se llaman por medio de letras irán al fin de esta poesía.

(2) Falta este verso en el original impreso.

(3) En la segunda de las tres copias de esta composición que contiene el códice de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla, fols. 296, 305 y 328, *echa* en *amor*. Sa-

Ya caí, ya me pesa;
De Ti me he de abrazar, de Ti confío *(b)*;
Yo contigo te pago sobremesa;
Sobrellévame ahora, Padre mío.
¿Quién busca á Dios, si Dios no lo convida *(c)*?
¿Dasme el buscarte? Dame el merecerte;
Y, pues tu muerte es precio de mi vida,
Sea mi vida precio de tu muerte *(ch)*.
Dame el amor, pues quieres ser amado;
Ame yo al que me amó más que á su vida;
Al que redimió más que yo he pecado *(d)*;
Al que, siendo su ofensa mi caída,
Se dió por obligado
¡Dichosa culpa! á remediar mi culpa.
Más que debo pagaste, y no soy pobre
Mientras tu caridad fuere infinita;
Eso es copiosa redención: que, sobre
Caridad demasiada, no limita
Lo que yo con mí mismo no hiciera,
Y contarse pudiera
Mi mal, no tus piedades.
Pues ¡oh Tú, robador de voluntades!
Suceda á mis temores tu alabanza;
Que no temo enemigo,
Padre, si estás conmigo,
Y á ninguno ha engañado tu esperanza.
Si condenas, perdonas;
Llamas para cenar con quien te abriere,
Siendo Tú el ofendido;
¡Oh caudal de mi amor! yo, arrepentido,
Protesto tu clemencia:
Á los tigres me entrega (1); no á tu ausencia.
¿En dónde hallaré otro que tal sea,
Para amar tan hermoso,

caré las variantes de las dos primeras, y no de la tercera, que, sobre estar falta de muchos versos de su final, parece copia de un borrador harto defectuoso.

(1) En la primera de las dichas copias, *entriega*.

Y para mis pecados tan piadoso?
Mi alma te desea,
Dios, mi heredad, misericordia mía,
Dios de mi corazón, Dios, mi alegría;
En Ti mi amor se emplea.
Mi hacienda colmada
Es pecados y nada;
Y como soy peor de lo que alcanzo,
Así Tú eres mejor de lo que entiendo.
Cese nuestra discordia (1),
Pues en huir te ofendo;
Que tu misericordia
Es según tu grandeza (2),
Y á Ti es propio usar della con largueza.
Sobre todas tus obras tiende el vuelo;
Está llena la tierra, y puebla el Cielo *(e)*;
Y ésta, eres buen testigo
Que es todo el bien de Dios para conmigo.
No pecaré, fiado en tus piedades *(f)*,
Ni desesperaré por mis pecados *(g)*,
Que es cerrar el remedio á mis maldades.
Ya sé, ya sé un secreto
Bien fácil y discreto
Con que dejes mis males olvidados:
Ya sé, ya sé que quieres
Corazones contritos y humillados,
Y el pecador, que se convierta y viva,
Pues por su vida mueres;
Ni yo quiero que en mí tu sangre pierdas,
Mas con la mía mi dolor se escriba,
Ni ver libre mi cuello de tus cuerdas *(h)*.
Del que temo confío,

(1) En el original impreso, por errata, *discorda.*
(2) En la segunda copia aparece endecasílabo este verso:

Es *infinita como* tu grandeza.

Pues siguen tus banderas,
¡Oh dulce Cristo mío!
Publicanos, ladrones y rameras.
  Mi Dios, tu amor deseo;
Más gloria ganas mientras más perdonas:
Haciendo de tu sangre más empleo,
Mi perdón multiplica tus coronas.
¿Cómo podrás negarte á mi esperanza,
Más herido de amor que de la lanza?
¿Cómo huirás adentro,
Cuando vengo á buscarte (1),
Pues saliste al encuentro
En el Huerto á los que iban á matarte?
Si te diste á cadenas,
¿Huirás de un corazón de amor herido?
No eres uno en la tierra, otro en el Cielo;
Al que te da posada en sus entrañas,
¿No le darás posada Tú en tu Reino?
¿Te olvidarás del pecho en que posaste,
Si liberal me diste
Cuanto Tú mereciste,
Y no lo has menester para otra cosa?
¿Qué mucho, pues me tienes á tu mesa,
Me des por postre el Cielo,
Pues esto más estriba
En tu bondad que en mi merecimiento (2)?
Para mí son tus penas (*i*)
Y cuanto has padecido:
Pues ¿de qué me recelo?
¿Por hombres muerto, y tus piedades dudo?
¿Quién jamás decir pudo
Que te llamase triste,
Mi Cristo, y no le oíste?

---

(1) En la segunda copia:

Ahora que vengo á *honrarte.*

(2) Este verso y los nueve precedentes faltan en la segunda copia.

¿Quién en alguna parte
Te buscó sin hallarte *(j)*?
En amorosas llamas,
Importunas contigo: á todos llamas (*k*),
Y tras de un alma se te van los ojos;
Buscas por los caminos mancos, cojos,
Para ser convidados,
¿Y del alma huirás que darte quiero?
Mansísimo Cordero,
Que quitas los pecados (*l*),
En Ti he de confiar, aunque me mates (*ll*);
Tú has de ser ya mi amor y mis cuidados (1);
Y pues mi perdición no es tu provecho,
Sea mi merecimiento tu clemencia,
Si no es satisfación mi penitencia;
Tu caridad en mí más se descubra:
La multitud de mis pecados cubra.
Si tienes tanta gana, Dios, de darte,
Que no pides por Ti más de quererte,
Y, en queriendo, te tiene el desearte,
Concédete al deseo de tenerte;
Porque Tú no eres yo, hombrecillo estrecho,
Que no doy á quien no me da provecho,
Y no tengo virtud ni entrañas buenas
Para saber sufrir faltas ajenas
Y tachas tan menguadas;
Mas Tú buscas las cosas desechadas
Para hacer de tu bondad empleo.
Fuego que arde en el agua, á Ti deseo;
Si á mí falta bondad, á Ti te sobra;
Y harto necio fuera,
Si, porque haces mucho, no creyera,
Ó, por prometer mucho, no esperara.
Ten tu muerte en memoria,
Dios de todo consuelo,

(1) En el original impreso, sin la conjunción.

Pues que tu sangre es precio de mi gloria.
Al fin vengo, aunque tarde;
No darás mal por mal; para Ti apelo (*m*);
Tu Majestad aguarde;
Oye, escucha, mi Dios, bondad sin tasa,
Pues cuando te dejé no me dejaste (*n*),
No has de dejarme ahora que te quiero
Pues que tu Apóstol dice
Que no cae en vergüenza la esperanza (*ñ*),
¿Quedaré arrepentido ó engañado
De haber en Ti, Dios mío, confiado (*o*)?
Si mientras más confío,
Más te sirvo, Dios mío,
¿Esperaré de Ti pequeños bienes?
Cuando (1) me ofreces todos cuantos tienes,
¿He de sentir de Ti mezquinamente (*p*)?
¿Pereceré de sed, si Tú eres fuente (*q*)?
¿Cuando te busco Sol, estaré ciego (*r*)?
¿Estaré frío, pues me llego al fuego (*rr*)?
¿Cairé arrimado á Ti, ó estaré pobre,
Teniendo en Ti más bienes que en mí males (*s*)?
Pues tanta sangre, y por tan altos modos,
Derramaste por mí como por todos (*t*),
Por los ángeles no, por mí moriste (2),
Y, comiendo en las bodas, mereciste
Más que Juan ayunando en los desiertos.
  Ya conoces mi masa (*u*);
Pecadores llamaste (*v*):
Ya vengo yo el primero,
Lloroso á tu presencia;
¿Podrán mis culpas más que tu clemencia? (*w*)

(1) En el original impreso, *Cuanto*.

(2) Así en el impreso; pero en el ejemplar que fué de Gayangos y que hoy pára en la Biblioteca Nacional, R, 10.514, un lector que corrigió cuidadosamente cuantas erratas halló en el *Psalmo*, enmendó aquí sobre el *no*, y dice, con más acierto teológico que buen oído poético:

Por los ángeles *sí y* por mí moriste.

¿Tu bondad venceráse de mis males?
¿Querrásme desmayado, y no animoso (*x*),
Ó que piense medroso
Que para culpas tales
El mar de tus piedades se ha agotado (1),
Ó que tu gracia es cosa merecida,
Ó no eres ya resurrección y vida (*y*)?
No hay tal: porque no hubiera
Santo en la empírea esfera
Si sin misericordia lo juzgaras (2).
Tú no buscas amigos (3) sin pecado (*z*);
Tu caudal es amar y ser amado,
Y cuanto yo pequé Tú redimiste,
Porque de no morir fuera excusado.
Mi Dios, Tú me hiciste (4),
Tú veniste á buscarme;
De mí es perderme, y Tuyo es el ganarme (*aa*).
Mil veces me compraste:
Tu gloria es que te goce y no te pierda,
Y no pierdas en mí lo que ganaste.
¿Tienes Tú en este mundo algunas flores
En que poner los ojos,
Sino en los pecadores?
Tus deleites ¿no son estar con ellos (*bb*),
Consumiendo tu amor tantas razones
Que hay para aborrecellos?
¡Oh toda mi esperanza!
Lo muy sobrado pido, aunque precioso;
Llamando, amor no sabe de tardanza;

(1) En la segunda copia:

Ya tu misericordia se ha agotado.

(2) En el original impreso, *la*.
(3) En la primera copia, *amigo*.
(4) En la primera copia sigue á éste otro heptasílabo, que á todas luces sobra:

Y Tú me redimiste.

La costa tienes hecha (1), Dios piadoso;
No pido yo lo que en sudor se alcanza:
No cruz, clavos ni lanza;
Mas para que mi gloria se confirme (2),
Yo llamar, y Tú oirme:
¿Dejarás de hacer cosa tan corta,
Que nada cuesta y el vivir me importa?
Lo más me has dado en Ti; lo menos pido,
Que es Cielo, arrepentido.
¿Á los vientos subtiles
Darás harina, al vuelo,
Y avaro guardarás cenizas viles
En preciosos viriles?
¿Largo en tu sangre, y corto en dar el Cielo?
¿Tu cuerpo me darás, y no tu gloria?
¿Tendrás el Cielo para mí cerrado,
Cuando me abres la puerta del costado?
No es así, pues enseñas
Antes dar cosas grandes que pequeñas,
Y yo soy buen testigo
Que usas más del perdón que del castigo;
Y, pues del hombre cobras
Más en amor que en obras,
Mira que eres la lumbre de mis ojos;
Y si eres mi amistad, ¿qué temo enojos (3)?
  Rebelde fuí á tus órdenes é ingrato;
Mas á Jonás, Señor, sobrellevaste,

(1) En el original impreso, por errata, *hecho*.

(2) En las copias primera y segunda, es heptasílabo este verso:

Mas para *redimirme*.

(3) En la segunda copia no se hallan los versos que aquí siguen, de seguro añadidos después, y de éste pasa á los siguientes, que le sirven de final:

Mi vida, Cristo mío,
En Ti, piedra, me fundo;
Fuego, enciende mi frío;
Florido Abril jucundo,
Yo y tigo, todo al todo, y no hay más mundo.

Rebelde á tu mandato.
Adoré las estatuas de mi yerro;
Á Aarón perdonas, que adoró un becerro.
Si culpa escandalosa fué mi vida,
Á David perdonaste,
Adúltero, homicida.
Si caí de amor torpe en la cadena,
Perdón tuyo alcanzó la Madalena;
Mas si te he perseguido y ultrajado,
Te represento á Pablo perdonado;
Si he robado, á Zaqueo;
Si te negué, Señor, con juramento,
Á Pedro con perdón te represento;
Si usurario me veo,
Represento á Mateo;
Si te crucificó mi desatino,
Perdón diste á Longino.
Todo eres caridad, Dios infinito,
Y así sobreabundó tu gracia tanto
Donde abundó el delito.
¡Oh Santo, Santo, Santo!
El mismo eres ahora que antes fuiste;
Nunca de perdonar te arrepentiste (1),
No porque culpas quieres,
Sino porque infinita bondad eres.
No confiar en Ti es irremisible,
¡Y no lo fué matarte una canalla
Con muerte tan terrible (2)!
Sólo el desconfiado no te halla,
Pues niega de obra tus entrañas pías,
Y que su culpa quieres perdonalla.

---

(1) En el original impreso y en la primera de las copias, *De perdonar nunca;* pero así no es verso, ó lo es harto malo, por falta de la cadencia necesaria.

(2) En la primera copia:

Y no lo *es el venderte á* una canalla
Que te dió, Señor, muerte tan terrible.

Perdóname, Señor, pues que lo menos
Que hay en Ti de bondad es más, sin cuento,
De lo que pensar puede el pensamiento.
Ante Ti se deshacen los pecados
Presentes y pasados,
Como la niebla al sol, la cera al fuego.
Concédete á mi ruego;
Que si Dios es tu padre,
Eres hombre conmigo:
Por mi causa la Virgen fué tu madre:
De mi fragilidad eres testigo,
Y tengo por fe que eres
Como te he menester; que aunque mis males
Son tantos y son tales,
Puedes, sabes y quieres
Sanarme: Tú, que dices á altas voces:
«Venid todos á Mí, los muy cargados
De culpas, sanaréis, desafuciados.»
Vengo: sáname ya, Tú, que decías
Á los que murmuraban que comías
Con pecadores y con publicanos:
«No han menester al médico los sanos;
Los más enfermos sí»; y de aborrecellos
Estás, Señor, tan lejos,
Que te gradúas de doctor por ellos.
Y en San Pablo me fundo,
Que dice ¡oh Cristo! que veniste al mundo
Á hacer salvos á los pecadores.
Pecador soy, luego por mí veniste;
Sáname, cumplirás lo que dijiste;
Si no quita los males y dolores,
Será superfluidad la medicina;
Si no hubiera pecados de por medio,
No había á qué venir (1) con el remedio;

(1) En el original impreso, No había *de* venir.

Y á Ti, bondad divina (1),
Del Cielo te trajeron
Pecados, sí, que no merecimientos.
  En tu mano (2) me pongo:
Todos verán cuál quedo de tu mano;
Corta y abrasa, porque quede sano;
Vida y resurrección yo no te impida (3):
Sé para mí resurrección y vida (4).
Á Ti vendrán los malos
Por la salud perdida,
Y con la mía volará tu nombre.
Sólo te represento que soy hombre;
Tú, mi Padre y mi Dios; y, pues pretendo
Vida, en tus manos, Padre, me encomiendo.

---

(1) En la primera copia, *ciencia* divina.
(2) *Ibid.*, en *tus manos.*
(3) En el original impreso, *impido.*
(4) En la primera copia, en lugar de este verso y los tres anteriores, se lee:

Todos verán cuál quedo de *tus manos;*
Que no eres matasanos,
Sino resurrección y *eterna* vida.

OTRAS NOTAS AL PSALMO

Como dije en el estudio acerca de Espinosa (pág. 351), en el códice de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla, al margen de la segunda copia de la composición que antecede, hay diversos textos latinos, de letra que me parece de nuestro escritor, y de los cuales, á trechos, es paráfrasis el *Psalmo*. Algunos de tales textos no pueden leerse enteramente, por haberlos mutilado el encuadernador, con lo que no á humo de pajas llaman *guillotina* los del oficio; en otros se omitió la cita de los lugares á que corresponden. He restituído los pasajes y suplido, hasta donde pude, estotra falta.

(a) *Operam manuum tuarum ne despicias.* (Ps., 137, 10.)
(b) *Habe fiduciam in Domino ex toto corde tuo.* (Prov., 3, 4.)
(c) *Deus meus, misericordia ejus præveniet me.* (Ps., 58, 12.)
(ch) *Propitiationem per fidem in sanguine ipsius, ad ostensionem justitiæ.* (Ad Rom., III, 25.)
(d) *Prestabilis super malitiam.* (Joel, 2, 13.)
(e) *Misericordia Domini plena est terra.* (Ps., 32, 6.)
(f) *Ne dicas miseratio Domini magna est.* (Eccl., 5, 6.)
(g) *Si desperaveris lassus in die angustiæ, inminuetur fortitudo tua.* (Provervios, 24, 10.)
(h) *Tollite jugum...* (Math., 11, 29.)
(i) S. Bern., Serm. 61.
(j) *Invenerunt qui non quæsierunt me.* (Isaías, 65, 1.)
(k) *... et quoscumque inveneritis, vocate &a* (Math., 22, 9.)
(l) *Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi.* (Joan., 1, 29.)
(ll) *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* (Job., 13, 15.)
(m) *... secundum iniquitates nostras retribuit nobis.*
(n) *Si enim cum inimici essemus, reconciliati sumus Deo per mortem filii ejus: multo magis reconciliati, salvi erimus in vita ipsius.* (Ad Rom., V, 10.)
(ñ) *Spes autem non confundit.* (Ad Rom., V, 5.)
(o) *Nullus speravit in Domino, et confusus est.* (Eccl., 2, 11.)
(p) *Non est confusio confidentibus in te.* (Dan., III, 40.)
(q) *Quoniam apud te est fons vitæ.* (Ps., 35, 10.)—*Sitivit anima mea ad Deum fortem vivum.* (Ps., 41, 3.)—*Haurietis aquas in gaudio de fontibus salvatoris.* (Isaías, 12, 3.)
(r) *Et orietur vobis timentibus nomen meum Sol justitiæ.* (Malach., 4, 2.)
(rr) *Quia Dominus Deus tuus ignis consumens est.* (Deut., 4, 24.)
(s) *Accedite ad eum, et illuminamini.* (Ps., 33, 6.)
(t) *Tantum pro singulis quam pro omnibus morietur.*
(u) *Quoniam ipse cognovit figmentum nostrum.* (Ps., 102, 14.)
(v) *Non veni vocare justos, sed peccatores.* (Math., 9, 13.)
(w) *Prestabilis super malitiam.* (Joel., 2, 13.)
(x) *Noti esse pusillanimis in animo tuo.* (Eccl., 7, 9.)
(y) *Salvas gratis.—Ego sum resurrectio et vita.*
(z) *Non veni vocare justos, sed peccatores.—Si dixerimus quod peccatum non habemus.* (Joel, 3.)
(aa) *Perditio tua Israel ex te.* (Oseas, 13, 9.)
(bb) *Delitiæ meæ, esse cum filiis hominum.* (Prov., 8, 31.)

OBRAS EN PROSA

ESPEIO DE

CRISTAL.

Al Excelentiſsimo Señor don Manuel Alonſo Perez de Guzman el Bueno 8 Duque de Medina Sidonia, Marques, i Conde, Capitan general del mar Oceano, i coſtas de Andaluzia, del Conſejo de Estado, i Guerra de ſu Mageſtad, de la inſigne Orden del Tuſon de oro, &c.

PEDRO ESPINOSA SV
Capellan, i Rector del Colegio
de ſan Ilefonſo



Impreſſo con licencia en Sanlucar de
Barrameda, por Fernando Rey,
Año de 1625.

Excelentísimo Señor:

De cuanto V. Ex. heredó, sólo ha hecho suyo el nombre de *Bueno*, y lo mismo es decirle Bueno que llamarme dichoso; y así, es imposible ponga linde á mis demostraciones, pues V. Ex. no la pone á mi dicha. Suplico permita que las muchas mercedes que de V. Ex. recibo, ya que no pagadas, sean correspondidas, admitiendo este *Espejo*, que se labró en mi desierto, no por desempeño de obligaciones, sino en reconocimiento de mis deudas, pues no permite ocio el agradecimiento.

B. L. P. D. V. Ex.,

el menor de sus capellanes,

PEDRO ESPINOSA.



✠

Caminando un Mercader por una montaña, perdido el camino, vino á dar en una selva, donde halló á un Ermitaño consumido con la vejez, al cual preguntó en qué se ocupaba en aquella soledad. Respondió el viejo: «Treinta años ha que estoy aquí aprendiendo á morir.» Dijo el Mercader: «Superflua cosa me parece aprender á morir el hombre mortal»; y rogándole [le] enseñase el arte de bien morir, se sentaron á la sombra de unos árboles, y el Ermitaño comenzó á decir:

No es otra cosa aprender á bien morir que guardar los mandamientos de Dios y huir los pecados.—Aquél sabrá morir que pensare que el día presente es el último de su vida.—El fuego de la caridad se conserva con la ceniza de la sepultura.—Nadie piense que la penitencia es cosa cualquiera, que cuando quisiere la sacará del seno. Con tiempo es menester granjearlo.—En aquella hora de desengaños diferentemente se juzgan las cosas que en salud.—Allí se tiene por vanidad lo que ahora por cordura.—La memoria de la muerte es para hacer ahora lo que entonces quisiéramos tener hecho.—Así como la cosa más ligera es el pensamiento, la más fuerte la necesidad, la más hermosa el mundo, la más sabia el tiempo, la más preciosa el entendimiento y la mayor el corazón del hombre, así la más terrible y espantosa es la muerte, y la ma-

yor ciencia, aparejarse para bien morir, y no hay cosa más olvidada.—Pues para llorar mis pecados, porque la muerte no me halle desapercebido, para granjear virtudes, pues el tiempo de merecer es tan breve, y para despreciar todo lo criado, con deseo de unirme á mi Criador, pudiera aprovecharme de los recuerdos siguientes:

Velad, porque no sabéis el día ni la hora.

Huye la dilación y la penitencia apresurada.

No aguardes á comenzar vivir á cuando quieras morir, porque antes de comenzar no dejes la vida.

No tengas ocupación que á la hora de la muerte no te pueda aprovechar.

Tanto más dispuesto has de estar para ir, cuanto más ignoras la hora en que te llamarán.

Pues no tienes hora cierta, la hora en que estás debes tener por última.

De cuanto ahora haces caso, mira si á la hora de la muerte te será de provecho.

La hora de la muerte es incierta, porque sea sospechada; inórase un día, porque se guarden todos.

Si la vida es incierta y la muerte cierta, ¿para qué juntas tantas cosas para la vida, y te olvidas de la muerte?

Trátate como huésped y peregrino en la tierra, á quien no le va nada en los negocios del mundo.

El día, el lugar y el modo de la muerte es ocultísimo á todos los hombres, y manifiesto á solo Dios.

Muchos hay en el Infierno que murieron con propósito de hacer penitencia.

Simpleza es creer que no he de morir sino cuando esté en el mejor estado de mi vida, pues Saul y Judas nunca fueron tan malos como cuando murieron.

No hay paso del Infierno al Cielo, ni del Cielo al Infierno.

Cruel cosa es quitarle á los niños el pan y al alma la memoria de la muerte.

Muchas veces no sabemos lo que somos; mas la muerte nos lo dice.

Ensáyate muchas veces para morir, porque con grandes letrados lo has de haber.

Día vendrá que, amanecido, no te anochezca, ó, anochecido, no te amanezca; y este día no puede tardar.

No te podrás mudar del estado en que murieres.

Aunque no halles pecados en ti, puede ser que Dios los halle, porque son muy diferentes sus juicios de los nuestros.

¡Oh, cuán inorante es quien trueca por gusto breve gloria eterna! Como lo sería quien trocase un reino por un desierto, en el cual tuviese dominio no más de mientras va corriendo por él.

Suma locura es vivir en el estado que no quisieras morir; si no quieres morir soberbio, ¿por qué te atreves á mantener pompa mundana? Y si no quieres morir rico, ¿por qué mueres por no ser pobre? ¡Oh engaño público de los hombres! ¡Oh locura general de los hijos de Adán!

El Apóstol dice: «Después de la muerte temporal resta el juicio.»

Hoy es el hombre; mañana no parece: en quitándolo de los ojos se va presto del corazón.

Dos bienes son propios de la memoria de la muerte: desprecio del mundo y diminución de pecados.

A los que el demonio perdió en la vida suele tornar á ganar en la muerte.

Después de muerto no hay merecer.

Haz ahora un firme propósito de no dejar perder punto de tiempo, ni pasar ninguna ocasión de aprovechar, no te prives del buen día.

Acuérdate de la muerte repentina.

Para la enfermedad, que puede ser la postrera, busca confesor bueno y letrado; que si no es tal y no haces diligencia, estás en evidente peligro de condenarte; porque en otras confesiones no puedes enmendar lo que en la postrera errares.

Bastaba saber que la muerte es incierta, para no tener punto de seguridad: ¿por qué pones en condición la cosa de mayor importancia?

La conversión diferida para el fin es tan peligrosa, que no es menos que milagro mudarse súbitamente en aquel paso, y que tenga contrición quien siempre vivió pecando.

La vida pasaban los santos en importunar á Dios con suspiros, lágrimas, ayunos, vigilias, diciplinas y oraciones que les alumbrasen los ojos al tiempo de morir, y no se cerrasen con algún sueño de modorra con que el demonio dijese: «Más pude que ellos.»

Mejor sería guardarte de los pecados que huir la muerte.

Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás mañana? ¿Qué sabes si amanecerás?

No dilates la penitencia para el tiempo que no sabes si verás.

No confíes en parientes, amigos ni vecinos, ni dilates tu salud á lo por venir: porque más presto que piensas serás olvidado.

¿Qué te aprovecha la memoria de la muerte si no eres bueno? También muchos piensan en Dios y le ofenden.

MEDITACIÓN DE LA MUERTE

LUNES *Enfermedad.*

Para estimar mejor las cosas que afligen en la hora de la muerte, que son las pasadas, presentes y por venir, me pondré en aquel paso, y andaré las estaciones de mi entierro.

Veisme aquí, de repente, salteado de la enfermedad de la muerte; cuando decía entre mí: «Tal día haré esto y esto», como si mi vida y el tiempo fueran míos, y no de Dios. El cual ¿qué sé si tiene determinado que no dure dos horas?

¿En dónde están los años que he vivido? ¿Es posible que estoy desafuciado, que me destierran para siempre desta luz y deste aire común? Veo los males que cometí; el tiempo que me fué dado para penitencia, que desprecié; no puedo huir; deseo quedarme; échanme á empellones; pido que me dejen un poco, y no me oyen.

Ninguna cosa tenía más cierta que la muerte; ninguna más incierta que la hora. ¿Qué ha sido de mi vida? ¿Cómo olvidé la eterna? Pues ésta me dieron para merecer esotra. Amaneció el día y llegó la hora en que me he de apartar de todo lo que amé en esta vida, y de la misma vida. Ahora que tengo la vida á las espaldas y la muerte á los ojos, ahora me desengaño de cuanto á mí me [ha] engañado. Nací como flor; paséme como sombra, que es privación de luz; parece que hoy nací y hoy dejo de ser. Nada traje; nada llevo: solas mis obras no me han dejado. ¡Oh, si todas hubieran sido buenas! Ahora he echado de ver que los cuidados son olvido de la muerte y los pecados cebo del Infierno. Muchos piensan (1) en salud que van bien encaminados; mas á esta hora lo conocerán. Las cosas que aquí pasan, el que muere las siente; mas no se pueden decir. ¡Oh paso de pocos conocido, temido de todos, y de ninguno evitado! Acuérdate dél, hombre lleno de miserias, concebido en pecado, nacido de mujer, que vives tiempo breve y te estás muriendo todo el tiempo que vives. Condenado estás á muerte, y no puedes apelar desta sentencia; y si vives como bestia, no has de pagar sino como hombre.

MARTES *El cuerpo y el alma.*

Luego atenderé al otro apartamiento más temeroso, donde se desbaratan las amistades y desconciertan las armas deste reloj. ¡Oh ánima mía, antigua compañera mía, amiga mía, ¿que te apartas de mí? ¿Que te vas? ¿Sin ti me he de ver solo? ¿Qué será de mí si me desamparas, podrido, espantoso, indigno de los ojos de los que viven? Veré luego que mi ánima derribada, llena de turbación, me dice: «Quédate, compañero, quédate en paz; tú quedarás (2) hecho polvo y vuelto á tu principio; mas ¡ay de mí, pobre! ¿qué sé si por breve rato eché sobre mí penas eternas? ¿Qué sé si

(1) En la edición original, por errata, *piensa*.
(2) *Ibid.*, por errata, *quedearás*.

perdí la alegría de todos los siglos? ¡Ay, que por darte deleites á ti, carne vilísima, me cenagué yo, que había de ser colocada entre los coros de los Angeles! ¡Oh, si me diesen tiempo, qué áspera vida abrazaría! ¡Cuántas cosas prometería! ¡A cuántos votos me obligaría! ¡Ay! ¿adónde he de ir sola? ¿Por qué horribles caminos he de pasar al otro siglo? ¿Por qué nuevas regiones he de caminar? Y ya me dan priesa que me parta. ¿Cuántos monstruos y batallas he de hallar? Por ventura, ¿pasaré el encuentro de los espíritus deste aire? Dime, ¿cuáles serán las cosas que me esperan? ¡Oh, cómo es terrible cosa entrar en cuenta con Dios! ¿Qué suerte me ha de caber en este juicio espantoso adonde voy? Acabóse el deleite, y quedó el pecado con que lo gocé. Temo el supremo mal de los males, porque es eterno y sin remedio, y ya se me acerca aquel punto en que he de entrar en la eternidad. La sentencia será irrevocable, y al punto se ha de ejecutar sin resistencia. Y, por ser el Juez sumamente bueno, no puede torcer la justicia; por ser sumamente sabio, no se puede engañar; por ser sumamente poderoso, no hay poderlo resistir; y por ser supremo Juez, no hay apelar de su sentencia. Ni las dádivas le inclinan, ni las palabras le engañan. Hallo ante mí términos de eternidad infinita, y puede ser que en cada momento dellos sea atormentado con penas terribles. Veo que es nada todo cuanto en la vida he amado fuera de Dios. Conozco que la sentencia será, ó de grandísimo mal, ó de grandísimo bien. Mi causa es muy dudosa: sé que ofendí á Dios, y no tengo seguridad de la penitencia que hice, porque ninguno sabe si es hijo de ira ó amor. Pues dime, según esto, ¿cómo se hará conmigo? ¿Hallaré benigno al Juez? ¿Ó, por mis pecados, me dirá: «No te conozco»?

MIÉRCOLES *Tentaciones.*

Este día me consideraré espantado, trasudando y sumido en un remanso de amargura, con las tentaciones y figuras de los sagacísimos demonios, que, racimados como enjambre sobre col-

mena, cruzan y se apresuran sobre mí, y unos con sutilísimos secretos, otros á escala vista, me combaten, por darme alguna herida mortal, y tanto con mayor solicitud y acechanzas, cuanto por la turbación de los dolores yo estoy más inhábil para resistir, y por el poco tiempo que les queda (cuanto Dios permite) derraman la malicia de su veneno infernal: porque saben que si ahora me ganan, no me perderán. De manera que todas las tentaciones de la vida, en respeto de ésta, no se pueden llamar tentaciones. Pues estando sano apenas resistía á las pequeñas, ¿cómo me defenderé destas grandísimas, tan enfermo y desatinado? ¿Qué esperanza puedo tener, siendo yo menos poderoso, y los enemigos más fuertes? Atorméntanme con la memoria de mis pecados; grandécenme todo lo que me puede provocar á desesperación; encarecen el rigor de la justicia divina. Apriétanme con el espanto de las penas eternas. Traen razones de filósofos y herejes. Uno dice con silbo de serpiente: «Quien vivió mal, no puede acabar bien. Quien no se aprovechó de la misericordia, ha de caer en manos de la justicia.» Luego acude otro diciendo: «San Pedro dice que el justo apenas se salva; pues ¿qué será de ti, hombre malo?» Acósanme con dolores para derribarme en impaciencia. Tráenme deseos de salud, so color de enmendar la vida. Acuérdanme los bienes que hice, para que caiga en vanagloria ó falsa seguridad. Persuádenme que Dios lo hace cruelmente conmigo, ó que por descuido de los médicos me muero. Luego me dicen que escaparé de esta enfermedad, porque no me preparé de veras, y que, al fin, me he guardado de tales pecados, y que no soy tan malo como fulano; y con el dolor del cuerpo, con el amor del mundo, con el temor de la cuenta y con la esperanza de vivir, como con cuatro vientos contrarios, me combaten para anegarme, representándome horrendas figuras, porque me tenga por condenado. Cercáronme temores de muerte y dolores del Infierno me han cercado por todas partes, y los lazos de la muerte me han apretado. ¡Oh, qué dolores tan amargos! ¡Oh, qué lazos tan estrechos!

Luego me miraré que ya me están velando, y la Iglesia comienza ayudarme con oraciones y sacramentos, congojada, como

madre piadosa, por el peligro y grande necesidad en que estoy. Rézanme la Letanía; llaman á todos los santos que me ayuden; invocan á la Madre de Dios con oraciones: porque yo estoy inhábil aun para pedir socorro. Echan agua bendita sobre la cama y me ungen con el santo olio, y me llegan á besar la imagen del Crucifijo.

Ya tengo los dientes negros y traspillados (1); las narices, afiladas y con tierra; quebrados y sumidos los ojos; estirada la frente; las orejas, amarillas y sordas; la lengua, gruesa, áspera y con sarro; levantado el pecho y que suena ronco; la garganta, estrecha; los pies, yertos; perdido el conocimiento, y saliendo de mí un hedor miserable. Ya de los que más me querían y amaban comienzo á ser aborrecido, y desean verme despenado. Pues si desta manera estoy dos ó tres días, ¡ay, qué será de mí? ¡Oh, qué lugar tendrán los demonios de afligirme! ¡Qué recias serán las batallas! ¡Cuánta será la rabia destos leones infernales, y más si conocen que hay falta de socorro! ¡Oh fin peligroso de la batalla, donde se gana ó se pierde todo!

JUEVES *Agonía.*

La agonía de la muerte es el extremo de todas las cosas espantables y terribles desta vida. Mucho sintiera si me quitaran la hacienda, la honra, ó me desterraran á vivir peregrino entre extraños, ó si me cortaran algún miembro de mi cuerpo; mas ahora todo junto de tropel me ha sucedido, aunque con otro modo más penoso, que es sin esperanza de volverlo más á poseer en esta vida. Y como á un río grande que nace de lejos se juntan otros que le hacen crecer, así se han hecho sin vado mis dolores y casi han derribado el puente de la esperanza.

Ya tengo la candela en la mano; ya el hábito sobre la cama; ya tiemblan y se estremecen todos mis miembros, así como la

(1) *Traspillado,* en el original.

candela que se muere. Ya se apresura con desigualdad el aliento; los presentes comienzan á decir: «Jesús sea contigo.» Ya con un dolor inmenso se va descarnando y desarraigando mi ánima de cada miembro, y, toda alborotada, se retira y recoge (en acabándose el húmedo radical) al corazón, donde se hace fuerte, rehusando y temiendo la salida, y desde allí, con sobresalto mortal, tiende los ojos por la eternidad de los siglos, adonde quiere entrar. No ve por todos lados sino Infierno y Cielo, ángeles y demonios que la aguardan, esperando cada parte hacer en ella presa. Salir le es intolerable; quedarse, imposible. Todo el tiempo pasado se volvió en nada, y hállase á las puertas de lo infinito; al fin, con un dolor inefable, se arranca del corazón, y de repente se halla en aquellas anchísimas regiones sin camino.

VIERNES *El cuerpo muerto.*

Miraré mi cuerpo, que ha quedado descolorido, horrible, feo, hediondo y muy cerca de la corrupción. Ya ni puedo oir, ni ver, ni hablar, ni gozar de ningún bien desta vida para siempre jamás. ¿Esta hediondez era á quien regalé? ¿Para éste solicité honras, deleites y hacienda? ¿Que he venido á convertirme en un muladar? ¿Éste es á quien todos honraban y á quien jamás pude tener contento? ¡El que pretendía mandar á los otros, que ha venido á ser pisado de todos! ¿No soy aquel que se airaba con tanta ferocidad y el que con tantos ademanes y lozanía se gallardeaba, para quien se mullía la cama blanda, se sazonaban los manjares regalados y se traían los vinos preciosos? ¿Esto era yo? ¡Oh muladar cubierto de nieve, escoria del más bajo elemento, cieno, hijo de cieno y nieto de nada! Nací llorando, desnudo en tierra desnuda, viví gimiendo y temiendo, y vuelvo á la tierra con otra nueva deshonra: en donde con horrenda corrupción, entre podre, bullen gusanos. Ésta es mi presunción y la desvergüenza de mi soberbia. Como á estiércol podrido tratan de echarme de casa y de esconderme en la tierra, porque no inficione á los que viven.

Ya mis domésticos, parientes y amigos me han desamparado, y no ven la hora de echarme de casa. Hanse tornado robadores. Ya revuelven las arcas y los secretos rincones de la casa. Descuelgan los paños, riñen sobre lo que han hallado, y espántanse cómo no hay más. Dicen que yo era gastador, y que también debo dejar algo escondido. La hacienda (por quien tanto trabajé cercando el mar y la tierra) queda en poder ajeno, y nada me agradecen. Los presentes me miran, quedan maravillados; salen allá fuera y buscan qué arrebatar. ¡Qué diferentes estamos! ¡Ellos, con mis bienes, ricos y alegres; yo, en tan miserable pobreza! La mayor honra que me aparejan es hacerme más honda la sepultura. No veo más de á estos que me mortajan y atan las manos y pies en balde.

SABADO *Entierro.*

Éstas son las cofradías, y éstos los cantos funerales. ¿Cómo? ¿Que me sacan de mi casa, que á enterrar me llevan? ¿Que en hombros ajenos voy en una caja? ¿No paseé yo estas calles con mis pies? ¿Que en esta Iglesia he de quedar para siempre (1)? Unos lloran y otros cantan; muchos me acompañan por honrarme; mas ¿de qué me sirve esta pompa? ¿Qué se le da á mi cuerpo, aunque haya sido rey, y menos á mi alma? La vanidad, ¿en qué puede ayudar á los difuntos? Todo este aparato, en echándome en la sepultura y en apagando esas luces, se acabó. Los míos me dejan entregado á los gusanos que me aguardan; muéstranse tristes, y volveránse á comer á mi casa, en la cual ya no tengo esperanza de volver á entrar. Hoy, día del entierro, me alaban, y

(1) En el ejemplar que fué de Gallangos, encuadernado entre el *Elogio al retrato...* y el *Psalmo de Penitencia* (Biblioteca Nacional, R. 10.514), están tachadas con tinta las palabras *para siempre,* quizás por la mano más teológica que literaria á que me referí en otra nota, algunas páginas atrás. En efecto, Espinosa al escribir esto se había olvidado de la resurrección de la carne, á la cual se refirió despacio poco después.

¿qué aprovecha la fama á los huesos sepultados? ¿Dónde están los oídos y el corazón con que el hombre recoge los frutos de la alabanza, que llaman vanagloria? Echaránme un puño de tierra para cubrir mi deshonra; en quitándome de los ojos no habrá más memoria de mí. Así seré como si no hubiera sido. Aguárdanme los muertos que vivieron, como yo aguardaré á los que viven. ¿Quién fué que tal no fuese? ¿Quién será que tal no sea? En soledad y olvido me desharé. Pues, dado que haya tenido el oro de todo el mundo, ¿cómo estoy tan pobre? Si tuve toda la ligereza y hermosura, ¿cómo estoy tan aplomado y tan feo? Y los míos ¿me acompañarán en la sepultura? Si triunfé por mil años, ¿qué me ha quedado? ¿Qué me aprovechó saber mucho, si no viví según lo que entendía? ¡Oh vanidad mía, á qué punto te conozco!

SEPULTURA

Pues mientras me cantan el oficio de difuntos (antes que decienda á la tierra cubierta de la oscuridad de la muerte), quiero contemplar la casa adonde he de morar, los jardines en que me he de ver y las gentes con quien he de conversar. ¡Oh, qué aposento tan miserable! ¡Oh, qué casa tan estrecha y triste! El techo da en la frente. Huesa de siete pies de largo, que la abrieron en un momento. Desta raya no he de pasar. Hasta aquí llegarás, mar, y no pasarás de aquí. Toda la onda y hinchazón de mi vida en esta orilla se deshace. ¡Oh lecho miserable, donde los colchones son polilla, los cobertores gusanos, las cortinas y almohadas huesos y calaveras de otros muertos! ¡Oh compañeros tristes y mudos, despojados de carne y cercados de horror! Lo que sois he de ser y con vuestros huesos se mezclarán los míos desbaratados.

Luego miraré que me echan en la sepultura y con un azadón trastornan sobre mí huesos y tierra, y me tapian con un pisón; donde quedaré en perpetua soledad, comido de gusanos y convertido en polvo.

DOMINGO *El Juicio.*

Ese día pensaré cómo el alma es presentada ante el tribunal de Cristo, para que dé razón de todo lo malo y bueno que ha hecho. Donde tan sola se halla la del rey como la del gañán, y la del letrado como la del idiota. Pónenle en balanza todos sus pecados, con todas sus circunstancias. Pídenle cuenta de todos sus pensamientos, imaginaciones, obras y palabras, y de las ociosas: aquellas que á ninguno dañaron ni aprovecharon; que se cayeron de la boca sin mirar en ello; de las omisiones, negligencias, ingratitudes, sospechas. De un poco de tiempo perdido, de la ociosidad del hablar y del callar. Hasta de un guiñar de ojo. De todas sus intenciones, de todos los beneficios recebidos, uno por uno. ¡Oh, quién se salvará! ¿Cosas tan menudas están escritas, las que apenas tienen nombre? Mas no hay pecado pequeño, pues cualquiera es ofensa de Dios, el cual con voz terrible dice: «Dame cuenta de todos los momentos y puntos de tu vida, y de las obras que parecían buenas: aquellas en que confiabas con tanta seguridad.»

El demonio (como vitorioso del alma) suele ponerse á su diestra (1), y adivinando su mal pleito, le aplica lo del Psalmo: «El diablo esté á su mano derecha cuando fuere juzgada; salga condenada, y la oración que hiciere aumente su pecado», y comienza á acusarla. ¡Oh, qué en la memoria tiene todos sus males! ¡Cómo los exagera y encarece! Y aun de los que no hizo acusa por sospechosos, y dice: «Ésta, que era tuya, Señor, por tu pasión, es ya mía por sus pecados.» El Angel Custodio, con semblante triste y melancólico, dice: «Harto hice por ti.» Todas las criaturas de quien usó mal, los consejos que oyó, la misma sangre de Cristo, y su propia conciencia, claman contra la miserable. No hay santo que la oya en este día grande y terrible de Dios, día de desastre y torbellino y de sonido de trompeta. ¡Oh alma! ¿cómo dormías con el sonido deste trueno? ¿Por qué aguardaste en descubierto tan

(1) *Diesta,* en la edición original.

repentino golpe y la arremetida de tan intolerable tempestad? Luego la despojan de las virtudes que le dieron en el baptismo y queda oscura y en perpetuas tinieblas. Desnúdanle la virtud de la esperanza y le dicen: «No esperes ya perdón, para siempre jamás.» Quítanle todas las gracias gratis datas, y queda la desdichada oscura, desnuda y pobrísima; sólo le queda el carácter (1) del cristianismo y de confirmación, y (si tiene) el de sacerdocio, para mayor tormento suyo. Luego, con terrible voz y espantosos ojos, pronuncia el Juez la sentencia de condenación eterna, diciendo: «Apártate de mí, maldita de mi Padre, al fuego eterno de Satanás.» Luego la desampara Dios, y el Angel de su guarda se va diciendo: «En vano trabajé por ti.»

INFIERNO

Al mismo punto la arrebatan los demonios y dan con ella en los infiernos. ¡Oh, cuántas cosas nuevas halla! El fuego, los dolores, la rabia, la compañía de los demonios, la hambre, la sed, los desmayos, desfallecimientos, deseos espantosos, aprehensiones horrendas, desesperación eterna, lágrimas irremediables, el no ver á Dios jamás, y saber que no lo puede ver, el estar en su ira y no poder aplacarlo; la compañía de las furias infernales; lugar de confusión y tinieblas, fuego sin resplandor, donde no hay memoria de cosa que recree: todo atormenta; donde no se puede pensar cosa que no sea dolor; donde no suenan otros maitines que maldiciones y blasfemias contra Dios. Cárcel de llamas eternas, donde los condenados son eternos, la leña, piedrazufre, y el soplo, la indignación de Dios; donde no llegó la sangre de Cristo: que en el infierno no hay redención, ni en las penas variedad, ni un solo momento de vacación. Calabozo tan estrecho, que están apretados como ladrillos cociéndose en el horno, sin poderse bullir, sin que haya un resquicio por donde poder respirar, tapiado

(1) En la edición original, *carater*.

y sellado con cerradura eterna; donde unos á otros se muerden con furor y se maldicen con rabia, y, como carbones, unos se encienden á otros y todos se quieren mal. Esto es para considerar muy despacio, porque todo ha de durar ¡para siempre! ¡para siempre! ¡para siempre! ¡Oh, eternidad! ¡Eternidad! ¡Eternidad! ¡Hombre loco! ¿es pusible que creo esto y vivo como vivo?

GLORIA

También, para moverme á confianza, veré que el Juez me mira con rostro sereno y benignísimos ojos, y mi Angel, con semblante alegre, ya sospechando lo que ha de ser, ahuyenta al demonio diciendo: «Apártate de aquí, bestia sanguinolenta; deja á éste, que buena pelea ha peleado: la corona de la gloria le espera.» Luego suena aquella dulcísima voz: «Vén, bendito de mi Padre, á recibir el reino que te tengo aparejado desde el principio del mundo, en compañía de los santos ángeles»; los cuales, coronados de rosas blancas, con cetros de palma verdes, resplandeciendo con inmortales estolas, me cercan, y entramos triunfando por aquellas clarísimas regiones de la Gloria.

ENMIENDA DE LA VIDA

Al fin de cada meditación, como si volviera de la otra vida y me hubieran concedido un poco de tiempo para hacer penitencia, así he de revolver sobre mí, con gran resolución de enmendarme, hoy, hoy, luego luego; no mañana. Procuraré convertirme á Dios diez veces más que me aparté dél. Procuraré un gran dolor de mis pecados, que llegue á ser contrición, porque con ésta se perdonan todos, principalmente por ser ofensa de Dios, sumo bien mío, á quien deseo amar y amo sobre todas las cosas; con el cual dolor y propósito firme de no ofenderle quedo su amigo, aunque hubiese cometido infinitos pecados, y así, diré desta manera:

ACTO DE CONTRICION

«Dios mío, á mí me pesa sobre lo que me puede pesar de haberte ofendido, porque te amo sobre todas las cosas; con tu gracia propongo de nunca más pecar y de confesarme de todos mis pecados, y, si conviniere, moriré antes que ofenderte.»

Es de tanta importancia esta contrición, que al punto quedo justificado; y si muero de repente sin poder confesar, me salvaré, sin duda. Mas he de advertir que va la salvación en que el dolor de los pecados y propósito de la enmienda sea verdadero y de corazón; que muchas veces se engaña el hombre pensando aborrece á los pecados sobre todos los males, no siendo así.

Luego pondré la vista en lo supremo de la perfeción: no sólo en guardar los precetos de Dios, sino también sus consejos, y apartarme como de veneno mortal, no sólo de los pecados veniales, sino de las imperfeciones, porque así asegure más el no caer en pecado mortal.

Quedó el Mercader de oir al Ermitaño no menos admirado que resuelto de tratar muy de veras de su salvación, y ponerse al estudio de su muerte, y repasar la leción cada día. Y agradeciendo el beneficio recebido, se despidió del Solitario, yendo entre sí repitiendo muchas veces aquellas palabras: «¡Para siempre! ¡para siempre! ¡para siempre! ¡Oh, eternidad! ¡Eternidad! ¡Eternidad!»

Ludovico Blosio, en los *Dichos de los Padres*, cap. 21.

El mismo dulcísimo Jesús dijo en espíritu á un amigo suyo: «Cualquiera persona de buena voluntad que con humildad y diligencia se ocupa, como es razón, en leer ó meditar mi Pasión, saca de ahí nueve provechos;

1. Que se limpia de todos los pecados, y de mis merecimientos se le suplen y reparan todos sus defetos.

2. Que cobra tanto ánimo para resistir á sus enemigos, que no podrán llevar dél triunfo ni honra ninguna, porque aunque por su flaqueza caiga alguna vez más, pongo yo mi mano derecha debajo, porque no se lastime y se condene.

3. Que cobra nuevas fuerzas para hacer cualesquier buenas obras y para ejercitarse en diferentes virtudes.

4. Aunque con un pensamiento muy breve contemple en mi pasión, siempre es su alma renovada en mi gracia.

5. Que de muy buena gana moro yo en el alma de quien con devoción se acuerda della.

6. Que los secretos que mi Padre me mostró á mí, de la misma suerte se los mostraré yo á él algún día.

7. Que haré yo que antes de su muerte me agrade, y después della lo premiaré con mis queridos amigos.

8. Que ninguna cosa le negaré de las que me pidiere de veras, que sea razonable y conveniente.

9. Que en su muerte me hallaré presente contra sus enemigos, y lo haré cierto y seguro de la vida eterna.»

LAUS DEO

EL PERRO

Y LA CALENTURA.

NOVELA PEREGRINA.

Al Excelentifsimo Señor don Manuel Alonfo Perez de Guzman el Bueno, Duque de Medina Sidonia, Marques, i Conde, Capitan general del mar Oceano, i coftas del Andaluzia, del Confejo de Estado, i Guerra de fu Mageftad, de la infigne Orden del Tufon de oro, &c.

PEDRO ESPINOSA
su Capellan, i Retor del Colegio
de fan Ilefonfo



Impreffo con licencia en Cadiz este presente
año de 1625.

EL LICENCIADO PEDRO ESPINOSA Á DON FERNANDO DE SOTOMAYOR, QUE DIÓ ESTE DISCURSO Á LA ESTAMPA (1).

Son tantas las ocupaciones de mi dueño, que ninguno tiene menos parte en su Excelencia que él mismo; y como crecen en sus cuidados sus aciertos y puede mucho, aprovecha todo cuanto puede. Imposible es decirlo, como imitarlo, porque en todo es excelentísimo. Mas dejando á otra ocasión sus alabanzas, aunque tan voluntarias, más merecidas, digo que por divertirle de sus altos cuidados en las otras menos atentas del coche y del jardín, escribí este Perro de bien, sabandija entretenida de su Excelencia; su condición de probar vinagre, ó su buen celo, le enojan contra vicios comunes. Oid sus oráculos sibilinos como misterios, no como perreras, y reparad en que la Calentura, con el calor, habla holanes tan delgados, que de sus períodos podéis hacer valonas. Enmendáos (si halláis de qué) en estos defectos ajenos, que buen mal es el que sirve de escarmiento, siquiera por no veros en lengua de un ladrador y de una habladora. De la merced que su Excelencia me hace, aunque es tanta más que merezco, no me maravillo, porque cada uno hace como quien es, y su Excelencia ama lo que es suyo. Encomendadme á los amigos y procurad tener salud y contento, para que yo le tenga.—San Lúcar *(sic)*, 15 de Octubre de 1625.

---

(1) La súbita muerte del insigne bibliófilo valenciano D. José Enrique Serrano y Morales, dueño del único ejemplar que se conoce en España de la edición príncipe de *El Perro y la Calentura*, me impidió examinarlo y aprovecharme así de su amistoso ofrecimiento. Sírvome, pues, para la presente de la de Ruán, 1629, de la reimpresión que figura en la *Enseñanza entretenida, i donairosa moralidad*... (Madrid, 1648) y, en fin, de la también madrileña que hizo en 1736 el famoso librero D. Pedro Joseph Alonso y Padilla.—Tanto en la de Ruán como en la antigua de Madrid falta esta carta de ESPINOSA á D. Fernando de Sotomayor.



Pasando una tarde, Excelentísimo señor, por el Molinillo, oí hablar entre un cañaveral. Embargué un paso á lo grullo y, alertando el oído, oí que decía uno:

—Señora Calentura, soy perro de prendas, filósofo cínico de Palacio; es mi nombre Chorumbo; tengo empedrado el hígado de opilaciones; viénenseme á la boca mil secretos: quisiera meter los dedos y desabrochar el pecho, y hame venido vuesamerced á pedir de boca. Nadie nos oye; téngame secreto, por el alcabalero. Tan solamente apuntaré las heridas.

Mejoréme (1) de espía, y prosiguió, diciendo:

Burlando, burlando, se come el lobo el asno. ¿Óyenos alguien? Quiero hablar paso y bajar un punto, como quien cierra la puerta, porque se sale la olla. Un ojo en el asador y otro en el gato; y porque comencemos de lo alto: ¿ve vuesamerced este arroyuelo, que parece muy claro y es muy lisonjero, que de todo se ríe y de todo murmura? Pues más parece criado de Palacio que orines del Molinillo (2). Dios me libre de buenos hombres para maldita la cosa, con oficio de ranas: beber y parlar. Conciencias tizonas, y no coladas, cortan el dedo, y no el nabo. Lenguas mayores que las manos; bocas tuertas, por cortar con malas tijeras (3). Puercos, que, aun después de hartos, están querellosos y gruñendo (4).

(1) En la segunda edición de Madrid, por errata, *mejoremos*.
(2) Aquí cierra la interrogación en la segunda edición de Madrid.
(3) *Tiseras*, en la primera edición de Madrid.
(4) *Ibid.*, están gruñendo.

Destruya Dios las lenguas mentirosas, que aun á Judas hacen fiesta con octava, y lo disculpan diciendo que tenía (1) tanta hambre, que desgranaba espigas, y que, pidiendo por Dios, apenas le dieron para una soga. Y que viéndose el pobre obispo incurrido en simonía y condenado á suspensión, no era mucho hacer cara de ahorcado y señalar con la lengua la malilla; que esto era para hacer aburrir á un cornudo devoto. Las sopas se me perdieron de la mano á la boca (2). Pasemos á otra cosa. Mi señora, quien no tiene cabras, ¿cómo vende cabritos? La miel en la boca, ¿quita, por ventura, el guardar la bolsa? El cabrón, ¿es más honrado por tener barbas? El mazo, ¿corta por ser de hierro? Pelear por pan de centeno, ¿no es mucha hambre ó poca amistad? La vihuela (3) se lo dice. Dulce es la muerte de suegra. Buen tirador el rollo. Peligroso jugar con gato, sin guantes, burlar con mujer ó dineros, sembrar abrojos y andar descalzo. Cósanme esta boca á dos cabos; mas permítanme (4) primero dos palabras. Créame vuesamerced que lo que es pulgas sobre un perro, ratones sobre queso, mujeres y diablos, es un viejo sobre un potro, que es un diablo sobre otro. Quisiera decir de caballeros que, porque los criados no pidan queso, no hartan de pan. Éstos, que tienen más alcuñas que nombres las baratijas de un menudo de puerco, sangre más que morcillas, ingenios de azúcar, y por eso buenos para postre; que, quitado (5) el entender, son en lo demás unos pavos reales: tufos, borlas de azémila (6), mazos de seda, más de caballos que de caballeros. Que juegan del vocablo como de la lanza (7). Saben letras, como la doctrina (8) cristiana. Entendimientos de imagen, que, después de decir «buen tiempo hace», por tener de quién decir, no tie-

(1) En la primera edición de Madrid, y lo disculpan *de* que tenía.
(2) Falta *de* en la primera edición de Madrid.
(3) *Ibid.*, *viguela.*
(4) En la segunda edición de Madrid, *permítame.*
(5) *Ibid.*, *quitando.*
(6) En la edición de Ruán, *azemilla;* en la segunda de Madrid, por evidente errata, *azemna.*
(7) En la segunda edición de Madrid, como de lanza.
(8) En la primera edición de Madrid, *dotrina.*

nen más que decir y se les alza la prosa á las vigas, tal, que no la alcanzarán con un guizque. Son lo que deben: Mienten y escriben patituerto. Se calzan espuelas sin tener caballo. Y pavonean con librea fiada. Mas á una no se puede sorber (1) y soplar. Pues mirad de quién me acuerdo: Doncella quincuagésima que esperas marido grave, faisanes ó ayunar (2), ¿no ves que á una se alarga el tiempo y las tetas, y que la mesa quiere más que manteles limpios? Hermana, mira que es panderada estar en cueros y con guantes. Si quieres tragar (3) centeno, hazte albarda; y si quieres que te besen en el pezón, hazte melón.

Adelante. Muchas veces, por fiarse del perro, duerme el lobo en el pajar. ¿Déjome entender? Que la cárcel y la cuaresma sea para los pobres; que riñan los gorriones sobre el trigo ajeno; que la olla grande haga el testamento chico; que el otro vaya por tocino y vuelva sin orejas; que las muchas cortesías sean especie de engaño: amagar con la negra y herir con la blanca, untar con una mano y punzar con otra; que á la puerta de la otra haya un hoyo y un pito, para caer y pitar; que no haya virgo perdido ni cabeza quebrada sin rogadores; que el gato sea don Gonzalo, no más de por ser gato, y falsas las reliquias de la partera, ¿cómo lo remediaré? Es moler agua en mortero. ¡Ay de ti, mundo ruin, rebozado á zurdas! ¿Quién registrará tus trazas descabezadas (4)? ¿Quién te ordenará con esas reverendas de mentecato? Pagado tienes el alquiler de los cascabeles para guiar la danza de los calabazinos (5), aunque despeado como puerco en camino de feria. Arbol sin fruta, dígote leña. ¿Quién no se santigua de ti como de la Bermuda? ¡Oh viejo, cara de pico de jarro, nariz de almocafre, ¿no tienes vergüenza de tirar pepinazos (6) á la verdad? Esas barbas de zalea, ¿dicen con castañeta y aires bola? No está en la barba el

---

(1) En la edición de Ruán, por errata, *sober*.
(2) En la primera edición de Madrid, faisanes ayunar.
(3) En la edición de Ruán, *tragas*, por errata.
(4) En la primera edición de Madrid, *descabetadas*.
(5) En la segunda de Madrid, *calabocinos*.
(6) En la edición de Ruán y en la segunda de Madrid, *pepenizos*.

seso. Tú, que debieras estar más enfrenado que mula de rua ó dueña en visita, y hablar con la boca del estómago, como arcediano gordo, ¿repicas sonajas y almohazas adufes (1)? Mas junto al malicioso, punto en boca. Paréceme que una intención jabonada me la mide diciendo: «Perro meador de frontales, ¿qué canas peinas, que togas purpureas para catonizar? No metas en ramplón evangélico escrupulitos de beata. No sea tu muerte vidas ajenas. ¿No ves que los males se buscan, como los dineros? Más claros tienes los ojos que vecino envidioso. No son todas las verdades decideras;

Que llamarse *azotadas* con derecho
Los maridos ladrones y cornudos,
Aunque la verdad dicen, es mal hecho.

—Reniega tú de poco pan y muchos hijos; que estómago lleno bien puede ayunar. No ates el tiempo con cuerda de fraile: más fácil es sufrirlo que reformarlo. Tus estudios son tomistas, pues paran en cuestiones. No hagas del podrido (2); que el postrero será día de juicio. Mas si todavía te pulsa el batán de tu perruna condición, no te espantes de eso, sino de las permisiones de un casado; de las babas almibaradas de un soror Mongilote; de los melindres de un maricón «por vida de mi madre»; de los mosquetazos de un Galeno; de las estocadas de vino de un alguacil; de conceptos almacenados (3) de culto; de que no diga «esta boca es mía» el buey del Nacimiento; de que valga á huevo la vara de justicia; de prior pipote y barriga; de novia piñas y zumaque en gracia de Juan Barbón; de doncella guitarrada, por no decir violada, de cinco órdenes templada, como halcón; de juez aturdido con el golpe de un gatazo; de escribano que habla de presente, viejo de pasado, y judío de por venir; de que no haya moriscos y haya alcuzcuz; de vieja que alza la paletilla; de majaderos de cristal; de viuda que en la confesión del potro pide Iglesia; de que el mejor amigo tenga dos

(1) En la segunda de Madrid, sonajas, almohazas, adufes?
(2) En la segunda edición de Madrid, No hagas *de él* podrido.
(3) En la primera de Madrid, *amacenados*.

deditos de Escariote; de ermitaño de corte; de santo Zulema; de no dejar tragar saliva al monacillo; de amistades suegras; de emplasto de encienso (1) macho, que huele nueve meses á vísperas; de engaño con vestido holgado; de enfermar de secretos y curarse de vómitos; de ánima de ladrón, agua de pozo, que no sale sin soga; de entierro enjuto de poca costa; de cuero lleno, que es fuerza que levante el pielgo (2); de tierra que lleva mejor nabos que letras; de mujer, como perro, que no se halla á solas; de pensar en vago; de viaraza de frasis, como purgado con hojas de Laurencio Vala; de porfiado que consiente de por amor de Dios; de probar corneta donde no hay eco (3); de untar con manteca el pleito, para que dé de sí: que en bolsa abierta se mete la buena sentencia; de doncella con cuenta de leche para desenconar los pezones; de llamado y rogado, como testigo de testamento, y de herrero con mandil de damasco.

—Amiga (4), tienes razón; mas ¿por eso he de aplaudir otros males con silencio pitagórico, he de despejar el paso á los litores (5), diciendo: «Plaza, que pasa la basura?» ¿Por qué no he de azorarme (6) si dormita Homero? Ladrar tengo si veo á la puerta el ramo y la ramera en casa. No soy tan adufe que envíe por carne al lobo, ni me embotijo á hora de comer; que aunque no me quemo las alas, no me las mojo. Mi punta tengo de agrio, mis carlancas y collar. Dime, pues, qué trepador le daremos á un niño de sesenta años que ya dice *taita*. Más vale borracho que oleado, y más sudar que toser. Cuero estoy: hágase la voluntad de Dios. Padre, aconséjate con la almohada; huye, como gato de chispas de herrero, de oler á boca de pichel, aunque tienes algo de Barbarroja. No dejes de echar agua en el vino porque haya gusarapos en el río. Mira, viejo, el vino es bueno si es bueno; licencia te doy, y al adusto colérico,

(1) En la primera de Madrid, *incienso*.

(2) *Pliego*, por errata, en la primera de Madrid.

(3) En la edición de Ruán, donde no *al* Eco.

(4) En las tres ediciones, *Amigo*; pero aquí habla el Perro, dirigiéndose á la Calentura.

(5) En la primera de Madrid, *letores*.

(6) *Ibid.*, *açotarme*.

para que pasen de tres, no de cuatro veces. Despertar la sed con mojama no lo sufriré á Tiberio. ¿Para qué tratas de flotas, pues no has visto agua, ni ahora palmo de tierra, convertido en el primer milagro de Cristo?

No digo palabra que en sentido tropológico no tenga más misterios que letras, y temo estas cañas no se hagan flautas y publiquen que Midas orejea. Mas moríos de miedo: como de esas voces (1) caben en orejas de lobo. Perro soy: ladrar es, y no morder. Dios me libre de rabiar; que ahora no es más de matar las pulgas á dentelladas. Y porque dije de rabia, no la habrá en el mundo hasta que haya saludador (2). Ni demoniado hasta que haya clérigo conjurador diablero. No es cordura pasar á caballo ponte (3) de palo. Basta rociar con barbas de chivo. Alabo escribir con plumas de pavón, porque tienen ojos. De rondón me he metido en la huerta con mi lenguaje perruno, corto como ventura de sabio, verso de endecha ó pelo de cabra. Perdóneme vuesamerced, que pienso enfriar las sopas ladrando. Y así, volviendo á mi tema, ó anatema, pregunto: Señora mía, la mujer del ciego, ¿para quién se afeita? El padre predicador del *Flos sanctorum*, ¿para qué nos vende á más de la tasa el trigo que recogió de las espigas de Ruth en la traqueada de Valderrama? ¿Para qué ha de cantar la gallina delante del gallo? ¿Para qué es la paciencia, si cuando la hemos menester no la hallamos? ¿Para qué me han de traer las piernas tan recio, que parece que me las llevan (4)? ¿Para qué han de entrar con letra colorada los santos del calendario de Juan Redondo? ¿Para qué se corre el que no tiene la vergüenza en casa? Y la madre priora, ¿por qué no gasta cada día en mirar una libra de ojos? Y tú, rebesando malicias para henchirte (5) la cara de dedos, á lo que murmuras de la mula y del padre, digo que es verdad: que san Francisco andaba á pie porque entonces no había tantas cabalgaduras como ahora.

(1) En la segunda de Madrid, Como esas voces.
(2) *Ibid.*, *Salvador*.
(3) En las dos de Madrid, *pontón*.
(4) En la edición de Ruán y en la segunda de Madrid, *la* llevan.
(5) En la primera de Madrid, *hinchirte*.

Calla, malsín, que un regüeldo (1) de vanidad se le suelta al ermitaño más enjuto.

¡Ay, cómo no es seguro fiar dineros á zurdo, ni bueno recebir con una medida y entregar con otra! ¡Ay, cómo con hijo de gato no se burlan los ratones! ¡Ay, cómo quien de veinte no es, de treinta no sabe, de cuarenta no tiene, nunca será, sabrá ni tendrá! ¡Ay, cómo quien duerme no pesca! ¡Ay, cómo comer de lo prestado es pagar de lo suyo! ¡Ay, cómo quien mete un pie en casa de la ramera, mete otro en el hospital! Lloro, porque el mismo sentido que sirve para ver sirve para llorar. Mas ¿qué se le da á la luna de que la ladre el perro? Mas, porque no hay viejo sin queja, y la hambre saca de la selva al lobo, vuelvo á mi lamentación. ¡Ay, cómo el año de la boda es deuda, ó enfermedad! ¡Ay, cómo llora el cuervo á la oveja (2), y luego se la come! ¡Ay, cómo, cuando quiere, rebuzna (3) el asno y el necio! ¡Ay, cómo no nacen solos males ni hongos! ¡Ay, cómo la mujer no halla más de lo que quiere! Y ésta no se diferencia de mujer; ésta, que ame ó sea amada, deja la bolsa vacía; ésta, si es hermosa, no es toda de su marido; ésta es enemiga del viejo; ésta es vida y muerte de su casa. Y la verdad diciendo, mercancía es engañosa vino, caballo y mujer. Quien tiene cabrones tiene cuernos. Quien tiene sólo un hijo, lo hace loco. Quien tiene sólo un puerco, lo hace gordo (4). Quien trata con miel, se lame los dedos. Y quien come ensalada, no se va á dormir en ayunas. ¡Ay, cómo el viejo que se casa tiene el mal del cabrito, que muere presto, ó viene á ser cabrón! Todo el cuerpo se le consume y la cabeza le crece. ¡Ay, cómo buena cabra, buena mula y buena dueña son tres malas bestias! ¡Ay, cómo mujer y vino engañan (5) al más ladino! ¡Ay, cómo la mujer, el criado, el médico, y el gato, y el escribano son cinco males necesarios! ¡Ay, cómo mujer y cabra, si es

(1) En la segunda de Madrid, disparatadamente, Calla *mal, sin* que un regüeldo.

(2) En la primera de Madrid, por errata, *aueja*.

(3) *Ibid., rebuznar.*

(4) En la segunda de Madrid, *sordo*, por errata.

(5) En la primera de Madrid, *engaña*.

magra, la puede comer Judas! ¡Ay, cómo no hay que creer en barba de tres colores! ¡Ay, cómo el más privado está más cerca de ser privado! ¡Ay, cómo el que de nadie se fía es necio, y el que de todos se fía es loco! ¡Ay, cómo quien tiene tose, amor ó mujer discretaza, no le falta otro mal! Mas quien tiene poco paño, vista corto. ¡Ay, cómo el padre mortificado se abstiene de cernícalos cuando tiene perdigones! ¡Ay, cómo el torno pide al presentado! Mas ¿para qué quiere la oveja besamanos de lobo? ¡Ay, cómo se le da poco al gato de amenazas de ratones, y cómo no faltan achaques al que quiere matar su perro! ¡Ay, señora mujer (1), cómo quien blanquea su casa la quiere alquilar! Mas quien alquila, daño espera. ¡Ay, buen hombre, cómo quien te hace más fiesta que suele te quiere engañar, y quien prueba fruta verde, se arrepiente haciendo gestos! ¡Ay, cómo vivir sin pena no es fácil á los mortales, y cómo en vida caduca no hay cosa firme! ¡Ay, cómo la tierra todas las cosas da, y todas las recibe, y cuanto el tiempo hace, deshace! ¡Ay, cómo es difícil escoger melones, ser santa una dueña, hacer cama á un galgo y acertar á casarse! ¡Ay, amigo! no te alabes á ti mesmo. No pienses mal del bueno. No escojas á lumbre de candil mujer ni tela. No quieras saber lo que bulla en mi olla. No escojas al amigo en el convite. No tengas que fiar de ti más que puedas fiar de todos. Ni fíes de serenidad de mar, ni de mujer. Créeme, que no hay rosa sin espina, ni cabra muerta de hambre. Ya me entiendes. No todo letrado es sabio. Toda priesa trae su espacio. Todo lo descubre el tiempo. Todo quiere su medida. Todo cornudo tiene dos contra uno. Todo molino pide su agua (2). Toda sobra es viciosa. Todos buscan su provecho. Todos alaban lo que es suyo. Todos tienen faltas. Todo el que hace vileza es vil. Todos quieren porque los quieran. Todo pan del vecino es más sabroso. Todo cuanto se teme (3) se desconfía. Todo trabajo pide premio. Todo desperdicio no es largueza. Todo lo compra el dinero. Toda grande sed no se olvida. Todo mal acaba, ó se acaba. Toda olla chica hace

(1) En la primera de Madrid, omitido *mujer*.
(2) *Ibid.*, pide agua.
(3) *Ibid.*, omite *Todo*.

bolsa grande. Y todo arrepentimiento cuesta caro. Hermano, antes tuerto que ciego. Antes regla que renta. Antes prenda que fiador. Ata, que puedas desatar. No bebas lo que no ves. No te burles con verdades. No pidas uvas al espino, ni alabes hasta que pruebes. Paga, y sabrás lo que es tuyo. No hagas trampa en que cayas (1). Dame provecho, y mas que no me quieras. Haz por mí, haré por ti. Enséñate á ti primero que á cuantos quieres bien. Sopla, y no te quemarás. Escoge para ti el pece de tres años, el vino de dos, la carne de uno, el pan de ayer, el huevo de hoy, el queso que llore y el caldo con cien ojos. Poca Venus, pocas palabras, pocos cuidados, y poca comida; y sabe (2) que la sopa tiene siete gracias: quita la hambre, mata la sed, hinche el vientre, limpia las encías, causa sueño, hace parir, y cría dos rosas en la cara. Créeme, que raza de perro, ámor de ramera, caudal de labrador, reales de pirulero (3), no pasan de tres años. No prestes; que si fuera bueno prestar, la mujer se prestara. Con tres cosas serás rico: ganar y no gastar, prometer y no cumplir, recebir y no volver. Y advierte que cinco cosas son las que más andan en este mundo y más comen: el engaño, la sarna, la cabra, el sabañón y la mujer. Quien tiene oídos oya (4). Dios me libre de ojos chicos, y de meterme á discreción de palos; de hacer convite, porque no lo goza (5) el que lo gasta; de hacer casa, porque ha de ser grande, ó chica, ó alta, ó baja. Adelante. Liebre, fraile, estudiante y ramera, junto al camino. Dígolo por la otra pública, que, teniendo el ánima casi tan prieta como un sastre, está muy segura de su salvación, por encender cada noche una lámpara á Nuestra Señora del Soterraño (6), y con que le reza un ciego la oración del Justo Juez (7). Tengo la lengua como gato: que aun lamiendo, saco sangre.

---

(1) En las ediciones de Madrid, *caigas.*

(2) En la segunda de Madrid, *y suave.*

(3) *Ibid., perulero.*

(4) En las ediciones de Madrid, *oiga.*

(5) Las tres ediciones, *goze;* pero téngolo por errata de la primera y por descuido de las demás.

(6) En la segunda de Madrid, *Soterrano.*

(7) En la primera de Madrid, *de* justo Juez.

Acabando de cantar vísperas de san Juan unas monjas de Granada, estando mucha gente en la iglesia, se subió en el púlpito el doctor Sumo Campo (1), loco, y estando yo presente, comenzó á predicar diciendo:

«San Juan, san Juan, más guardado que oro en pan y sábado de judío, si me alcanzáis la gracia, os daré los buenos días, hoy que sois más cantado que pan y vino por Todos Santos. No ha sido menester avisar de mi sermón, porque no toquemos campanilla para ensalada de zanahorias. Mas porque el dinero no crece en el talego y el bolsón es para la ocasión, digo que tengo mucha ropa de contrabando embargada en el estanco del silencio; mas esta vez hasta las tripas han de salir de viaraza; que soy mátalas callando, si espántalas hablando; y así, señoras madres, decirlo tengo, aunque sea á tontas y á locas: aunque (2), como el Santo de hoy, predique en el desierto (3); á quien cortó la cabeza la verdad y una pu..., íbalo á decir; y debió de ser porque mostró á los lobos el Cordero. Creedme, pueblo cristiano, que ningún cornudo se perdió por falta de cencerro. No creáis en viejo reteñido con la receta (4) del Flamenco, que, haciéndose hijo de sí mismo y borrando con campeche las pinceladas de Dios, se trueca las señas, como asno hurtado de gitano, que dice: «Tenga yo freno, que no me faltará haca.» No fiéis de gitanos, abriles ni señores, que todos son mejores. Perdido está el mundo: los que entran mozos salen yernos. A tres visitas, preñado á un cabo. Bueno es visitar á la tía, mas no cada día. Recia cosa es meter gente en casa para empreñar (5). Todo es uno, ocasiones y peligros. Majadero, ¿al fuego pones caldera de palo? Quien quiere traer gente á su ermita, se hace milagrero; y para hacer muchos de uno, dice: «Oliva, olivo

(1) En la primera de Madrid, por errata, Sumo *Camo*.

(2) *Ibid.*, omitida aquí la conjunción.

(3) *Ibid.*, en desierto.

(4) En la segunda de Madrid, *recepta*.

(5) En la primera de Madrid, para *engendrar*. En la segunda, se omitieron, cortando por lo sano, las dos palabras últimas.

y aceituno, todo (1) es uno»; porque ánade, pato (2), ganso y ansarón, cuatro cosas suenan y una son. No hay majadero que no muera en su oficio. Cuantos se condenan, es de puro majaderos. No hay otra leña en el Infierno. De majaderos se sustenta el mundo, porque en cada casa, por lo menos, *porro unum est necessarium.* Y cada porro da su porrada; aunque estamos tan cueros, que no hemos menester mano de mortero para rodar veinte escalones. Mas ¡ay, dolor! que no caemos en la cuenta, y cuando vamos trompicando nos consolamos con decir: «Todo se cae en casa.»

»Majadero cano, que te fías de la dueña porque reza el oficio de difuntos, quizá porque falleció (3) tu honra, mira que esas tocas, velas de Holanda, cubren las mangas largas, para quien ni aun el Puerto de Santa María está seguro (4). Guarda la hija, reverendísimo barbón, no le dé la dueña dueño: mira que hablan á solas y andan juntas como zas-candil, zipi-zape, vísperas y completas. No hay más Flandes en Guinea que oir cómo enseña una vieja letora á una moza pasante: «Hija, prudencia es pensar muchas cosas y hacer »una, y mayor engañar á muchos y pensar en ninguno. Véndete »carísima, que quiere decir muy amada. No se te pase día sin línea. »Al tibio ponle fuego. Si no quieres que se te pegue la olla, menéa»la; si diere por cima, échale agua fría; si la quieres cocer, atiza, »porque á carne dura, soplos y tizonazos, y á ello. Lo que te asegu»ro es que ninguna se dejó de cocer por falta de cobertera (5). Ten »alta portada, por la reputación de los que entran y por los cuernos »de los que salen. Hinca los puños, harás buena masa.» ¡Ah, vieja curtidora de guantería, mal haya un rocadero de un pergamino de bulas: ahí tengo los cartapacios de mis sermones, si faltare papelón! ¿Quién podrá sufrir á un señor majadero, oficial engerto en conde, que se ahogó su padre en un alcuza (6), que los mismos dia-

(1) En la primera de Madrid, *y todo.*
(2) *Ibid.*, por errata, porque *añade* pato.
(3) En la edición de Ruán, *faleció.*
(4) En ambas ediciones de Madrid, *segura.*
(5) En la edición de Ruán, *cobertero.*
(6) En las ediciones de Madrid, en *una* alcuza.

blos no podrán meter paz en las cuchilladas de sus folladas, y teniendo trastejados los botones, glosado el sayo y la capa clarísima de Venecia, por un seis oros (1) que trae en el sombrerillo, dice: «A fee de caballero (y dijera mejor de caballo), que el bayo tiene »lindo pico y pára sobre los pies.» Pues, majadero, ¿sobre qué ha de parar? ¿Para qué es tanta *ola* como se te viene á la boca, sino para decir la tormenta de tus cascos? Tanto se bajan las torres cuanto se suben los muladares que tienen á sus pies, y tú estás tan alto porque te subiste sobre un fardo á alcanzar la caballería, como colgajo de uvas. Caballero cañarí, humo de higuera verde, mira que hace más viso tu nariz que tu caballería. Ya sé te has de levantar contra mí, porque no es razón que oigas el Evangelio sentado. Majadería es preguntar por las minas de hierro de Vizcaya para comprar una aguja de vainicas; como del que para matar un puerco hace información de la limpieza de sus abuelos. Y del que mira el diente del caballo que le presentaron. También lo es sanctificar (2) á la madre beata, porque dice con suspiro y escorzo: «Ala»bado sea el Esposo de las almas», y porque se arroba cuando la visita la mujer del veinticuatro, y á título de beatitud, no quiere hilar, porque no es señal de muerto tener el rabo tuerto, ni de sufrido y manso, el pescuezo de ganso. Pues ¡ya el que habla de grave en el garguero, como Berbería ó botija que se derrama, y, puestos en el cinto los pulgares, se hincha como sopa de pan caliente! Majadero es el abad que afana toda su vida, si al fin ha de morir de frío. Padre, ¿Dios no te dió hijos, y el diablo te dió sobrinos? Lucio estás como llave de portería y gordo como cochino cartujo. Por san Martín te aguardo, que darás á tu gente el mejor día. Uno recogerá la sangre de tus venas reales, otro apañará el menudo, y quedarás pelado, sin pies ni cabeza.

»A mí me aconteció levantarme de noche á estudiar, y, por tomar una vela, tomar un pedazo de longaniza, y llegar á soplar al fuego donde estaba el gato echado, y, como le relumbraban los

(1) Así en la edición de Ruán; en las de Madrid, seis *de* oros.
(2) En las dos ediciones madrileñas, *santificar*.

ojos, llegarles la longaniza, y echarle el diente, y dar á huir con ella, y dejarme espantado y sin estudiar. ¡Ojo avizor (1); que es el diablo el gato! Mirad que por tomar la vela no toméis la longaniza; que el gato no pierde por ladrón; mas sí un tacaño de un procurador que ayuda á su parte (entiéndese, á bien morir) y un escribano madrugador de uñas. Desdichado del pleiteante que, comprando con sus dineros la soga, piensa va á descansar al matadero. Pues, carnestolendas de Barcelona, holgáos, que mañana seréis ceniza; que al freir de los huevos buscan la sartén. Mas, dejando el lado de los cabritos, estos cernícalos de uñas prietas, digo que Dios os libre de cumplir con la Iglesia por sólo cumplimiento, porque será cumplimiento; de hacer vuestro heredero al médico; de gorriones, que á todos se levantan igualmente; de abad hecho fraile, á quien no le fiaré yo mi madre. Dios os libre, otrosí, de hidalgo con lámpara en el zaguán á costa del aceite de la ensalada, que mata con la ejecutoria la hambre; de buen mercado de narices romas; de boca papa y de ojo cardenal; de convidar al judío (si es vuestro tío) con misa ó tocino, porque, huyendo del puerco de san Antón, ha de dar en el fuego de san Antón; de la que busca á puros tragos la madre, y queda con mal de madre; de tenerlo antes bebido que hilado, y del que quiere que le agradezcan que echa bellotas á sus cochinos; de gotera blanda, que horada las piedras, y de castraros porque reñistes (2) con vuestra mujer; de ojos claros de vecino, de viña en camino, de mujer hablante y fuego junto á lino; de barba en que aprenda el oficial; de sacar al aire el candil; de huevos y estopas; de más quejado que dolido; de zapatos al revés, porque no los saquen por el rastro; de alhaja (3) que come; de un *Don* de una tienda; de astil que pesa más que el mazo; de blanca y cornado; de apóstol calabrés; de vieja que las rugas dice son del tormento que le dais con celos; de parches de caraña, por gozar del barato de la jaqueca; de gastador sin hacienda, porque ha de dar

(1) En la primera de Madrid, *auizon.*
(2) *Ibid., reñisteis.*
(3) En la segunda de Madrid, por errata, *amaja.*

en milagro ó ganzúa; de beato fingido con ramplón apostólico y pescuezo de bastardillo, con rosario en la mano y Alcorán en el seno; de amistad de yerno, de sol de invierno, de cuchara de pan tierno y de flores de cuerno; de la que habla con el diablo y se espanta de un ratón; de borrico amapolero, y de vara de juez que se dobla por colgarle de la punta el peso; y de andar, andar, y no trasponer (1).

»¡Oh mundo corrupto, si no fueras redondo, fueras langaruto! No sé cómo te remiende. En pasando la tormenta, loado sea Jesucristo, de romería. No hay cosa más cierta en los convites que priesa, faltas y un borracho. Sabed, amigos, que si el tirador es malo, no hay parte más segura (2) que ponerse en el blanco. El mal ajeno es el bien de Galeno. Estudiantes badeas paran en boticarios. Prestar al enemigo es ganarlo, y al amigo, perderlo. Todo viene á cuento, tizones en febrero, cuernos en ausencia y nabos en adviento. Bueno es, para que se vaya el visitador, que el enfermo pida el servicio. El que no puede reir, acuérdese de vieja con moño, ó hágase cosquillas. El que no puede llorar, tenga suegra, ó parta cebollas. No os pongáis gorra en el convite. Vuestra compostura sea sin compostura. No pongáis á borrico viejo ataharre bordado. Y porque no se nos vaya el asno, recia cosa es que asome primero el dotor que la ciencia. Hombre, el mejor caminar es buena mula, buena bolsa, y estarse en casa. Aficiónate á Iglesia, letras, mar, ó casa real; á bien mascado y bien remojado. Y cree bien y verdaderamente que no hay prima sin tercia, ni palma que dé fruto sin palmo. Si quieres buen rato, bebe frío; buena hora, come en tu casa; buen día, hazte la barba; buena semana, mata un puerco; buen mes, báñate; buen año, cásate. Y si quieres buena vida, ten buena conciencia. Aficiónate de paño de Segovia y agua (3) de sierra; sombra de tejado; de olla de cura, que traga sopas como cachorro manituerto. Créeme que no está la perfeción en tener vara y

(1) En la primera de Madrid, *transponerse*.

(2) En la segunda de Madrid, por errata, *seguro*.

(3) En la de Ruán, por errata, *pagua*. En la segunda de Madrid, sin la conjunción.

media (1) de pescuezo. No fíes en paciencia ofendida. Ten ojo (2) de halcón, orejas de asno, olfato de mona, boca de lechón, espaldas de camello y piernas de ciervo. Y no quieras juzgar todo lo que ves, creer todo lo que oyes (3), hacer todo lo que puedes, decir todo lo que sabes, guardar todo lo que tienes, gastar todo lo que guardas. Á gran pidiente, ten gran despidiente. Fíate de Pero Ganso, que cual la halla, tal la lleva. Á quien quieres mal, cómele el pan; y á quien bien, también; si hay poco, comienza tú el primero. Doncella, no quiero que me tañas, sino que sepas echar especias en la olla y unas soletas en las otras medias. Confesor que visitas hijas, desde aquí te marco por padre de familias. Alguacil, ponte Santantones, porque no se orinen en ti. Boticario, ten una malilla para hacer muchos juegos della. Amo, tú no tengas al criado por amor, sino por lo que lo has menester, pues el criado no te sigue á ti, sino á tu dinero.

Repara en los conceptos
Que dentro desta albarda van secretos.

Gracia y Gloria.»

Respondió la Calentura:

—Edificada (4) estoy de ver á vuesamerced tan celoso del provecho de las almas. Vine por beber de bruzas destos fugitivos cristales y tomar residencia á las varas de los albérchigos de su oficio, y uno y otro se me ha olvidado, oyendo sentencias tan mordidas de la lima, peinadas y lacónicas, que basta ver el fuego la longaniza. Quiero brevedad: piérdome por brevas. Acótome á Séneca: linda cal y arena es trabar las piedras con oro, diga lo que quisiere Lope de Vega al de Feria. Sólo uno en el mundo gongoriza. Perdóneme el *Antídoto* y la escuela del S. Herrera (5). Rueda quiero de na-

---

(1) En las tres ediciones, por yerro, sin duda, vara y *medida.*

(2) Así en la edición de Ruán como en las dos de Madrid, *ocio;* mas parece evidente errata, por *ojo.*

(3) En la segunda de Madrid, creer lo que oyes.

(4) En las tres ediciones, también probablemente por errata de la original, *Deificada.*

(5) Así en la edición de Ruán y en la primera de Madrid, por *señor* Herrera. En la segunda, disparatadamente, del *San* Herrera.

vajas. No me degüellen con paleta de afrecho. ¡No sufro sábana, cuanto más á Lilibeo!

He andado y visto tanto, que puedo ayudar á vuesamerced con un grito; no es barruntar, que eso sería *untar* con *barro*, sino visto por estos ojos, perdóneseme el pleonasmos. De mí se defiende el Turco paseando; el Moro, ayunando; el Tudesco, bebiendo; el Inglés, tragando; el Flamenco, vomitando; el Español, sangrando; el Indio, bailando; el Italiano, durmiendo, y el Francés, purgando. De que se ha seguido ver aún más males (1) de los que vuesamerced llora. Mas quien la hace (2), la espere; que boca amarga no escupe dulce. Si ya no es que mi mala condición lo aceda, como la de vuesamerced lo ladra. Hoy me enfadé [de] oir dos casadillos bajos de empeine riñendo por puntos de honra, y decía él: «Vos señora y yo señor, ¿quién cinchará la burra?» Muchas veces me abochorno, y con la cólera desvarío, viendo lleno el mundo de más excelencias que mercedes; de hábitos en los pechos, de no hacer cosa buena. Al que jura «en mi conciencia», luego le miro á las manos. El mayor daño de las casas hallo que es la mujer, el humo, el gato y la olla, y que muchos males se encierran en uno: en la mujer, en el hospital, en el balazo, en la cárcel, y en el ventero. La toga del letrado cose la ostinación (3) del litigante. El loco fía á otro su mujer, deja que prueben su espada y que cuenten su dinero, y, por vengarse de los ratones, quema su casa; si bien es verdad que no hay despensa sin ellos. Veo que faltan amistades, y no amigos; que los ciegos tienen espejo; los idiotas, atril. Sardina pesca trucha. Y no he visto suegra, ni aun de oro, buena. En los linajes hallo de todo; la ciencia sin seso veo que es locura, y que el perro lisonjea por pan. Quien quisiere vivir en este mundo, créame, y no apure; pague y hará caudal; dórelas porque las traguen, rasque á cada uno donde le come, cierre la bolsa y la boca. Mídase con su medida. No se asegure en privanzas. No tire tanto,

(1) En la primera de Madrid, más *malos*.
(2) *Ibid.*, *lo* hace.
(3) *Ibid.*, *ostentación*.

que quiebre. No se meta en más de lo que puede. No enoje orejas ajenas. Enséñese á sí primero. Piense muchas y haga una, y ponga en cada puerta su batidero. Sepa que cada balanza tiene su contrapeso. Y que honra de palabra vale mucho y cuesta poco; que paciencia, tiempo y dinero salen con todo; y que parecer sin ser es urdir sin tejer; y que el tiempo, las palabras y piedras no pueden volver á la mano. El que quiere llegar á viejo no tema más que á Dios. Vista abrigado, coma tasado, porque poco se debe al deleite y mucho á la salud. No ande á buscar viento que otro no haya resollado. Tenga la anguilla (1) con hoja de higuera. Dele á su criado el zapato que le aprieta; contente su deseo con poco. Ahorre de deseos, porque la muerte llega envuelta en esperanzas. Y la sortija de oro no sana el panarizo, ni la corona el dolor de cabeza. Mas esto es gran trabajo de la vida: que el molino no ha menester ruido, y no puede andar sin él.

Todo anda como Dios lo remedie. Eso es ir á los convites que á la sierra de Bullones (2). Dinero es la ruda de todo mal de madre. Ventura alcanza más que brazos largos. Desventura corre más que vejamen (3). El mismo que ayer fué cabrón es hoy cuero. Á ciento de renta, mil de vanidad; y antes se acaba la hacienda que la locura. Ninguno se mide con su palmo. Enojos se ahogan en tazas. Bordadores y albarderos todos dicen que dan puntadas. Los que hacen albardas se llaman jubeteros de lo basto; los escribanos, secretarios; los carniceros, cortadores; los jiferos, carniceros; la casa de juego, casa de conversación; las rameras, cortesanas; y los verdugos, médicos. Mueren los asnos y entierran los lobos. Perdonamos que no den, á trueco de que no nos quiten. La esperanza del perdón facilita los delitos. Lanza de oro á cuantos quiere mata. El interés acaba con la amistad. Fruta junto al camino no llega á madurar. Los casados se arañan de día, y de noche duermen juntos los traseros, apartadas las cabezas, como águila impe-

(1) Así en la edición de Ruán y en la primera de Madrid; en la segunda, *anguila*.

(2) En la primera de Madrid, de *Bastones*.

(3) *Ibid*, por grosera errata, *Bejamín*.

rial. El gusto de lo que se tiene se pierde con lo que se desea. A ninguna cosa se llega á fuerza de voluntad, sino á fuerza de brazos. Quien busca agradecidos, busca enemigos. El sediento, en habiendo bebido, vuelve las espaldas á la fuente. La nube que el sol levanta escurece al mismo sol. Por más que se regale á la ortiga, siempre pica. El puerco no alza los ojos al que le varea las bellotas. En las bocas parleras crecen las nuevas como trigo mojado. Señor hay (1) que vende el sol. Y, como Tiberio, los orinales. Mas huélgome que los que lisonjean murmuran. Que el que más no puede, acude á los dientes. No hay quien haga limosna, sino hartos y muertos; que el puerco no da provecho hasta San Martín. Muchos se levantan con el peso, no como palmas, sino como dominguillos. Sólo un bien hallo en este mundo: que mujer con chapines, la media es de corcho: del mal el menos. Sobre un corcho anda la honra de los hombres.

Hidalgo hay que come frío porque caliente es de gente ordinaria. Y asno matado, que, por las moscas, se cuelga una gavilla de la cola. La soldadesca esconde en plumas la locura, mientras hace vehemente cerote. Las mangas largas son las primeras que entrar á comer en el plato. Todo anda punta con cabeza. Manchas salen untando. Y no hay puerta que suene, untados (2) los quicios. Retíñese el viejo de Malpica, y quiere que creamos que es milagro, y no escabeche. Todos quieren ser menos buenos que famosos, y menos temen á la conciencia que á la fama. No buscan en sí la virtud, sino en otros; sólo lo provechoso tienen por justo. Como humanos, se ceban en lo humano. No excusan desear lo que no pueden ni deben. Sin amar quieren ser amados, y alabados sin tener (3) la mano floja. Pues sepan que la abeja no llega á flor marchita, y que hombre sin virtud es moneda sin cuño. Todos sabemos que tiempo y paja maduran servas; que á quien sabe aguardar, todo le viene á pelo; que el loco labra casa y doma po-

(1) En la primera edición de Madrid, Señor *al*.

(2) En la edición de Ruán, *untandos*, errata que tanto hace á *untando* como á *untados*.

(3) En la primera de Madrid, sin *temer*, por evidente errata.

tro para otro; que cada hormiga tiene su sombra, y que entonces se pierde, como la mujer, cuando le nacen alas; que aforro del buen servir es el buen aborrecer; que falta de hábito suple un remiendo; y que la santa pobreza no tiene más bienes que merecellos todos y despreciallos. También sabemos que á quien de todo se siente no faltan (1) dolores de cabeza; que no es menester zorrero para cazar una Mari-García; que todos se ríen del mono, y él de todos; que la hacienda no es de su dueño, sino del que la goza; que no hay cosa más prolija que plantar palma, comenzar pleito y aguardar que se muera un viejo; que el diablo quiere á los suyos. Item sabemos que el ave fénix, el canto del cisne, los granos de helecho, la sirena de la mar, los duendes, la verdad, la sombra del Marqués de Villena, y Juan de Espera en Dios es lo mismo que la fortuna, la historia de san Amaro, y el cuentecillo del ánima de Trajano. Botas bien guisadas comeré: no verdades crudas. Todo es apariencias azotar la sombra, prender el viento, arar el agua y salir después del año el pronóstico. Quédanse (2) sin misa los sacristanes. Grandes ladrones castigan á los chicos; así los peces. Mentecaptías de rico son varas de medir. Éste trae el juicio en los carcañares, como quien baja escalera; que en el sentar el pie se brujulea el seso. Aquél es conocido por su mujer, con que alcanza más que la porfía. El escribano hace el testamento en la uña, de lo que agarra con ella, por la reglilla de «uñero, uñero, para mí me lo quiero». El otro que se muere hinche el entierro de lutos y cantores, aunque no haya para misas y vaya atrancado de estopas porque no haga (3) la puf. Otro deja las amistades señaladas en la mano, como gato. Berrenchín hay que, porque huyó el asno, se venga en la albarda. Y capricho que pretende suplir la falta del pan con villancicos. Uno, entre dos sillas, se sienta en el suelo. Y otro parte de carrera á requebrar á la viuda, en el entierro de su malogrado. Muchos pare-

(1) En las dos ediciones de Madrid, no *le* faltan.
(2) En la edición de Ruán, *Quedarse*.
(3) En la edición de Ruán y en la segunda de Madrid, por errata, *hago*.

cen gordos, como perros lanudos, que mueren de pura hambre. ¿Qué quiere vuesamerced que diga, sino que todo lo que es mundo es mentira verdadera?

Los que á mí me hacen guerra son los médicos, valientes de la hoja del libro de la muerte. Y más me conservan ellos que los pepinos. No hay puñal buído como su récipe. Los anillos de sus dedos muestran por despojos de los que derriban. Las gualdrapas, por luto. Así envasan en un cuerpo cristiano como en un aljibe; quitan la vida á costa del dinero. A todos ponen en sagrado. Así herrasen las mulas como las curas. Don Francisco de Quevedo (1) vido en sueño (2) que «fueron entrando unos médicos á caballo en mulas, que con gualdrapas negras parecían tumbas con orejas. El paso era divertido, torpe y desigual, de manera que los dueños venían encima con mareta y algunos vaivenes de aserradores; la vista asquerosa, de puro pasar los ojos por los orinales y servicios; las bocas, emboscadas en barbas, que apenas se las hallara (3) un braco; sayos con resabios de vaqueros; guantes en infusión, doblados como los que curan (4); sortijón en el pulgar, con piedra tan grande, que cuando toman el pulso pronostican al enfermo

(1) En la segunda edición de Madrid: *El S.* D. F. Quevedo.

(2) En la *Visita de los chistes,* lindísimo opúsculo escrito en 1621-22, y que se llamó primero *Sueño de la muerte y el Marqués de Villena en la redoma.* Espinosa, que era muy amigo de Quevedo desde las lozanas primaveras de la mocedad, ingirió en su novelita, por fineza, unos párrafos de esta obra, de la cual quizás tendría copia de la mano misma del Señor de la Torre de Juan Abad. El texto de estos párrafos difiere no poco del de las colecciones impresas, y á menudo lo explica y aun lo mejora, cosa que bien se echará de ver cuando se reimprima la *Visita de los chistes* en la nueva edición de las *Obras de Quevedo* que publica en Sevilla la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, bajo la sabia dirección de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

En la edición de Ruán faltan de todo en todo estos párrafos de Quevedo, cosa que tiene buena explicación. Á la cabeza de ellos nombraba Espinosa á su amigo, como lo que era: como persona distinta del autor de *El Perro y la Calentura,* y el editor cayó en la cuenta de que por ahí podrían percatarse los lectores de ser falsa la atribución del libro á Quevedo. Por idéntico motivo suprimió la carta preliminar de Espinosa.

(3) En ambas ediciones de Madrid, se las *hallará.*

(4) En la segunda de Madrid, como *lo* que curan.

la losa. Eran ellos (1) en gran número, y todos venían chorreando platicantes, que, cursando en lacayo (2) y tratando más con las mulas que con los doctores, se graduan de médicos. Y viéndolos dije: «Si destos se hacen estotros, ¿qué mucho que estotros nos deshagan á nosotros?»

»Al rededor venía gran chusma y caterva de boticarios (¡paciencia, enemigos míos!), con espadas desenvainadas y jeringas en ristre, armados de cala y parche, como de punta en blanco. Los medicamentos que éstos venden (aunque estén caducando en las redomas de puro aniejos (3) y los socrocios tengan telarañas) los dan por recién cortados de la pieza; y así, son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, pásase por el tableteado de los guantes del doctor y acábase en las campanas de la iglesia. No hay gente más fiera que estos boticarios: son armeros de los doctores: ellos les dan las armas; no hay cosa suya que no tenga achaque de guerra y que no aluda á armas ofensivas. Jarabes, que antes les sobran letras para jaras, que les faltan. Botes, se dicen (4) los de pica. Espátulas son espadas en su lengua. Píldoras son balas. Cristeres y medicinas, cañones; y así llaman cañones de medicina. Y bien mirado, si se toca las teclas de las purgas, son tiendas; y ellos, los infiernos; los enfermos, los condenados; los médicos, los diablos. Y es cierto que son como diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y los malos no sean buenos jamás.

»Venían todos vestidos de receptas, coronados de R. R. asaeteadas, con que empiezan las receptas, y consideré que los doctores hablan á los boticarios diciéndoles: *Recipe,* que quiere decir *recibe.* De la misma suerte habla la madre á la hija y la cudicia al

(1) En la segunda de Madrid, *estos.*
(2) En la primera de Madrid, en *lacayos.*
(3) En la segunda de Madrid, *añejos.*
(4) *Ibid., si* dicen.

ministro (1). No hay en las receptas otra cosa que R. R. asaeteadas por delincuentes, y luego *ana, ana*, que juntos hacen Anás y Cayfás, para condenar á un justo. Síguense onzas y más onzas. ¡Qué alivio para desollar á un cordero enfermo! Luego ensartan nombres de simples, que parecen invocación de demonios: *buphtalmus*, *opoponax*, *leontopetalon*, *tragoriganum*, *potamogeton*, *senos pugillos*, *petroselinum*, *scilla*, *rapa* y *vinix* (2). ¿Sabéis (3) qué quieren decir estos espantos, ó barahunda de voces, tan rellenos de letrones? Son zanahorias, rábanos y perejil, y otras suciedades al mismo tono. Y como han oido decir «quien no te conoce te compre», disfrazan las legumbres porque no sean conocidas, y las compren los enfermos. *Eglomatis* (4) dicen es lamedor. *Catapotia* (5), las píldoras. *Balanos*, la cala. Y son tales los nombres de sus receptas, y tales sus medicinas, que las más veces, de asco de las porquerías y hediondeces con que persiguen á los enfermos, se huyen las enfermedades. Porque ¿qué dolor habrá de tan mal gusto, que no huya de los tuétanos, por no aguantar el emplasto de Guillén Zervén, y verse convertir en baul una pierna ó un muslo?

»Cuando vi á éstos y á los doctores entendí cuán mal se dice, para notar diferencia, aquel asqueroso refrán: «Mucho va del »culo al pulso». Que antes no va nada, y sólo van los médicos; pues inmediatamente desde el pulso van al servicio y al orinal á preguntar á los meados lo que no saben, porque Galeno los remitió á la cámara y á la orina, y, como si el orinal les hablara al oido, se le llegan á la oreja, vaheándose (6) los barbones con sus nie-

(1) En la primera de Madrid hay *un salto* de tres palabras, y dice: ...habla la madre á la cudicia al ministro.

(2) He restituído estos nombres bárbaros, estropeadísimos así en la edición de Ruán como en las madrileñas, con vista de la nota que puso Fernández-Guerra á este pasaje en su edición de las *Obras de Quevedo* (*Biblioteca* de Rivadeneyra, tomo XXIII, pág. 334).

(3) En las dos ediciones de Madrid, *Saber*, y falta la interrogación.

(4) En el texto de Fernández-Guerra, *Elingatis*.

(5) En la primera edición de Madrid, *Catapitra*.

(6) En las dos ediciones de Madrid, *babeándose*. Evidente errata.

blas. ¡Qué es verles hacer que se entienden con la cámara por señas, y tomar su parecer al bacín, y su dicho á la hedentina! No lo esperara (1) el diablo. ¡Oh malditos pesquisidores (2) contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrías, azotan con ventosas, destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos, sin alma y sin conciencia!

»Luego se seguían los cirujanos, cargados de pinzas y tientas, cauterios y tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetines. Entre ellos se oía una voz muy dolorosa, que decía: «Corta, »arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, rebana, descar»na y abrasa.» Dióme gran temor, y más verles el paloteado que hacían con los cauterios y tientas. Unos huesos se me querían meter dentro de otros, de miedo. Híceme un ovillo. En tanto, vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes, haciendo bragueros: en esto conocí que eran sacamuelas, el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Estos comen con muelas ajenas, y no ven diente que no querrían ver antes en su collar que en las quijadas. Desconfían á la gente de santa Apolonia, levantan testimonios á las encías y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato que tuve en ver sus gatillos. Andan tras los dientes ajenos, como si fueran ratones, y piden dineros por sacar una muela, como si la pusieran.

»¿Quién vendrá acompañando á tan maldita canalla?» decía yo, y me parecía que el diablo era poca cosa para tan mala gente, cuando oí venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco. Tocaban todos pasacalles y vacas. «Que me maten si no son barbe»ros»; y ellos que entran. No fué mucha habilidad acertar; que esta gente tiene pasacalles infuso y guitarra gratis data. Era de ver puntear á unos y rasgar á otros. Yo decía entre mí: «¡Dolor »de la barba, que ensartada en saltarenes se ha de ver rapar, y »del brazo, que ha de recibir una sangría pasada por chaconas

(1) En la segunda edición de Madrid, *esperará*.
(2) *Ibid.*, *pesquesidores*.

»y folías!» Y consideré que todos los más ministros del martirio de la muerte estaban en mala moneda, y eran oficiales de vellón y hierro viejo, y que solos los barberos se habían trocado en plata, y entretúveme en ver sobajar una barba y manosear una zalea.»

Mas, porque amigos ni enemigos son buenos para testigos, subamos otro paso. ¿Qué aprovecha linda esposa, si es de prisión? ¿Sacar un pie del cieno y atascar otro? ¿Qué grandeza es escupir sangre en tapete de oro? ¿Qué colirio alcoholarse los ojos con navaja? ¿Qué prudencia soltar los perros y atar las piedras? ¿Qué devoción rogar al santo no más hasta pasar el río? ¿Qué priesa huir en zancos? ¿Qué guisado faltarle la sal al huevo? Ahora pregunté á un cazador: «¿Adónde bueno?» Respondió: «Ahí vamos á matar la merced de Dios.» Dijo un culto en sus etimologías (habilidad de mazonería) (1) que el tocino hacía *chi*, y el ama dijo: *menea;* de ahí se dijo *chimenea.* Antes de enterrar á su marido, vi que pedía una viuda sopas de la olla (2) y vino, para llorar cuando viniesen los abades. No hay que fiar de monja bautista, que celebra la fiesta con buñuelos de viento; de viudo que se casa, porque se rebela (3); de pisar menudico, hablar ceceoso, boca rubia y ojos azules; de manteca de bonete para ablandar á Faraón, siendo mejor aceite de ladrillo; de ventolera de vano, botecillos de fea, de letras gordas, coyoles (4) de santero, de forzado en religión, de cabellos de oro por la virtud de un poeta; de amor con uñas, como sol de invierno; de miradurísima (5) por saetera de manto; de hacer cámara, por hacer sala; de ciencia de pobre, de fuerza de ganapán, de vuelta de dado, de prosperidad antigua, de nube de estío, de serenidad de invierno, de migas de suegra, de beata escrupulosa, de casa recién hecha, de mesonero nuevo, de santero visitador, de virginidad de arraihán, de pan de silo, de leña de higuera, de letrado zurdo, y de vino de botija; de fiar, confiar y porfiar; de

(1) En la primera edición de Madrid, por burda errata, de *mesonería.*
(2) *Ibid.*, de olla.
(3) En la segunda de Madrid, se *revela.*
(4) En la primera de Madrid, *cayoles.*
(5) *Ibid.*, *mira durísima.* Es donairoso superlativo de un sustantivo.

hombre con rincones; de mujer que en todo lugar mora (1), sino en su casa, y del que mantiene tela para cortar de vestir.

Hidalgo mío, ¿una noche estás en vela y otra en candil? Mercader, ¿el cajón tienes á escuras, como si fuera verdad? Estudiantico que demandas en un guante, tu devoción es en favor de un buñolero. Santa simple, aunque doble, no me bautices el bostezo por suspiro para que sepa dónde te sientas. Desvanecido, ¿no sabes que en linajes grandes hay alcaldes y taberneros? Confiadillo, contigo come quien te los pone. Galancete, el buen traje cubre ruín linaje. Hipócrita, créeme, que no hay que trajinar cuando el harriero da gracias á Dios. Hablador, el horno se caldea (2) por la boca. Privado, en lo alto se aprende el vuelo del albañir (3). Y el muy sano muere de la primera. Vieja sin dientes, no vayas á bodas, sino á entierros. Alguacil, no digas: «tenéos á la justicia, y dad acá la bolsa.» Prolijo consolador, trae aceite si quieres llorar toda la noche; que en salvo está quien repica á fuego. Enfermo, que prometiste ir á comer un pavo á la ermita, ¿por qué en ella tragas tanto, que vuelves á enfermar? Pretendiente, si no quieres que se te vaya el agua, no te falte zulaque. Encogido, mira que el dedo meñique (4) no llega á untarse en el plato como esotros, por estar encogido, y que cada uno se labra su fortuna. Mandria, no quiero dinero que haya menester hombre, sino hombre que haya menester dinero. Cariampollar, si no sabes reñir, cásate; mas repara en que puerco fiado da buen invierno y mal verano. Ya sabes (5) que la señora mujer ha de hacer tres salidas: al bautismo (6), al casamiento y á la sepultura. Y que tiene cuatro virtudes: quejarse de algo, mentir sin pensar, ir adonde quiere y llorar sin por qué. No basta ser casta para ser buena. Mujer y naranja, la más lisa. Mujer y vidrio, en un tris. Mujer y mula, por halago. Sopas y amores, los primeros.

(1) En la primera edición de Madrid, *moxa.*
(2) En la edición de Ruán, *cardea.*
(3) En las dos ediciones madrileñas, *albañil.*
(4) En la primera edición de Madrid, *miñique.*
(5) En la edición de Ruán, *Y* sabes.
(6) En las dos ediciónes de Madrid, *baptismo.*

Vasija y doncella, sabe á lo primero que se echa en ella. Amor de mujer y fuego de aulagas, luce mucho y dura poco. Flor de almendro, el día que abre se quema. La hermosa quita el nombre á su marido. Vino de frasco, bueno á la mañana, á la tarde vinagre. Repara también, hermano, en que el amor hace mucho y el dinero lo hace todo. A cerradura de hierro abre ganzúa de plata. No quieras horno de cantarero por vecino. Mira que por falta del cuchillo, meten en la vaina un palo. No importa jugar bien, si pierdes. Humo dice dónde hay fuego. Cencerro (1) traen dineros, amor y tos. Asno cargado de oro sube al azotea. Cuidado evita cuernos. En fin, si la susodicha fuere (2) galante, vístela de raso de cielo azul (3), ó de primavera de Mayo. Si quisiere brincos, dáselos de danzante. Si regalillo, de Marta la piadosa. Si vueltas, de cadena hurtada. Si fuere loca, dale cuerda. Y si buena (á pesar de lo bermejo), lo seguro es aprovecharte de la dorada ocasión de sus cabellos. Mas porque la lima se gaste mordiendo, quiero mirar por mí; que desdichado del rico que para sí es pobre. Lo que á mí me toca, yo lo he de hacer. Y pues vuesamerced se ha dotorado en palacio en cánones de urbanidad, deseo me la haga de algunos breves para reformar mis costumbres, porque los vulgares huelen peor que escarpín de huésped.

Respondió Chorumbo:

—¿Vuesamerced quiere que yo venda miel al colmenero, y que le predique á la Cuaresma? Santa mía, buena es la linde entre hermanos. Mas, porque la obediencia no examina las fuerzas, sino el mandato, y quien yerra obedeciendo no desmerece errando, doblaré el papel y echaré la tijera, salga lo que saliere.

Tú, cualquiera que deseas no ser macho de noria, que camina mucho y no hace jornada, huye ser grosero en la conversación, porque no serás menos aborrecido que si fueras malo. Ten la cabeza constante: no parezca calabaza al viento. No traigas los

(1) En la primera edición de Madrid, *cencerros.*
(2) *Ibid.*, En fin la susodicha *suerte.*
(3) *Ibid.*, de raso cielo azul.

brazos colgando como mangas de ropa. No fijes los ojos en la cara de otro, como quien mira de hincado. No te juntes tanto, que le soples como saludador. Cuando tomes el freno, no hagas espuma como mula en zaguán, ni salpiques como hisopo, ni envaines las manos en las faldriqueras como paje con sarna. No te reboces como la Doncella de Dinamarca. Ni juegues con la llave en el dedo, como quien tuerce hilo, ni con los pies, como rocín con pulgas, ni con las manos, como tundidor; ni te suenes las narices con la mano desnuda, haciendo pañizuelo de lo mismo; ni te regales la barba como si fueras (1) gato; ni hagas de los bigotes tomiza, ni de los guantes tablillas de san Lázaro; ni metas el compás con la mano, como maestro de capilla; ni tires tajos, como maese Pedro; ni regüeldes recio, porque no conozca de ti san Antón, ni resuelles tanto que des en paparresolla; ni hagas perdigones con la cera del oído, aunque sea con intención *sincera;* ni hagas balas con lo que sacas de las narices, para matar á un cristiano; ni comas á dos carrillos, que parecerás viento de reportorio. Ni cuando bosteces (2) descubras la herramienta de la tarasca; ni acabes la razón bostezando, porque no te responda un macho; ni tomes la mano al que hablas, pues no te casas con él; ni le des en el pecho *sanctus;* ni le palpes la ropa, como sastre que busca el pospelo; ni le tientes de paciencia los botones; ni hables en el garguero, como pavo; ni cantes á solas, como abuela que arrulla; ni hables contigo, que tendrás auditorio loco; ni rechines los dientes, para dar dentera (3); ni des tan grandes risadas, que se te vean los hígados; ni atranques dos escalones, que parecerás figura síncopa (4); ni subas una pierna sobre otra, como 4 de guarismo; ni encarezcas las cosas, como el año sequillo; ni para decir que no te dieron cosa suenes la uña en el diente, como quien muerde pencas de alcarcil; ni limpies el sudor en la servilleta (5), si ya no es

(1) Tanto en la edición de Ruán como en las de Madrid, *fuera.*
(2) En la primera edición de Madrid, *bostezas.*
(3) En la segunda de Madrid, *entera.*
(4) *Ibid., sin copa.*
(5) *Ibid., servieta.*

que pasa por pringue. Cuando masques, no chasques. Cuando te despidas, no des muchas picadas. Ni te retires afuera como carnero. Ni tengas espíritu de contradición. No lo riñas todo, como suegra. No seas (1) porfiado; que serás aborrecido. Ni tan delicado como recién parida. No bufonices, ni cuentes lo que soñaste, ni las gracias de tu mujer, ni de tus niños. No seas ceremoniero, ni gracioso de cartapacio (2). Ni des en ser muy dichoso. Cuando los otros ríen, no te mesures. Ni te cortes las uñas con los dientes. Ni escupas (3) largo. Ni te contonees. Ni te burles (4) de manos.

Evita voces vulgares, mal sonantes, humildes, mal significativas, impertinentes, sin decoro, sin gala, misterio ni alusión, porque con ellas no menos te infamarás á ti que á la vagueza *(sic)* de nuestro habla (5), como digamos: A troche moche. Mequetrefe. Cháncharras máncharras (6). Zipizape. Cochitehervite. Chisgarabís. Chaquebarraque. Martín chapinero. Zurcirbullir. Uste ni muste (7), ni péname el amor. Todo se lo dijo de pe á pa. Viejo marrullero. Lo guarda con tanto ojo. No salió pie, ni patada. A la pata la llana. Frente por frente. Aínas. Asina. Escarapela. El oro ni el moro. Torquemada y su asno. Dios dijo lo que será. Come de mogollón. Niega á pie juntillas. Pone pies en pared. A cada triquete. Está emberrinchado. Con sus once de oveja. ¿Para qué son esos turrones? Puesto en la espina de santa Lucía. Tres pies á la francesa. Le bailé el agua delante. Si no lo ha por enojo. Mahoma en Granada. Tocar á Abenámar. El día de marras. Dijo el otro. Sendos huevos. Vaya vuesamerced conmigo. Como digo de mi cuento. Esto es cuanto á esto. Está vuesamerced conmigo. Vaya vuesamerced con letura. No se corte conmigo las uñas. Tengo mi piedra en el rollo. Vienen de mangla. Dios y norabuena. Pared y me-

(1) En la edición de Ruán, No *serás*.

(2) En la primera de Madrid, *cartapacios*.

(3) En las ediciones de Ruán y segunda de Madrid, *escupes*.

(4) En la primera de Madrid, *cantonees*, ni burles.

(5) *Ibid.*, *nuestra* habla.

(6) En la segunda edición de Madrid, por evidente errata, *Chan chartas* mancharras.

(7) En la edición de Ruán, *Vsti* ni muste.

dio (1). Mozo como un pino de oro. Bebe los vientos. Quien más pudiere lleve el gato al agua. Todo es agua de cerrajas. Anda de ceca en meca. Echó el pecho al agua. Tomólo á pechos. Calvatrueno. Herre á herre. Una luna como en mitad del día. Escura (2) como boca de lobo. Un chapetón. Una chaparrada. ¡Ah, hi de puja (3)! Chinfarrada. Barquinazo. Llegó como mosca muerta. Vino como una escopeta. Andan en dime-diretes (4). No habla á humo de pajas. Hombre machucho, de chapa. En lo negro de la uña. Achaques. En el pelo de la masa. Tan negro de bueno. Andase á la flor del berro. Por quítame allá esa paja. Por cada triquete (5). Anda en tantos andenes. No me hinche el ojo. Tomó el cielo con las manos. Di con él de manos á boca. No sé cómo diablos se dice. Lo tomó de cabeza. Es un zarracatín. Regodeo. Están colgadas las calles. Desparramado. Desparrancado. Desparpajado. Desmazalado. Descuajado. Desvaído. Repantigado. Metióse de hoz y de coz. A harre acá, cinchado (6). Quien á su enemigo popa. En rehiarta (7). Topó con él. Dolo (8) al diacho, y al diantre. Puro y parado. Alto, pues. Ahora, sús. Pardicas. Tomó las de Villadiego. Vino de rocín á ruín. No nació en las malvas. Le dió tantas sobarbadas. No me va ni me viene. Tate. Antes pegaré la boca á la pared. Hasta echar el bofe. Meaja en capilla de fraile. Tanto guárdenos Dios. Derramó el poleo. Dijo mil barrumbadas y patochadas. Hízolo mil añicos y mil zorrumos. Titubear. Buen escorrozo tenemos. Toda la noche en peso. Hizo la deshecha. Mirando las musarañas. Haciendo la vista gorda. No hay sino prestar paciencia. Guardado como oro en paño. Muy mirlado. Trampantojos. Se hace de pen-

(1) En la primera edición de Madrid, y *media*.

(2) En la segunda de Madrid, *Obscura*.

(3) En las tres ediciones, *Ay* de puja. Los impresores no entendieron que se trataba de una forma eufemística de cierta imprecación, hoy harto malsonante, usada más de una vez en el *Quijote*.

(4) En la primera de Madrid, dime *direte*.

(5) Pocos renglones antes había registrado, con leve variante, esta expresión: Á cada triquete.

(6) En las tres ediciones, Á *harracá* cinchado.

(7) Quizás por *en reyerta*.

(8) En la edición de Ruán, *Doylo*.

cas. Fulano y Zutano le mostraron dientes. Está entre dos aguas. Estoy en mis trece. Dos al mohino. Tabahola. Tahanero. Se pone papo á papo. Anda un run run. Con tanto zuño. Regodeo. No daré mi brazo á torcer. A la luna de Valencia. Plega á Dios que orégano sea. Como si fuera un guillote. No me quedó pizca. Zipizape (1). Zascandil (2). Anda ronceando. A otro más estirado. Rey ni roque. A fe que si suelto la maldita. Dice que ha de hacer y acontecer. Vino á punto crudo. Puso esto con esto. Metiólo á barato. Ha gastado el diablo por el pie. De cachibolache. No lo estimo. En el baile depende. Ni habla ni paula. Vino ten con ten. Jamás por jamás. Ende mal, y ende negra. Arenga. Chabarría. Atestado. No quedó roso ni belloso. Mojigatico. Borondanga. Achaque. Terco. Tolondrón. Moliente y corriente. Mamante y piante. Condumio. Zuño. Rabanete. Guarte. Revesado. Esoache. Cambalache. Oste. Puf. Barquinazo. Harrumaco. Chitón. Dizque. Golpizumbido (3). Derrengado. Toscohosco. Enclenque. Magrujo. Testarudo. Chafallo. A manteniente. Retartalillas. Harbullista (4). Majote. Transido. Entumido. Encanijado. De hinojos. Brasmos. El tiesto de Inés. Burláos con Inés. Los hijos de Mari Rabadilla. La gata de Mari Ramos. Allá se lo haya Marta con sus pollos. Martajado. Harón. Chiculío. Contoneo. Mequetrefe. Repapilado. Trefe. Socarrena (5). Refonfuña (6). Estremonias. Gollorías. Lechigadas (7). Carcajadas. Recocaje. Cambaladas. Remoquetes. A tentejuelo. Zabucado (8). Aguanoso. Chinfarrada (9). Alharacas. Antubión. A la boruca. Traqueado. Apeñuscado. Helo allí. Avalos vienen. A resculas. Zanquetear. Sopetón. Percox. Aosadas. Hadrollas. Gar-

(1) Ya lo había dicho al comienzo de esta tiramira, si bien escribiéndolo así: *Cipiçape.*

(2) En la edición de Ruán y en la primera de Madrid, como dos palabras: *Zas candil.*

(3) En la segunda edición madrileña, *Golpe y zumbido.*

(4) En las dos ediciones madrileñas, *Halbullista.*

(5) En la segunda de Madrid, *Socarrona.*

(6) *Ibid., Refofuña.*

(7) *Ibid., Lechigados.*

(8) *Ibid., Zubacados.*

(9) Ya quedaba puesta en la lista esta voz.

fada. Amorrado. El abanto. Tirria. Cuando no me cato. Al husmo. Cotufas. Desatentado. Le hizo una mueca. Arrufaldado. Al retortero. Retentiva. Haragán. Ojeriza. Gollorías (1). Corre corriendo. Venido que vino. Llegado que llegó. Al cabo de rato, Andújar. Chamuchina. Arenga. Hecho un bejín. Trujamán, y Harrumaco (2), y otros vulgarismos á este tono.—

En esto, sonó ruido y, porque no me viesen, pasé adelante. Guarde Dios á V. Excelencia, etc.

---

(1) Otra repetición.

(2) También repetido.

BOSQVE DE

DOÑA ANA.

A LA PRESENCIA DE FELIPO QVARTO,
Catolico, pio felice Augusto.

Año | Escudo del Duque de Medina Sidonia. | 1624:

DEMONSTRACIONES

QVE EL DVQVE VIII. DE MEDINA

Sidonia, don Manuel Alonso Perez de Guzman el Bueno, XI. Conde de Niebla, Marqués de Cazasa, Señor XV. de la Ciudad de S. Lucar de Barrameda, y de las cinco Villas de Guelva, de los Consejos de Estado y guerra de su Magestad, Gentilombre de su Camara, Capitan General del Mar Occeano, y costa del Andaluzia, Cavallero de la insigne orden del Tuson de Oro.



Habiendo determinado su Majestad visitar las costas del Andaluzía, dió aviso al Duque de Medina Sidonia (que estaba en su Bosque de Doña Ana) á los veinte y cinco de Febrero, y orden que no saliese de sus estados y moderase en ellos las demonstraciones que presumía de su voluntad; pero no pudiendo el Duque estrechar el ánimo, mandó fabricar en el desierto del Bosque una ciudad capaz al hospedaje de su Majestad y su Corte; mas á pesar de su aliento, intentaron facilitar su obediencia las inclemencias del cielo, que opuesto á sus disinios, con lluvias inundaron los campos y con vientos dificultaron el mar y el conducirse los materiales y bastimentos en muchos días, quedando tan pocos para tan grande máquina, que casi se imposibilitara la execución de los deseos del Duque si su grandeza no sobrara á los inconvenientes. Pasóse en barcos lo que pertenecía á esta fábrica, legua y media de las casas del Bosque, de donde se llevó en muchas carretas, bueyes y caballos, la mayor parte del camino á nado, por las continuas aguas (con que fué muy costoso y difícil el acarreto); mas porque no se gloriase de esta acción el Duque (si ya no fué por hacerla mayor, ó por templar el gusto con que aguardaba el Andaluzía á su Rey), quiso Dios que á los diez de Febrero amaneciese tullido el Duque, sin movimiento en la pierna izquierda, que fué la circunstancia de mayor dolor y dificultad. Pero ¿qué es la flaqueza del cuerpo con la valentía del espíritu? Sirvió la enfermedad de grillos á los pies y de espuelas al corazón, y, sin atender

á los remedios de su mal, los aplicaba todos al mayor servicio de su Rey. Envió al Bosque por mayordomo á don Bernaldo de Morales y á otros criados y maestros de obras, con cuatrocientos hombres y gran número de cabalgaduras, para dar principio á su intento, y mandó que á todos los oficiales y cuantas personas viniesen les franqueasen los bastimentos, con que acudió todo el tiempo que duró esta máquina gran número de gente, admirando la grandeza del Duque, manifestada en tan costoso aparato y pródiga liberalidad. Renovaron la casa del Bosque, que es muy capaz, y aderezaron treinta aposentos de ricas tapicerías, y hicieron de nuevo una caballeriza para los caballos de su Majestad, de dozientas plazas, cochera para todos sus coches, granero para dos mil fanegas de cebada, pajar y guadarnés de ciento y diez y seis varas de largo, dos cocinas arrimadas á la antigua, de ciento y veinte pies cada una, un gran horno para las masas, un guardamangel de ochenta varas, todo incorporado en el palacio del Bosque. Dispúsose el aposento para el Duque y los señores que le acompañasen, en el hato que está cerca del palacio, en seis casas que allí tienen los vaqueros, que se aderezaron de costosas tapicerías, techos y paredes; y enfrente se labró de nuevo otra caballeriza de ciento y cincuenta pesebres, guadarnés, cocheras, pajar, granero, cocinas y horno, todo casi del mismo tamaño que se ha referido del cuartel de su Majestad. Armáronse en estos dos sitios diez y seis tiendas, y las once que estaban en el de su Majestad, muy capaces, los suelos entablados, ricamente adornadas de colgaduras y camas, sillas y bufetes. Y en el del Duque había cinco tiendas, la una muy grande, esterada, para comer y asistir los señores. Hiciéronse más veintidós barracas en ambas partes, con muchas camas, para la gente que seguía á su Majestad, criados y vasallos del Duque, de las cuales servían dos, una en cada cuartel, de albergue. La de su Majestad tenía setenta varas de largo y cuatro de ancho, mesas y bancas para comer y recoger más de quinientas personas, porque estaban dos gradas por la una y otra banda. La del cuartel del Duque tenía cincuenta varas de largo, cinco de ancho, con mesas y bancas en la misma conformidad, capaz para

trescientas personas, puesto todo con tal orden, que formaban vistosas calles.

Para estas obras se llevaron ocho mil tablas. Mil y quinientos pinos. Cien velas de navío. Sesenta mil clavos, sin mucha cantidad de materiales y pertrechos. Para el guardamangel de su Majestad y botillerías del Duque, ocho baules grandes de mantelería y servilletas alimaniscas finas. Dos de ordinarias. Dozientos cuchillos de Balduque. Una caja muy grande de vidrios de Venecia y búcaros. Un gran cajón de loza de China fina. Seis cargas de la ordinaria. Setecientas fanegas de harina de flor. Ciento para los perros de su Majestad y del Duque. Ochenta botas de vino añejo. Gran cantidad de vino de Lucena y bastardo. Diez botas de vinagre. Dozientos jamones de Rute, Aracena y Vizcaya. Cien tocinos. Cuatrocientas arrobas de aceite. Mil de agua del caño dorado de San Lúcar. Trezientas arrobas de uvas, orejones, dátiles y otras frutas. Seiscientas arrobas de salmón, atún de ijada y pescado. Gran suma de arencones. Cincuenta arrobas de manteca de Flandes. Quinientas palmas de manteca de vacas, fresca, y ochocientas libras de la de puerco. Muchas orzas de leche de vacas. Trezientos quesos de Flandes. Cuatrocientos melones. Mil barriles y botijas de aceitunas. Cien arrobas de azúcar, sin otras ciento en pilones. Cincuenta arrobas de miel. Doscientas arrobas de cajas de conservas, cubiertos y almíbares. Ocho mil naranjas dulces y agras. Tres mil limones agrios y dulces. Mucha especería de todo género. Cuatro mil bujías. Cuatro mil velones. Ochocientas hachas. Cien hachotes. Cien morteretes, todo de cera blanca. Quinientas hachas amarillas. Un balón de papel. Gran cantidad de obleas, cañones y hilo de cartas. Doce cargas de palmitos de Meca, de que gustó mucho su Majestad. Cincuenta y cinco arrobas de cobre labrado. Mil y trezientas libras de hierro de Sevilla. Once mil velas de sebo. Seis árboles grandes de navío y sesenta berlingas para los fuegos. Treinta y ocho faroles para las tiendas y barracas. Trezientas cucharas. Diez carretadas de sal. Un cajón grande de lanzas para montear. Muchas libras de pólvora y munición. Setenta y cuatro bufetes para los aposentos y tiendas. Gran canti-

dad de sillas. Una sobremesa de damasco, de cuarenta y dos varas, con sus fluecos de oro. Otras quince de tabí de diferentes colores, con pasamanos de oro, para los bufetes de los aposentos. Otras tantas de raja de cochinilla, con fluecos de oro, para los de las tiendas. Otras veinte de guadamecil, la una para veinte bufetes, otra para doce y las demás de diferentes tamaños. Para la caballeriza de su Majestad se enviaron dozientas y cincuenta carretadas de paja, mil y quinientas fanegas de cebada, veinticuatro de trigo y diez de harina, con que regalar los caballos. Para la cocina se cortaron cuatro mil cargas de leña y se trajeron cuatro mil arrobas de carbón. De la villa de Güelva se enviaron quinientos barriles de escabeches, de lenguados, ostias y besugos, sin otros mil y novecientos que habían llevado de San Lúcar de diferentes pescados regalados, y sin mil y cuatrocientos pastelones de lampreas y gran número de empanadas que se fueron haciendo en el Bosque. Previnieron todas las artes de pesquería que hay en la villa de Güelva, para que todo el pescado que pescasen se remitiese, el cual se traía desde la torre de la Arenilla hasta las del Asperillo, y de allí al Bosque, que son once leguas, sin parar, con diferentes harrieros, y de esta suerte entraban cada día veinte cargas de pescado regalado, cada una de quince arrobas. Previniéronse todas jábegas, labadas y artes de cazonales de Güelva y Almonte, para que estuviesen en el sitio de la Barrosa, una legua de las dichas casas, por si su Majestad fuese servido de entretenerse algún rato viéndolas pescar, como lo hizo, sirviendo en tanto para hacer mayor la prevención del pescado, enviando cada día otras ocho cargas al Bosque, sin otras seis que se enviaban de las tartanas á San Lúcar, con que se juntaban cada día en Doñana treinta y dos cargas de pescado, con casi quinientas arrobas, por diez y seis días continuos, doce antes que llegase su Majestad, sirviendo sólo de afectar el desperdicio; llegando á tanto el cuidado del Duque, que, por si los temporales estorbasen la pesquería, previno barcos para que pescasen en el Rayo, y se trujese el pescado por tierra. Traíanse cada día seis cargas de nieve de Ronda, en cuarenta y seis acémilas, repartidas en diferentes puestos, con que no paraba la nieve en ninguno. Mandó

el Duque que toda la caza que se matase en veinte leguas la enviasen al Bosque y mandó que no se matase ninguna en él, por no escarmentarla ni apurarla, para que su Majestad estuviese más entretenido, ó por hacer mayor el gasto, no queriendo valerse de tanta como tenía en su tierra, y así, de diferentes partes le enviaron á Doña Ana diez y seis días cincuenta cabritos y cuatrocientas perdices y conejos, mil gallinas, quinientos pollos, sin muchos capones y pavos cebados de leche. Del Condado y San Lúcar llevaron cien mil güevos. Dos leguas de las casas se pusieron seiscientas cabras paridas, de que cada día se traían veinte arrobas de leche para natas y otros regalos. Llenáronse los guardamangeles de cardos y criadillas de tierra y muchas yerbas, con que es sin duda que si se pintasen las diferencias de regalos que en ellos se juntaron, sería el más entretenido lienzo que pudiera disponer la imaginación.

Así empezaba el Duque á prevenirse y á ejecutar el disinio de su obra, en que trabajaron cuarenta y cinco días los oficiales, con tanto cuidado, que, á no estorbarlo la priesa con que su Majestad llegó á Sevilla, fuera envidia de su población. En esta gran ciudad estuvo trece días, y miércoles doce de Marzo salió della á dormir á sus casas de Palacio, nueva para el Duque de tanto regocijo, que intentó levantarlo de la cama; pero los médicos y el sujeto desengañaron el ánimo, dejando burladas las esperanzas del mayor lucimiento, faltando todo en la persona del Duque, y escribió á su Majestad el estado de su salud y el desconsuelo con que quedaba de no poder ir á besarle la mano, y con esta carta envió al Conde de Niebla, su hijo, acompañado del señor don Alonso, su hermano, y el Marqués de Ayamonte, su primo, con todos los criados y vasallos que estaban prevenidos, y esta noche la pasaron en su alojamiento en el Bosque.

El día siguiente, jueves trece, salieron los dichos señores, criados y vasallos del Duque, dispuestos en la forma siguiente: Delante del coche, cuarenta y dos monteros de á pie y á caballo, y tiradores de vuelo, y dos trompetas, todos con libreas de paño de Segovia verde, calzón, capotillo y ropilla aforrado en tafetán na-

ranjado, bonetes y guarnición del mismo color, cada uno con los instrumentos de su ministerio, y todos á caballo, guarnecidos los aderezos de seda verde sobre ante, y en esta orden daban principio dos trompetas con la dicha librea y aderezos de caballos, coletos, pretinas y tahelíes de ante, cairelados de seda verde, espadas doradas y banderillas de damasco, pintadas las armas del Duque; seguían diez tiradores de vuelo con el mismo traje, excepto que, en lugar de las espadas, llevaban cuchillos de monte en la pretina, dorados los cabos, bolsas de guarnición de ante. A los tiradores seguían veinte monteros de á caballo, con la misma librea, coletos, tahelíes y pretinas de ante, aderezos de espada, daga, espuelas y clavazón dorada, botas de vaqueta, sombreros con toquillas de muchos cordoncillos, naranjadas como los tiradores, y lanzas. Después, diez monteros de á pie, que también iban á caballo, con la mesma librea, polaina y montera, cuchillos, chifles y bolsas de guarnición, como los tiradores. Y detrás de todos, don Diego de la Cueva y Aldana, gentilhombre de la Cámara del Duque y alcaide del dicho Bosque, muy galán, á caballo y con lanza. Detrás de todos y delante de los coches iban veinticuatro lacayos con la librea del Duque, todos con fieltros. Seguía el coche de los señores, en que iba el Conde, el señor don Alonso y el Marqués de Ayamonte; á mula tras de los coches, don Melchor de Herrera y don Miguel Páez, sus caballerizos mayores. Después, todos los pajes y ayudas de cámara, hasta en cantidad de setenta, con librea de raja fina de Avila, color cabellada; el tafetán de los aforros, rosado, botones rosados y plata, toquillas de lo mesmo, con mucha obra y muy curiosas, jubones de tela rosada y plata, ligas con puntas de plata y medias rosadas, aderezo de espada y espuelas plateadas, botas negras, con cañones de grana guarnecidos de plata y lantejuelas; y de la misma librea se vistieron ocho reposteros, y cuatro cocheros con fieltros. Después de toda la librea iba el segundo coche, y en él Pedro de Vallejo Cabañas, secretario de su Majestad, agente de los negocios en Madrid y mayordomo desta jornada, y otros caballeros criados del Duque; detrás deste coche, todos los criados del Duque y

mucho número de vasallos, los unos y los otros con muy galanes y costosos vestidos, todos á mula, con cojinetes y portamanteos leonados, que llegaron á número de quinientos, y para otro día tenían caballos para todos. Con esta orden caminaban, y á media legua de las casas del Palacio, donde llegaron como á las diez horas del día, salió á recibir á su sobrino en un coche el Conde de Olivares, acompañado del Marqués de Castel Rodrigo, del del Carpio y su hijo y del de Portalegre, todos de la Cámara de su Majestad, y don Francisco Zapata, su caballerizo. A la vista, salieron dél todos y salió del suyo el Conde de Niebla, su tío, y el Marqués, y habiéndose todos abrazado y hablado con muchas demonstraciones de agasajo, el Conde de Olivares, dejando el coche del Rey, en que había venido, se pasó al del Conde de Niebla, tomando en él el lado izquierdo de la testera, y reservando el derecho para su sobrino, que, excusándose de ocuparlo, obligó á que le dijese que, pues traía orden de su padre el Duque de obedecerle en todo, lo hiciese en cosa tan justa, con que lo tomó, y el lado derecho de los caballos el señor don Alonso, su tío, el izquierdo el de Castel Rodrigo, y en los estribos, el de Ayamonte y los demás señores. Caminó este coche, siguiéndole en tropa la librea y guiándole la gente de caza y montería. Después de este coche iban el de su Majestad y el segundo del Duque, y de todos los criados y vasallos, como está dicho. Habiendo caminado un cuarto de legua, pidió el Conde de Olivares los caballos que dejaba prevenidos, y trujéronlos de la caballeriza de su Majestad para todos los que salieron con él y venían con el de Niebla, y en ellos, siguiendo á los Condes los señores y todos los coches, criados y vasallos, atravesaron del camino que llevaban de Doña Ana al de Sevilla; y habiendo llegado á vista de las casas, por donde se descubre mucha parte del campo llano, quiso el Conde de Olivares dar á entender cuán propria suya era esta demonstración, encargándose del cuidado que pudiera tener el Duque si se hallara allí: puso por el camino, en primer lugar, las trompetas; después los pajes, á quien seguían los demás criados y vasallos, y á éstos, los monteros y tiradores, todos de dos en dos, con muy buen or-

den y apartados los unos de los otros, porque no causasen confusión; á que acudía el Conde de Olivares con tanta atención como pudiera al negocio más proprio. Después iba el señor don Alonso con el Marqués de Ayamonte y Marqués de Oraní, que salió á aquel sitio, y los demás detrás, los lacayos con el mismo orden, y detrás de todos, el Conde de Niebla, á su lado izquierdo el de Olivares, y el Marqués de Castel Rodrigo al derecho, y en su lugar, como caballerizo mayor, el dicho don Melchor.

En esta forma caminaron, guiándolos don Fernando Verdugo, teniente de la Guarda Española, y su Majestad y Alteza se pusieron á un balcón de las dichas casas, que mira al campo por donde venían, y habiendo los primeros á la puerta, dió orden el Conde de Olivares que se apartasen, como iban, en dos hileras, y quedándose cada uno en su puesto sin apartarse, y por medio de ambos, pasaron todos los dichos señores, lacayos y coches vacíos.

En el patio se apearon, y acompañados de los demás que siguen á su Majestad, subieron por la escalera, que descansa en un corredor, del cual entraron en una sala donde, arrimado á un bufete, estaba su Majestad, y á su lado izquierdo el Duque del Infantado. Allí llegó el Conde de Niebla, acompañado del de Olivares, á besarle al Rey la mano y darle la carta de su padre, representándole el grandísimo sentimiento con que quedaba de que le hubiesen embarazado sus achaques en ocasión de tanta felicidad. Respondió su Majestad con demonstraciones de agradecimiento y gusto, diciéndole que le había pesado de la indispusición del Duque, y se holgaba de conocer al Conde, que anduvo en aquesta acción muy bien; siguiéronle el señor don Alonso, su tío, y el Marqués de Ayamonte, y, habiendo concluído, volvieron á salir con los señores que le acompañaban, al corredor, entrándose su Majestad en su cuarto, al lado derecho de la dicha sala, y el Conde y los demás señores se entraron después al cuarto del lado izquierdo, donde estaba el señor Infante, á quien también besaron la mano, con el mesmo orden, y después, acompañados del Conde de Olivares y del Duque del Infantado y los demás que llegaron

hasta el coche, entraron en él el Conde, su tío y el Marqués y con todo su acompañamiento se volvieron al Bosque. El día siguiente quedaron de acuerdo de que los monteros de á pie del Duque hiciesen algunos conciertos de jabalíes, que pudiese su Majestad correr, pasando del bosque de Palacio al de Doña Ana y, por no hacer ruido ni causar embarazo, salió en esta misma conformidad. Viernes, que fué á catorce, el Conde de Niebla, el señor don Alonso su tío y el Marqués de Ayamonte salieron á recibirle, llevando sólo consigo los monteros de á pie y á caballo, tiradores y perreros, de la misma librea, con sus sabuesos y lebreles, y de respeto caballos en que montear.

Llegó su Majestad tarde al concierto, que estaba tres leguas de las casas, donde le besó segunda vez la mano el Conde de Niebla y le sirvió en nombre de su padre, para sí, para su Alteza y los demás señores que le acompañaban, con doce caballos con sus aderezos de campo, algunos, bordados de oro sobre ante y gamuzas; y otros, de cordobanes de muchas diferencias de colores, también bordados; y los caballos para su Majestad y Alteza cubiertos con tellizes de terciopelo verde, bordados con cortaduras de tela naranja y torzales de oro, todo naranjado, y doce lanzas, las dos de las personas reales, de juncos de Indias, guarnecidas de oro, y las demás de plata; y otro día se repartieron los caballos entre los señores, reservando su Majestad y Alteza y el Conde para sí los que iban señalados. A dos ballesteros de su Majestad dió también otros dos caballos y aderezos de monte, y orden al Conde su hijo que los sacase [á] aquel sitio donde se pudiese correr en ellos el primer jabalí en su tierra. Por ser tarde y muy ásperos los montes, no hubo lugar más de que los sabuesos matasen uno de los que estaban concertados, en que su Majestad se entretuvo y, después en ver correr los galgos una banda de gamos.

Llegada que fué la noche, tomó el coche y, metiendo en él al Conde de Niebla, caminó á las casas de Doña Ana, donde, después que hubo descansado, quiso ver los artificios y invenciones de fuegos que le tenían prevenidos delante dellos, tales, que cuando no hubiera habido en el Bosque de Doña Ana otra demons-

tración, bastara sola ésta á manifestar la grande voluntad del Duque; vídolos su Majestad desde una ventana de la galería que mira al campo, teniendo consigo al Conde de Niebla y haciéndole particulares favores, celebrando lo que le entretenían. Estaba formado un castillo de pólvora ochavado, frontero de la puerta principal de la casa, de cincuenta pies de alto, nueve varas de diámetro y veinte y siete de circunferencia, con dos órdenes de corredores; en el primero estaba un gladiator jugando con dos espadas, y en el segundo, más alto, el hecho de don Alonso Pérez de Guzmán en Tarifa, y por remate una jarra muy bizarra, de que salieron juntos innumerable suma de cohetes voladores. Cada corredor tenía ocho pirámides que las remataban otros tantos globos, todo de la misma pintura que el castillo, el cual tenía repartidas en los lados quinientas bombas de á ocho libras de pólvora cada una, y se remataba el castillo con una figura de la Fama, bien acabada. Púsose una sierpe junto al castillo, con mucha máquina de cohetes; había seis hombres á caballo, armados de fuego, con sus adargas, que jugaron las cañas y lidiaron un toro encohetado. Había dos hombres armados con sus celadas, que tornearon en una batalla de gran cantidad de cohetes. Un hombre armado de fuego, sobre un carro de fuego, que se quemó, quedando sin daño, echaron de sí muchos voladores y otros cohetes, que duró una hora. Habiéndose concluído, mandó el Rey al Conde que se fuese á su cuartel y pidió la cena, y es increíble cosa lo que se gastó de los guardamangeles para dar á su Majestad y á los que le seguían; pues, concurriendo en aquel sitio, de la gente que venía con la Corte y los que se habían juntado de diferentes partes á ver aquella grandeza, más de doce mil personas, todos alcanzaron abundantísimamente de todo género de regalos, siendo en este desorden mayores los desperdicios. Acabados los fuegos y la cena, se recogió su Majestad y los señores á sus aposentos. En el de su Majestad había una caja grande de plata, grabadas las armas reales, forrada por de dentro en cuero de ámbar, con funda de lo mesmo, cairelada y con alamares de seda verde y plata, y dentro, çincuenta cordobanes, cien pares de guantes y cincuenta de fal-

driqueras, todo de ámbar; dos cajas cuadradas, cubiertas y aforradas con cuero de ámbar, guarnecidas y caireladas de seda verde y plata, la una llena de pastillas y la otra de pebetes, que toda la caja valdría seis mil ducados. En el del señor Infante, dos azafates grandes calados de plata, con cuarenta cordobanes y cincuenta pares de guantes, todo de ámbar, cubiertos con dos tafetanes verdes labrados de seda de colores de matices. En el del Conde de Olivares, una ropa de levantar muy rica, encarnada, bordada toda de oro y plata y guarnecida con bordaduras y alamares de lo mesmo, forrada en lana prensada, encarnada y plata; una salvilla grande de oro con encajes de cristal, grabadas las armas de Guzmán, y un pomo de cristal, hechura de corazón, guarnecido de oro, y cajuela de pastillas de lo mesmo, y otra bandeja de plata sobredorada, de hechura muy extraordinaria y airosa (1), con una camisa, lienzo y guantes de ámbar, cubierto todo con sus tafetanes, como lo demás [que] se sigue. En el del Duque del Infantado, una ropa de tela de oro morada, forrada, el colchado de ámbar, sacadas las labores del forro con oro, guarnecidas con pasamanos anchos y alamarestambién de oro, y u na bandeja también de mucho primor, de plata dorada, camisa, lienzo y guantes, cajuela y frasquillo de cristal guarnecidos de oro. En el del Almirante de Castilla, una ropa de tela encarnada, forrada en lama prensada del mesmo color, guarnecida con alamares de plata y una bandeja dorada como las demás, pomillo y caja de cristal, lienzo y camisa. En el del Marqués del Carpio, otra ropa, bandeja y lo demás, como se dió al Almirante. En el de don Luis de Haro y el Marqués de Castel Rodrigo, de Oraní, de Belmonte, Conde de Portalegre, el de Palma y el de la Puebla, en cada una una bandeja, airosa como las demás, de plata dorada, con camisa, dos pares de guantes, lienzo, una cajuela de pastillas y pomillo de plata dorado y esmaltado. En el de Garci Pérez de Araciel, don Francisco Zapata, los secretarios Pedro de Contreras, Anto-

(1) En el impreso original, muy *estrechá, ordinaria* y airosa; pero téngolo por errata, y me parece que había de decir como lo enmiendo en el texto.

nio de Loza, Francisco de Alviz, Juan de Insausti (1), cada uno camisa, lienzo y guantes de ámbar. Y habiendo entendido el número de gente que había concurrido en el Bosque, demás de los bastimentos que estaban de respeto, para irlos cebando y para que los de regalo se comiesen más frescos, se ordenó que con treinta acémilas se llevasen de San Lúcar nuevos mantenimientos y regalos todos los días que su Magestad estuvo en el Bosque.

El día siguiente, sábado, como á las ocho de la mañana, dió á entender su Majestad que gustaría de ver lidiar unos toros en el patio de las dichas casas, y en menos de hora y media se hizo el toril y se encerraron doce muy valientes: los nueve de ellos, que se lidiaron, hicieron muy buenas suertes, sin desgracia. Toreó á caballo don Juan de Cárdenas, un truhán del Duque, de excelente humor, con tanta destreza y bizarría, que al toro más furioso dió una muy buena lanzada, entreteniendo de manera á su Majestad en esta ocasión y en todas las demás, que se le llevó consigo á Madrid. Mató su Majestad tres toros con el arcabuz y el Duque tuvo prevenidos los mejores conocedores del Andalucía, que á caballo torearon en el patio, haciendo muy buenos lances, y después derribaron en el campo algunos toros, á vista de su Majestad. Por la tarde fué á montear con el Marqués de Castel Rodrigo y el Conde de Niebla, y los señores se entretuvieron en oir una comedia que representó la compañía de Tomás Fernández y Amarilis, á quien el Duque tuvo por su cuenta en la ciudad de Sevilla desde el Miércoles de Ceniza, después que se acabaron las representaciones, sólo para este efecto. Mató su Majestad con el arcabuz un famoso jabalí, y otro los perros, habiendo pasado el resto de la tarde en ver correr otros, de que vino muy entretenido.

A la noche le representaron otra comedia, y por principio dijo de repente Atilano de Prada, un mozo de la facultad que el Duque tiene en su servicio, una loa en su alabanza, que, por ser

(1) En el original, por errata, *in Sansti*.

de versos tan concertados, hubo quien juzgase que era prevenida, demás que, para desengañar esta sospecha, discurrió luego agudamente en las cosas que aquella tarde habían pasado á su Majestad [y] en las acciones que actualmente hacían los que le estaban oyendo. En esto, en la comedia y en oir á Cogollos, que es un hombre de buen humor y ingenio que entretiene al Duque, y con don Juan de Cárdenas, pasó el resto de la noche (1), y, siendo hora de cenar, mandó al Conde de Niebla, que todo el día había asistido con su Majestad, que se recogiese, enviándole cada vez más favorecido.

Domingo por la mañana no salió su Majestad de las casas de Doña Ana; que en ellas se entretuvo con el Conde y los demás señores que le siguen. Por la tarde, fué á la playa, al sitio que llaman de la Barrosa, donde vido que echaban un lance los pescadores á las redes, y se entretuvo su Majestad viendo las diferencias de pescados que mataron. Después volvió á la laguna de Sancta Olalla, donde tenía el Duque prevenida una falúa y tres barquetas. La falúa, para que se embarcase su Majestad, toda la popa dorada, proa y perfiles, y remos verdes, forrada toda por de dentro en tabí del mismo color, y guarnecida con pasamanos y tachuelas doradas. Los que bogaban en la falúa iban al uso de marineros: jaquetas y calzones anchos, verdes; jubón, medias y ligas del mesmo color. Aquí se embarcó su Majestad, el Conde de Olivares y el Conde de Niebla, que la gobernaba, y dos ballesteros que cuidaban de las escopetas de su Majestad y Alteza, y otros dos tiradores del Duque, quedando los demás con los monteros de á pie en las veras de la laguna levantando la caza, y todos los monteros de á caballo, con lanzas, á las espaldas della, para descubrir y guardar la mar. En las demás barquetas se embarcaron algunos de aquellos señores y criados del Duque y de su Majestad, que, andando embarcado, con la escopeta mató mu-

(1) En el original está viciado el texto, y no hace sentido. Dice: «...los que le estaban oyendo esto en la Comedia, y en oir á Cogollos... pasó el resto de la noche...» No sé si habré acertado á restituir el pasaje.

cha caza, y quedó tan aficionado á este ejercicio y á la dicha laguna, que diferentes veces repitió al Conde que no había tenido en su vida mejor rato. Habíales representado Tomás Fernández á los de la Cámara aquella tarde una comedia, y por la noche hizo otra á su Majestad, con que se recogió, y el Conde á su cuartel.

El lunes no salió su Majestad hasta la tarde, que fué al campo, yéndole acompañando uno de sus gentiles hombres, y el Conde de Olivares y el Conde de Niebla, y fué hasta la dicha laguna, y habiéndose entretenido en ella un rato en la forma que el día pasado, se partió de allí á montear, y, corriendo un ligero jabalí, le acosaron dos monteros del Duque con los sabuesos, hasta echarle los lebreles; y hallándose cerca su Majestad y don Miguel Páez de la Cadena, se echó del caballo á tenerlo por las orejas, y su Majestad con un cuchillo de monte lo mató, de que volvió muy gustoso y entretenido. La noche la pasó como las demás y el día siguiente resolvió irse.

Martes, á los diez y nueve del dicho, acordó su Majestad de pasar á dormir á la ciudad del Puerto de Santa María, y habiéndose partido al amanecer del dicho Bosque en los coches de mulas del Duque, porque los de su Real persona habían pasado antes, para que los hallase de la banda de la ciudad de San Lúcar, llegó como á las diez del día á la playa, donde tenía ya el Duque prevenidas dos muy compuestas falúas, que eran de las armadas del Mar Oceano y guardas del Estrecho, en que se embarcó su Majestad y todos los grandes y títulos que le seguían, pasando á comer á la galera real, que en conserva de otras diez se hallaron en este puerto, y al entrar en ella le hicieron todos los navíos, el castillo, baluartes y torres de toda la ciudad muy grandiosa salva con toda su artillería.

Había traído el Duque de diferentes partes (teniéndolas muchos días en la ciudad de San Lúcar) seis barcas muy capaces para poder pasar en cada viaje cincuenta cabalgaduras, y estaban prevenidos seis barcos luengos que las remolcasen, ordinarios, y otros veinte y cuatro para la ropa y gente, sin otros doce para los coches y literas. Y así, aunque fué el carruaje tan grande como

se puede imaginar y la gente innumerable, en lo que tardó su Majestad en comer pasó lo uno y lo otro con mucha comodidad, siendo la atravesía *(sic)* de una parte á otra una grande legua, y con grande corriente. Para que su Majestad tomase la falúa había una puente en la parte del Bosque, que entraba en el río diez y seis varas de largo, y tenía bien hechas otras cinco de ancho, guarnecida por ambas partes de barandillas torneadas, pilastras y bolas, todo dado de color verde al olio. Al levantar las mesas de su Majestad, hicieron señal con segunda salva las galeras, navíos, castillos, baluarte y torre de San Jacinto, con toda su artillería, con balas, teniéndolo todo así prevenido el Duque.

Habiendo comido, tomó su Majestad la falúa y vinieron de escolta, acompañándole, todas las galeras, hasta llegar á la planchada que el Duque tenía mandada fabricar, que estaba junto á la ermita de Nuestra Señora de Bonanza, que desde la tierra firme entraba en el río ciento y veinte varas, con doce gradas para subir á ella del agua, con consideración que, viniendo en galera, desde ella, estando el agua pleamar, pudiese tomar la planchada; y si en mejor bajel, ó bajamar, subir por las gradas; pero tan fuerte y con tanto primor, que no es de las menores grandezas que se pueden referir en esta acción. Tenía de ancho cinco varas, ornada por ambas partes de barandillas, con setecientos balaustres torneados, y á trechos de tres á tres varas, unas gruesas bolas sobre sus pilastras, que fueron ciento y diez, y hacían muy hermosa y agradable vista, porque estaba todo dado de verde al olio. Al salir su Majestad de la galera, le hicieron tercera salva, y en todas las salvas que se hicieron disparó el castillo noventa y seis piezas, el baluarte sesenta y dos y la torre veinte, y todas con bala.

En la playa, junto al lugar, estaba formado un escuadrón con once banderas, y en ellas mil y trezientos infantes de la milicia de la ciudad, todos con muchas galas y plumas y con muy buena orden y disciplina; al descubrir el coche donde iba su Majestad hicieron primera salva, y acercándose más, al hacer la segunda, abatieron las banderas, y en llegando, ya que pasaba, dieron ter-

cera carga y le fueron siguiendo una de las compañías de dozientos hombres de los más lucidos, de guarda por el camino y el tiempo que su Majestad estuvo en casa del Duque, hasta salir al campo de San Sebastián, donde las demás, habiendo tomado diferente camino, habían llegado y formado su escuadrón al paso del Puerto de Sancta María, y hizo á su Majestad las mesmas salvas que en la marina. El día antes había venido á visitar al Duque el Duque del Infantado, que, por prevenir el regalo de su Majestad, porfió en volver á dormir á San Jerónimo, donde le envió el Duque, para cenar aquella noche, cien barriles de pescado regalado. En su casa se hospedaron el Patriarca de las Indias, un sobrino suyo, el confesor de su Majestad, el Nuncio, el padre maestro fray Hortensio Paravesino, predicador de su Majestad, con todos sus criados, que en diferentes mesas y en diferentes horas del día y la noche comieron y cenaron muy espléndida y regaladamente. Al Nuncio mandó poner el Duque en su aposento, para cuando se fuese á desnudar y acostarse, una famosa ropa morada de tela finísima, toda aforrada de lama del mesmo color, con muchos pasamanos y alamares de oro, una bandeja de plata, camisa, lienzo y guantes de ámbar, pomo y cajeta de pastillas. Ocho días antes habían llegado á ver al Duque y hecho noche en su casa el cardenal Zapata, el Conde de Barajas, y un hijo suyo. En el aposento del Cardenal se puso de regalo una ropa de tela azul forrada en lama de plata, con pasamanos y alamares de plata, bandeja, camisa, lienzo, guantes, pomo y cajuela, como al Nuncio. En el del Conde de Barajas, bandeja de plata dorada, con camisa, dos pares de guantes, lienzo, cajuela y pomo, como se hizo en el Bosque con los demás señores de la Cámara. Antes que llegara su Majestad fueron güéspedes del Duque en su casa muchos días el Conde su hijo, el Marqués de Ayamonte y don Lorenzo de Córdoba su primo, don Diego de Guzmán, don Agustín Mejía, don Fernando Girón, del Consejo de Estado de su Majestad, y el secretario don Andrés de Prado, con mucho número de criados, y á todas las personas de respeto se les dió camisa, lienzo y guantes, como á los demás. Demás de hospedar en el Bosque toda la Corte

de lo que se ha referido, antes y después que su Majestad pasase, vinieron y se hospedaron en casa del Duque, de paso, don Diego Brochero, el Conde de Palma, el de Cantillana, el Marqués de Oraní, secretario Bartolomé de Anaya, y su hijo Juan de Pedroso, el secretario Antonio González de Legarda, y otros muchos caballeros particulares de los que seguían á su Majestad y concurrían de diferentes partes, que por no causar prolijidad no los refiero. De sus criados y de los señores que le enviaban á visitar, y oficiales de su Majestad, fueron más de dos mil personas, á los que se dió ración y de comer en casa del Duque abundantísimamente, y hubo algun día en que concurrieron juntos de todo género de gentes setecientas personas. El día que partieron del Bosque todos los que seguían á su Majestad llevaron del guardamangel, que siempre estuvo franco, cuanto quisieron. Sin lo cual dispuso el Duque que en la playa, de la parte del Bosque á la embarcación, se pusiese una tienda con muy gran cantidad de pan, vino, escabeches y queso de Flandes, de que pudiesen tomar refresco los que llegaron; y habiendo gastado éstos mucha parte, sobró para que la gente de las galeras y la de los barcos, que allí habían concurrido, alcanzasen mucho de lo que sobró. Aunque se dijo que su Majestad quería pasar del Bosque al Puerto de Santa María sin tocar en San Lúcar, y para este efecto había prevenido el Duque camino desde la planchada por fuera del lugar, con todo, hizo aderezar su casa con notable grandeza y aseo, colgados todos los aposentos y salas de ella de diferentes telas y brocados, y en particular, tres galerías continuas, que se habían adornado con consideración de que si su Majestad fuese servido, descansase en ellas, y con la mesma mandó prevenir sus botillerías copiosísimamente, y no fué ociosa prevención, pues demás de haberse hospedado y comido en su casa la gente que se ha referido, el día que pasó su Majestad y otros antes se ordenó que se diese á todos los que lo seguían cuanto pidiesen, como se hizo con gran largueza, gastándose en este día trescientas fanegas de cebada.

Adelantóse (habiendo salido su Majestad de las galeras) el Conde de Olivares á visitar al Duque, el cual, bien contra la vo-

luntad de los médicos y á costa de su salud, se había vestido para besar la mano á su Majestad. Salió en una silla á recibir á su primo hasta la primera mesa del escalera, y del atrevimiento de este día, por estar muy flaco de cuarenta días de cama, le resultaron nuevos achaques, que todavía padece. El Conde de Niebla asistió con su Majestad en la galera, y el señor don Alonso de Guzmán su tío y el Marqués de Oraní, en tanto que comía, se adelantaron á ver al Duque, y acompañado de ambos y de muncha caballería, el Marqués de Villamanrique, hijo segundo del Duque, fué á besar la mano á su Majestad, con siete coches del Duque y el uno de seis caballos, los cuatro de á cuatro y los dos de á seis mulas, con doce lacayos vestidos calzón y ropilla de terciopelo negro, con pasamanos y alamares de plata y azul, jubones de espolín azul y plata, medias y ligas con puntas de plata, sombreros negros con toquillas bordadas azules y plata, ferreruelos negros de paño fino, con la mesma guarnición que los vestidos, y aderezos de espada y daga plateados. Desta mesma librea fueron veinticuatro pajes y se vistieron ocho ayudas de cámara, otros ocho resposteros y cuatro mozos de silla, para llevar la del Duque. Los cocheros del primer tiro llevaban baqueros de terciopelo negro con la mesma guarnición, y los de los demás, de paño negro, guarnecidos con pasamanos negros, y la librea de camino los de las mulas. Los seis caballos de la carroza en que salieron los señores llevaban guarniciones de ante, sillas de lo mesmo, frenos, clavazón y estribos dorados, y muchas borlas de seda naranjada y oro. Los cuatro del segundo tiro llevaban guarniciones de vaqueta azul, clavazón dorada, sillas y frenos en la misma conformidad. El tercero y cuarto, guarniciones de vaqueta negra, clavazón el uno dorada y otro plateada, con la misma correspondencia de sillas y frenos, y el quinto, guarniciones de ante, clavazón y frenos plateados, y las guarniciones de las mulas eran de collares de vaqueta negra. Desta manera llegó el Marqués al salir su Majestad de la galera y, acompañado del Conde de Niebla y de los demás, besó la mano á su Majestad; y habiendo enviado el Duque al Conde las llaves del Castillo, para este efecto, en una

salvilla, las ofreció en su nombre á su Majestad, en señal de reconocimiento. Habiendo cumplido con esta ceremonia, se entró su Majestad y Alteza en su coche, con el Duque del Infantado, Marqués de Castel Rodrigo y Conde de Niebla, y fué á las casas del Duque, que bajó en la silla al patio, y saliendo de ella (ayudado del señor don Alonso y otros señores), le besó la mano con grande demonstración de la honra y favor que le hacía, y el Rey le recibió con mucho agasajo, levantándole del suelo y mandándole que se quedase; subió arriba, donde, á la segunda mesa de la escalera, salió mi señora la Duquesa de brazo del Conde de Olivares, y habiendo pedido su Excelencia la mano, le quitó el sombrero su Majestad, y descubierto, la levantó con particular agasajo y demonstración y pasó delante, siguiéndole mi señora la Duquesa, siempre del brazo del Conde de Olivares, hasta la sala de su estrado, donde su Majestad se sentó en su silla, no permitiendo que se sentase la Duquesa sin traelle de otro aposento su almohada, porque en éste no había más que debajo del dosel una silla para su Majestad, y así, se trujo otra para su Alteza, tardando cerca de una hora en la visita, con mucho agrado. En este tiempo hicieron Consejo de Estado en el aposento del Duque del Infantado el Conde de Olivares, don Agustín Mejía y don Fernando Girón, de donde enviaron á llamar al Duque diciéndole que su Majestad le había hecho merced de que jurase en él, como lo hizo, con grande estimación de las circunstancias de haber honrado su casa viniendo á ella, y á su persona con este puesto, haciéndole, demás de todo esto, merced de cuatro hábitos que repartiese entre los criados suyos que se habían ocupado y trabajado en esta ocasión. Acabado el juramento y la visita, bajó su Majestad y en la misma forma que había entrado le siguió mi señora la Duquesa cuatro piezas, y á la última volvió el Rey el rostro y, quitándole el sombrero, la mandó que se quedase. Intentó el Conde de Olivares volver con su Excelencia hasta su estrado, y, no permitiéndolo, siguió á su Majestad hasta darle el coche, donde salió segunda vez el Duque á besarle la mano, reconociendo los favores que había recibido, asistido de todos los señores, que hicieron lo mesmo, juzgándose cada uno

en ellos interesado. Partió á dormir al Puerto, y de allí á Cádiz, donde, habiendo estado algunos días, determinó de pasar á Gibraltar. Súpolo tarde el Duque, que hacía noche en Medina Sidonia (ciudad del Duque), donde envió luego á don Miguel Páez de la Cadena, alcaide della, para que previniese la caballería, y orden al sargento mayor para la infantería, y al licenciado Rodrigo Simón Enríquez, de su Consejo, para que con el corregidor de aquella ciudad asistiera á abrir el camino que va á la de Tarifa, en que trabajaban por su orden mil y cien personas cada día, y, con ser muy fragoso, le dejaron llano; y para la subida, por si las mulas de los coches llegasen cansadas, estaban prevenidas cincuenta yuntas de bueyes, y porque entrase su Majestad camino derecho, sin torcer los coches, se compraron y derribaron muchas casas á la entrada. También estaba á cargo del licenciado Enríquez y del corregidor disponer la comodidad de los que seguían á su Majestad, que estuvo tan prevenido, que se pregonaba por la calle aquella noche que quien no tuviese camas y bastimentos acudiese á los dichos. Llegó su Majestad á veinte y siete de Marzo y á la entrada de la ciudad estaban ochocientos hombres della, en un escuadrón con seis banderas, que, en viendo el coche de su Majestad, hasta que llegó, le hicieron salva con tres cargas, y poco más adelante estaba una compañía de dozientos hombres muy lucidos, que, habiendo hecho lo mismo, le siguieron hasta la ciudad de Tarifa, estando de guardia aquella noche en Palacio, y á la salida acompañándole, y el Alcaide, con sesenta lanzas (que también fué con su Majestad), pasó siguiéndole por la costa para asegurar cualquier peligro, y la ciudad envió acémilas con mucho refresco para su gente y para la de su Majestad. Envió la villa de Vejer (que también es del estado del Duque) muchos bastimentos á las casas, con ser término de Tarifa; que todo lo había dispuesto y ordenado así.

También envió al Conde de Olivares una rosa para el sombrero, de diamantes, de estimación de diez mil ducados, que supo había contentado á su Majestad en Cádiz, para que su Excelencia le sirviese con ella en su nombre á su Majestad, en demonstración

de que en todas las partes de su estado hallase señal de su reconocimiento y voluntad; y así, estando tan frescas las que hizo enviando á su Majestad pocos meses antes, primero tres caballos excelentes, y el uno de grande estimación, con mantas de terciopelo verde, cuajadas de pasamanos de oro, bordadas las armas reales, y cuatro escopetas y dos ballestas, labradas las cajas de carey y marfil de montería, grabadas; un escudo, de oro las armas reales y todo lo que había de ser de herraje también de oro, carcajes y bolsas bordados, frascos como las escopetas, y cada una de ellas, y de las ballestas, con fundas de terciopelo verde, bordadas con curiosidad y grandeza, de las mesmas monterías y trofeos. Y después, con ocasión de la venida del Príncipe de Gales, otros veinticuatro caballos, con diez y ocho jaeces, y algunos de oro, y seis aderezos sobre cueros de ámbar, bordados de trofeo y monterías de oro y seda, con los estribos y lo demás correspondiente de plata, y sobre los jaezes y aderezos, veinticuatro terlices de terciopelo verde, ricamente bordados, y veinte y cuatro esclavos, vestidos de paño fino azul con pasamanos y alamares de plata y seda leonada, que llevasen de diestro los caballos, que el uno y otro presente serían de valor de noventa y seil mil ducados, no contentándose con estas demostraciones su grandeza, y habiendo de venir su Majestad á ver su tierra, quiso hacer las que se han referido, con tan costosas prevenciones, que se juzga que habrán importado más de doscientos mil ducados, sin el presente de los caballos, que montó noventa y seis mil, y sin más otros noventa que gastó en lo que hizo el año de diezinueve para la venida de su Majestad, que esté en el Cielo, que no tuvo efecto, que son gastos de casi cuatrocientos mil ducados, si bien grandiosa suma, muy corta para el ánimo de su dueño.

LAVS DEO

Impresso con licencia. En Sevilla por Iuan de Cabrera, frontero de las casas de don Iuan de Ginestrosa, que solia bivir alli el Correo Mayor.
1624.

ELOGIO

AL

RETRATO

DEL EXCELENTISSIMO

Señor don Manuel Alonſo Perez de Guzman el Bueno, Duque de Medina Sidonia, Conde de Niebla, Marques de Caçaça en Africa, Capitan General del mar Oceano, i Coſtas de Andaluzia, Cauallero de la insigne Ordẽ del Tuſon de Oro, del Conſejo de Eſtado, i guerra de ſu Mageſtad, Gentil hombre de ſu Camara &c.

Dirigido al Iluſtriſsimo Señor Don Alonſo Perez de Guzman el Bueno, Arçobiſpo de Tiro, Capellan, i Limoſnero mayor de ſu Mageſtad, i de ſu Conſejo.

AVTOR PEDRO ESPINOSA

Retor del Colegio de San Ilefonſo, natural de la Ciudad Antequera.

AL ILUSTRISIMO SEÑOR DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN EL BUENO, ARZOBISPO BE TIRO, CAPELLAN Y LIMOSNERO MAYOR DE SU MAJESTAD, Y DE SU CONSEJO &.ª

Guiado de la aguja de la fe con que siempre miré á V. S. Ilustrísima (á pesar del viento de las rocas y las aguas), he llegado, no menos rico de confianza que de joyas, al puerto de Bonanza de V. Ilustrísima, á hacerle entrega de su mismo tesoro; y aunque no acerté tan bien con el ingenio como con la obligación (que ninguna es tan grande ni tan mía), le suplico reciba su hacienda en custodia, y á mí en su gracia, pues no vale poco quien mereció servirle. Y á quien sabe tan bien conocer la riqueza que le ofrezco en las reales acciones del esclarecidísimo Duque su hermano (el cual ha hecho que parezcan suyas), creo serán ociosos otros méritos, y que suplirá lo que la voluntad sobra cuanto en la elegancia falta. Beso la mano de V. Señoría Ilustrisima.

PEDRO ESPINOSA.

DON MIGUEL PÁEZ PONCE DE LEON

AL AUTOR

Tal del empeño salís,
Que en él á todos dejáis;
Pues cuando deudas pagáis,
Nuevo derecho adquirís.
Hoy en mármor esculpís
Para el siglo venidero
Un héroe (á todos primero),
Con tan perfetos perfiles,
Que es gloria haber sido Aquiles,
Cuando queréis ser Homero.

EL LICENCIADO PEDRO FERNÁNDEZ ORTIZ

AL AUTOR

Cifrar la mayor grandeza
En tan breve *Elogio*, Fabio,
Sólo pudo, sin agravio,
De tu pluma la agudeza.
Y así, viendo con destreza
Un César tal en tal suma,
No hallarán (aunque presuma
Buscarlo el mismo deseo),
Tu ingenio mayor empleo,
Ni su valor mejor pluma.

EL DOCTOR JUAN SIMÓN DE GARIBAY

PRESBÍTERO Y ABOGADO EN LA CIUDAD DE SANLÚCAR

AL AUTOR

Que animas bronce en papel,
Claro ingenio, el mundo sabe,
Pues gloria que en él no cabe
Cifras en poco laurel.

Las eternas hojas dél
Me obligan á que presuma
Que eres la Fama, y, en suma,
Quiere deidad superior
Que la Fama del *Mejor*
Vuele con la mejor pluma.
  Si así cuanto inmortal bebe
El silencio, al Guzmán cobras,
Tanto le debe á tus obras
Como á las suyas se debe.
Que, aunque por quien es se mueve,
Le logras por ti, en tu empleo;
Y en un obrar y otro veo
Que él pone en cada renglón
Materia á la admiración,
Y tú, leyes al deseo.

AL LETOR

Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, el del Puñal, fué adelantado mayor de la Frontera y rico hombre de Castilla, y como tal firmó el privilegio de Espejo, año de 1304. El rey don Sancho le hizo merced de las Almadrabas, por sus inmortales hechos en armas. En tiempo del rey don Fernando IV socorrió al infante don Enrique, tutor del Rey, cerca de Andújar, que estaba en peligro de muerte, cercado de moros. Defendió el Reino de los aragoneses, y hallóse en la toma de Gibraltar. Murió en la batalla de Gaucín, á manos de moros. Fué sepultado en San Isidro de Sevilla, año 1309.

Sucedióle en sus grandes estados don Juan Alonso de Guzmán, su hijo segundo, con título de Señor de Sanlúcar de Barrameda, por haber muerto los moros á don Pedro Alonso de Guzmán, su hermano mayor, año de 1293. Fué don Juan Alonso de Guzmán rico hombre de Castilla, como parece por el privilegio que el rey don Alonso el último dió á Badajoz de sus libertades, año 1326. Hallóse en el socorro de Gibraltar cuando la cercaron moros, y en la batalla de Villanueva de Barcarrota contra portugueses, donde ganó el estandarte real de aquel reino. Anduvo en las talas

de Ronda y Antequera. Peleó valerosamente contra el infante Abomelique.

Sucedió su hijo don Juan Alonso de Guzmán, segundo deste nombre, tercer señor de Sanlúcar, en el grande estado de su padre y abuelo. Casó con doña Beatriz, hija del rey don Enrique, hermano del rey don Pedro. Dióle en dote la villa de Niebla y su tierra, con título de Condado. Por este casamiento acrecentaron los señores desta casa en la orla del escudo castillos y leones de la color real. El rey su suegro le dió facultad en Carmona, año de 1371, para hacer vínculo y mayorazgo de los vasallos de su casa: Sanlúcar, Lepe, Redondela, Ayamonte, Bolaños, Algaba, Alaraz, Trebujena, Vejer, Chiclana, la Torre de Guzmán, Marchena, Puerto de Santa María, Medina Sidonia, Huelva, Santiponce, Almadrabas, Conil, Zara y otros que su abuelo el rey don Sancho le había dado á su abuelo y él había comprado. Murió este caballero en Sevilla año de 1393, quedando su hijo, y de la condesa doña Beatriz su mujer,

Don Enrique de Guzmán, segundo conde de Niebla, caballero de singular valor, como lo mostró en las guerras de Antequera, Setenil y Ronda, y en las talas del reino de Granada, con el rey don Juan el II. Casó con doña Teresa de Figueroa, hija de don Lorenzo de Figueroa, maestre de Santiago, y segunda vez, con doña Violante, hija del rey don Martín de Sicilia. Fué sobre Gibraltar (que se había perdido en tiempo del rey D. Alonso el último), con dos mil caballos y tres mil peones á su costa, donde se ahogó en una barca por favorecer á un caballero que se ahogaba.

Sucedióle don Juan Alonso de Guzmán, su hijo y de su mujer doña Teresa de Figueroa (señora de la villa y fortaleza de Escamilla), tercero conde de Niebla, primero duque de Medina Sidonia y primer duque en España, por privilegio del rey don Juan el II, su fecha en el Espinar de Segovia, y confirmado por el rey don Enrique III (1) en Madrid, año de 1406. Fué adelantado mayor de la frontera de Andalucía. Ganó á Gibraltar. Casó con doña María

(1) En la edición original, Enrique *Quarto*, por yerro.

de la Cerda, hija del tercero conde de Medina Celi. Fueron sus hijos don Enrique de Guzmán (que sucedió en el estado), don Pedro de Guzmán, que casó con doña María Manuel, hermana del Conde de Feria, [y] doña Teresa de Guzmán, que casó con don Pedro de Zúñiga y llevó en dote á Ayamonte, de donde descienden los duques de Béjar.

Don Enrique de Guzmán, segundo deste nombre y segundo duque, cuarto conde, se halló en todas las empresas de los Reyes Católicos; socorrió á Alhama, estando el Marqués de Cádiz cercado de los moros, olvidado de las enemistades pasadas, de lo cual maravillado el Marqués, dijo: «Bien parece, señor, que fuera guardada mi honra en las diferencias pasadas, si la fortuna me trajera á vuestras manos, pues me habéis librado de las ajenas.» A que respondió el Duque: «Enemistades ni amistades no han de ser parte para que los caballeros dejen de hacer lo que deben á Dios, á su honra y á su rey»; y de aquí quedaron amigos. Estando los Reyes sobre Málaga con grande necesidad, los socorrió con mucha gente, vituallas y dineros, y, agradeciéndoselo con encarecimiento los Reyes, estimándolo en más por haber ido en persona con su hijo sin ser avisado, respondió: «La necesidad de los reyes es la que llama á los caballeros.» Casó con doña Leonor de Rivera Mendoza, hija de don Perafán de Rivera, adelantado mayor de Andalucía, primero conde de los Molares, en quien hubo á don Juan de Guzmán, tercer duque, quinto conde, que conquistó de los moros á Melilla y la villa y fortaleza de Cazaza, de la cual le dieron título de Marqués. Casó dos veces: una con doña Isabel de Velasco, hija del condestable don Pedro Fernández de Velasco, en quien hubo á don Enrique de Guzmán, que sucedió en la casa, y que casó con doña María Girón, hija del conde de Ureña, y á doña Leonor de Guzmán, mujer de don Jaime, cuarto duque de Berganza. A doña Mencía de Guzmán, mujer de don Pedro Girón, tercer conde de Ureña. Casó segunda vez con doña Leonor de Zúñiga, hija de don Pedro de Zúñiga y de doña Leonor de Zúñiga, su mujer, condes de Plasencia, señores de Béjar. Fueron sus hijos don Alonso Pérez de Guzmán, quinto duque, séptimo

conde, segundo marqués. Don Juan Alonso de Guzmán, que sucedió en la casa. Don Pedro de Guzmán, primero conde de Olivares. Doña Leonor de Guzmán, hija de ganancia, que fué mujer de Valencia de Benavides, hijo del señor de Javalquinto.

Don Juan Alonso de Guzmán, sexto duque, octavo conde, tercero marqués, casó con doña Ana de Aragón, nieta del Rey Católico. Cuyos hijos fueron don Juan Claros de Guzmán y doña Leonor Ana de Guzmán, duquesa de Osuna, y doña Ana de Aragón, que casó con don Iñigo Fernández de Velasco, condestable de Castilla, duque de Frías, de quien decienden los señores desta casa.

Don Juan Claros, nono conde de Niebla, casó con doña Leonor de Zúñiga, su prima hermana, hija de los duques de Béjar, condes de Belalcázar, cuyos hijos fueron don Alonso Pérez de Guzmán, que sucedió en la casa. Doña María de Guzmán, mujer de don Francisco de Zúñiga, que fué duque de Béjar.

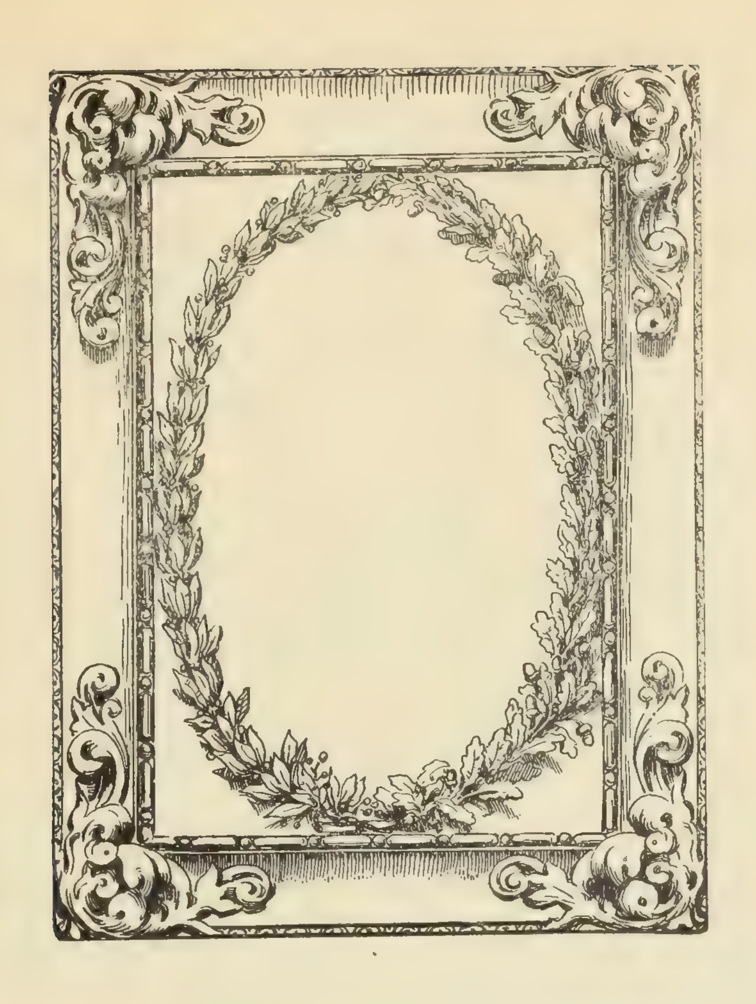
Don Alonso Pérez de Guzmán, sétimo duque, décimo conde, cuarto marqués, sucedió mozo en estos estados (el más poderoso señor de Castilla, León, Aragón y Portugal). Sirvió al rey católico Filipo Segundo en todas las ocasiones de sus tiempos, y, estando nombrado por capitán general del estado de Lombardía, lo fué del armada contra Inglaterra. Fué de la Orden del Tusón. Casó con la señora doña Ana de Silva y Mendoza, hija de don Ruy Gómez de Silva, duque de Pastrana, príncipe de Ébuli, camarero mayor del rey católico Filipo Segundo, de su Consejo de Estado y Guerra. Tuvieron por hijos al excelentísimo señor don Juan Manuel Alonso Pérez de Guzmán, que heredó estos estados, y los goce muchos felices años. A don Felipe de Guzmán y Aragón, que casó con doña Antonia Portocarrero, hija mayor del Marqués de Alcalá. A don Rodrigo de Silva Mendoza, marqués de Saltés, que casó con doña Brianda Sarmiento de la Cerda, hija de don Francisco de Guzmán y Zúñiga, marqueses de Ayamonte. A don Alonso Pérez de Guzmán, arzobispo de Tiro, capellán y limosnero mayor de su Majestad. A don Miguel de Guzmán, que casó con hija heredera de Tello de Guzmán, sucesor del Conde de Vi-

llaverde, su padre. A don Juan Claros de Guzmán, gentil hombre de su Majestad, de su Cámara y llave dorada, y maese de campo. A doña Leonor Manrique de Sotomayor, duquesa de Pastrana, princesa de Ébuli, mujer de su primo hermano don Ruy Gómez de Silva, que hoy posee la casa y ducado de Pastrana.

Nuestro Gran Duque casó con la excelentísima señora doña Juana de Sandoval y Rojas, hija de don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, y de la duquesa doña Catalina de la Cerda, su mujer. Tuvieron por hijos al excelentísimo señor don Gaspar de Guzmán, duodécimo conde de Niebla, que casó con la señora doña Ana de Guzmán, su tía, y al señor don Melchor de Guzmán, marqués de Villamanrique, y á la señora doña Luisa de Guzmán.

AL GRAN DUQUE

Si has apurado toda la alabanza
Y desplumado al mismo atrevimiento,
Doy por temeridad al ardimiento,
Si voz ni pluma á tu grandeza alcanza.
¿Qué espero donde es vicio la templanza
Y presunción el animoso aliento?
Ceda la diligencia al escarmiento;
No solicite engaños la esperanza.
No persüada el mar ondas ociosas
Acero y pluma que presume estrellas
Del cielo de Guzmán esclarecido.
Mas ¿qué? Sea ambición: que, en grandes cosas,
La gloria es cierta, aun sin salir con ellas,
Sólo en virtud de haberlas emprendido.



ELOGIO

Este que en el real semblante, sin ser antes visto, es luego conocido por gran señor (cuyos hermosos lineamientos y simetría corresponden á la grandeza que juntamente tiene y merece), es el octavo duque de Medina Sidonia, D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán, último en tiempo y primero en valor, pues el glorioso título de *Bueno* heredó, y el de *Mejor* se ganó; que el primero fué gracia de su fortuna, y el segundo de su virtud; y si tal es lo que parece, ¿qué será lo que es? Pues se aventaja á Guzmán, con la diferencia que hay de *Bueno* á *Grande;* pues por sí es mayor, y cuanto mayor, más parecido á él, y más lejos de copiado del arte y la fatiga. Traslado á la Fama, á quien da todo cuanto tiene, con manos tan largas como ella; que el valor no lo es si no se muestra, ni la virtud, si no nace della misma; que el que

se alaba de su linaje, de lo ajeno se alaba: que es imposible ver con ojos ajenos. Uno, preciándose de fisonómico, dijo:

Vi á Amor volar con pluma jacintina,
Á Neptuno hollar el mar sonante,
Á Febo entre las Musas con discante.
Á Adonis con luciente javalina.
Vi á Alcides con su clava diamantina,
Á Júpiter en Flegra fulminante,
Á Mavorte vestido de diamante:
Vi al excelente Duque de Medina.
¡Oh, larga edad penetre, edad florida,
Mientras el cielo á ser deidad le llama,
Brillando en poca estrella inmensa suma!
Que, pues su espada es gloria de su vida,
Sea su vida alimento de su fama;
Vuele al cielo su espada con su pluma.

Con el supremo valor ha juntado la suprema inteligencia de las cosas, con que acrisola las resoluciones de sus consejeros. Es constante en sus determinaciones; que al príncipe mudable, á un mismo tiempo le desprecian y temen. En la provisión de los oficios no atiende tanto al lustre de las personas como á la virtud y suficiencia. Por enojo ni otra pasión no descubre los secretos consejos de su ánimo. Muestra que el buen gobierno consta de pocas leyes, bien ordenadas y entendidas, y que éstas son ociosas sin la ejecución. Que no hay buscar otro camino para llegar á la cumbre de la reputación sino la virtud. Y así, en primer lugar pone la conciencia, en segundo la honra, y en último la hacienda. Ha hecho tanto hábito del uso de los negocios, que le sirven de recreación. Es fuerte despreciador de los vanos rumores del vulgo; que éste presto acude con su opinión. Acaba por industria lo que no está bien por fuerza. Desea recibir aviso; que el inorante, ni pregunta, ni sabe. Y no por opinión, sino por saber, aprende; y así, sabe leyendo muchas veces en su ánimo lo que algunas en los libros; porque el saber que tienen éstos no es ciencia; sino la que se pega al entendimiento. Y antes, dice, quiere morir aprendiendo que ignorando (porque la más fea ignorancia es la del Príncipe); con que perfeciona lo natural con lo adquirido. Desprecia los ca-

minos desusados, y admite el consejo de los que acertaron. Procura sacar frutos de los errores ajenos. Hace más que promete; obra callando; oye, entiende, responde y satisface de repente á los razonamientos muy pensados.

Es de grande importancia la gallardía deste Señor para sustentar las cosas del Estado: como dueño de la milicia, sin relación de ministros, conoce de experiencia el número y valor de los ejércitos y armadas, los gastos forzosos y voluntarios, y, finalmente, es la llave de oro que abre el punto y dificultad de la guerra; y así, juzgamos al Rey católico por más dichoso por tener tal capitán general, que por pisar sus reales plantas toda la circunferencia de la bola.

Habita su alma en un albergue hermoso y alindado, de forma elegante, niña del amor de los ojos que no tiene. Lucido más que el sol. Brioso, cortés, bizarro, sosegado, airoso, liberal, discreto, afable, grave y comedido. Original del Cortesano que soñó el Conde de Castellón. Si danza en los saraos y festines, tantas mudanzas hace el Amor. Si justa ó tornea, ociosos son los jueces, y pocos los premios del aparador. Si juega cañas, dirás que juega lanzas: los bohordos no caen, ó caen muy tarde. Si corre toros, la gallardía es la corrida. Si hace mal á caballos, más mal hace á la invidia. Si desnuda la espada, impertinentes son los rayos de Júpiter: díganlo los teatros de comedias. Si habla, hace creíbles las sirenas de Homero. Si escribe, por alma de Cicerón lo admite Pitágoras; que la carta es imagen de su dueño. Si vuela halcones, de tantos y tan puntuales criados se sirve en el cielo como en la tierra: tal, que, siendo conde, mereció título de cazador mayor de su Majestad; que primavera sin flor dice otoño sin fruto, y cuando no madura luego el agraz, tarde madura. Si tira, el vuelo de las aves es la misma obediencia de su pensamiento. Si montea, antes verás al monte fatigado. ¿Quién tan amigo de libros, pues ni aun á cazar sale sin los de Séneca? Que al muy aprovechado agrada Cicerón. Tanto ama las letras cuanto ellas le aprueban. ¿Quién tiene tan discreto gusto en pintura? Mira las galerías que ha labrado, tan ricas de espléndidos originales del Basano, Carducho,

Ticiano, Rafael, Tintoreto, Parmesano, Zúcaro y Barocio. ¿Quién de tan tracendido y acertado voto en música, pasmo de los maestros de capilla? ¿Quién tan universal y ejercitado en letras humanas? ¿Quién tan consumado en Geografía y Esfera? ¿Quién tan dulce y fácil en la Poesía? Que no es menos Fidias en barro que en marfil, ni cosa pequeña la que descubre la verdad. ¡Oh en todo excelentísimo, flor de la gala, custodia de la verdad, destierro de la afectación, escuela de las Musas y templo de las Gracias! Mientras olvidas el majestuoso dosel por el alegre Jardín (puerto de los cuidados), déjate hallar de rústica Flora, que te busca en estos descompuestos números:

PANEGIRICO

Tras la pelota arrojado,
Parecen los vientos cojos,
Pues siguiéndola mis ojos,
Ya tus pies la han alcanzado.
Antes que llegue has llegado,
Porque sólo á ti te igualas,
Aunque le prestas las alas
De su ligereza: á quien,
Duque, te acomodas bien,
Por lo qué tiene de Palas.
Garza que los aires vive
(Mientras, en errantes juegos,
En sus diáfanos pliegos
Rasgos con su pluma escribe),
Con graznidos te recibe,
Y besa en regiones frías
La provisión que le envías,
Y obedece, no al halcón,
Sino al grillo de latón
Con que aprisionas sus días.
Cuando tras el corzo vuelas,
Morir quiere, y corre ufano,
Por endulzarte la mano
Con el tiro que nivelas.
Dulces de gloria cautelas,
Pues huye el honor que quiere,

Hasta que el dardo le hiere,
Y, sobre felpas de grama,
Pródigo el alma derrama,
Por la dicha con que muere.
 Da el caballo testimonio
Del valor que en ti se encierra,
Pues en él hundes la tierra,
No cual su padre Favonio.
Bucéfalo macedonio,
Que como á imperio se ordena,
Huella, con desdén la arena,
Muerde con soberbia el oro;
Que aun en él mana el tesoro
De la mano que lo enfrena.
 Cuando al gobierno y tropel
Se hurta en selvas tu lira,
Piensa que Apolo suspira
Y se estremece el laurel,
Mas, viendo que no eres él,
Tu frente ciñe contento,
Y, atando en dulzura al viento,
Al verso que escandir usas,
Haces que olviden las Musas
La voz en el instrumento.
 Al error tu acierto llega
Del plateado palomo,
Que encalla en sirtes de plomo,
Mientras los aires navega;
Mas, cuando armado en la vega,
Claro en ti mismo te ves,
Se ha visto que en su pavés
Se escondió Marte arrogante,
Y Neptuno, aunque menguante,
Creció á besarte los pies.
 Condición tienes de río
En lo siempre liberal;
Que sienta el esmalte mal
Cuando no hinche vacío.
¡Oh Príncipe, dueño mío,
Asilo de mi esperanza,
No se ofenda tu templanza;
Porque, como al sol la luna,
Sigue al valor la fortuna
Y á la virtud la alabanza.

Dice Platón que es dichosa la república donde el que gobierna filosofa, ó el filósofo gobierna. Toda la filosofía moral y política, ética y económica, se halla en la boca deste Señor; que las palabras son imagen del ánimo, y la virtud sin dotrina, cal sin arena. Suele decir que

No hay honra sin virtud.

Y que ésta, sin discreción, es vicio.

Que el remedio de la injuria es el olvido.

Que los que nos calumnian nos hacen recatados.

La sospecha es veneno de la amistad.

Los vicios peores son los que tienen color de virtud.

No hay fiar de beso de agraviado.

No se comienza la enmienda si el error no se conoce.

Quien habla como muchos, siente como pocos.

Muchos amigos, ningún amigo.

Que cada cual se labra su fortuna.

El que gobierna ha de ser mejor que sus súbditos.

Nada se desprecia seguramente.

El príncipe es ley que habla, y así, ha de ser conforme á ella; y entonces justamente manda cuando la obedece; y entonces es bien obedecido cuando es más señor de sí que de sus vasallos.

Que la mejor medicina es el buen regimiento.

Mal testigo es la pasión.

Todo agüero es engaño.

No estima el consejo el que no lo tiene.

Ninguno mientras vive tiene fama segura.

Cansarse de ser rogado arguye bajeza.

Quien dice muchos años, dice muchas penas.

La ciencia más fácil de aprender es hacer mal.

Los criados son como capa de tafetán, que nunca se ajusta al cuerpo: en tocándoles murmuran; con cualquier viento se van, y así, han menester fiador.

Que se ha de desear lo mejor, esperar lo peor y tomar lo que viniere.

Al mundo más fácil es sufrir que remediar.

Que sólo el pobre oye la verdad.

Que la honra se ha de merecer, y luego despreciar.

Que no hay bien, mirado con malos ojos.

No hay enemigo pequeño.

Honra y pobreza, martirio sin corona.

Harto mal tiene quien envidia bien ajeno.

Que no sabe reinar quien no sabe disimular.

No hay muro fuerte combatido con oro.

Y que no hay que esperar mucho de hombre extremado.

Así, que oímos deste prudentísimo Señor más sentencias que palabras. Esto nace de la amistad que tiene á los libros, pues ni aun á caza sale sin ellos.

Juntemos, pues, ahora las manos con Minerva y las Gracias con las Musas, como dicen los griegos, y la ejecución á la dotrina; que las palabras prudentes no son del que las dice, ni del que las oye, sino del que las obra. Dé lugar la prudencia á la fortaleza; que más persuaden ejemplos que palabras. El año que cumplió veinte el Gran Duque, siendo conde, viniendo de Huelva á Sanlúcar en un barco que había traspuesto de otros tres que le seguían, halló una galeota de valientes piratas turcos. ¿Qué será bueno que ahora haga nuestro valeroso Príncipe? Porque se ve solo con seis criados, y algunos dellos músicos, lejos de los caballos que por la orilla le hacían escolta y de los barcos que le seguían, y el huir difícil y afrentoso? A gran cosa, gran consejo. Éste pidió apriesa el Conde; y, como el peligro intempestivo espanta al más valiente, todos á una respondieron que huyese y no se dejase engañar del ardimiento de su corazón; que la temeridad es reprehensible, aunque acierte; que la confianza fácilmente yerra; y que la mejor vitoria es asegurar la vida. Mas el Conde, gallardamente, respondió: «Amigos, mejor es morir acometiendo que huyendo. Con el atrevimiento se ríe la fortuna. Mucho hace quien hace lo que debe. Huir es imposible; posible el vencer. En sólo el morir no hay engaño. Hagamos fortaleza de la necesidad. Ea, pues, que el tiempo es poco y perdemos mucho. Acordáos que fama enferma nunca sana.» A esto respondió el arráez: «No

quiera Dios que yo sea la muerte de mi señor»; y volviendo la proa para la fuga, el Conde sacó la espada diciendo: «Vuelve, villano; no te hagas pródigo de mi honra; no aguardes á enojo agraviado ni á paciencia ofendida.» Y quitándole el timón de la mano, él mismo guió el barco á la galeota, que, como águila, ya venía, tendidas las alas, á hacer presa en el pequeño pájaro. En llegando, le hicieron salva con cuarenta mosquetes; y el fortísimo Príncipe, con su espada en la mano, embrazado un cojín de terciopelo carmesí, acompañado de su ánimo y de la ventura de César, rompió una lluvia de saetas y pelotas, y, trepando por un remo, subió á lo alto con algunas heridas, desembarazando el camino á los pocos que le seguían. Al Sol de Niebla se escureció la Luna, helándose la sangre de los turcos, que se defendían puestos en la última desesperación. Mas el valentísimo Conde les dió tan furiosa priesa, que les turbó el uso de la pólvora, les agotó las saetas, los palos y las piedras, y hasta melones le tiraron. Al fin, gloriosamente, á todos los rindió, á muchos hirió y mató, y con veinticuatro dellos entró triunfando en Sanlúcar, los cuales envió presentados (vestidos de rica librea) á su Majestad (1).

(1) Esta hazaña ya había sido celebrada en 1612 por el dominico Fr. Pedro Beltrán, en una larga tirada de sonoras coplas reales (*La Caridad Guzmana*, canto VII). Habla la Fama á Pedro de Rivera Sarmiento, el soldado que llevó á Sanlúcar la milagrosa imagen de la Virgen de la Caridad:

Veslo allí, sale de Güelva
en un barco desarmado,
antes que su rostro vuelva
el sol al mundo eclipsado
y su hermosura á la selva.
Hacia Sanlúcar navega;
y advierte allí la refriega
naval de mayor fortuna
que ha visto en agua la luna
desde el Cuzco á la Noruega.
Junto á la dorada torre
un moro bajel ve, cuando
con la vista el mar recorre,
que tras su barco bogando
con más de veinte pies corre.
Pero no es bajel, Rivera,
sino una media galera
que el abismo ha vomitado,
donde el infierno ha embarcado
su enojo y cólera fiera.

El barco humilde del Conde
breve chalupa parece,
que entre sus remos se esconde;
ya del trance que se ofrece
no hay escapar, ni por dónde.
Ya los criados se van
con el invicto Guzmán
y los remeros desnudos
pálidos, turbados, mudos
y casi sin alma están,
Porque tres barcos que vienen
con el del Conde, cargados
de mosquetes, se detienen,
y en el suyo, ni hay soldados,
ni armas ni defensa tienen.
Pues mira el fuerte tritón
como anima el escuadrón
tímido que le acompaña,
y, para heroica hazaña,
gobierna en proa el timón.

Saquen los Tito Livios en parangón todas las famosas hazañas de los ancianos y flamantes siglos, para que (á pesar de los torvos ojos de la invidia), no falten coronas de laurel rostradas que pise nuestro gran Duque. No se fie tan clarísima historia de sólo el espirante mármol, que es poco elogio para tanto príncipe; mas,

---

Ya, cual milano cruel
que á pollo pequeño embiste,
se viene al barco el bajel,
y el Conde al timón asiste
hecho un Palinuro fiel.
De manera que el estrago
que promete con su amago,
lo evita, el timón torciendo,
porque así, el barco huyendo,
da el bajel el golpe en vago.
Con esta traza el encuentro
fatal del contrario evita,
que si coge el barco dentro,
su palamenta infinita
lo sepultará en el centro.
Ya están juntos: mira agora
puesta en pie la chusma mora
de treinta y siete contrarios,
tan fuertes y temerarios,
que el sol de verlos se azora.
Mira las violentas luces
y las balas que vomitan
doce moros arcabuces,
tras de quien se precipitan
cien mil dardos andaluces.
Mira como ya desnudan
corvos alfanjes, que anudan
con los nervios á las manos;
ya gimen los africanos
y turbia salmuera sudan.
Mira al Conde con su espada,
cuyo reflejo consuela
su gente, poca y turbada;
mira, á falta de rodela,
cómo embraza una almohada.
Y con ella reparando
crudos golpes y tirando
cuchilladas sin parar,
hace á los moros temblar,
su valor godo admirando.
Advierte con la destreza
que el fuerte Conde gallardo
hurta el cuerpo y la cabeza
á la cólera de un dardo,
y en un arcabuz tropieza.
Una pierna se lastima
en él y, saltando encima
del banco, la espada esgrime;
que no hay mal que desanime
al Guzmán que otros anima.
Ya el arcabuz desechado
alza, tropezando en él,
y mal dispuesto y cargado,
al capitán del bajel
apunta y hiere en un lado.
No ha hecho más feliz suerte
Mirmidón ni griego fuerte,
pues por la boca que abrió
la bala, el alma salió
y entró bascando la muerte.
Viendo muerto al capitán,
los moros, que se resisten,
al indefenso Guzmán
como caimanes embisten
que á precipitarse van.
Mira del arráez el brío
con que salta en el navío,
y la morisca manada
mira, de una cuchillada,
cómo le derriba al río.
Advierte cómo procura
el Conde darle sus brazos,
nuevo Eneas en blandura,
que del mar le saca en brazos
y en el barco lo asegura.
Ya la cólera guzmana
alarbes trincha y rebana,
y entra en el bajel primero,
con su tizona de acero
y su rodela de lana.
Ya los moros se retiran
hacia la proa y del Conde
la espada temblando miran,
que en sus entrañas se esconde,
con que alma y sangre respiran.
Unos al agua se arrojan,
otros cual tigres se enojan,
y desembrazan un dardo
que si da al Conde gallardo,
de la vida le despojan.
Mas aunque su buena estrella
lo fué á tiempo reparando,
con todo aqueso, le mella
la guarnición, y colando
al brazo, hiere y desuella.
Aquí levanta la espada
y tira una cuchillada
á quien lo tiró, tan cierta,
que por su sangrienta puerta
salió el alma condenada.

navegando dichosamente la Fama de cien voces de bronce, que menos no son bastantes, por la inmensa región de su gloria, imprima sus alabanzas en los inmortales pliegos del cielo, aunque padezcan sombra las demás imágines. Y porque siempre he de besar la mano que me ayudó á subir, permítaseme que acredite mi reconocimiento con este Encomio:

Rompe el volante leño
Los cristales turquíes,

Apenas dél se ha vengado,
cuando un guijarro impasiente,
de alguna furia tirado,
el izquierdo brazo siente
que le ha herido y lastimado.
Otro, acertándole al pecho,
como era tan corto el trecho,
casi dentro en él se esconde,
y aquí, á ampararse del Conde,
un moro llega derecho.
Échase á sus pies, y empieza
el Guzmán noble á amparar
su vil traición y bajeza;
que es muy fácil de engañar
la piedad y la nobleza.
Pónese el moro tras él
y del alfanje cruel
alza los filos feroces;
danle sus vasallos voces
al descuidado Manuel,
y al repetir voceando:
«Guarde, guarde Vueselencia»,
vuelve el Conde, y reparando
con su espada y su inocencia,
queda del golpe temblando.
Porque fué tan inhumano,
que de la invencible mano
casi le sacó la espada,
cuya guarnición, tronchada,
se enredó al pomo liviano.
Ya, cual víbora ofendida,
le quita al moro traidor
la infame y cobarde vida,
contra su fiel protector
rebelada y atrevida.
. . . .
Sobre él llueven balas, dardos,
una y otra cuchillada,
piedras y guijarros pardos;
pero ninguno halla entrada
en sus reparos gallardos.
. . . .
No cocodrilos traidores,
ni estorninos chilladores
ni caimanes, ni langostas,
del enojo de Dios postas
y amago de sus rigores,
Ni zorzales se han juntado
para embestir al olivo
ya de azabaches cargado,
como contra el Conde altivo
el bando moro arrestado.
Pero el augusto Manuel,
mira el coraje crüel
con que á todos acomete,
hiere y mata cuatro y siete
y rinde, en fin, el bajel.
Mira muertos trece moros,
y los veinticuatro vivos
por venas rotas y poros,
vertiendo sangre, captivos,
como agarrochados toros.
Mira el triunfo y alegría
con que en Sanlúcar, de día,
entra, y cómo, en mejorando,
ricamente aderezando
la presa, á Dios se la envía.
Mira los moros vestidos
de finas sedas labradas,
y de arcabuces rompidos
dos acémilas cargadas,
con veinte alfanjes lucidos.
Haces de dardos, cadenas,
cajas de despojos llenas,
una bandera, un clarín,
y toda la presa, en fin,
salpicada de sus venas.
Mira al de Lerma prudente
y á la sacra majestad
de Filipo omnipotente
con el gusto y gravedad
que celebran el presente.
El ademán y alegría
con que admiran la osadía
del Conde, que a treinta y siete,
con solos nueve acomete,
que es guzmana valentía.

Burlándose del Euro,
Que más cojea cuanto más le sigue,
  Cuando una galeota,
Del Sol de Guzmán Clicie,
Con diluvios de rayos
Hace la salva al que las armas pide.
  Mas el Conde de Niebla,
Neblí, á la garza embiste,
Esgrimiendo la pluma,
Que hoy en las alas de la Fama sirve.
  En láminas de acero
Muertes vivas imprime,
Y temor de los dioses,
Que acechan por diáfanos viriles.
  Pasmáronse las ondas,
Líquidamente libres,
Y descansó la arena
Que ignoró paz, desmenuzada en lides.
  Al desnudar el rayo,
Brilló en la Niebla el íris,
Y en la cerúlea plata
Tierno coral y espumas carmesíes.
  Leones mauritanos
Huyen, conejos viles,
Desmintiendo á la muerte,
Minando los sepulcros del esquife.
  Llegaron al socorro,
Vadeando rubíes,
Tres barcos; mas hallaron
Muerta la Hidria y descansando [á] Alcides.
  Á encarcelar los pasos
La admiración asiste,
Que, las cejas en arco,
Olvida respirar y mármol viste.
  ¡Oh, el mejor de los Buenos,
De tus calderas timbre,
Cuyo pie besa el Orbe,
En los tributos que á Sanlúcar rinde!
  Dichosa edad penetres,
Ya en Atenas, ya en Chipre,
Y, entre lilios de Lerma,
Lo que revives fénix cantes cisne.

EN LA PINTURA DE ESTA VITORIA

EPIGRAMA

Éste (que apura el laurel)
Hizo barco á la Fortuna,
Quitóle el arco á la Luna
Y flechó al Tiempo con él.
Del cielo hizo papel,
Y, por más bien rasguear,
Hizo una tinta á la mar,
Y en coloradas espumas
Mojó á la Fama las plumas,
Y luego la echó á volar.

Siendo general de las Galeras de España (cuya dignidad alcanzó antes de esperalla, y dejó antes que se esperase), miraba los espantos sin espanto; y era tanto su valor y presteza, que no preguntaba cuántos eran los enemigos, sino dónde estaban. Tuvo orden del Rey que acometiese á Argel. Respondió que con dos condiciones: que le diesen todo lo necesario, y autoridad suprema para no depender en casos nuevos de órdenes viejas, pues su padre perdió la jornada de Inglaterra por no salir de la instrución que llevaba. Al fin, ordenóle el Rey que corriese las Islas. Pues como ya tuviese mucho aparato para lo de Argel, y preñado el mundo de alguna gran facción, porque su reputación no corriese riesgo con el parto del monte, llamó á un caballero que no había menester pluma para trocar un secreto (porque todos se le venían á la boca), y muy en puridad le dijo adónde iban, encargándole secreto, y no fué menester más para que otro día lo supiese todo el mundo. Mostró el Duque en este toque su gran prudencia y valor, pilares sobre que carga el gobierno, que sin aquélla, es ciego; y sin éste, manco; que la prudencia es ojos, y el valor manos. Una reconoce, y otro vence.

¿Admiraré, pues, en tan juveniles años tan heroico valor y anciana prudencia, que mereció el gobierno de las Galeras de Espa-

ña? No, que me llama mayor admiración, de cuán gloriosamente las rigió, no, sino de cuán valerosamente las dejó. Despreció las siempre infieles ondas; no la falta de provisión de sus armadas. En menos estimó la vida que la reputación. Cosa grande fué vencer tantos enemigos; mayor ahuyentarlos con la ostentación de las armas y plumas. Lo que mereció venciendo, mejor lo mereció despreciando. Dejó las Galeras, negándose al honor de todos deseado, cuando él mismo le había hecho mayor. Cercó el mundo, no menos con ellas que con alabanzas. Restituyó los caminos á la tierra. Y habiendo quebrado á la imitación el puente de la esperanza, y llenado el lugar que ocupaba, mostró que el honor se ha de merecer, y luego despreciar.

Despejen ahora el paso las humanas á las virtudes divinas, y tome primer lugar la Religión. Su afectuosa devoción al Santísimo Sacramento, cuyas fiestas celebra con tanta majestad y gasto, asistiendo en persona con toda su casa á las de cada mes, con la demanda en la mano, y acompañándole con ministriles cuando sale á los enfermos, siendo la campanilla rémora de sus pasos, sirviéndole á su propria costa con treinta colegiales, cuya sacra insignia traen bordada en el pecho, y sus reales calderas en la fimbria de las becas, ayunando todos los viernes del año en memoria de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Su ardiente devoción á la Santísima Virgen, á quien reza su oficio y rosario cada día, y ayuna todos sus sábados, yendo todos los años á pie una legua á Regla á visitarla; á cuya sagrada imagen de la Caridad sirve con diez mil ducados al año, con voto de defender su Concepción Inmaculada, á quien ha eregido tantas capellanías, asistiendo á la celebridad de sus oficios con toda su casa. De donde nació aquella epigrama:

Visitas, músicas, galas,
Dicen, galán, vuestro amor;
Que para alcanzar favor
Es bien arrimar escalas.
Ya (en amores declarados),
No andará la Dama escasa;
Pues le sustentáis la casa
Y le vestís los criados.

La honra que hace á los sacerdotes, no consintiendo estén descubiertos un punto en su presencia, ni en pie estando él sentado, ni le hagan ceremonia que no sea conforme al Ceremonial romano, ni sus capellanes le acompañen ni digan: «Duque, mi Señor.» La afición á la virtud, que cualquiera señal suya le lleva los ojos, las manos y el corazón, como se vido en aquel ermitaño que se mudaba á otro sitio, y, pensando el Duque le obligaba necesidad, fué á su cueva, y (haciéndole sentar sobre su misma capa) le habló, dió cantidad de escudos y le labró casa; y, aunque, con todo eso, se pasó á la Breña de Morón, allí le envía cargas de regalos, y dineros. Y en otro enfermo que de la soledad trajo á su casa, y curó y regaló. Y en otro que halló en el Bosque, que le hizo casa y vistió y situó comida para toda su vida. Si ve un pobre (al parecer virtuoso), no ha de ir sin dineros ó vestido. Tanta inundación de mendigos, peregrinos, frailes y estudiantes como de Sanlúcar toman vuelo para todo el mundo, dicen (y con verdad) que en todo él no han gozado de más copiosas limosnas. Es increíble los hábitos, vestidos y dineros que da, los hospitales de enfermos que sustenta, de peregrinos, las limosnas que hace á los conventos, pobres vergonzantes y mendigos. Por todos los muertos pobres tiene situadas misas de colecturía. Las Pascuas da de limosna todas las décimas de sus rentas de trigo; setecientos ducados á la religión de Santo Domingo, para sus capítulos. Setecientos á la religión de la Merced de Recoletos, de quien también es patrono. Tantas carneradas y venados á todos los sacerdotes la Pascua; tantos ornamentos á los altares; tantos ducados para redimir cautivos, para criar niños espósitos, para pagar deudas y soltar presos, para pobres enfermos, á los curas, y para casar huérfanas, que faltan ceros en la aritmética y palabras al encarecimiento del más templado decir. No tanto para sí como para todos, vive escribiendo, despachando, favoreciendo, templando, componiendo, castigando, rogando y enriqueciendo. ¡Oh Príncipe divino! ¿Cómo te alabaré? ¡Oh tres y muchas veces divino! ¿Por dónde comenzaré? ¿Diré que nunca te han visto precipitado, ni se ha puesto el sol sobre tu enojo? ¿Tus buenas ausencias en alabar sin consentir

murmuración alguna? Que el que quiere saber faltas ajenas, se obliga á perdonar á muchos, ó á estar mal con todos. ¿El prevenir con remedio á todas las necesidades que sabes ó adivinas? Para que las socorras basta que las sepas: son emulación de tu largueza, y lo que es más agradable al que recibe es saber se le da cosa que no se le ha quitado á otro. Con dádivas buscas á los ausentes, ¡oh remedio público de los hombres! ¿Diré la virtud de tus criados, que siempre son semejantes á su señor? ¿Tu cuidado en que sepan y obren cuanto deben á cristianos? ¿El gozar á tu costa de haber servido á tus abuelos? ¿Tus confesiones todos los meses, teniendo un confesor solo? ¿El quitar los derechos de tus rentas, por el bien público? ¿No entremeterte en ganancias, ni consentirlo á ninguno cerca de tu persona? Que, como dijo Plinio á Trajano, no es bien que el Príncipe sea mercader. ¿El amor de la soledad? Que á escondidas se labran los panales y la fruta se defiende con la hoja. ¿Diré los sagrados empleos de tu ocio?

¡Oh, cuánto he dicho de tu virtud! ¡Cuánto me falta! Dilátase mi oración como en un inmenso campo, y, con todo eso, no hablo sino de pocos años. ¡Oh tan solo en la grandeza como en merecerla! No tienes de qué copiar, y así, contrahaces de ti mismo. Déjaste ver, sin hacernos cargo dello; no como aquellos hinchados que afectan divinidad, que, por enfado de los hombres y temor de igualdad, pierden el uso de los pies: reliquias en viriles, son llevados á cuestas, como cargas. A ti la fama y la piedad te llevan, no sobre los hombros de los esclavos, sino sobre las cabezas de los príncipes. No te alabo deidad, sino hombre, porque no te diferencias de los demás sino en la ecelencia. Naciste para gloria de los ojos; confesamos que cuanto no es amarte no es parte nuestra. Eres padre: no dueño. Tiéneste por uno de todos. No te acuerdas menos que eres hombre que de que gobiernas hombres. Pues si los deseos no llegaran á atreverse á fingir lo que en ti, serenísimo Príncipe, gozamos, es imposible que pongamos linde á tus glorias, pues tú no las has puesto á nuestra dicha; que aún ésta no nos ayuda á ser tan necios. No sacrifico lisonjas, bien que la alabanza frisa con la adulación. Con tu paz lo diré. Si nos fuerzas á que te

alabemos, te hemos de hacer fuerza que nos oyas, y en el Príncipe se reprehende despreciar las alabanzas; que éste es diferente de los hombres. La honra que recibe el que la merece, á todos se da. Mas ¿qué cosa puede ser grande para quien el mundo es pequeño? Deja, Señor, que te alabemos; ríndete, á nuestras obligaciones; no pareces dichoso en tanta cordura. Digamos lo que eres, pues gozamos lo que haces. ¿Sólo has de saber merecer el premio, y no esperallo? Permitan tus oídos lo que se debe á tus virtudes; que nuestra salud comienza de la cabeza, y el agradecimiento se mengua con la tardanza.

Sola á tu atención temo, ¡oh ilustre gloria tuya! ¡oh confusión mía! que cuando digo tus loores, me arrepiento de ser corto, y juntamente temo me acuses ser largo en ellos. Mas si de casa en casa y boca en boca anduvieras escuchando lo que todos hablan de ti, con gozo y admiración, á fe que no aprendieran á melindrear alabanzas tus delicados oídos. Aunque puedes tanto, no puedes poner un bocado en cada boca. Los incendios de amor no se apagan con modestia. Todos somos obligaciones. Cuanto más nos templas, más nos incitas. En tu mano está que nos alegremos; no en la nuestra que sea con medida. ¡Oh de nuestros cuidados único cuidado! ¿Cómo nos podrás mandar que amemos moderadamente, si vemos en ti cuanto merece amor y respeto, y si conservamos en memorias obligadas verdades agradecidas? No permitas forzosa división al albedrío. Ninguno se ve libre de la cadena de los beneficios; ninguno de tu liberalidad. Y no das para entretener la memoria de los murmuradores con más alegre presa. No redimes culpas con magnificencia; ganas amor, no perdón. Mira que no permite ocio el agradecimiento, y el beneficio es mercader de libertades. No son estas voces hijas de nuestro ingenio, sino de tu virtud, porque, si mucho te debemos por tus costumbres, más te debemos por las nuestras. Blasona con este noble trofeo de tu gravedad, que lo que antes se llamaba fuerza ya se llama costumbres; que para la reforma déstas no importa el imperio, sino el ejemplo; que el miedo es infiel maestro de lo justo. ¿Qué terror pudiera hacer lo que tu respeto? Ya, señor, no se

cuenta entre las enfermedades incurables la ira del Príncipe. No se pone cuidado en no ser conocidos dél. Ya el rico no es agradable sacrificio para el Tirano. Ya éste no se apodera de las recreaciones ajenas, no tanto por gozar de ellas, como porque otros no las gocen; porque tú, Señor, cuidas más de la fama que de los deseos. Ya sabemos que los señores pueden, como los estoicos, sufrir los males y abstenerse de los deleites, y que la virtud de los mayores no es herencia de la sangre, sino trabajo de la persona; y que en grande poder también caben moderados pensamientos; y que con particular corazón no se ejercita bien oficio público. Has hecho que los que se contentaran con un príncipe no muy malo ya no le puedan sufrir sino muy bueno. A ti te alabo ahora; no á tus obras; porque obras loables también las hacen los malos. Tu mayor gloria es, Señor, que los que te loan no tienen que disimularte, descubrir ni olvidar, y estás cierto que cuando te alaban de humano no te acusan tácitamente de soberbio, y cuando de liberal, no te motejan de avariento.

Comenzando de Dios en la misa, gastas la mayor parte del día en cuidados y papeles. No te escondes en las horas menos cuerdas. Comes delante de todos. Es tu mesa para todos breve, por tu templanza; dilatada, por la dulce conversación de tu humanidad. Su abundancia resulta en beneficio de sacerdotes pobres. No te halla el medio día tan ocupado de la cena, que sólo sirva la comida de notar á tus convidados, ni, fingiendo templanza, te encierras para acallar la costumbre del vientre. No maravilla tanto el aparato de tu mesa como tu suavidad y agrado. Más admiran al dueño de la casa, aunque la has reedificado con mayor ánimo que se edificó. Tu ocio es batir los montes, fatigar las fieras, domar los collados, descolgar las aves del cielo, y competir con su velocidad; mas esto es común á hombre, y me llama príncipe. En esta esfera de divino pongo el vigilantísimo celo y puntual atención al servicio de tu Rey; la asistencia al despacho de las flotas y armadas, como olvidado de ti. Cuando la capitana naufragó en la barra, luego acudiste en persona á salvar la hacienda de su Majestad, hasta tirar de los fardos y cajones de azogue, y, sudando hasta

ponerle cobro, no te desayunaste en todo el día. ¿Qué diré de los magníficos templos que edificas, regalo de la vista y linde del deseo, no menos dignos de admiración que los divinos oficios que en ellos se celebran? Que, como sabes que la bendición de las riquezas es el buen uso dellas, y faltando éste no hay cosa más sujeta á desgracias, guardas tus tesoros en la liberalidad; que quien fía su crédito del interés no lo espera de la opinión. ¿Qué diré de las limosnas que por tu propia mano haces, que pasan de once mil ducados al año? ¿La nobilísima sangre Guzmán de tus reales venas, tan hecha á vengar agravios con mercedes? ¿Tu piedad en tomar el agua bendita de rodillas y besar los hábitos de los pobres religiosos? Que no reparo en la majestad de la casa que has labrado y en el servicio de tantos criados en que gastas (1) ducados cada día, como en ver esa excelentísima majestad, derramada como agua á los pies de Cristo el Jueves Santo, sirviendo en persona á veinticuatro pobres á la mesa, vistiéndolos de vestidos honrados de paño negro, dándoles cantidad de escudos. Y por cuanto nuestras buenas obras de tal manera son nuestras que son todas de Dios, quiero darle gracias en tu Angel Custodio el día de tu felicísimo nacimiento, que fué Pascua de Reyes, en este himno:

HIMNO

Nobleza de la angélica sustancia,
Que flores vuelas, que ámbares aspiras,
Informa de ti mismo á mi ignorancia.
Cantaré al son de dos templadas liras,
Asidas y sonantes dulcemente,
Si Apolo un rayo de tu luz me inspira.
Tú eres tutor de un Príncipe ecelente
En sangre, y más en las vitorias tantas,
Con que el sudor enjuga de tu frente.
Sandalias son tus palmas de sus plantas;
Mercurio, el paso incierto le encaminas,
Y á despejarle el polvo te adelantas.

(1) Hay un claro en el impreso: el que Espinosa dejaría en el original para poner la cantidad de ducados, que al cabo, por distracción, no puso.

Cuando duerme (tus alas por cortinas,
Con el dedo en la boca), lo entretienes,
Representando imágenes divinas.

En arnés de diamante lo contienes;
Con estímulo de oro lo provocas;
Con cadena de rosa lo detienes.

Cauto, de las sirenas lo revocas;
Retórico, las sirtes disüades,
Y el mar le pacificas con las rocas.

Fundido es un metal las voluntades;
Ángeles os conforma; es un pupilo,
La lisonja mayor de tus verdades.

Con mil (no siete brazos), como el Nilo,
Estériles pobrezas fertiliza;
Dígalo el mundo, y tú, Sanlúcar, dilo.

Por ti en devota pompa solemniza
Al Inmenso, en distancia poca estrecho,
Y el descuido en honrarlo fiscaliza.

Con nombre de Capilla, Cielo ha hecho,
Y en un Colegio de Ángeles aúna
De Dios la gloria y dellos el provecho.

Cuando en Niebla eclipsó africana luna,
Bastárale un cojín de terciopelo,
Y de César la espada y la fortuna.

Si los cisnes descuelga de su vuelo,
Pienso que el plomo á la intención nivelas,
Y blanqueando se los traes al suelo.

Cuando acosa las fieras, con él vuelas,
Casi en caliente púrpura bañado;
¡Oh, Amor con alas, cuánto amante celas!

Correspondiendo, pues, á tu cuidado,
En tu abono han lucido sus acciones,
Que aun crédito á los ángeles han dado.

Criados de su padre honró con dones,
Á quien fué en sus exequias prodigioso,
Y heredó, más que estado, obligaciones.

Que no Alejandro vivirá famoso
Mientras rodare el sol redonda llama,
Tanto invencible como dadivoso.

Siempre nace en el oro que derrama,
Como Pactolo; invidias y avarientos
Mármores son del templo de su fama.

Estrechado ha con fábrica los vientos:
Pobló su raridad, jaspe es testigo,
¿Diré de religión, ó de portentos?
De religión y de portentos digo,
Que á la cimbria del cielo se ajustaron.
¿Flegras temió? ¿Se apercibió enemigo?
No, mas sobre sus torres descansaron
Más de una vez los orbes celestiales.
Si la luna y sus bueyes tropezaron.
De Dios hinchó estas máquinas reales,
Donde oye su alabanza en dulce acento,
Propicio, en trono de oro, á los mortales.
Donde hoy celebra tanto Nacimiento
Un piélago de vulgo, que se altera
Ondeante (cual mieses) elemento.
Bien que en el Cielo estar se considera,
Por la armonía celestial, si humana,
Do el sol, fuente de luz, se esconde en cera,
Del Bueno (¡y cómo bueno!) soberana
Ostentación, con que le muda cargos
Al mes que lilios, no granizos, mana.
Restituya á Saturno siglos largos,
Luciendo ejemplo á mucha descendencia,
Por la tutela de tus ojos, Argos.
Hipoteque tu gozo á su obediencia;
Tus plumas vuele, pues en él te aplico
Vara ociosa, lograda diligencia.
En ti su amor y en él tu amor sea rico;
Date todo en favores á su celo:
Eso mismo que haces te suplico.
Fama que ha de ser tuya, crezca el vuelo
Sin precipicio; tal componga historia,
Que no eches menos en su tierra al Cielo.
Repártase en los dos igual vitoria,
De luchas, que, por cuanto suda en ellas,
Te aumente gloria en ser mayor su gloria.
Sin competencia, compitáis estrellas,
Y una luz en dos soles os concuerde,
Á pesar de la noche, siempre bellas.
El rubí ardiente, la esmeralda verde,
Cerca admite, no dentro; que, en efeto,
Igualmente las guarda que las pierde.

Pasa á sus manos el valor perfeto
Del oro y, despreciando sus honores,
Viene á ser perfeción de su defeto.
¿Qué mucho, si es cristal de tus licores,
Si al nacer tuvo Reyes por Oriente,
Soles del Alba y de la Pascua flores;
Si, á tus solicitudes obediente,
Te ahorra de trabajo el alma pía
En la facilidad que te consiente;
Si el cielo luminarias de alegría
Enciende cuando nace y amanece,
Haciendo de la noche largo el día?
Retirado, á sí mismo se merece
Y aplica á lo inmortal mortal empleo,
Pues viene á caducar cuanto florece.
Clicie, se guiara al sol de tu deseo,
Y, deidad, acredita tu alabanza;
Espejo, en él te ves y en él te veo.
Flores y fruto logra á la esperanza,
Con valor adquirido, no heredado:
Que virtud con estado no se alcanza.
Á él van los ruegos como á altar sagrado,
De los hombres común defensa hecho;
De inundación de quejas fatigado.
Templo es de la piedad su noble pecho;
Nació con buena Estrella, Sol divino,
Á ser á mucha edad gala y provecho.
Vestido el iris, fénix peregrino,
(En mejor nacimiento) considero
Que le abres senda donde no hay camino.
Y, trocando el Tusón por el Cordero,
Beben sus ojos del eterno día,
Siendo tú de sus triunfos heredero.
De pronóstico pase á profecía.

Cuando más se debía á los ojos y voluntades de la Corte, por ser su grandeza, ornato, regocijo, gala, alabada (¡gran cosa!) de la misma ambición cortesana, cuando su suegro el de Lerma mandaba al mundo, sordo á sus ruegos y promesas, trató retirarse á la soledad de Huelva, diciéndole: «Tanto harta, señor, una fuente como un río. La Corte, donde toda la vida es corta, quiere lejos,

como pintura del Greco; si bien no tanto que enfríe, mas ni tan cerca que abrase. Aquí los favores se ríen de los méritos, y por grandes peligros se llega á otros mayores. Y ya ve V. Excelencia que el vivir no quiere priesa, y que no es poca cordura llegar al escarmiento antes que al daño. Cuanto al lugar, yo le hago, no él á mí, adonde llegarán las nuevas viejas, y no por eso peores. Al fin, no está rendido el que no ruega.» En esta soledad le halló el príncipe de los poetas don Luis de Góngora cuando dijo:

En sangre claro y en persona augusto,
Si en miembros no robusto,
Príncipe le sucede, abrevïada
En modestia civil real grandeza;
La espumosa del Betis ligereza
Bebió no sólo; mas la desatada
Majestad de sus ondas, el luciente
Caballo que colérico mordía
El oro que suave lo enfrenaba,
Arrogante, y no ya por las que daba
Estrellas su cerúlea piel al día,
Sino por lo que siente
De esclarecido, y aun de soberano,
En la rienda que besa la alta mano,
De ceptro digna.

Y en su dos veces grande *Polifemo:*

Estas que meditó (1) rimas sonoras,
Culta sí, aunque bucólica, Talía,
¡Oh excelso Conde! en las purpúreas horas
Que es rosas la alba y rosicler el día,
Ahora que de luz tu Niebla doras,
Escucha, al son de la zampoña mía,
Si ya los muros no te ven de Huelva
Peinar el viento, fatigar la selva.
Templado pula en la siniestra mano
El generoso pájaro su pluma,
Ó tan mudo en la alcándara, que en vano
Aun desmentir el cascabel presuma;
Tascando haga el freno de oro cano

(1) En el original, así; en las ediciones de las obras de Góngora, á lo menos, en las que tengo á mano, *me dictó*.

Del caballo andaluz la ociosa espuma;
Gima el lebrel en el cordón de seda,
Y al cuerno, al fin, la cítara suceda.
   Treguas del ejercicio sean robusto
Ocio atento, silencio dulce, en cuanto
Debajo escuchas de dosel augusto
Del músico jayán el fiero canto.
Alterna con las Musas hoy el gusto;
Que (si la mía puede ofrecer tanto)
Clarín, y de la Fama, no segundo,
Tu nombre oirán los términos del mundo.

Habiendo acabado el famoso templo de la Caridad el Duque padre, por que no hiciese otra obra mortal después de aquella inmortal y divina, murió, grave de años y más de méritos, con obras dignas de sí. Lo último de las grandes cosas es acabarse. La triste nueva le halló en su retiro de Huelva, en el mayor gusto de su vida, regando las lechugas con Diocleciano; que nada falta al que nada desea. Dijo, arrebatado de dolor: «Hoy acabo de vivir: no mi padre, que vive á la gloria y á la fama. Púsoseme el sol; cayeron para mí las sombras mayores.» Habló lo que sintió. Sintió lo que habló. Temió la herencia: señal que la merecía. Saludó la carga con gemido; que, aunque el gobierno en el bueno está seguro, el bueno en el gobierno, peligroso. Sabía que todos sus vasallos habían de dormir ya con sus ojos. No recibió beneficio, sino lo hizo. Llamáronle, no como á señor, sino como á socorro. Obligó á su padre con recebir lo que dejó; no por propia ambición, sino por ajeno provecho. Acetó el estado del que murió de oprimido con él. La priesa de llamarle no fué obra del caso: á todos debía deseos; que no agradara tanto después, de señor, si antes de serlo no hubiera agradado. Llegado, pues, á Sanlúcar, mandó avisar de la muerte de su padre á todos los deudos y amigos. La vida experimenta á los dichosos; la muerte, á los grandes. Celebró las exequias con la mayor ostentación, aparato y majestad que está en memoria de los hombres. Casi ecedió los límites de la grandeza y piedad; que el amor desea adelantarse á la moderación, si bien ningún hijo honró á su padre demasiadamente. Hizo dar lutos á

todos los criados de ambas casas, que pasaban de trescientos y treinta, á cuantos habían servido, aunque de presente no llevasen gajes; á todos los ministros de justicia; á docientos y veinte pobres honrados, y á seiscientos infantes de milicia, para que acompañasen el cuerpo de su general. Y diciéndole que abreviase con el entierro, respondió: «No acierto á echar á mi padre de casa.» Detúvolo cuatro días, bañado en bálsamos y otros licores aromáticos, y así hubo lugar de venir los forasteros, que fueron los siguientes:

De la villa de Lepe vino el Marqués de Ayamonte.

De Sevilla, el Marqués de la Algaba y el Conde de Teba, deudos; don Francisco Duarte, presidente de la Real Contratación; don Antonio Manrique, su sobrino; el obispo don Juan de la Sal; don Lucas de Jáuregui; el Conde de Salvatierra, asistente. Por la ciudad, don Pedro Galindo, veinticuatro; don Luis de Carranza, alcalde mayor; el jurado Juan Venegas de Sanabria. Por la provincia de la Compañía, el padre Dionisio Guillén, con otro padre. El padre fray Francisco López, con un padre grave, por la provincia de la Merced. Por la Santa Iglesia, el sochantre della. Por el Arzobispo, don Juan de Torres, canónigo de la Santa Iglesia y camarero mayor de su Ilustrísima.—Don Fernando Mejía de Guzmán, del hábito de Santiago; don Alvaro de Guzmán, del hábito de Alcántara; Juan de Mesa; don Antonio de Monsalve, alcalde mayor; don Francisco de Monsalve; don Luis Antonio de Figueroa; don Rodrigo de Monsalve. Por los señores Condes de Palma y del Castellar, dos caballeros de sus casas. Don Fernando de Medina y Mendoza; don Diego Ximénez de Inciso, veinticuatro; don Francisco Ximénez de Guzmán y Céspedes; don Pedro de Toledo, señor de Mancera, del hábito de Alcántara; don Juan de Quiñones, canónigo; el padre Prior y veinticuatro padres graves de San Isidro del Campo; don Pedro de Pineda, don Rodrigo de Zúñiga, alférez mayor; don Rodrigo de Salinas y Pineda, escribano de Cabildo; Francisco Bernal Pastor, contador de su Majestad; don Alonso Caballero de los Olivos, visitador del Arzobispado; don Juan de Leyva; don Alonso de Guzmán, su hijo; don Diego de Guzmán el padre maestro fray Pedro Velázquez, de la

orden del Carmen, y cinco compañeros; don Bernardo de Herrera veinticuatro; don Luis de Salazar; don Melchor del Alcázar; don Francisco de Prado; don Juan Gutiérrez Tello, del hábito de Santiago; don Gómez de Figueroa, del hábito de Alcántara; don Manuel de Guzmán; don Juan Tello; don Juan de Esquivel; don Martín Duarte; don Bernardo de Saavedra; el racionero Pichardo; por la señora Marquesa de Tarifa, don Baltasar de Esquivel; don Diego de Guzmán; el racionero Lorenzo Amón; don Pedro Granero de Peralta; por el Señor de Villamizar, el capitán Pichardo.

De Jerez de la Frontera, don Jerónimo de Valenzuela, corregidor y capitán á guerra, del hábito de Santiago; don Juan Alonso de Villavicencio, del hábito de Santiago; don Lorenzo Adorno; don Augustín Adorno, del hábito de Calatrava; don Cristóbal de la Cueva, alférez mayor; don Jerónimo de Villavicencio, veinticuatro; don Juan de la Cueva, veinticuatro; don Melchor López de Espínola, veinticuatro; don Fernando de Villavicencio, veinticuatro; don Bartolomé de Avila; don Cristóbal de Avila; el padre Comendador de la Merced y nueve frailes graves; el padre Ignacio, de la Compañía, y su compañero; el padre ministro de la Santísima Trinidad, con cuatro acompañados; Juan de Fuente, juez de las Torres; el Vicario de aquella ciudad.

De Cádiz, el almirante real don Juan Fajardo; don Carlos de Ibarra, almirante de la Escuadra de Cantabria; Francisco Díaz de la Madriz, regidor; don Rodrigo de la Madriz; don Manuel de Benavides, del hábito de Santiago y castellano de Cádiz; por la Santa Iglesia, el Tesorero della; el general Juan de Salas; don Gaspar de Acebedo, sargento mayor de la Armada real; doce oficiales della; don Fernando de Olivares Villavicencio; don Luis Faxardo; el capitán y gobernador Gaspar de Orive; por la ciudad, don Luis de Soto y don Francisco de Estupiñán, regidores; don Francisco Marruxo; don Fernando Estupiñán; Pedro Macetebe Alvarado, veedor y contador.

Del Puerto de Santa María, Bartolomé de la Aguila y su gobernador; ocho oficiales reales de las galeras; Diego Manso de la Cerda, del hábito de Santiago.

Por Écija, don Sancho de Rielda, regidor; don Luis de Aguilar.

Por la ciudad de Antequera, don Juan de Rojas Rico, regidor; don Luis de Narváez, caballero de Santiago.

Por la villa de Carmona, don Cristóbal Barba, regidor; don Juan de Villalobos, del hábito de san Juan.

Por Gibraltar, el capitán Francisco de Piña Esquivel.

Por la ciudad de Tarifa, Alonso Gil de Herrera, regidor.

Por Moguel, el licenciado Felipe Godínez.

Por Trigueros, dos regidores y el padre Retor de la Compañía, con dos padres.

Por Córdoba, don Luis Venegas.

Por la Marquesa de Ayamonte y Conde de Saltés, Antonio Bocarro.

De Huelva, su Vicario y Corregidor y el licenciado Vandala.

Por el Duque de Arcos, don Fernando de Saavedra, su caballerizo mayor. Por el Duque de Béjar, don Félix de Guzmán, su caballerizo mayor. Por el Marqués del Carpio, don Diego de Angulo. Por el Duque de Alcalá, don Francisco Segura, su caballerizo mayor.

Sin ésta, vino inumerable gente, y mandó el Duque que á todos estos señores y caballeros y á los demás que viniesen, y á sus criados, se les hiciese espléndido plato, dándoles alojamiento por cuenta de su Excelencia, y todo lo que hubiesen menester, y el gasto de barcos, coches, cabalgaduras, repuestos y matalotaje, hasta volver á sus casas. ¡Estupenda magnificencia! Todo se cumplió con notable grandeza, y, lo que causa más asombro: que mandó dar lutos á cuantos los pidieran, naturales y forasteros; porque el Duque siempre conformó el corazón con las manos. Alojáronse en Palacio los deudos y personas tales, y los demás en casas particulares. Dió el Duque por escrito la orden que en todo se había de guardar; los lugares y puestos en que habían de ir todas las personas que en el entierro se hallasen, cuya ejecución cometió al cuidado del general don Luis de Silva, don Francisco de Salazar, y capitán don Diego de Arroyo, y el de la infantería el capitán don Pedro Maldonado y don Gaspar de Acebedo, sargento

mayor de la Armada Real; que al Duque no menos están vinculadas las grandezas que los aciertos.

El cuerpo del defunto (con armas grabadas de ataujía de oro, espada y espuelas doradas sobre estivales blancos, y encima el sagrado hábito de Santo Domingo de Guzmán) se puso en caja de plomo, y ésta, dentro de otra de cedro, forrada en terciopelo negro, tachonada de oro, y sobre un sitial de brocado, estuvo siempre acompañado de capellanes y religiosos, en la tribuna que está sobre la Iglesia Mayor. Levantóse en la capilla mayor de la Caridad un monumento jónico, en tres cuerpos, de maravillosa arquitectura y pesadumbre, desempeño del hipérbole más encarecido (con quien parecieran amagos los mauseolos de Menfis), con tantas lumbres, que hurtaron al sol toda su esfera.

Miércoles veintinueve de Julio se comenzó la procesión del entierro, en esta forma: Marchaban delante siete compañías de seiscientos infantes arcabuceros, vestidos todos de luto, jubón, calzón, capotillo suelto, medias y sombrero. Los oficiales, con ropillas hasta el suelo, y aderezo de espada y daga, barnizado negro, los arcabuces debajo del brazo izquierdo, las bocas adelante, las cuerdas apagadas, destempladas las cajas, cubiertas de luto; los escuadrones de piqueros, las picas (negras) arrastrando los hierros. Los alférez arrastrando las banderas. Docientos y veinte pobres honrados, con ropas, lobas y caperuzas, con docientas y veinte hachas. Cuarenta colegiales, con velas de á libra, como se supone con todos los religiosos y clérigos. La cruz de la Parroquia, con cuatro ciriales de plata; noventa religiosos del beato Juan de Dios; ciento de San Francisco de Paula, con su provincial; ciento y veinticuatro de San Agustín; ciento y veinte de San Francisco; ciento y cuarenta y ocho de Santo Domingo (1); el clero, con el guión de San Pedro; seis capas de terciopelo negro y ceptros de plata; el Vicario, con capa de brocado negro, y diáconos con dalmáticas;

(1) Entre esta relación y la escrita en tercetos, reimpresa entre las poesías de Espinosa, hay algunas leves diferencias, así en cuanto al número de los religiosos que acompañaron al cadáver, como en lo tocante al orden de la comitiva.

el Maestro de capilla y la música; la familia de su Excelencia difunto, con lobas y capirotes, cubiertos los rostros; don Fernando de Olivares, gentil hombre de cámara de su Excelencia difunto, en un caballo negro, con capuz y capirote, cubiertado el caballo de luto, arbolado el estandarte de capitán general con las armas. Seguíase el caballo en que su Excelencia acostumbraba á subir, con silla de borrenas acerada, con teliz de terciopelo negro, de cuyas puntas pendían muchas borlas de seda de la color, que arrastraban; llevaba cubiertos los ojos, y en la testera, pecho y anca derecha, tres escudos de las armas Guzmanes, bordadas en campo negro. Iban delante veinticuatro lacayos enlutados; luego, cuatro que llevaban la almártaga; detrás, dos sotacaballerizos, con dos varas negras, castigándole; seguíase á pie don Francisco de Olivares, caballerizo mayor de su Excelencia defunto, encubertada la cabeza. Luego, dos maceros con mazas doradas al hombro, y un rey de armas en medio, con ceptro dorado. Llevaban sobre las lobas las cotas de armar, bordadas de seda carmesí, doradas á labores, y en el pecho y espalda, escudos de armas. Desta grandeza goza esta casa después que casó en ella la señora duquesa doña Ana de Aragón, nieta del Católico rey don Fernando (1). Seguíanse cuatro acólitos con dalmáticas de brocado de tres altos, con ciriales de plata, y, en medio, la Cruz de la Caridad; cuatro incensarios con dalmáticas de brocado negro. En este lugar venía el defunto, cubierta la caja con un terciopelo negro, que le atravesaba una cruz de raso leonado, y encima, el Tusón de Oro. Luego, don Diego de Ormaza, mayordomo mayor del defunto, y el alcaide Alonso Cortés, su camarero mayor, llevaban al hombro dos bastones de madera de granadillo negro, mostrando haber sido su dueño capitán general de mar y tierra. Seguíanse don Juan de Olivares, Pedro de Zavallos, Pedro de Arce, don Melchor de Contreras, don Juan Cortés, don Miguel Páez Ponce de León, don Pedro Murteo, y al fin todos los gentiles hombres de la Cámara.

(1) En la edición original faltaban las tres palabras últimas, que se añadieron después á mano con una como estampilla, aprovechando lo blanco del resto del renglón.

A los lados de la caja iban doce capellanes de su Excelencia, con lobas y capirotes de tres varas de falda, con sombreros grandes. Seguíanse los regidores de los cabildos y concejos del Estado, Sanlúcar, Medina y sus seis villas, tres lugares de la frontera, Niebla y sus cinco villas, diez y siete lugares del Condado, y los demás por su orden. Luego, docientos franceses, ciento y ochenta flamencos, ciento y cincuenta ingleses, con sus cónsules, con lobas y capirotes, cubiertos los rostros.

Su Excelencia el Duque heredado llevaba el Tusón de Oro encima del luto, cumpliendo con la institución de la insigne orden. A sus lados iban los señores fray Felipe, don Alonso de Guzmán, (ahora capellán y limosnero mayor de su Majestad y arzobispo de Tiro), don Miguel de Guzmán [y] don Juan Claros, sus hermanos. El Marqués de Ayamonte y los demás señores deudos, con el Presidente. Seguíase la familia del Duque (que Dios guarde), y los criados de honor de los señores forasteros.

Hiciéronse cinco posas en cinco sitiales. Los señores bajaron el cuerpo de la tribuna y le sacaron de Palacio. Recibióle el clero, luego los frailes dominicos, los franciscos, los agustinos, los vitorios, los caballeros. Estos lo entraron en la Caridad, y los capellanes lo colocaron en lo alto del túmulo.

Comenzóse el oficio con tanta majestad de antorchas y voces, que parecía muy bien lo mismo que representaba, y en breve instante los ojos y oídos cargaron de maravillas á la memoria. En la tercera grada del monumento estuvieron en pie, con los bastones al hombro, el mayordomo mayor y el camarero mayor, y en medio, el rey de armas, y en otra más baja, los maceros.

Acabado el oficio, abrieron la caja para dar fe como quedaba en ella el defunto; entonces, el mayordomo y camarero metieron dentro della los bastones y la cerraron, y el cuerpo se depositó en el hueco del altar mayor. Volvieron los rostros al pueblo los maceros, y el rey de armas dijo: «Sabed que don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, séptimo duque de esta casa, es muerto: roguemos á Dios por su alma»; y, volviendo los rostros al altar, se comenzó el responso. Volviéndose otra vez al pueblo, dijo el rey de

armas: «Señor don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, octavo duque desta casa, es heredero destos estados: recebille por señor y dadle la enhorabuena», y volvieron los rostros al altar. Entonces don Gonzalo del Castillo, gentilhombre de Cámara de su Excelencia heredero, y alcaide de Huelva, tremoló el estandarte real; luego comenzó la música de cantores y ministriles, órganos y repique de campanas y tambores. Encendiéronse las cuerdas, tremoláronse las banderas, y comenzaron á marchar con el orden que habían venido. Volvió su Excelencia con el mismo acompañamiento, alumbrando cuarenta pajes con hachas, cubiertas las cabezas de luto, y delante don Alonso de Guzmán, caballerizo mayor de su Excelencia, y don Francisco de Salazar, con otros dos bastones al hombro, y don Gonzalo del Castillo con el estandarte real, abatiéndole al pasar las banderas.

Celebró el novenario con misa y sermón cada día, con maravillosa ostentación, acompañado de todos los señores que se hallaron al entierro y de otros muchos más que vinieron. El primero predicó el padre maestro fray Alonso Romero, de la orden de Santo Domingo. El segundo, el padre fray Juan de Villanueva, prior del convento de San Jerónimo de Barrameda. El tercero, el padre fray Juan Quevedo, prior del convento de San Agustín. El cuarto, el padre fray Juan Velázquez, comendador de la Merced, de Jerez. El quinto, don Alonso Caballero de los Olivos, visitador del arzobispado. El sexto, el padre ministro de la Santísima Trinidad de Jerez. El sétimo, el padre fray Francisco Páez, corrector de la Victoria. El octavo, el padre maestro fray Luis Velázquez, del Carmen de Sevilla. El noveno, el padre fray Agustín de Hinojosa, guardián de San Francisco de Sanlúcar. El décimo día, sábado ocho de Agosto, en la mesma iglesia de la Caridad, hizo las honras el convento de San Isidro del Campo, de Sevilla, fundación destos señores, donde tienen su entierro, insigne grandeza. Predicó el padre Prior. Luego otro día hizo las honras la Iglesia Mayor, con la misma ostentación de cera y música, y sucesivamente todos los conventos, ciudades, villas y lugares del Estado fueron celebrándolas por su antigüedad.

A los quince de Agosto llegó el Duque de Cardona y el doctor Jerónimo de Leiva, dignidad de la Santa Iglesia de Sevilla, acompañado de señores y caballeros. Salióle á recebir el Duque tres leguas, con los señores sus hermanos y muchos caballeros, en doce coches. Hiciéronle salvas en el fuerte, en el rastrillo, en las torres y en las plazas. El día siguiente por la mañana entró Luis de Cabrera, alcaide del castillo, acompañado de muchos caballeros con una fuente de oro con las llaves del dicho castillo, y en nombre de su Excelencia se las ofreció y entregó. El de Cardona, muy agradecido, las tomó y besó, y volviéndolas á poner en la fuente, dijo que la mayor merced que le podía hacer su Excelencia (cuyas manos besaba) era recibirle por su soldado. Fué su Excelencia tan festeado y servido esos días que estuvo, que la misma evidencia se confesó manca de encarecimiento.

Si grande estado heredó, más obligaciones, pues conservó y mejoró las que honestamente pudiera olvidar: la Capilla, el Colegio, los criados antiguos de su padre, y á aquellos que quizá no repararon en volver la cara al sol que nacía. Otro la juzgara ofensa; mas reparó que si no lo era, la venganza la haría, y así, desmintió en Eurípides: «Nuevo señor, nuevo tirano.» ¡Heroica virtud; que la mayor fortuna no le indignó, sino le moderó! Volvióle[s] los oficios mejorados, diciendo: «Ya veis hago más de lo que debo, y todo lo que puedo: sed para mí como me queréis; suceda al humo la llama, que con derecho se regla lo torcido, y advertid que quien pide buenas obras, las promete.» No enterró el Excelentísimo Duque con su padre la memoria: los últimos oficios del honor no lo fueron de la piedad. Fundóle luego capellanías, y todos los años celebra aniversario con muchas misas, cera, pan y vino. Todos los días oye misa en la capilla de su entierro, en cuya gloriosa memoria (á su propia costa), sirve á la Santa Madre de Dios con trece capellanes, treinta colegiales, rector y vicerrector, insigne capilla de instrumentos y voces, sochantre, maestros de capilla y ceremonias, infinitos ornamentos de brocados de oro de Arabia, altares de oro, veinticuatro lámparas grandes de plata, de que son ricas cruces de peso, piedras y labor pe-

regrina, y los engastes de ochocientas reliquias, paces, fuentes, salvillas, aguamaniles, vasos, atriles, candeleros, cetros, ciriales, segundarios, encensarios, navetas, arcas y cofres, donde trabaja la admiración y descansa el deseo; que la memoria, tesorera del tiempo, honra más á los muertos que las lágrimas, y el hijo noble, deste amor y obligación al padre no se desempeña. ¡Oh fecundo acabamiento, pues de las muertas cenizas gozamos hoy este flamante Fénix, digno de perpetuos deseos!

BOSCARECHA

Tú, de todos los siglos necesario
Objeto de alabanzas, oye ahora
Esta que debo y pago tributario.
Si el que se atreve inora tu grandeza,
Quien no se atreve tu bondad inora:
Libraráme de ingrato mi rudeza;
Con ella obligaciones desempeño;
Que halcón harto no conoce al dueño.
Si de virtud la invidia persuadida,
En tus estatuas de oro no consiente
De un átomo la injuria, inobediente,
Aun de un olvido un descuidado anhelo,
La vez primera que obedece al cielo
Y que con su veneno informa vida,
¿Qué hará la afición que se convida,
Viendo también que ésta es la vez primera
Que la Naturaleza y la Fortuna,
Pacíficas y á una
Se amistaron, á rostros descubiertos,
Desvelando su estudio en sus aciertos
Y, haciendo vanidad de su potencia,
En todo te informaron de Excelencia?
Y tú al manejo de sus dos caudales
Solícito, en reales
Acciones rindes trabajada usura,
Á la Naturaleza hermosura,
Y á la Fortuna seso,
Y así, siendo el sonido de su beso,
En deidad pagas lo que en hombre debes,
Tal, que alzarte á ti mismo no te atreves.
¡Oh contra ti, con dicha, presumido,

Pues, obrando á lo que eres, no te alcanzas,
Como (ni en tantos siglos) puede el cielo,
Mas ni aun valerte puedes de esperanzas!
Que, porque á todo ecedas,
Es bien pretendas cosa que no puedas.
Tú, pues, soplando al rostro con tu vuelo
Á la virtud, que suda anhelos rojos,
Aun escondida en polvo, junto al cielo,
Como el sol, desvaneces con trofeos,
No sólo la cudicia de los ojos,
Mas la solicitud de los deseos;
Tú al primero valor haces segundo,
¡Oh admiración, no imitación, del mundo!
Siendo no menos Bueno que Famoso,
De cuál virtud primero, estoy dudoso,
Te alabaré, clarísimo mancebo,
Porque pretende Marte lo que Febo.
¿Diré, señor, primero
Que el corazón remites á las manos,
Desaguando por ellas sus afectos,
Y así manan afectos soberanos,
Respondiendo á sus causas sus efectos,
Ó diré la nobleza con que airado
Haces del olvidado
Perdón diligenciado á los enojos,
Que para dar les quitas el capote,
Como al neblí que caza, el capirote?
¿Que ni aun enojos guardas
En tus venas gallardas,
Que no fuera cordura ni regalo
Dar lo bueno y quedarte con lo malo?
Mas ¡oh bárbaro estilo!
¿En laberinto se me olvida el hilo?
¿Qué regla de prudencia
Una boca á la mar y siete al Nilo?
Perdona, ecelso príncipe divino:
Comenzó amor y acaba desatino.
Pues presume contar estrellas tantas,
Exhalaciones son de tu influencia;
Lo que llueves levantas;
Que el cielo frutifica, no las plantas.
No son lisonjas, no, las voluntades,
Y bien, que ser podía
Infinitas, que al sol le dice el día,
En llegando á su esfera, son verdades.

De muchas gotas pequeñas se compone gran torrente. Mas, como dije, no es cosa pequeña la que descubre la verdad. La uña dice la grandeza del león. Así, reduciré mucha excelencia á pocos parágrafos.

Todas las veces que sale el Santísimo Sacramento tiene mandado le acompañen, con los colegiales, un regidor y un alguacil, para hacer estén todos de rodillas hasta que trasponga, por lo que se debe al ejemplo de los extranjeros. Y, aunque de muy lejos oiga la campanilla, se apea, le busca y acompaña; y habiendo ido á muchas partes (lastimados los curas de verle cansado, ó al sol, ó al agua), se vuelven á la iglesia y, habiéndose ido el Duque, salen á sacramentar los enfermos que restan. Y á los pobres reparten cantidad de escudos, que su Excelencia les libra cada mes.

Estando un día comiendo, y levantándose á adorar al Santísimo Sacramento, que pasaba, tres piezas á fuera, un huésped suyo le hizo esta epigrama:

¿Dónde, señor, con tal priesa,
Pues en ella tropezando
Buscáis lo que estáis gozando?
¿Qué más abundancia que ésa?
Basta á una boca una mesa;
Mas si os asentáis á dos,
Es fuerza decir de vos
Que tanta hambre tenéis,
Que con la vista os coméis
Todo su caudal de Dios.

Estando melancólico y mostrándole á unos negros que se reían de buena gana, dijo: «En eso se verá que la risa es cosa de negros.»

Quejándose que le dolía el corazón, dijo, maravillado, un médico: «¡Válgame Dios!» Respondió el Duque: «Pues yo tengo el dolor y no me dáis remedio, y os doy mil ducados cada año, decid que me valga también á mí.»

Hurtáronle de un escritorio cinco mil escudos en oro; halló un doblón en el suelo; dijo riendo á un criado: «Mandad que di-

gan ése de misas al que se llevó los demás. No se haga pesquisa deste hurto, porque alguno no se infame; aunque es trabajo criar en casa uñas corvas.» Y aconsejándole mandase prender á uno, dijo: «Menos le conviene á quien más puede. Ni Dios cuanto puede hace: él os libre á vos de ocasiones y necesidad.»

Las grandes alabanzas no llegan á la discreta diligencia con que crió y puso en estado al excelentísimo señor Conde su hijo. Tal, que podemos decir con los pintores: «Este debujo tan esbelto viene de Bueno y Valiente.» Mas ¿qué mucho, si no se le pasó día sin línea ni realce? Regalóle niño, dotrinóle muchacho, entretúvole mozo, armóle caballero, adornóle príncipe, festejóle casado y aconsejóle gobernador. Mas lo que calla Elogio dirá Historia.

No hay padre que ame tanto á sus hijos como el Duque á sus hermanos. Casó á la señora doña Ana de Guzmán, su hermana, con su primogénito, perdiendo la comodidad de su hija la señora doña Luisa, que, casando al Conde con otra segunda, á ella la casara con primogénito. Acción digna de todas las alabanzas. El insigne doctor Garibay lo dijo en este epigrama:

¿Cómo á Anarda habéis casado,
Señor, si de justa ley,
En cambio del Conde, á un rey
Á Lisarda hubierais dado?
Aunque en la razón de estado
Amor y crueldad colijo,
Gozad en tal regocijo
El nombre eterno que os dan;
Que es muy propio de Guzmán
Aun no perdonar al hijo.

Dice Suetonio, en Vespasiano, que ninguno vaya descontento de la presencia del Príncipe. De aquí es que tres cosas faltan á este gran señor: saber pedir, saber negar, y no saber tanto dar; que es tan generoso, que dando, se desangra; y pidiendo, se avergüenza; negando, se embaraza. De donde nació aquella hermosa epigrama:

Un señor conozco yo
Á quien sirven tierra y mar,
Que no ha podido comprar
Con toda su renta un *no*.
Sólo el guardar ha ignorado;
Sólo pedir no ha sabido;
Siempre vence acometido;
Siempre es vencido rogado.

Mucho es dar lo que uno tiene; más es dar lo que uno es. Como se ve en el Duque, visitando en persona las cárceles, reparando las camas de los calabozos y dejando desiertas las prisiones, como al Purgatorio la Semana Santa, pagando deudas ajenas y perdonando propias, sin que lo embargue el gran pecado de la cantidad, siguiendo la sentencia de Platón: «que perdonar pertenece al Príncipe, y condenar, al Juez», y la de Sócrates: «que más honroso es al Príncipe dejar memoria de las mercedes que hizo que de las vitorias que ganó.» Esto, claro es que no lo hace el dinero, sino el ánimo. No el pincel, sino el pintor. Porque sabe muy bien el Duque lo de Séneca: «que el pueblo no es por causa del señor, sino el señor por causa del pueblo.» Que el mayor bien que se compra con el oro es despreciallo. Yo, pues (que también he caído en sus liberales manos), no puedo escaparme dellas sin decir:

Buena ventura, gitano,
Tendré con vuestra Excelencia,
Si me dais, señor, licencia
Para besaros la mano.
Porque, como en ella el grano
Hallé, y mi hambre hartura,
Á vuestra mano segura
Me vengo, como alcotán,
Porque en vuestra palma están
Las rayas de mi ventura.
Los bienes á manos llenas
Dais, y á dos manos hacéis,
Que no sé cómo tenéis,
(Sin mudas) manos tan buenas.
De oro parecen sus venas;
Oro en que la vida estriba;

¿Cómo es posible que viva
Quien, de la mano sangrado,
Desprecia verse vendado
Con la virtud retentiva?
Iros á la mano en vano
Es; que estáis tan hecho á dar,
Que siempre habéis de acertar,
Aunque os hablen á la mano.
Tenéisla abierta, y es llano
Que, aunque de fuerte se alabe,
Cerrar ó apretar no sabe;
No puede levantar carga;
Que no vi mano tan larga
Que tenga tan poca llave.
Por vos (las almas robando)
Nos perdemos sin cesar;
Que no sé cómo llevar
Señor que siempre está dando.
Y aún estimo en más el cuándo,
Pues que dais luego y sin cuenta,
Antes que el pedir se sienta,
Siendo dos veces propicio;
Que es menor el beneficio
Si en la mano se calienta.
Más os cuesta á vos pensar
Cómo gastar bien y presto
Que al cudicioso molesto
El adquirir y guardar.
Á fé, os hemos de mirar
Á las manos, pues cadenas
Bueno echáis con manos buenas,
Porque son manos reales;
Que son, por ser liberales,
Mejores que manos llenas.
Aunque oro á la mano os den,
Tener alguno es en vano;
Porque no os vais á la mano,
Si no es para abrirla bien.
Rey, horadada os la ven;
Y así el oro no hay guardallo;
Porque, aunque es de deseallo
Por lo rico y por lo bello,
Vos, Señor, queréis tenello
Sólo para despreciallo.

Cuando á la invidia provoca
Vuestra mano á murmurar,
Luego la hacéis callar
Con darle un buen tapaboca.
Y con destreza no poca,
De sus áspides gitanos
Astros hacéis soberanos
Que muestra su resplandor (1)
Que de invidia hacéis amor:
¡Qué buen jugador de manos (2)!

Con carbones se ensucian manos blancas; digo, la ingratitud ata las liberales. Las del Duque son ecepción desta regla, maestras del arte de cautivar, pues castiga ingratitudes con nuevos beneficios, prevaleciendo sol contra la niebla; fuente que no se agota aunque más corra; rueda que no se alcanza aunque más vuele; practicando lo que dice: «que eso gana el Príncipe con muchos castigos que el médico con muchos entierros. Que tierra ingrata, con riegos fertiliza; y la gruesa, sin labor se hace eriazo. Que perro que va á morder, con pan se desengaña; y que si no calentamos primero la ropa, no nos calienta; y que el que representa persona de todos, no ha de hacer papel contrario, sino ser mejor que todos». Halló beneficios, halló prisiones. Condición de Dios, quizá de la que más se precia, por ser la que más ha menester nuestra ingratitud; que el beneficio más es merecerlo que hacerlo. Al fin, quien no busca agradecidos, no halla ingratos.

Infinitos ejemplos de fieras domesticadas se me vienen á la mano á tomar la comida; mas como con el mejor, que da bien por mal, han de salir los peores, digo, los ingratos, que en estando

(1) Esto es: «astros hacéis soberanos cuyo resplandor muestra...» Es construcción viciosa hoy, pero muy usada en los siglos XVI y XVII.

(2) Á lo que parece, entre todas las excelentes cualidades del Duque don Manuel descollaba la liberalidad. Fr. Pedro Beltrán la había encarecido de esta manera (*La Caridad Guzmana,* canto VII):

En las armas, concertado
Relox, diestro en pelear;
Pero en dar, desconcertado:
Todo manos, todo dar,
Un Briareo, un sol..., un dado.

hartos (como el halcón), ni cazan ni conocen al dueño, me contentaré con celebrar esta su excelentísima virtud con un romance, que para algunos será latín:

Ondoso cristal de roca,
Cuyas perlas son turqueses,
Capítulo de un discurso
Que trata de cosas verdes,
En tu liberalidad
Tropieza tu pie de nieve,
Y en polvaredas de plata,
Como turbado, te viertes.
Tu misma priesa te estorba,
Huyendo de otra que viene,
Pues para acabar de dar
No aguardas á que comiences.
Cristalinos desperdicios
Son los años con que creces,
Pues luego te hallas río
En dejando de ser fuente.
Inexplicables tarahes
Brújula al sol consïenten,
Por no verse en tus espejos,
Que de ingratos aborrecen.
Críticamente murmuras
Entre tus troncos aleves,
Y, en tanto, les das del pie,
Para que suban y trepen.
Rosa coronada de oro
Flagrantes púrpuras pierde,
Y cuantas paga á las auras
Son tributos que te debe.
Mas en deshonra del alba,
Que abortó en ella desdenes,
Rosados lutos caduca
Y entre sí misma se pierde.
Á pesar de ingratitudes,
Cauto, te deslizas sierpe,
Períodos construyendo
De palmas y de laureles.
Entre éstos, te reconocen
(Autor de su pompa, reyes),
Si estrellas del prado abriles,
Flores del cielo diciembres,

Invisiblemente, Flora
Con las delicias de Tempe
Livianos sueños madruga
En los lilios que amanece.
Mas, cuando pasas brillante,
Gustoso el margen florece,
Con quien las pías de Juno
Y la aritmética pierden.
Que ni el bárbaro tarahe,
Ni la del cierzo juguete
Rosa, pueden enjugar
La Libia de tus torrentes.
La trinante Filomela
En tu gloria desvanece
Cadencias, que á tus Euripes
Dulces les afecta redes.
No porque agosten las aves
La esperanza de sus mieses,
Escampa sus lluvias de oro
El guardajoyas de Ceres.

No puedo salir de la largueza de este señor. Tres veces fué favorecido de la Majestad de Felipo Tercero, dejándose convidar de su magnificencia, en que gastó prodigiosamente. Cuando se casó, que fué su Majestad padrino y llevó á la Condesa de la mano; cuando baptizó al Conde de Niebla, que fué su compadre; en las galeras en Valencia (éste fué célebre), sólo para postres, atravesó un navío de aceitunas. Presentóle muchos esclavos (sin los veinte y cuatro de la galeota), y armas de ataujía de oro. Otras á su suegro, con muchos regalos, y á todos los señores de la Corte. También á su Majestad (que Dios guarde) y á su corte regaló tres días en el Bosque de Doña Ana. Porque el Duque siempre fué el mismo que oído; el mismo ayer que hoy. Siendo alimentado, le pidió un señor en Madrid le feriase una casa que le había costado treinta mil ducados para un criado suyo; ofreciósela sin interés alguno, diciendo: «No he deseado sea mejor hasta ahora.»

Siendo Conde, supo que una señora monja, que le había regalado en la Corte, había muerto con deuda de novecientos ducados: pagólos por ella, diciendo: «A tal torno, tal retorno.»

Al Conde de Saltés dió veinte mil ducados, y dos mil á la Condesa para sus arras.

A la excelentísima señora Duquesa su mujer hizo gracia cada año de tres mil ducados para alfileres, y tres mil para la obra de la Merced, que importan cincuenta y cuatro mil ducados.

En la fábrica del convento y ornamentos de la Merced de Huelva gastó treinta y dos mil ducados, sin sesenta fanegas de trigo que les da á los frailes todos los años.

En la fábrica del convento y ornamentos de la Merced de Sanlúcar gastó ochenta y cuatro mil ducados, sin las limosnas que le hace cada año.

En la iglesia de Nuestra Señora de la Caridad, capellanes, sacristía y colegio, música y hospital de enfermas, ha gastado, en diez años que ha que heredó, ochenta y ocho mil y quinientos ducados.

En las esequias de su padre, quince mil ducados.

En las limosnas que ha hecho á diferentes iglesias y personas ha gastado en estos diez años noventa y seis mil y cuatrocientos y veinte y cuatro ducados.

Las limosnas que ha dado en las almadrabas han importado once mil y docientos y ocho ducados.

A diferentes personas ha dado de gracia ó limosna siete mil docientas y cuarenta y dos fanegas de trigo y trecientas de cebada, que, reducidas á la tasa, hacen doce mil y noventa y seis ducados.

A diferentes señores y caballeros ha socorrido con diez y siete mil ducados.

Derribó y maltrató un huracán más de docientas casas en Sanlúcar; reedificólas, mejoradas, á su costa. ¡Gran limosna! Y demás desto repartió por mi mano á aquellos pobres dueños seiscientos ducados en trigo y reales de á ocho.

Heredó de su hermana la señora doña Francisca cuatro mil ducados; erigió luego dos capellanías en la Caridad diciendo: «Vaya la lumbre delante; que si aguardo á la muerte, bien creo no han de hallar en mi poder cuatro reales.»

Dejó el Duque Cardenal mandado en su testamento le pagasen cuatro mil ducados que le había prestado para las galeras de Denia. Mandó no se tratase de eso. Y diciéndole uno: «¿Quién lo ha de agradecer á V. Excelencia?» Respondió: «Basta que yo lo sepa y me lo agradezca.»

Diciéndole que había alguna plata en su Capilla de la Caridad que no servía, y que vendiéndola se podían comprar otras cosas, dijo: «Esas yo las daré, y dejen la plata, que, al fin, sirve de renovar la buena memoria de mi padre.»

En las prevenciones que hizo el año de 1619 para la venida del Rey á la Andaluzía gastó noventa mil ducados, sin lograrlos.

Al señor don Juan Claros, su hermano, ofreció graciosamente nueve mil y trescientos ducados, y demás de éstos le da en Flandes dos mil reales cada mes, que hasta hoy hacen quince mil ducados.

Hizo gracia al señor Arzobispo su hermano de dos mil ducados de renta, por ser su caudal muy corto para lo mucho que merece, sin seis mil y seicientos y sesenta que hasta hoy ha importado el regalo de su casa.

La dispensa del señor Conde de Niebla le costó doce mil ducados, y las joyas ocho mil, demás de los catorce mil que le da cada año.

Al señor Marqués de Villamanrique, á cuenta de ochenta mil ducados, le dió cuarenta mil, sin ocho mil de joyas y otras cosas.

Los presentes de caballos á su Majestad (que Dios guarde) importaron ciento y veinte cuatro mil ducados.

Las demonstraciones del Bosque en servicio de su Majestad, y joyas que le ofreció y á los señores, importaron ciento y cuatro mil ducados.

Demás desto, ofreció graciosamente á su Majestad setenta mil ducados.

Los caballos, mulas, hacas y esclavos que ha presentado á diferentes personas, han importado en estos diez años veinte y tres mil y docientos y catorce ducados.

A la Caridad dió un monumento de seiscientos ducados de va-

lor. A la Iglesia Mayor, una arca de plata y lámpara para el sagrario y cortinas bordadas, una tapicería, una cama de brocado y un dosel de dos mil ducados. Y al Santísimo Sacramento de Conil, seiscientos y ochenta y siete ducados.

En el Jardín y galerías gastó treinta mil ducados.

En los socorros de gente que ha enviado á Larache y Mamora (en armas y vestidos) gastó diez mil ducados.

En salarios de criados, ciento y noventa y ocho mil.

A los señores sus hermanos (de cosas que compró en la disposición) pagó ochenta y dos mil ducados.

Las prevenciones de los baluartes, castillo y torres este año de 1625 le han costado catorce mil ducados, sin lo que está ahora actualmente gastando en los socorros de la guerra de Cádiz, y creo será mucho, por ser mucha la provisión y municiones que envía á la ciudad y al ejército. Sé decir que la noche que llegó el enemigo gastó setecientos ducados en correos. Estos prodigiosos gastos, los de su cámara y otros que no me ocurren, la carestía general del presente siglo, ni la grande necesidad en que su Excelencia se halla, han podido amainar las velas de su liberalidad, que, mientras no se descartare de aquella grandiosidad de su corazón, siempre se hallará en el empeño que ahora. Y es la razón que, como la Fortuna puso á su mano los dones, viendo que los reparte con tanta providencia, que le niegan á ella los himnos de su culto (que son quejas), juzgóse por mal aconsejada, y volviéndole las espaldas, dijo: «No podemos vivir juntos, porque yo no tengo amistad con la magnificencia, sino con la bajeza, en quien reconozco pedazos míos.»

Es tanto el celo deste gran señor, que en persona ronda de noche la Ciudad; y, concurriendo en Sanlúcar tantas gentes, á las nueve no parece un hombre, y es el lugar más quieto de Andaluzía. Que el primer móvil arrebata todas las esferas, y la flaqueza del caballo se atribuye al caballerizo, como el desconcierto del relox al relojero.

Aunque un príncipe más desenlace luces de su claro ingenio, no puede alumbrarlo todo. Grandes negocios piden socorros gran-

des. No hay mejor instrumento para el buen imperio que buenos ministros. Ser éstos de poca suerte muestra no ser el príncipe magnánimo, y al contrario; que mejor se gobierna donde el príncipe es malo que donde lo son ellos. Los del Duque me sacarán en paz desta proposición. Porque ¿quién no admira en el licenciado Abreu de Soria, presidente del Consejo, lo importante y memorioso? ¿Del licenciado don Juan de Liébana, caballero del hábito de Santiago, oidor, el consejo y gobierno? ¿Del licenciado Pedro Cristóbal Ortiz, oidor, lo docto y suave? ¿Del licenciado don Juan de Montesdoca, oidor, lo ejercitado y sustancial? ¿Del licenciado Enríquez lo prudente y vigilante? ¿De don Diego de Ormaza, caballero de Santiago, mayordomo mayor, lo infatigable y generoso? ¿De don Melchor de Herrera, caballerizo mayor, lo asistente y lustroso? ¿De don Alonso de Guzmán, caballero del hábito de Santiago, camarero mayor, lo gallardo y noble? ¿De Pedro de Vallejo Cabañas lo capaz y obediente? ¿De don Diego de Aldana y Cueva lo cuidadoso y atento? ¿De don Juan de Olivares lo advertido y puntual? ¿De don Miguel Páez de la Cadena Ponce de León lo entendido y despejado? ¿De don Fernando de la Oliva, veedor, lo acertado y magnífico? ¿De don Lorenzo de Ávila, contador mayor, lo cuidadoso y lucido? ¿Del alcaide Alonso Cortés lo religioso y manso? ¿De don Francisco de Olivares lo venerable y pío? ¿De don Juan de Amaya lo sazonado y grave? ¿De don Rodrigo Galeoto lo experimentado y prático? ¿Del dotor Herrera lo magistral y superior? ¿De don Álvaro de Zurita lo reposado y afable? ¿De don Luis del Castillo lo honoroso y cortés? ¿De su sobrino don Luis del Castillo lo apacible y bizarro? ¿Del capitán Miguel Pérez lo agradable y buena razón? ¿Del capitán Arauz lo ostentativo y cumplido? ¿De don Gonzalo de Herrera lo esmerado y galán? ¿De Agustín Maldonado lo capaz y discreto? ¿De don Juan de Montemayor lo fino y solícito? ¿De... Mas ¿adónde voy, si las nobles prendas de cualquiera de los demás caballeros, criados y ministros son dignas de la alabanza de todos, y cualquiera, desempeño de su elección?

De sentencia de Séneca tiene primer lugar la dádiva que busca

á la ocasión; que sale al camino; que no se calienta en la palma; que nace de mano floja, que la deja dulce para volver á dar; porque mucho pierde la que duda. Y es precio, no largueza, la que cuesta esperar. Y (como quiere Quintiliano) la primera pierde quien otra no acrecienta. Circunstancias que califican la generosidad del Duque, porque (ocasionado de sí mismo) descubrió su cuidado el gusto de rey en la gineta y caza, divertimiento real de más graves ocupaciones. Y hallándose á la sazón con un caballo, el mejor y primero animal que ha servido á los hombres, único en ambas facultades, nombre español, tan acabado, que cuanto le daban los ojos pagaba en admiraciones, tuvo por agravio de su condición no servirle con él, por ser todo su gusto y estimación, pareciéndole que en su poder no tenía más del nombre, como caballo de ajedrez. Era castaño escuro, descansado de paso, ajustado de rienda para el monte; calzaba en pies y manos cuatro vientos. Lo que quería alcanzar era juzgado por muerto; engaño de los ojos, porque no corría ni volaba, sino era disparado de lombarda; y tan obediente y ajustado, que el freno era ociosidad y la espuela demasía. Acompañóle de otro castaño claro, instante en la carrera y siglo en la admiración; de otro rucio, ruedas negras y prolijo cabello, agravio manifiesto de cuanto corre y vuela y licencia del encarecimiento; todos con mantas de terciopelo verde, guarnecidas y bordadas de oro con las armas reales. Y (como dice el Toscano, «al Dante no faltó consonante») envió con ellos cuatro escopetas y dos ballestas con carcajes y flechas, cuajado todo de oro, de que también eran los clavos de las fundas y cajas, sobre terciopelo carmesí, con que pudieran amansarse la curiosidad y la malicia, si bien poco valor (diez y seis mil ducados) para la condición del Duque, mas de mucho por el gusto y estima del caballo, tal, que sobró á la pasión por crédito de su liberalidad y deseo.

Llegó con este presente á Madrid un gentil hombre de la cámara de su Excelencia. Recibióle su Majestad con extraordinarias demonstraciones de contento, porque se acreditó el caballo en el alto precio en que le había puesto su fama y en el que el Duque le estimaba. Premio de voluntad tan bien sacrificada, ser tan bien reci-

bida. Con mayores experiencias, crecieron los favores que su Majestad hizo á su caballo y agradecimientos al Duque. Que quien da su gusto, ni puede más hacer, ni tiene más que dar.

Ofrecióse en este tiempo la venida del Príncipe de Gales. Y como la grande sed no se olvida, y fuego que no está apagado con poco viento se enciende, pareció al Duque festearle, así por la obligación de su casa, como por la necesidad de su condición; así por el gusto del Rey, como por la reputación del Reino; que su celo y atención á su real servicio es sobre todo decir.

Trazó luego una máquina digna de su pensamiento (que la perdiz y la ocasión han de ser calientes), y, por cuanto no podía faltar á las costas andaluces, por el concurso de enemigos (que lo mismo es ausentarse el capitán de la milicia que el cuerpo del alma, y no basta para defensa la espada en arca), quiso asistir á la corte, si no con su persona, con la grandeza de su magnificencia; que el sol alumbra de lejos, y para obrar en la tierra no se arranca de su orbe. Y (lo que es mucho de ponderar) no á costa de su estado, sino de su hacienda. Y mientras con una mano despachaba dichosamente con tanta presteza, ahorro, secreto y felicidad la armada de Tomás de la Rasprú, gloria de nuestra nación, con la otra dió á Madrid el más célebre espectáculo que admiró Roma en sus mayores triunfos; tal, que sólo faltó llegar á su ánimo, imitando á la eliotropio, que siempre sigue al sol, sin mudarse de un lugar. Tomó, pues, ejemplo de los caballos (que se incitan en la carrera) para corresponder al gusto que el Rey había mostrado con los primeros, con que pagó las esperanzas de su casa, no de su persona, si bien mudó las chinas al más ligero salto.

Después de muchas fiestas con que el Rey celebró la venida del Príncipe, se publicaron unas solemnísimas, en que su Majestad y el señor infante Carlos jugaban cañas, y así se persuadió era el más sazonado presente ayudarles con jaeces y caballos, si muy difícil, así por la falta general que dellos había como porque los pocos que se podían haber los recogían los señores que eran de fiestas con toda diligencia y costa. Circunstancia muy considerable y menos advertida de quien no fuere prático en conocer el excesivo

gasto y trabajosa diligencia que costó juntarlos. Mas, reforzándose el Duque con la dificultad (que désta nace la estima), buscó y halló todos los imposibles. Repartió muchos criados por todo el reino de Granada y Andaluzía, sin perdonar costa ni fatiga, y (valiéndose también de sus amigos) vino á juntar veinticuatro, cualquiera dellos digno de semejante empleo.

Adornó los diez y ocho de otros tantos jaeces, y seis de aderezos de monte; y, pareciendo no haber ya que añadir de ostentación y lucimiento, lo halló su generosa curiosidad; que del propio corazón se huye en vano.

Juntó veinticuatro esclavos de buenos talles, para que los entrasen de diestro, vestidos de riquísima librea. Y para que los caballos llegasen con el decoro y autoridad debida á los ojos reales (en ocasión que concurrían los mejores de España é Inglaterra), hizo bordar de oro, en otros tantos telices de terciopelo azul (color suya), las armas del Rey. ¡Curiosidad magnífica! Mas agravio invidioso, de los riquísimos jaeces. Parece que el Duque competía consigo mismo, y que se interponía á sus acciones, si no fué advertencia de no enojar al sol con tantos soles, que no podía dejar de pararse, como aficionado á caballos, con deseo de trocallos por los suyos.

Los aderezos de monte fueron cuidado de la excelentísima Duquesa (milagro de entendimiento), donde el arte y la admiración hallaron su propia esfera, y con quien corriera riesgo la alabanza, á no ser la mayor lisonja mayor verdad.

La ejecución de los telices fió el Duque, y no se engañó, del buen gusto de su excelentísima hermana la princesa de Mélito, en que se mostraron muy hermanos, ella en ingenio, y él en magnificencia.

Previno de picadores, herradores y los demás oficiales necesarios, cometiéndolo todo á la buena razón de don Pedro Maldonado, caballero muy lucido de los de su casa. Partieron de Sanlúcar. Repararónse en Córdoba. Salieron en público (acompañado don Pedro, que los seguía, de muchos caballeros). Alborotóse y concurrió toda la ciudad, como á solemnidad festiva, por ver ac-

ción tan real. Dejóla pagada en altos pensamientos, si embarazada de admiración. Partieron de Córdoba y llegaron á Getafe, dos leguas de Madrid, donde Pedro Vallejo Cabañas, secretario de su Majestad (que en aquella Corte hace sus negocios), tenía prevenido caballerizas y todo lo necesario, tal, que con pocos días de regalo, se rehicieron del camino, tan lucidos como antes. Desde aquí pasaron á las caballerizas del Duque de Alba, en Madrid, donde los favoreció el señor Conde de Olivares y (encargado de su lucimiento) dispuso, como tan deudo y amigo del Duque, el orden que luego diré, y calles por donde habían de entrar, que fueron las siguientes: Del Duque de Alba, espaldas de la Merced, de Relatores, de Atocha, Placeta del Angel, calle de las Carretas, Puerta del Sol, calle Mayor, Librería, Santiago, á Palacio. Por todas ellas se alquilaron muchas ventanas para gozar de tan hermosa representación.

Miércoles víspera de san Lorenzo amanecieron en uno infinitos días (día que mereció siglos), porque, habiendo prevenido la Fama acción del Duque, se revolvió, no sólo la inquieta si agradable borrasca plebeya, rebelde á los bastones del despejo, sino también inundación y piélagos de coches. Ocupó ventanas toda la gerarquía divina de humanos ángeles, cuyo deseo y curiosidad halló bien en qué llenar las manos, y no se repararon poco los caballos para verlos, y la riqueza de los jaeces. Y (lo que es digno de ponderación) que, hallándose, al pasar, en Consejo los de Indias y Guerra, dejaron su conferencia y vinieron á gozar de la procesión, volviendo después á su negocio, acreditando con este cuidado la curiosidad de los demás.

Pusiéronse á las ventanas sus Majestades, Príncipe de Gales, Infantes y Princesa, con todos los señores y damas de la Casa Real, y (siguiendo el orden que había dado el señor Conde de Olivares) se comenzó la representación en esta manera:

Siendo necesarios alientos de metal para tanta Fama, entraron los trompetas, previniendo á la atención y despertando á la invidia (mas donde no hay competencia, vuélvase á dormir), vestidos de terciopelo azul celeste, famosa librea, largueada de pasamanos

de oro y plata, sombreros con plumas y cascos de la color, banderas de las trompetas de damasco azul, bordadas de oro las armas del Duque y orla del Tusón. Los caballos, cada uno con su jaez y teliz; los esclavos que los llevaban de diestro, vestidos de librea de finísimo paño azul, cuajados de pasamanos de plata y rosa seca, con muchos alamares de lo mismo.

El primer caballo, llamado *Guzmán*, entró dando á la curiosidad cuanto aguardaba el deseo. Piel azul, largo cabello, airosa pisa, lozano y talantoso. Aderezo de ámbar, bordado de boscajes verdes, guarnición, estribos y lo demás, de plata, como se supone en todos los demás, excepto los de oro, como advertiremos.

2. *El Africano*, con quien cojea su padre el viento Zéfiro, era cerúleo claro, valiente huello, poderosos tercios, altivo, descansado. Aderezo de ámbar, bordado de verde y plata y lantejuela de oro.

3. *Monterrey* entró como agradecido, y granjeando gloria al que lo enviaba, y hurtando á los dos primeros el aplauso y la memoria; rucio claro, cabos negros, aderezo bordado de oro y plata y color de rosa. Tiranizó el honor de cien veranos.

4. *El Noble*. Decía su nombre su dueño. Trasladó [á] los semblantes su alegría, satisfaciendo las diligencias mudas de los ojos. Lindo pico; airoso despejo. No se vió en tanta cólera tanta cordura. Rucio columbino. Aderezo de ámbar, con trofeos de guerra, bordados de plata sobre naranjado.

5. *Lunares*, cuanto más suspendía la vista, más licencia daba á la lengua. El cuidado de las almas pasó á los ojos. Rucio melado, paso seguro, airoso y desenvuelto, gracioso pico, ojos alegres, torrente de cabello. Aderezo de monte, plata sobre ámbar, en color columbí.

6. *El Leonado*. Desafía á cuanto vuela. Lucido animal, instinto medio humano, agravio de la competencia. Alazán tostado. Hermano de *Bucarillo*, gran privado del Rey. Aderezo de arabescos azules, oro sobre ámhar.

7. *Azebedo* entró hundiendo la tierra, no sé si con el peso del oro, si con la ufanía de los ojos, que cegaba. Alazán claro, erguido

y descocado. Valiente y seguro, favorecido de su Majestad. Jaez carmesí bordado de giraspes de oro; chapas, clavos y estribos y lo demás, de plata.

8. *Torbellino* dió mucho que hacer á la admiración y al deleite. Azul subido, copioso cabello, de esbelto debujo, airoso huello. Llega antes que los ojos al estremo, sin pasar por medio. Jaez de grutescos verdes, plata y oro.

9. Tras *el Torbellino* entró *el Relámpago*. Mejor le diré trueno. Mejor le diré rayo. Era rucio rodado; como de cuerpo, de ánimo valiente; parte con la saeta y llega primero: el partir y el llegar es una cosa; con eso, es la misma seguridad. Aguarda sosegado la escopeta. Jaez de plata. Mochila de terciopelo rosado, con roleos bordados de plata y oro; donde parece que nació el Abril para irse al prado.

10. *Pie de plata*. Ley de los ojos, término del deseo. Escusa á la mano el gobernallo; brilla si pasea, y vuela si corre. Piel que parece azul y es cielo sembrado de estrellas. Jaez de terciopelo negro, bordado de relievos de oro.

11. *El Gamo*. Su alabanza suspendió su maravilla. Alazán melado. Majestuoso bulto. Levanta gracioso. En la carrera limita al cierzo. Jaez naranjado; en poco espacio, mucho Potosí.

12. *El Tigre*. Flor de lino. Muestra en la carrera que los vientos se pueden reducir á freno. Cuando corre, dudarás si por tierra, si por viento. Pasea galante, es ardiente y cuerdo. Jaez, escamas de oro sobre azul marino, controversia de la arte y del precio.

13. *El Determinado*. Castaño oscuro; monte animado, deudor de todos los ojos y aficiones. Estremo en todo y partes. Tascando el freno de oro hace que se oiga lejos; menuda pisa, atrevido y obediente, ondoso cabello, mochila de oro amarilla, quizá de miedo de la invidia y la cudicia.

14. *El Pavón*, pía de Juno, crédito de Guadalete. Su alabanza fué tan bien merecida como pagada. Cerúleo subido. Grande, autorizado, seguro y brioso; lindos pies y manos. Huello galante. Fué mandado hacer para correr lanzas. Jaez de terciopelo azul, bordado de plata. Más desperdicio que riqueza.

15. *El Fuerte.* Dice y hace; más admira mientras más mirado. Paga en hermosura cuanto le dan los ojos, no hartos de mirar, aunque cansados. Rucio tostado. Fuera único en correr parejas, si hubiera con quién. Cabello espeso selvoso. Jaez de terciopelo verde bordado de plata. Importuno, de rico.

16. *Pasamuros.* Presumido y lozano, noble y alindado, para quien freno y rienda es demasía. Galán en el torno, hermoso de pico, poblado de cabello, modelo de Fidias. Jaez de terciopelo negro bordado de oro, que hurtó al sol mucha esfera.

17. *El Mayorazgo*, que fuera muy rico á poderse vincular. Rodado turqués, desenvuelto y muy reducido; gran bulto; pies y manos de oro; ajustado de rienda; airosa cimbria de cuello. Jaez carmesí con soles de oro: dolor de los ojos, á no templarlos la nube del teliz.

18. *El Noble.* Conforma con el nombre la condición. Alteró la atención con el mormollo. El pelo, rucio claro, presumía y porfiaba con el oro del jaez que (sobre terciopelo azul) se esforzaba á salir con la suya. Caballo de honra, revuelto, infatigable, de poderoso bulto, hecho para la adarga.

19. *Pedernal:* quizá por ser cárcel de las llamas y respirar alientos de Vulcano. De infatigable brío y aliento. Castaño bruno; huello gallardo; desmiente la ira en lozanía, inundado de torrentes de cabello. Jaez de plata; mochila de oro; cuanto busca la advertencia hallan los ojos en él. Tempestad de perlas; confusión advertida.

20 (1). *El Bizarro.* Quita pesares; borra las huellas de los primeros, y aun presume contra su memoria. Castaño; corre como el viento, pára como tahur y levanta como señor. En torno y pico pudiera ser monja. Jaez encarnado, tan sobrado de oro, que templa su estimación.

21. *El Pensamiento*, y pensamiento bueno, hijo ardiente del fecundo Favonio; llamó á todos los ojos para alimento de su curiosidad. Blanco mosqueado, tan radiante en el pelo como en la

(1) En la edición original, por errata, *28*.

plata del jaez, que, sobre terciopelo negro, bordaba tallos y chórcholas. No se vió en la carrera cosa tan parecida á su nombre.

22. *El Bobo.* Rémora de los ojos y meta del deseo. Rucio rodado. Debe á la Corte cuanto celebró en los demás. Caballo de toros, de aparatosa presencia y curiosa gala. Pequeña cabeza, alto cuello, corto vientre, lomo llano, crin espesa. Jaez de plata, mochila de oro, vencido de la armonía del bordado.

23. *Guzmán.* Hace volver atrás la vista que va delante, atraída con hermosura y riqueza, enseñándola á ser capaz de oro animado. Rodado rucio, con quien naturaleza no tuvo más que hacer, y quebró luego los moldes. Es único en ambas sillas; pareciera soberbia su fogoso aliento, si no lo desmentiera prompta obediencia y la nobleza de su natural. Merece muy bien el jaez que le oprime, todo de oro, esmaltada la chapería (que no hay honra sin peso); mochila de terciopelo carmesí y oro, sembrada de óvalos de oro, escondido en perlas. Cabezadas, pretal, encaladas, ahogadero, simentales, estribos y acicates todo de oro; reata de seda carmesí y oro, de inestimable precio. Pase; que sus rayos, sin ley, niegan ser mirados con más atención.

24. *Austria.* Último, y primero en el mundo; contera de oro, paga todo el aplauso que arrebata el encarecimiento, hallando en él cuanto pretende la curiosidad. Castaño claro, poderosos tercios, ojos vivos, agraciado pico, abundante cabello, aire bizarro, talantoso huello, fervoroso aliento, atrevido, obediente, majestuoso, y real. Jaez de oro, chapería y mochila con todo el aderezo de diez mil ducados de peso y seis mil de artificio, con quien puede hacer alto el más templado decir.

Tras estas veinticuatro Famas que pasaron á caballo (cualquiera dellas semejante á todas en publicar grandezas del Gran Duque, sólo desiguales en pretender agravios de las otras), iban los oficiales de la librea del Duque, picadores y herradores, á caballo, muy adelante; luego, don Pedro Maldonado, representando bien el papel de criado de tan gran señor, vestido de tela azul, alcarchofas y florones de primavera, cintillo de diamantes, cadena de oro, portamantas y cojinete de terciopelo azul; criados á pie,

con la librea del Duque; luego, grande acompañamiento de señores y caballeros: el señor don Juan Claros, muy hermano del Duque; el Conde [de] Cantillana, amigo y aficionado, el Marqués del Carpio, el Duque de Maqueda, don Diego Pimentel, don Melchor de Borja, don Fernando de Guzmán (todos como deudos, y Pedro de Vallejo como criado), iban á caballo, autorizando la solemnidad de la fiesta.

Aplaudió á todo su Majestad con notable aceptación y agrado, y para considerarlo con más atención, mandó pasar los caballos al Parque, adonde bajó acompañado del Príncipe de Gales, sus Altezas, el Conde de Olivares y todos los caballeros de la Cámara, así españoles como ingleses, la Reina, Princesa y damas.

Llegó don Juan Claros, con carta del Duque, á ofrecerle en aquel servicio su voluntad. Honróle mucho, con gran demostración de cariño, como obligado á quien tan bien la merecía. Tocaban al señor Conde, como caballerizo, los telices, jaeces y esclavos; y alimentando la liberalidad de su primo, los presentó á su Majestad, que, para gozarlos de propósito, mandó descubrirlos y pasear todos los caballos, y hacer mal á algunos, cuyas habilidades se encargó el señor Conde de referir, como tan interesado en esta acción y [que] tan bien siente de las del Duque, cuya amistad mostró en no embarazarse con tantas ocupaciones, para tenerlas muy bien entendidas. Ordenó que D. Pedro Maldonado llegase á besar la mano á su Majestad y al Príncipe, que le honraron mucho.

Quedaron pasmados los extranjeros, y de alentar (si es posible) se olvidaron, admirando la riqueza de España, grandeza y ánimo del Duque, y valor de Corona que tiene tan rica piedra preciosa. Los naturales, ufanos, viendo acreditada su nación, y que no había qué fiscalizar al ánimo, ni qué añadir al poder. Que éste se califica más con una cosa excelente que con muchas mediocres. Momo, que siempre está á la sombra de las cosas grandes, y muerde la fruta más alta y sazonada, y no hay falta que perdone, estaba á un rincón, anudados los labios, viendo que si el don pequeño á tiempo se engrandece, éste, tan grande y en tan buena coyuntura, á pesar de la dificultad, excedía la hipérbole del enca-

recimiento. Y así, no se atrevía á hacerle guerra, por no perecer en ella.

El tumulto plebeyo, más enemigo que amigo del poderoso, apagaba el incendio con alquitrán (concordando voces contrarias), hacía dulce armonía, y (tan lejos de lisonjas como de oirlas el Duque) se desataba en sus alabanzas ciertas, por ser de enemigos, diciendo con su voz antigua: «¡Viva el Duque de Medina, que puede cuanto quiere, y quiere cuanto puede! ¡Bien empleado en sólo el Rey de España!»

Harto ha dado en qué entender una revuelta y quistión que de aquí se ha levantado entre la bondad del Duque, la discreción, el valor y la magnificencia, tal, que necesita que su misma fortaleza meta el bastón y pacifique esta brega; y en tanto, es fuerza se derramen sus honores, como hacienda de muchos.

Es la honra (dijo Cicerón, *Pro Cœlio)* premio de la virtud. Ésta crece con la alabanza, como planta con el riego, y así, no se le da al Duque, sino se le paga.

AL GRAN DUQUE

Si, Neptuno, das ley á su elemento
Y, fuego claro, cuanto vives obras,
Si en fama pagas y en espanto cobras,
Mientras tiembla la tierra con tu aliento,
Si en frenos veinticuatro atas al viento,
Y á la fortuna das cuanto te sobras,
Si, más que en sí, es España por tus obras,
Tan sólo faltas de encarecimiento,
Usurpen, sol, por tarja tus calderas,
Y al timbre sierpe añádase un caballo
Que las estrellas pazca al de Perseo.
Que mientras en él luces las esferas,
Venero Rey en cuanto Duque veo,
Y deidad en el Rey, con rey vasallo.

El año de 624, á cinco de Febrero, tuvo aviso su Excelencia que su Majestad bajaba á visitar las costas de Andaluzía, y orden para que no saliese de sus estados y moderase en ellos las demostraciones que presumía de su voluntad. Mas como este gran Señor

nunca fué diferente de sí, y luego acude la mano adonde duele, sabiendo que el Rey había de venir á cazar al Bosque de Doñana, mandó fabricar en su desierto una ciudad, digno hospedaje de aquella Majestad y Corte. Grandeza mientras más vista menos creída, porque contra el aliento de su obediencia conspiró el tiempo con tan pertinaz porfía, que escondió en agua los caminos. Parecían los montes mares, y los mares montes. Embargó las distancias. Enloqueció al Oceano. Hundió barcos y navíos, con que ató las manos á la misma diligencia, para conducir materiales de tan estupenda fábrica. Mas el ánimo del Duque, que no había menester otra cosa que dificultades, allanó cuanto impedían los plazos, las distancias y los elementos. Conquistó imposibles, pasando en infinitos barcos, en carretas de bueyes y en caballos (la mayor parte del camino á nado: ¡Costoso trabajo! ¡Trabajosa costa!) cuanto fué menester para poner miedo á las gran[des] ciudades, de ser sobrepujadas, y con quien todo lo demás corrió peligro de ser menos. De lo costoso se pasó la admiración á lo breve; de la presteza, á la abundancia; de la abundancia, al desperdicio; pues no hubo otra desorden sino sobrar todo. No pareció llevado, sino nacido. El desierto se halló ciudad; la ciudad, cielo, con que no quedó qué lograr á los ojos ni qué pedir á los deseos. Duró el enfado del tiempo lo que bastó á mostrar el grandioso ánimo del Duque. Con todo eso, no subió por tan llano á lo sublime. Mayores dificultades venció. Que (como el gusto sea en esta vida un principio del mal que se apresura, y la vida tela tejida de hilos contrarios) á los diez de Febrero amaneció tullido, sin movimiento en la pierna izquierda. Que no hay grandeza que escuse de las miserias de hombre. Y también los príncipes beben lágrimas y escupen sangre, aunque en bacía de oro. ¡Dichoso dolor, sin el cual quedara el mundo huérfano del sagrado ejemplo de su paciencia! También en las desdichas hay ventura. Creció la tempestad. El Rey venía apriesa; el tiempo era corto; el Duque estaba con pocos dineros y con muchos dolores; el Marqués su hijo, el Conde y la Duquesa, con poca salud. Don Melchor de Herrera, caballerizo mayor, enfermo de gota. Llegó también la nueva de la pérdida del pleito de

los Espinosas. Al pasar la mar, se ahogaban las carneradas y los bueyes. Llevóse el viento las tejas del palacio de Doñana; derribó las tiendas y barracas. Cayóse muerto un macho muy preciado del Duque. ¡Santo Dios! ¿qué triunfo es vencer á un rendido?

Descubrió la desdicha lo que no pudo la felicidad. Abrió paso á sus virtudes. La prosperidad le esaminó dichoso; la adversidad, magnánimo. Quien no sabe trabajos, ignora la una parte de la vida; y no saber sufrirlos son los mayores. Perdióse en su grandeza su desgracia; que la rosa huele bien florida, y huele bien marchita. No embarazó la boca con querellas, ni ofendió las orejas con gemidos. Parecía que uno era el que obraba y otro el que padecía. De todo se acordó, sino de sí mismo. Agradecióse que sus cuidados se olvidasen de sus dolores. ¿Cómo? A veinticuatro maestros de obras con cuatrocientos hombres, desde la cama, [¿dió?] trabajo en el bosque cuarenta y cinco días, á mil y seiscientas cabalgaduras de acarreto y cuatrocientas de silla. Franqueó mesa (todo aquel tiempo) á todos los oficiales, y á cuantos condujo la curiosidad y la hambre. Envió por mayordomo del Bosque á don Bernardo de Morales, y otros criados. Renovóse la casa de Doñana, que es muy capaz... (1). . . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

También envió al Conde de Olivares una rosa para el sombrero, de diamantes de estimacion de diez mil ducados, que supo había contentado al Rey en Cádiz, para que su Excelencia sirviese con ella en su nombre á su Majestad, en demonstración de que en todas las partes de su estado hallase señal de su reconocimiento y voluntad. Llevóla don Alonso de Guzmán, camarero mayor de su Excelencia, á quien su Majestad honró mucho y hizo merced de un hábito, que hoy trae en el pecho.

(1) Sigue aquí, con ligerísimas variantes, todo el texto de la relación intitulada *Bosque de Doña Ana...*, desde las palabras que encajan con éstas, página 202 de la presente colección, hasta el fin del párrafo que termina en la 220.

AL GRAN DUQUE
EN LA VENIDA DE SU MAJESTAD

EPIGRAMA

Clara estrella de Guzmán,
Como sois de todos norte,
Traéis al Rey de la Corte
Como fina piedra imán;
Si no es que (como, galán,
Retratáis su corazón)
Viene á buscar su afición
El aire de su persona,
La piedra de su corona,
Y el fuego de su tusón.

Parece fué el primero que supo amar, pues fué el primero que supo sentir. No tiene el sabio corazón de acero. Murió la excelentísima señora Duquesa, su muy amada consorte (que espíritu es hoy puro), mejorando en la muerte las acciones de la vida. Y no sé cómo, ocupando tanta gloria, dejó lugar á tanto sentimiento. Celebró sus esequias á la medida de sus dolores; que lo que de corazón se ama, de corazón se llora. Halló en semejante pérdida más causas para llorar que tiempo para llorar; que el mayor tormento es deseo sin esperanza. Deseaba convertirse todo en sus memorias y lágrimas. La tristeza negra y el rebelde dolor de tal manera apagaron la luz de su discurso y anublaron el beneficio de la razón (hecho todo de parte de sus males), que faltara el encarecimiento y no pudiera el crédito, si el mismo Gran Duque no hubiera dado luz del claro fuego en que ardía, en estos dos nobilísimos gemidos:

Quien no me restituye el bien perdido,
¿Por qué quitarme la pasión procura?
Pues, pesado mi mal, es más cordura
Que pena la aflición de mi sentido.
Dame tú lo que fué, ó que no haya sido,
Que el gusto me vendrá con la ventura;
Mas, sin ésta, es benévola locura
Acordarme el pesar para su olvido.

Aconséjame penas sin mudanza,
Cuando sientas mis males y dolencias,
Para que lo que paso te recuerde.
Verás que desmerezco en la esperanza,
Y entonces me dirán tus experiencias:
«¡Ay del dolor que sabe lo que pierde!»

—

¡Ay del que de su mal está contento
Y, en rebeldes dolores obstinado,
Á manos de entendido y desdichado
Muere, y tan sólo vive al sufrimiento!
¡Ay del que al daño iguala su tormento,
De penas cudicioso, si cansado,
Y, añadiendo motivos al cuidado,
Huye de sí y se entrega al sentimiento!
¡Ay de aquel que, obligado á sus enojos,
Ni aun de su propia lengua los confía,
Por ser su información corta probanza!
¡Ay del que, distilando por los ojos
La memoria, cuanto ama desconfía,
Llorando en viva fe muerta esperanza!

En medio destos dolores, tuvo aviso de su Majestad á toda diligencia que Inglaterra prevenía poderosa armada, cuyo intento (si oculto), sus prevenciones mostraban echar gente en tierra. Encargábale se acordase de sí en la custodia de las costas, y más de Cádiz, cosa que antes su Excelencia había suplicado á su Majestad. Reparando, pues, en su desamparo de fuerzas, metió luego en ella gente de guarnición, y los primeros, sus vasallos. Trajo á su costa (con cuarenta escudos al mes) capitanes práticos; que la guerra quiere canas que aconsejen y manos que ejecuten, y quien busca consejo, acertar desea. Consignó sueldo á otros muchos oficiales, alistó en sus estados once mil infantes y trecientos y ochenta caballos, sin la gente de Sanlúcar, y, por haberle señalado el Rey á Jerez por plaza de armas de Andalucía, con orden de no salir della mientras durase la guerra, fué á hacer muestra general de la gente. Vistió á todos los criados, lacayos, pajes y los demás, de la color del tiempo: calzón, ropilla corta y jubón de tafetán, botas, espuelas, aderezo de espada y penachos, todo negro. Recibióle la caba-

llería con muchas salvas, y los frailes dominicos á la puerta de su convento, con cruz alta. Visitóle la nobleza en forma de Ciudad. Convidó á colación, y otro día á comer y cenar, á los caballeros y compañías de su guarda, y, recogiendo al corazón los sentimientos, salió otro día de gala. ¡Gran valor! pues se negó á sí mismo, cuando estaba de sí más desayudado; que no hay dolor como mostrar alegre la cara estando el corazón triste. Es enterrarse en vida, sin sepultura. Habiendo, pues, hallado de lista dos mil infantes y proveído lo tocante á guerra (que fué mucho y necesario), volvió á Sanlúcar, adonde llegó el señor don Fernando Girón, caballero del hábito de San Juan, del Consejo de Estado y Guerra, con orden de conferir con su Excelencia lo tocante á la fortificación de Cádiz, sin consultar al Consejo. Comunicóle el Duque las prevenciones que había anticipado su desvelo. Confesó don Fernando no sólo no haber que añadir, mas algunas por demasías de su cuidado.

Y por cuanto no había ni un real para tanta máquina (siendo el dinero nervio de la guerra), lo buscó el Duque sobre su crédito, y socorrió á Cádiz liberalísimamente. Y como en aquel tiempo ofreciesen muchos señores donativos á su Majestad y no avisasen al Duque, por tenerlo bastantemente por escusado, sabiendo su empeño, él (que sale al camino á las ocasiones, y cuanto mayores, con más ánimo y gallardía, considerando que tanto se quita cuanto se dilata y que la dilación tira lo que para, como fácilmente nos vamos á lo natural,) ofreció á su Majestad setenta mil ducados. Y quien da luego y sin que le pidan, da tres veces. Del dinero que tenía en Sevilla para pagar sus acreedores, socorrió á los soldados, y quedó pagando réditos dél. Y, viendo se dilataba la facultad que había pedido y que la necesidad instaba, envió su plata y colgaduras á Sevilla, y, buscando dineros á daño, prosiguió la fortificación del presidio con notable tesón. No paró aquí este glorioso Príncipe, Argos todo ojos, Briareo todo manos. No son las suyas menos prestas que largas. En la una tiene la lanza y en la otra el caduceo. Supo corrían el mismo riesgo las fronteras de Africa, por hallarse desmanteladas de fuerzas, bastimentos, gentes y dineros. Diligenció con ruegos (que los del Príncipe son apremios) su soco-

rro, y sobre su crédito compró en Sevilla muchos millares de cahices de cal, tablas, pinos, clavazón y otros pertrechos necesarios, y solicitó con súplicas de su Majestad veinte mil ducados para socorros; y porque no llegaran tarde (como de España), con increíble presteza lo remitió todo á Larache y Mamora, en cincuenta y cuatro embarcaciones, con escolta segura. Que es muy de príncipe cristiano no dormir sobre los males ajenos.

Señaló á todos los oficiales puestos, para evitar confusiones. Reconoció los desembarcaderos; mandó hacer trincheas y redutos, donde plantar la artillería de campaña que tenía prevenida. Y (mostrando que se podía hacer lo que mandaba), comenzó á esportear el primero; que el buen capitán es buen compañero de sus soldados, y no es trabajo el que sufren en su compañía. En la Torre de San Jacinto, que está á la boca del río, puso soldados y artillería para defender la entrada. Al baluarte San Salvador fortificó la espalda. Engrosó las murallas y parapetos; terraplenó de argamasón las partes flacas y la puerta principal; ensanchó la plaza de armas; hizo escalas; levantó cortinas, con que cerró el fuerte. A doce piezas de artillería que tenía, de bronce y hierro colado, añadió otras ocho, que compró, de á catorce á diez y ocho libras. Proveyó de picas, dardos, chuzos, arcabuces, mosquetes, pólvora, balas, cuerda, bizcocho, vino, tocino y queso, etc. Puso buenos encabalgamentos y cureñas, condestables y artilleros. En el castillo hizo limpiar fosos, reforzar murallas, abrir troneras, levantar plataformas donde no las había. Compró más treinta piezas de á ocho á catorce libras, encabalgamentos nuevos y muchos bastimentos. Hizo sala de armas nueva, de trecientas y cincuenta picas, docientos mosquetes, cuatrocientos arcabuces, chuzos, dardos, alabardas, sesenta quintales de cuerda, ciento y cincuenta de pólvora, dos mil balas gruesas para la artillería que está en la plataforma que cae á la marina, donde hay veinticuatro piezas y dos culebrinas reales. Estas armas puso de respeto para la gente de socorro; que la de la Ciudad estaba armada, que eran dos mil hombres en doce compañías, las tres, de mosqueteros. Mandó trinchear la parte superior de la ciudad; que un piloto desde una torre descu-

briese la mar; que en la barra estuviese un barco luengo de noche, y se correspondiese con las torres en las almenaras, y ellas con la costa; que hombres de á caballo corriesen la playa toda la noche hasta Rota y Chipiona. Obligó á la Avería á que embarcase la pólvora de los galeones y envió á Jerez y á Cádiz muchos quintales della, de los molinos de Sanlúcar, para lo cual se levantó un día después de purgado, con viento frío, y fué de tanta importancia, que de no haberlo hecho, se quedaran las costas sin pólvora, porque se pegó fuego y se volaron los molinos; y, acudiendo el Duque, el Conde y el Arzobispo á favorecer la que quedaba antes que llegase el fuego, reventó el incendio y milagrosamente escaparon con las vidas, pues cayó una tempestad de vigas y sillares á sus pies, y pasó por sus lados sin tocarles, merced de su santo celo. ¡Oh corazón de acero, en quien se quiebran las dificultades! Con tu peligro evitas el de todos. ¡Oh vencedor siempre, en guerra con armas, en paz con beneficios! Como sabes que en la guerra nada se desprecia con seguridad, y que del cuerpo no se aprende cosa buena, te olvidas de tu salud, acordándote sólo del bien público. Gracias te damos por la obligación en que nos pones. ¡Oh, así prosigas! Déte el Cielo la vida que aventuras y mereces, y guárdete el ánimo que te dió; y á nosotros nos haga dignos de gozarte. ¡Oh padre de tanta patria, digno de tu grandeza! ¿Qué mucho que así, tengas más imperio en las almas que en los cuerpos? ¿Qué mucho, sembrando virtudes, cojas alabanzas? Espera lo que haces, si bien tus inmortales servicios crecen al paso del olvido de sus premios. Éstos, cuando se dan al que los merece, hacen buenos á los malos, y animan á los malos y á los buenos.

Pues como en aquellos días no hubiese lugar donde no resonasen órdenes del Duque, todo hervía en guerra, todo era levantar fuertes, rodar artillería y ejercitar las armas, preguntándole: «Señor, ¿para qué tantas prevenciones, pues es ya fin de Setiembre, fuera de que avisan de la Corte que el rey Carlos de Inglaterra respondió al requerimiento que se le hizo, que la armada no es para infestar puerto de España, por ser del Conde Palatino su cuñado, para satisfacer su despojo, y que se les han dañado las cecinas y la

gente se consume de peste?», respondió estas palabras, dignas de memoria y alabanza eterna: «Créanme, que la seguridad no se compra con seguridad. El cuidado es incrédulo. Más prudencia es temer que esperar. La ignorancia es madre de la seguridad, y la seguridad, del peligro. La confianza siempre empeora. En la guerra no hay cosa que más falte que el tiempo. Despreciar lo pequeño es destruir lo grande. Antes que al daño, es mejor venir al escarmiento. Éste hace recatado, y yo lo estoy, porque el Inglés ha aprendido otras veces de nosotros contra nosotros, y así, ahora le creo menos; que cuando el enemigo asegura, entonces engaña. En tanto, pues, que el tiempo acredita mis prevenciones, déjenme con ellas, pues las hago á mi costa; que la ejecución no ha de ir delante del consejo, si bien creo no hay obra tan buena á quien no fiscalice la malicia.» Logrólas tan bien, que fueron el remedio y reputación universal de España; pues, teniendo aviso de la venida del enemigo, sábado primero de Noviembre (como estaba bien asoleada la pólvora), en un instante, sin acordarse de despedir de su hija, se puso en Jerez, y á la gente de guarnición, con la artillería, en el puente de Suazo, y muchas compañías de sus estados y otras partes, en Cádiz. Gastó la noche en despachar correos, en prevenir de bastimentos para la gente que aguardaba, en enviar todo lo necesario al ejército, en escribir y despachar. No tropezaron los socorros en su priesa; que no importa pensar con tiempo si se obra sin tiempo. Pidió apriesa á los Cabildos de Sevilla, de Contratación y Consulados que sirviesen á su Majestad en esta ocasión, y (gracias á su diligencia) acudieron gallardamente con infantes, dineros, armas y bastimentos. Y porque no podían éstos entrar por la Puente, por tener el enemigo ganado el Puntal, porque no faltasen en Cádiz, ordenó al señor Arzobispo su hermano, muy semejante á sí en el ánimo, que había quedado lugarteniente suyo, enviase desde Sanlúcar á Cádiz, cada día al amanecer, en veintisiete barcos luengos esquifados, de lo que tenía almacenado en su castillo, gran cantidad de bizcocho, trigo, garbanzos, habas, pescado seco, pólvora y otras municiones, lo cual cumplió su Ilustrísima con singular puntualidad, á pesar de la misma dificultad y peligro; y cuando lle-

gaban los barcos era cosa de alegría ver con la que los recebían desde las murallas, alzando las manos al cielo, diciendo: «¡Viva el Duque, que como pájaros nos envía el sustento!» Fué servicio muy aventajado: no lo acaba de ponderar el señor don Fernando Girón. Pues cuando sus soldados en las escaramuzas derribaban á los enemigos, echaban de ver la importancia de su cuidado en haber hecho que todas las compañías los días de fiesta tirasen al acertero, premiando á los que daban en el blanco. Fueron tantos los socorros que envió, que ni aun sobresalto llegó á las mujeres. ¡Gran prueba de seguridad! No temían al enemigo, sino le esperaban. Las plegarias á Dios eran que no se fuese. Es medio vencedor el prevenido. El mejor día que les dió fué cuando saltó en tierra; el peor, cuando se hizo á la vela, dejando casi mil de los suyos muertos. Gran valentía es la que el enemigo aprueba huyendo. Éstos son los efectos de aquellas prevenciones que parecían demasías: estar todos los huesos en su encaje, los ánimos en sí, dentro del corazón otro corazón, con tanta mayor gloria del Duque cuanto es más prevenir los males que curarlos, y conservar que adquirir. Que sementera de dientes es cosecha de hombres armados.

Es muy propio del cielo, en reconociendo méritos, disponer honores. Encargóse del aplauso del triunfo del Duque, porque llegaron luego á Jerez á estar á su orden once mil hombres. De los señores diré los que me acordare: el excelentísimo Conde de Niebla, digno hijo de su padre, sucesor no menos de sus estados y oficios que de sus glorias, desempeño fiel de las esperanzas y deseos de todos; el Duque de Osuna, el Duque de Uceda, el Duque de Escalona, el Conde de Palma, el Conde de la Torre, el Marqués de Estepa, el Duque de Híjar, el Conde de Luna, el Marqués de Zahara, el Conde de Cabra, el Marqués de la Algaba, el Marqués de Molina, el Marqués de Alcalá, el Conde de la Monclova, el Marqués de la Coruña, el Conde de Baños, el Marqués de Oraní, el Conde de la Mejorada, el Conde de Montalbán, el Conde de Barajas, el Mariscal de Castilla, el Conde de Villamor, el Marqués de Villafranca, el Conde de Saldaña, el Conde de Morata, don Diego Mejía, del Consejo de Estado, don Melchor de

Borja, del de Guerra, el Marqués de las Navas, el Conde de Añover, el Conde de San Juan, el Marqués de Cropani, el Conde de Cantillana, el Conde de Umanes, el Conde de Aroca, el Conde [de] Frómista (1), el Marqués de Alcañices (2), el Duque de Sesa, el Conde de Siruela (3), el Conde de Alba de Liste (4), el Condestable de Navarra (5), y Duque de Veraguas, y sin éstos, tantos señores y caballeros, que sólo de hábito pasaron de trecientos: la mayor grandeza que junta ha visto España. A todos recibió el Duque con aquel su estremo de gracia y de majestad, esmerándose en su regalo, haciendo costosa ostentación de su magnificencia. No saben moderación sus lucimientos. Pasaban cada día de sesenta convidados. ¡Prodigiosa grandeza! No ha dejado que hacer, ni que desear. Menester fué tanta gloria para tanta fama. Efectos de la piedad de su Excelencia: de sus romerías todos los sábados de este año á Nuestra Señora de Regla; de sus ayunos tres días en la semana; que tanto se acierta cuanto se comienza de Dios, y tanto se pierde cuanto no se pone en sus manos. Puédese inferir en tan grandes ocasiones cuán grandes serán sus gastos, y más de quien todo lo quiere medir con su grandeza. Su estado más ha menester defenderse de su ánimo que del Inglés. Considérense las pagas de tantos soldados, á quien Tácito llama sanguisuelas del erario. Paréceme que ahora está el Duque en su esfera: son su elemento las dificultades. Como el rayo, se emplea en la resistencia. Hoy también está con el mismo desvelo. No le ha hecho la victoria negligente. No se desnuda. La obra alcanza al día. No le concede treguas su viveza. Atiende más á su oficio que á su salud. Parécele que no es menos señor que cuando descansa. Nació para todos: deje algo para sí, pues es uno dellos. Mire que no nos ha dejado que pedir á Dios, sino es su vida. No malogre con su poca salud los deseos de nuestra nece-

(1) De *Fromesta* en la edición original.
(2) *Ibid.*, de *Alcañizas*.
(3) *Ibid.*, de *Siduela*.
(4) *Ibid.*, de *Lista*.
(5) *Ibid.*, *Navara*.

sidad. Conténtese con el lugar que se ha hecho en la eternidad, y con que no volvemos los ojos á parte donde no encontremos admiraciones. Conocímosle grande; ya le desconocemos mayor, no en las esperanzas, sino en la excelencia de cumplirlas. Pudiera dejar de ser el primer duque de España; no de merecerlo. Vendrá siglo en que sea conocido. Los grandes hechos vienen á perfecta noticia de los hombres después de ellos mismos. Vendrán muchos años y muchas gentes que, sin que les den gracias, lo alaben. ¡Oh, prosperen los cielos mi pronóstico! Y en tanto, sepa la Bretaña (desterrada del mundo) que nuestra Monarquía no se sustenta con la dicha ó la reputación, sino con el valor y el cuidado, y que fué menester tanto aparato de armada para traer su desagravio á Cádiz.

Considerando yo, al principio, que la alabanza es norte de ánimos grandes (grandes, porque no se satisfacen con premios menos que inmortales), y que acerca del olvido lo mismo es grandes cosas que ningunas; que la alabanza hace tiros al tiempo y á la muerte; que ésta es alimento de la virtud, no la lisonja (parte bastarda de la vida, que consagra altares al que merece ser víctima); advirtiendo también que ingrato es mala palabra y peor obra, y que el cero, no valiendo por sí, da valor al número, atreví á gran navegación mi pobre haya. Vestí al aire de lino, no menos cudicioso que confiado. Mas, desplayando ahora en alta mar la vista por el infinito Océano de las excelencias del esclarecido Duque, rendido á la dificultad, por no anegarme, quiero amainar las velas y recogerme á puerto vacío de la mar; que me hallo embarcado en rota nave, que gime, como que de su mal quiere dolerse. ¡Oh, cómo es temeridad acometer gran cosa sin gran consejo! ¡Oh, cuánto engaña la esperanza! ¡Oh, cuánto ésta (sueño de dispiertos) ha de ser justa, como la sortija, que angosta, no cabe, y ancha, se cae del dedo! Tirar no es acertar, ni alcanzar pretender. Caí en manos de mi engaño; que el errar es de infinitas maneras, y el acertar, de una sola. Más vale errando arrepentirse presto que conocer los desengaños tarde. No lo podemos todos todo. Mas como de este empeño no se sale á fuerza de afición, sino de bra-

zos, válgame por desculpa que el relox de los amantes no da á sus horas, y que no repara en las fuerzas el deseo. Éste es caudal de pobres. Recíbele ¡oh gran Señor! por ofrenda de lo que puedo; no de lo que debo: no de lo que mereces. Suelde agravios de la pluma. Supla la voluntad por el acierto; que, aunque, callando, tu verdad no es más ó menos buena, confieso que el gusto de lo que he navegado pierdo con lo mucho que me falta. Mas ¿he de quedarme á la puerta? ¡Ánimo! que en reparando mi nave pienso acabar mi viaje (1).

. . . .

. . . .

. . . .

¶ IMPRESO EN MALAGA
por Iuan René, Año
de 1625.

(1) Siguen aquí, y con ellas termina el libro, diversas poesías sueltas, que ya quedan reimpresas en la presente colección, entre las demás de Espinosa.

PANEGIRICO

A LA

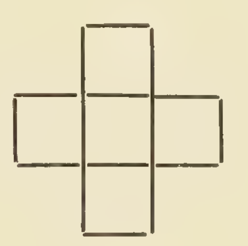
NOBILISSIMA, LEAL,

Augusta, Felice Ciudad

ANTEQUERA.

SV HIIO PEDRO ESPINOSA,

Capellan del Excelentissimo Señor Duque de Medina Sidonia. Rector del Colegio de San Ilefonso.



CON LICENCIA,

Impresso en Xerez de la Frontera, por Fernando Rey, Año 1626.

EL DOCTOR SIMÓN DE GARIBAY

El *Panegírico* que tan dignamente se tiene prevenida la admiración de los ingenios más dignos de ella es blasón tan eterno de la Patria como de su autor. Tan liberal satisface vuestra merced con él obligaciones, que pudiera ya pedir chancelación, y, emancipado, salir de las de hijo, si el milagro de tanta madre se pudiera suplir con la adopción de otra, y si tan ilustre Ciudad, para su mayor gloria, no interesase más en tenerle que en haberle tenido. Es el discurso tan superior, tan elegante la hipérbole, que, á no tener ANTEQUERA (en tantos siglos) vinculado su crédito, juzgara sin temeridad que la descripción no suponía el sitio, sino que era línea de la imaginación, en cuya estimativa solos los colores de la hermosa pintura (1) pudieran ser país y términos de su nacimiento. Y si es cierto que (como dijo un filósofo) cada cual se hace su fortuna, yo digo que vuestra merced se fabricó su Patria. Guarde Dios á vuestra merced.

EL LICENCIADO DIEGO LÓPEZ DE SORIA ABREU

CAPELLÁN MAYOR DEL EXCELENTÍSIMO DE MEDINA SIDONIA

He visto, por aprobación de vuestra merced, que la hizo de mi parecer (con que quedó él bien calificado), este *Panegírieo*, parto de su felice y grato ingenio, y comenzándole con admiración, le acabé con silencio, y experimenté que en las cosas de gusto primero se cansan los sentimientos que los deseos. Empresa generosa, que sólo se pudo bien fiar de quien tan bien lo supo decir. Informa brevemente de prudencia á ambas fortunas; que la plática ha de ser tan corta en palabras como larga en sentencias. Porque es dañoso el manjar que carga y no alimenta, y discreción dejar lugar que otros llenen. Emplea vuestra merced en alabanzas de su Patria el caudal de sus obligaciones y hace recibimientos á sus beneficios, volviéndolos al lugar de donde salieron. Mas una cosa me ha de confesar vuestra merced, que lo que dice más bien

(1) En el original impreso, por errata, *Patria*, y enmendado de mano *pintura*.

es lo menos que hay en ella, y que fuera lo mismo que encerrar (1) el Océano en poco vaso, á no reconocer la paga con lo mucho bueno que le dió en letras, virtud y calidad, en significación de ser su hijo, en esta parte tan agradecido como invidiado. Pensando en la etimología desta Ciudad, gloriosa por muchos títulos (aunque se ha alcanzado con el de leal), he sacado de borrador cuán adecuados son los nombres con los efetos.

Antiquaria dijo el Latino, *Quasi antiqua res*, ó *Antiqua Ara* de Minerva y Marte, que es lo que antes era. Y aunque se puede gloriar en hijos tan insignes en armas y letras, creo que el que saca á luz las esperanzas de nuestros deseos, *plus omnibus obtulit*. Y, pues esta República tan grandiosa ecede en nobleza á tantas, imite á Dios en traer consigo el premio para quien le sirve. *Et merces ejus cum eo*. Porque, fomentando así tan ardientes muestras de afición, sus alumnos (que tan dignamente se precian de hechuras suyas) aspiren á semejantes empresas.

DON MIGUEL PÁEZ DE LA CADENA PONCE DE LEÓN

Como el hijo sabio es gloria de sus padres, lo es también del que mereció tenerlos tales, y confesándolos, logra dos dichas. Y, pues vuestra merced, á ser en su mano, no eligiera otros que los que confiesa, es cierto (pues nunca faltó agradecimiento á la nobleza) que le sobrarán afectos reconocidos al que pregona reconocimientos humildes. Grandes hechos yacen de esotra parte del olvido. Que acerca déste lo mismo es lo que fué que no haber sido. Luego no menos se debe al que los resucita que á los que, á precio de su industria y sangre, por una vez los mostraron. Que tanto valor se concibe por los oídos como por los ojos. Y, aunque en campos, piedras y ríos, propios y extraños, aún hoy se conservan testimonios de lo que todos confiesan (que no es poco siendo tanto), no negará su Patria de vuestra merced la obligación en que la pone la ostentación de su ingenio, haciendo memorable la gloria que cubrió la sepultura de aquellos que, con adelantarse, supieron dar emulación á los siglos venideros. ¡Oh nuevo modo de litigar el derecho de las bien compradas posesiones! ¡Oh política guerra, defensa de la paz, con cuyas togadas armas se niega en-

(1) En la edición original, como dos palabras: *en cerrar*.

trada al enemigo común, á la invidia! Adornen, pues, las constantes colunas de su capitolio los siempre en sus vegas vencedores arneses, entre tanto que, trazando leyes y embrazando estatutos, dan noble invidia á los que causan confusión y espanto. Y, pues no menos debe á su piedad Eneas que á Virgilio, ni menos que á su valor Alejandro á Curcio, reconozca premios la gloriosísima ANTEQUERA al que reitera sus vitorias y estimula sus alientos.

EL PADRE FR. HIERÓNIMO PANCORVO,

DE LA ORDEN DEL CARMEN

De la otra banda del olvido, firme en tierra, ó en tierra firme, se queda la memoria del que solicita el honor de su Patria, defendiéndole con la espada ó acreditándole con la pluma, porque el que se ocupa en esto lleva carta de recomendación y tiene esperanza cierta de felices sucesos. Es lo que dijo Aristóteles: *Pugnare pro Patria optima avis.* Porque (como todos saben) los agoreros entonces, del vuelo de las aves colegían el fin de sus intentos. No hay quien no estime su dulce Patria y el lugar de su nacimiento; que si Virgilio se precia de ser de la gran ciudad de Mantua, no se desdeña Ulises de haber nacido en la pequeña Ítaca, fundada en los ecelsos riscos donde las pobres casas más parecen alcándaras (1) de cuervos que habitación de hombres. Préciase vuestra merced, y con razón, de tener por madre á la ínclita ciudad de ANTEQUERA,

Dives opum studijsque asperrima belli,

riquísima entre todas las de nuestra España; la madre de los ingenios y la casa de las armas: que ella se alegra con tal hijo, pues entre tantos que hablan cultos y escriben doctos, fué vuestra merced desde sus primeros años *magnæ spes altera Romæ.* Buen desempeño es este tratado: no se dilate la impresión; que ya me parece se oyen las voces de sus compatriotas de vuestra merced, que le dicen que diga y haga por su tierra, pues tanto ha dicho y hecho de las ajenas: *Quanta audivimus facta in Caphar-naum fac, et hic in Patria tua.*

—

(1) En la edición original, por errata, *alcandoras.*

Este *Panegírico* (tan grande como breve) encomienda la estimación de sí mismo. En dulces palabras esconde la prudencia. Instruye alabando, y así, hace benévola la docilidad. Es elegante copia del Traxano, á quien imita con determinada porfía. Trabajo primero de la nación, desigual á menor ingenio, á quien debe la real ANTEQUERA no menos gloria que á sus mismas obras. Cayó el monstruo, atalaya de Rodas. Basta para ejemplo. No acierta la ambición que fía más del bronce que de la pluma, pues ejecuta velocidades que se escapan de las diligencias del tiempo. La de vuestra merced, elegante, grave, sentenciosa, lacónica, enseñando deleita, y escribiendo lo que es no se olvida de lo que debe ser. Vuela rasgos tan esbeltos, que no merece otro papel que el cielo de ANTEQUERA. Pica en algunos encarecimientos poéticos; mas ¿qué mucho, si ella misma es la hipérbole? Y así, pasa de voluntad; que á ésta no falta exercicio, y nadie de grande amor se desempeña. Discreto reparo, pues no hay píldora que se atreva desnuda á acometer á la salud. Finalmente, vuestra merced ha asegurado su laurel en mano de su Patria, cuya verdad no muda el pie sin que le den la mano; á cuyas altas obras arrimado (como la vid al olmo) se levanta. Refresca sus ensangrentadas vitorias; anima sus mármoles lamidos de la halagadora yedra. Húrtalos del olvido. Reedifica las ruinas del tiempo, que intentó tiros á la razón. Porque éste no hizo cosa sin deshacer otra, y aquélla perece á manos de un siglo, y aun la misma tierra se desconoce. Manlio:

Omnia mortalia mutantur lege creata
Nec se cognoscunt terræ vertentibus annis.

No hay ojos que no pierdan los rayos en espacios inmensos. Finalmente (dándole al tiempo el castigo que él se tomó), aumenta las vitorias de su clarísima Patria; que el que, pudiendo, no sanó al enfermo, lo mató. Constrúyele palio de sus palmas. No dexa vida que espere la muerte, y (recatándose de los peligros de su confianza) nos da muchos siglos de discreción en una hora de escrito, fiel correspondiente de sus esperanzas, encomendando al viento el mal de corazón y gemidos de los cansados críticos. Mas para que tales alabanzas parezcan de ANTEQUERA sólo falta que su agradecimiento no encomiende sólo á la lengua el oficio de las manos. Así siento.

Doctor Alderete.

Á MI LIBRO

Hijo, no te debiera amor si no me debieras consejos. Antes que te pongas en camino, escucha. Tú llevas muchas joyas: no te pese de ser pequeño, pues sabes ha sido menester mucho para ser eso poco. Consuélate con que todo lo bueno es grande; no todo lo grande bueno. No por mayor vuela más el avestruz. Cuando se esperan cosas mayores, desagradan las grandes; y los muchos volúmenes y riquezas no hacen docto ni rico, sino ocupado. Si encontrares con intención achacosa, dale [de] lado. Prudencia es huir cuando se reconoce daño sin provecho. Mira por la salida antes que te empeñes, y si no puedes más, acomete primero; que es medio ganar llevar la mano. No te pierda el valor la demasiada cordura. Y créeme que el más hablador es menos hombre. A los que toman defectos ajenos por materia de sus galanterías no los estimes en más que á unos gusanos que bullen do hay (1) algo podrido. Es una gente que se hace de la corrupción. Llagas que atraen los humores viciosos. Albañares que recogen las inmundicias. Ventosas que sacan la peor sangre. Perros que en cualquier charco beben, y chupan en el hueso su sangre; y no porque éste ladre dexa de ser bestia. Ni es vituperio del oro que no lo estime el asno. Anímate, pensando que has dexado menos lugar á la imitación que á la invidia: porque has oído para saber y has sabido para hablar. Mas si, con todo eso, te ofendieren, mira si acaso no cabe en ti tu abundancia. Escóndela; que el oro en la mano la lealtad saltea. Que, porque tiene, apalean al nogal; que árbol sin fruto seguro está de injurias, y ya sabes que es más fácil notar faltas ajenas que escribir sin ellas. Que á cuantos alumbra el sol hacen sombra. Mas si no has acertado, persuádete que has errado

(1) En la edición original, que *bullendo ai*.

hermosamente. Trabajo ha sido bien empleado; atrevido, si no dichoso. Mas, por cuanto por carta de más ó de menos se pierde el juego, créeme (dejando consuelos y tomando verdades), y pues eres poco, no te estimes en más; que es principio de locura tenerse por sabio. Lo que á otros confusión sea á ti maestro. No llegue tu confianza aun á tu suficiencia. Abeja que teme viento, vuele bajo. Préciate de humilde; que á las más altas plumas tiran los arcabuces y á las más altas sierras los rayos. Sujétate y aprende de los doctos. Para librarte de la presunción es mejor el día más cerca; que la tardanza hace incurable la dolencia. Acuérdate que árbol de larga sombra fué pequeña vara y que corren por cuenta de Dios los acrecentamientos de los humildes. En llegando á tu tierra, granjea amigos; acredita mi eleción; no salgas della, aunque no llegues á profeta; que en la barba se honra un pelo, y cortado, se pisa. Dios vaya contigo.



PANEGIRICO

A ti, de mi pluma norte, Madre ANTEQUERA nobilísima, rindo los corridos de mis obligaciones, desempeñando deseos en que tu amor me executa, no fiando de tan desnuda hipoteca. A ti, glorioso trofeo de antigüedad, á quien no tanto acreditas con tus memorias como con ser quien eres, á ti, pues, ilustrísima Patria, consagro este no sazonado fruto de tu tierra, grato por propio, si culto por mano de tosco labrador. Merecí tu gracia; no desmerezca tus pies, pues no hay donde pueda estar más honrado ni defendido. Si no necesitas de mi alabanza, yo sí de tu amparo. Tu prudencia me retarda; tu nobleza me alienta. Si [no] me atrevo, inoro tu bondad. Llegue el atrevimiento, si no la suficiencia. Si el escarmiento me dexare solo, también lo seré en la empresa (dichosa si atrevida); que el que empieza hace más de lo medio. Bien que las más ilustres obras pedían más ilustres palabras, y la mayor ecelencia mayor elocuencia; mas recibe por las obras la voluntad; que no debe más quien hace lo que puede.

Cum desint vires tum est laudanda voluntas.

Y ya es treta de los que poco pueden entretener al acreedor con reconocimiento de la deuda.

En alabarte no sólo hago mi negocio, sino la causa pública: porque enciendo el fanal á su navegación para que te siga; des-

20

pierto generosos motivos á la virtud, que aun la muy grande puede crecer; doy no menos materia de historia que de invidia. Invidia, fiscal de ocupaciones honestas. Soplo el polvo al exemplo, viva espuela de la imitación, si bien al mal caballo no aprovecha. Que todas las artes tienen necesidad de maestro; y así, instruyo á la mèmoria de lo que eres, por diseño de lo que otros deben ser, con sencillas razones de su mismo color, no teñidas de lisonjas, y de paso muestro que con entendimiento se adquiere dotrina, y con dotrina se adquiere entendimiento. Que el arte poco aprovecha sin ingenio.

Mas ¿qué diré, sacro Senado, en presencia de quien ninguna cosa es nueva ó admirable y cualquiera yerro casi delito? ¿De ti, por quien nunca pasó despreciado el aviso? ¿De ti, que en ambas fortunas igualas la gloria del yelmo á la toga, cuya propia virtud es la prudencia? Y así, conociendo que tras el buen pensar viene el buen suceder, y que no hay un yerro sin otro (siendo la inorancia síncopa de la vida), te alzas con la cátedra del consejo, con el cual no es menos gloria vencer que con la espada. Que ésta es para un día, y aquélla para todos. Sabes que gobernador sin dotrina es ave sin alas. Que tener el nombre no es serlo. Que es género de tiranía acometer gran cosa sin gran consejo (que éste es la segunda virtud), y así, lo que antes mucho piensas parece antes hecho que pensado. A la vagarosa consulta arrimas la acelerada execución; á los delfines las áncoras. Daste priesa de espacio. Logras el cuidado en el efeto; que el caso, no el consejo, sigue al que no considera. Éste se halla en tu ancianidad; en tu juventud su execución. Una sabe, otra puede. Una es ojos, otra manos. Que los pocos años recompensan los muchos méritos. Sucedan, pues, los mancebos á sus mayores no menos en el oficio que en la gloria, en quien no ha sido menester apresurar las insignias de la vejez para entronizar la majestad. Sean también mozos los senadores; que á pocos ha sucedido bien llegar al gobierno tarde. Y en edad corta cabe experiencia larga; que no siempre con las canas nace la prudencia, y el vicio no es de la edad, sino del hombre; y cada día vemos antes que la cabeza el seso cano.

Primero te mandas á ti que á los otros. El primer gobierno es el de ti mismo; que el gobernador, en no siendo muy bueno, ya es muy malo, y aun el inútil comienza á serlo. Nada sabe quien para sí no sabe; y quien para sí no es, no es para otro. Y, como el principado, descubre quien es cada uno (que éste, cuando no hubiera vicio, lo enseñara). Siempre traes encontrada la razón con el gusto, porque sabes que debe ser mejor quien deciende de tales. A todos eres exemplo, cuyo don es probar con lo que haces que se puede hacer todo lo que mandas. Eres alma de la Ciudad, y en ella, lo que Dios en todo el universo. Así, tienes su modo de gobierno. Favoreces los buenos, porque lo son; dejas á otros para número. Huelgas con aquéllos; sufres á éstos. Faltaran rayos (dice Ovidio) si se hubiera de vibrar uno sobre cada culpa. Ostentas justicia castigando delitos, y clemencia templando penas; la una virtud es la otra. No hay clemencia si no es justa, ni justicia si no es clemente. Y así, estando el delito lexos de tu clemencia, está el delincuente cerca de tu piedad. Perdonas muchas veces á otros; á ti, ninguna. Ni en lo justo eres rogado, ni en lo injusto aplacado; que quien no castiga el delito, lo comete; y no corregir lo malo es hacer lo peor (1). No se debe imitar dechado que no es bueno. Señal que tú lo eres es perseguir á los malos, y señal que agradas á Dios es desagradarlos á ellos. No pones á otros cargas con que tú no pudieras. Temes la mayor desdicha, que es la culpa. Nunca te vales del «dióme gusto». Que si tu felicidad es poder cuanto quieres, tu grandeza es querer lo que puedes; y así, haces potencia del no poder lo ilícito, y aun á todo lo lícito no te permites. Antes corriges en ti la poderosa licencia del poderoso. Muestras pueden andar juntos virtud y reinar. Eres ley que habla. No haces lo que castigas. Guardas primero las leyes que promulgas. Para aprovechar á ti, aprovechas á todos. Gobiernas tan diligentemente como propio; tan templadamente como ajeno. Muchos se libran de la pena; sólo tú de la culpa.

(1) En la edición original; *hazerlo* peor.

Lo más difícil para el tirano es ser piadoso. Quien es cruel con los menores muestra que para serlo con los otros no le falta el querer, sino el poder. Entre los animales mansos, el más dañoso es el lisonjero; entre los bravos, el tirano. Su liberalidad es pasar los dineros ajenos á otros dueños. Su astucia, fingirse aconsejado del que quiere destruir. Mas éste no está seguro, como dél no hay cosa segura. Si todos temen á uno, uno ha de temer á todos; y así, á los que le guardan, ni quisiera ver con armas ni sin ellas. Tú, ¿de qué te guardas? Tanto de la culpa como de la sospecha. Sabes que la dignidad en el indigno es en vez de infamia, y que las alabanzas que se dan á los malos, en llegando á ellos, son injurias. Que alabar al que no lo merece es aviso agudo. Pues, como el que ha de regir á todos, ha de ser escogido entre todos, supuesto que no hay con qué salar la sal que se corrompe, y que á los malos suele Dios dar gobiernos, pues los que son corregidores para nosotros suelen ser azotes para él. Tú, como estás en alto, procuras andar con tiento, y no como el humo te desvaneces mientras más subes. Miras por ti primero que por los otros. Y, como donde vale la fuerza no tiene precio la justicia, no injurias á uno, por no amenazar á todos; antes, premiando al bueno, á todos obligas. Tan natural te es la justicia, que no sé si mereces alabanza por ella. No, como grande torre, te derriba tu mismo peso. No, como muralla, caes sobre lo que has oprimido. No eres pirata de tu nave. No, como el mal pastor (que tiene resabios de lobo), desuellas, y no tresquilas. No pecas en el oficio de que eres maestro. No siegas la mies de oro de los propios; que el interés es polilla de la voluntad. No transformas culpas en merecimientos. No compras la seguridad con maldad. No eres diferente de ti. No representas papel contrario. No la abundancia te hace pobre, como aquellos (exemplo escandaloso) que, pescando con anzuelo de oro y cazando con redes de seda, apuran los erarios públicos en hacer merced á sí mismos; cuya memoria disfama por las naciones sus huesos; mas robándolo todo, todo les falta. Porque allí comienza la mayor miseria donde se comienza á hacer propio lo común. Mas tú, insigne Senado, como puedes mucho, aprove-

chas mucho. Eres oficial primo, que te labras tu dicha y tu fama. Porque la honra se mide con las costumbres, y la reputación con la fatiga. La fama, aunque no quieras, te sigue. Lo que á ti toca es lo que haces: procurar que sea buena. No se dilata con imágenes y bronces, sino con méritos y sudores. Esto tiene notable la gran fortuna; que nada tiene encubierto. Bastante prueba es lo que saben todos. Has llegado á aquellas lindes casi imposibles que te mereció tu ecelencia. Habiendo alcanzado el mando, muestras ser digno dél. No haces culpa del oficio, ni crimen de la dignidad. Tienes tu conciencia por ley. Aun de los vicios ajenos te avergüenzas. Es tu vida un dechado de bondad, porque sabes que el gobernador más daña con el exemplo que con el delito. Gran edificio, si se inclina, tiene mal reparo, y más fácilmente se daña que se aprovecha. El exército sigue las costumbres del capitán, y así, el noble que peca merece pena doblada. Que la mayor afrenta es ser vencido el que ha de vencer. Agradas á los buenos, si no á los muchos. ¿Por qué? Ya lo he dicho: porque tu felicidad no es espuela de la insolencia, sino freno. No haces pompa del eceso. No deseas lo que no tienes. Alivias más que oprimes. No haces senda por ajena heredad.

Dixe tu prudencia, justicia, templanza; llámame con trompeta tu fortaleza. Dóite (1) el parabién de no haber desmentido con el ocio al acero, ni jubilado las armas abolladas. De cuán bizarramente te muestras en las invasiones enemigas, especialmente este año de mil y seiscientos y veinte y cinco, que, presto (como la sangre) favoreces con numeroso exército. En la presteza no parece tu favor de España. Gallarda ostentación de tu abono. No haces destruición del socorro. Aun la misma celeridad es tardanza de tu deseo. Porque tiene corto cabello la ocasión. ¡Qué liberal que gastas en servicio de tu Rey! ¡Qué bien te acuerdas de ti mismo! ¡Qué tarde vuelves! Porque sólo temes huir; no esperar. Espada consentida en los tientos, falta en las ocasiones. Que si cualquiera

(1) En la edición original, evidentemente por errata, *Diote.*

acomete, sólo el fuerte vence. Tú, pues (que con igual frente te levantas sobre la misma fortuna), adornas con el consejo al valor, con la púrpura al acero. Traslado á la esperiencia; que otro imposible es decillo como imitallo. Mas en tanto que llega á juntarse contigo el fortísimo tercio (1) de tus soldados viejos (con armas escondidas en luz), quiero espaciarme por el inmenso campo de otras virtudes tuyas.

¿A qué, pues, entras en el Consistorio, Senado serenísimo, sino á recoger cuidados ajenos? Primero que tu descanso procuras el de todos. Quien no socorre pudiendo, es enemigo. Eres verdaderamente bueno, pues aprovechando á todos, á ninguno dañas. A todos haces mejores, añadiéndoles esta gloria: que no parece que les fuerzas. ¡Oh peregrina fecundidad de virtud! Sepan todos lo que deben hacer en lo que haces. El oficio, primero lo mereciste que lo tuvieses. Si bien hoy, en las dignidades, no hay cosa menos importante que merecerlas. Luego te llamó el gobierno como á refugio. Solicitó la dignidad su dignidad. Su nombre lo dice: «Al más digno.» Ya eres regidor en el cuidado y ciudadano en la igualdad; como que te derribas de ti. No es abatimiento. De nada está tan lexos quien está tan cerca de las estrellas. Es humanidad. Porque perseverando en tu majestad, no puedes crecer. Para eso te humillas: para volver á crecer. Como en el gallardo ingenio no debes nada á la sangre, has estudiado el arte de cautivar. La cortesía, ornato de los hombres entendidos. Llévaste los ojos con esta virtud, como has dado testimonio de tus méritos. Que la afabilidad alcanza á poca costa lo que sin ella se pierde. No con ceñosos ojos, escaseando luces, desafiando y rompiendo paces, consintiendo de por amor de Dios; no desesperando al ruego con el desagrado, sino vertiendo francos resplandores, como con llave maestra abres los corazones. Hallas amigos y amistades. Son la humanidad y modestia colunas del principado; que el agrado no contradice á la majestad. Así como la mala condición destruye

(1) En la edición original, *tertio*.

más que la mala fortuna. En ti es tanto de estimar tu agrado cuanto la felicidad más raras veces se sujeta á la modestia. Y así vemos al más gallardo quedarse en hombre, y el más grande hacer mayores sombras; de todos eres compañero. Antes padre que gobernador. Una cosa te ha hecho esta virtud natural: la costumbre; por la cual no pides otro premio que á ella misma. Tu bondad es la que te hace obedecer; no la necesidad. Que no es bien el que se hace por fuerza. Y en vano espera hombre de otro lo que se niega á sí mismo. Mucho te debemos por lo que nos has dado; más por ponernos á vista el original de tu imitación; tus memorias, para pasarlas á la execución. Que la ciudad más ha menester exemplo que imperio, y así, todos se gobiernan con las costumbres de uno. ¿Por qué? Porque eres tan igual compañero, que sólo quieres ser mayor en ser mejor. Todas las cosas aman sus semejantes; sólo el soberbio aborrece al soberbio. Al fin, de ninguno fío más que de aquel que debe mucho á su sangre. No veo cosa en ti que no me cueste deseos. Veo que, enriqueciendo á tantos, sólo tú te has hecho pobre. Y que, habiendo de dar, esto das primero: que no tengan que esperar. Ahorras colores á la vergüenza. Que, cuando ésta es executora, paga es; no dádiva. No es largueza la que se detiene. Ni aun tiempo quieres en precio de tu liberalidad; que el ánimo generoso gime por derramarse. Eres único remedio del pueblo, que fué engendrado en confianza tuya: de los que nacieron para ti. Y así, los padres no sólo se alegran de haber nacido, sino también de haber engendrado. Lo que la Ciudad no debe á las lluvias (1) debe á tu liberalidad. No cambia las aguas por las de tus ojos. Hasta allí llega su falta: hasta que la sepas. No destierras al pueblo de los muros. Acudes aquí y allí con el trigo y fertilidad, como la hambre lo pide. Si no escusas la esterilidad, por lo menos, escusas sus daños. Socorres al necesitado porque te acuerdas de ti mismo. Eres para el pobre lo que Dios para ti. Más favorable te muestras que el mismo cielo, pues no fertiliza á un tiempo todos los terrenos; tú sí todas las

(1) En la edición original, *lùuias*.

hambres. Haces natural de tu ciudad lo que nace en cualquiera parte. Varios países te tributan varias cosechas, haciéndose ricos con tenerte abundante (1). Bien que puedes vivir sin ellos; no ellos sin ti. Antes los remedias con tenerte sobrado. No te dan sustento, sino tributo (malgrado de la invidia). Porque perecieran si no tuvieran necesidad de ti.

Es el ocio tan necesario como el exercicio. Piérdese el acero siempre envainado. Tirado *(sic)* el arco, salta. Floxo el ánimo, falta. El ocio de la guerra es la caza, jineta y esgrima. El de la paz, los estudios y las fiestas públicas. Ya fatigando el monte, ya consultando el aire, privando á las bestias de su libertad y á las aves de sus fueros, se instruye tu nobleza en alientos de guerra. Aprende su atrevimiento deseos de victorias. Y con el exercicio, el cuerpo bebe almas. Estudia estratagemas. Rompe cobardías y, endureciéndose en el agua y polvo, se naturaliza en las inquietudes. Muestra en la esgrima y lucha que romperá con los enemigos provocado, pues sin enojo pelea con los amigos. Con la pelota se desembaraza de la pereza. Con la jineta (parte de la caza) se instruye también para la guerra. Tus estudios son exercicios de la paz, clarísimo adorno de tu ocio, sin que éste (como quiere Séneca) sea sepulcro de hombre vivo. El de Cipión nunca le tenía (2) menos de cuando le tenía. Ni menos estaba solo que cuando solo. Voz magnífica, que alaba Cicerón. Que en el ocio pensaba y en la soledad confería. Es verdad de Quintiliano que la naturaleza nos aconseja virtudes; mas éstas no se alcanzan sin estudios, por lo cual te das á ellos con ambición sedienta, no superflua. Felicísima, por cierto, pues socorre cada día á su profesor. Que aquel sabe que sabe lo necesario (como piensa Esquilo Trágico); no el que sabe muchas cosas. Al fin, has llegado á la inacesible meta de los estudios: á executar bien lo que piensas bien; y así, han hallado las letras en ANTEQUERA espíritu, sangre y patria, tanto, que pasa con lo que escribe á lo que vuela, cuando con trabajos

(1) En la edición original, *abunante.*
(2) *Ibid., temía.*

voluntarios suavizas los forzosos. En el ocio pacífico de las fiestas públicas no hurtas á la fama nada de lo que das al gusto. Tu plaza (instruída en agravios del sol, cuyas hermosuras son centellas esparcidas de su llama) es universal teatro de toda la riqueza y bizarría. Un bello desdén de cuanto admira el cielo; donde la planta inmóvil obedece á tanta vista. En brocado recoge polvo. Tan rica, que parece traer las Indias á jornal. Todas las hermosuras son gajes de su belleza; tan peregrina en las damas, que con lo que más deleita más cautiva; de quien mejor se puede fiar vidas que penas. Tan majestuosa en los caballeros, que induce [á] admiración y alegría. Y así, siempre están enviando parabienes los corazones á los ojos, logrando hermosuras en la variedad. Puesta tienen la celada. Aún vibran el acero. Las voluntades vencen, con las lanzas que rompen, con las cañas que tiran y por diversos caminos van al cielo. Que no caen, ó caen muy tarde. Los pavorosos toros que en tus sotos, con dos llamas, consultan la soledad, y en la no mandada grama pacieron el coraje, cuando escarban la arena de la plaza, señalan sepulturas. Y con humoso resuello, con cerviguillo vaheante, con horrores crespos, con selvosos ojos, con diamantes torcidos, amenazan á la misma seguridad. El silbo llama á la muerte, y, burlando atenciones y desmintiendo diligencias, antes que los ojos, llegan de un extremo á otro, sin pasar por medio.

¡Oh famosa nobleza! si tan lucidos son tus ocios, ¿qué serán tus ocupaciones? Más fácil será sucederte otros en ellas que quererlo hacer. Porque ¿quién recibirá de buena gana la carga de tus cuidados y el desvelo de tus aciertos? Que si es grande la dignidad, es grande la obligación; que no dan pequeñas lides gran vitoria. ¿Quién, pues, no se estremecerá de imitarte? Sirvan mis alabanzas de sombras que realcen tus méritos. Que no nos ha de costar tan caro tu modestia, que nos obligue á callar tantas verdades; y así, repararé menos en lo que permiten tus oídos y en la enmienda que he de hallar en tu templanza que en lo que se debe á tus virtudes. Ellas solicitan esta honra, si tú la desechas; y señal que la mereces es que la rehusas. Y así, no temo parecer largo sino á

quien le pesare que ellas sean tantas. Confieso fuera más decoro conservarlas intactas en el sagrario del silencio, por no desflorarlas con avaros encarecimientos, y ceñirlas menos cabalmente. Que las que así se veneran parecen tan grandes como son. Mas ¿quién podrá reprimir los impulsos del amor y los deseos del afecto? ¿Cómo malograré esta gloriosa ocupación de mi pensamiento? Pues, empeñado en lo que debo, vivo como corrido mientras no pago. Pudiera disimular cuando esta deuda corriera por cuenta de la cortesía, no de la voluntad, no de la obligación. Mas, cuando faltaran los respetos de la ley común de Patria, que me dió padres, amigos, leyes, costumbres y acogimiento, tus altas prendas me obligaran á decir tus glorias, si bien cien voces de hierro fueran insuficientes.

Tú, Madre clarísima, sol de las ciencias, corona de las virtudes, alcázar de la nobleza, siempre leal, siempre guerrera, de cuyas finezas, tan poco celebradas como bien merecidas, se encargó el cielo de su recompensa, fabricando de la gentileza de sus perfeciones tu condición, así en la fertilidad de tu terreno, tan poderoso en los frutos, tan cierto en los tiempos, tan dilatado en los deleitosos términos, que con nombre de Campos Elíseos celebró la erudición griega, por cielo y galardón eterno de la virtud, como en darte hijos dignos de la mejor madre. Aquéllos (primero contaré las arenas grano á grano) que, hechos de parte de su inclinación, no menos han cercado al mundo con armas que con fama, no menos con huellas que con glorias; que, como otros cuentan guerras, ellos vitorias; los que ilustran cátedras, califican tribunales y autorizan gobiernos. Tú, pues, cuando por las capitulaciones de las treguas con el Rey de Granada, mandó el de Castilla te desmantelasen (que discretamente se deja lo que tener no se puede), saliste á tu defensa, en confianza de Dios y de ti sola. Tuviste siempre firme tu estandarte setenta y dos años en medio de tanta morisma, en la mayor honra y reputación que está en memoria de los siglos. No, como á Troya, alguno de tus hijos te trajo fuego con que ardieses. No, como Roma, escureciste lo ilustre con lo infame, cuyo nombre coronado padece en su memoria su afrenta.

No, como en Tebas de cien puertas, Corinto y las cien ciudades de Creta, creció con tu fortuna tu ruina. Y las que fueron madero, fuego y mariposa. Antes con las heroicas hazañas de tus hijos erigiste templo á la inmortalidad de tu nombre. Nadie se engañe con la dulzura del error; que tu franqueza menos fué merced que merecimiento. Tu hidalguía no fué iluminada con bermellón, sino rubricada con sangre y litigada con enemigos. Que la que éstos aprueban es la fina nobleza. Cuando las demás ciudades tus vecinas tenían tanto que hacer en defenderse, sola tú ponías leyes á los miedos y enmendabas sus agravios; que vengar éstos es lo más ilustre, después del merecimiento. Cuando no sólo te faltó el socorro, sino á España la esperanza de tu conservación, triunfaste contra sus miedos. Heciste tiros á la fe humana, y aun sospechoso el crédito en la evidencia.

Bien tienes, por cierto, de dónde te venga la magnanimidad, así de ti propio como de tus mayores. Los trofeos de tus escudos, los hábitos de tus pechos, ellos son los honrados. Porque sola tu alabanza no se mezcla con vituperio, y así, no se halla en ti cosa indigna de los ojos de las gentes, de la boca de la fama, de los oídos de los siglos. Lo que con gran trabajo ganaste, con mayor lo poseíste. Que la vitoria, ya es valor, ya ventura. Tu espada era tu confianza; que ésta suele nacer de la desesperación. Tus fiestas eran los peligros, los cuales se desprecian cuando son ciertos ó esperimentados; y la costumbre los había hecho naturaleza. Jamás supo el miedo por dónde iban á ANTEQUERA. Siempre fuiste más conocida por invencible que por tu nombre. Los caminos estaban saneados con tu respeto de los malnacidos árabes, á quien más defendía en la fuga la desnudez que las armas. Estabas en peligro tan encarecido, que en tierra de cristianos no se atrevían (con dudosa eleción) á contarte entre muertos ni vivos, como á navegante. Cuando querían encarecer que uno era para poco, arrimaban en Castilla este adagio á la presunción: «¡Qué hombre vos para ANTEQUERA!» No comías otra cosa que el fruto de tus palmas. Tu arado y mercancía era la lanza. Sólo Marte servía los oficios de Mercurio, Ceres y Baco. Ahora en la caza. Así volvías cada

día de la pelea como de tu hacienda. Como mercader, contabas á la noche tus ganancias. No tenías otra moneda que trocar sino moros, ni otros vestidos que los que tejían y quitabas á Granada, Alhama, Loxa, Archidona, Málaga, Lucena, Ronda, y á la otra infinidad de lugares tus fronteras. No tenías otro alimento que el que cultivaban en sus campos. Si bien fuiste maestra de su advertencia y estímulo de su valor. En sus fortalezas estaban guardados, y allí eran tus esclavos. Cuando tu dormías, velaba su recelo. Dábasles purga en taza penada. Comían cuando querías; dormían si les dabas lugar, y aun no tenían más vida que hasta que te enojabas. Tu nombre era como Santantón, que destetaba sus niños, y primero te tenían miedo que te conociesen, ó que supiesen que era miedo. Los bienes que les dexabas, el sobresalto de perderlos los hacía males. Que temor de un día sospechado basta á hacer toda la vida inquieta. Y así, arrojaban los panales, por no sufrir los aguijones. Si bien al que padece naufragio la pérdida es ganancia. No consentías hombre (1) que no lo fuese, ni ramo estéril, aunque verde. Quien no trabajaba, no comía. Quien quería la nuez había de partir la nuez. Y sus obras á cada uno lo hacían infame ó noble. Nunca te halló el sueño á la sombra de la oliva. Tu derecho era la espada. Nunca diste lugar á que te olvidasen. Cada día aumentabas palmas á tus vencimientos y cautivos á tu carro. Llegó á tanto, que ya el vencer no era vitoria, sino costumbre. Nunca volviste las manos vacías ni sin manchas de sangre; que la crueldad es un riguroso precepto de la guerra, y ésta, remedio de desdichados. No se pasaba día sin línea, ni estéril de vitorias, y así, aquel te alaba más que más fielmente las refiere. La hambre te sacaba de la selva, como al lobo, y como tu caudal era ser pobre, eras tan poderosa como la necesidad. Que ésta suele convertirse en razón. ¡Dichosa la que nos lleva al honor! Pues, como el vientre no se aplaca con razones, no había otra manera de acallar la hambre que con vencimientos. El sustento era quitado, y así, más sabroso. Nunca dexabas de obra. Siempre andaba

(1) En la edición original, *obra*, por errata.

caliente la plaza. Eras dueño de las vidas ajenas, porque despreciabas la tuya. Que es muy del valor, para vencer el peligro, despreciallo. Como el rayo, primero herías que amenazabas; y te empleabas en la resistencia. Crecía tu ánimo con la dicha, como la virtud con la alabanza. Antes les faltaban á los enemigos lágrimas que causa para llorarlas. Después de azotados les hacías besar el azote. De su inquietud nacía tu descanso; de su temor, tu atrevimiento, y de su necesidad, tu abundancia. No había entonces frente coronada contra el miedo; que aconsejarse con éste era guardar la vida.

Mostróse esta verdad cuando al Rey de Granada su atrevimiento fué su infamia y su diadema lazo. No le quitó la corona el dolor de cabeza. Digo, dos heridas en ella. Cuando la tercera vez te sitió con doce mil infantes y seis mil caballos en la Rábita (que llaman Cerro de San Cristóbal), escapóse por uña de caballo; que el que corre, corre; y el que huye, vuela. No sólo el arrojar de tus lanzas, sino el de tus ojos estremecía á tus contrarios. El pavor les olvidaba las lanzas en la mano, y así, cometían á los pies lo que debían (1) á las manos. Conforme al viento mudabas las velas, y conforme al caso el consejo. Y como la guerra se alimenta bien en tierra de enemigos, los perseguías con sus mismos trajes; vestías las pieles de las fieras para cazallas, y (como ellas) hacías lexos de tus cuevas las presas. Como el mar, crecías y menguabas con la Luna. Cuando te quietabas, temían que (como los muchachos) habías hecho algún mal. Mucho fué perseverar tantos años; más fué no temer perseverar hasta ahora. ¿Cuántas veces, pidiéndote treguas con festejo y presente, consideraste que quien hace más fiesta que suele quiere engañar, y, teniendo por mala paz abrazo de ofendido, pensando no era tu amigo de quien tú no lo eras, derribaste con desprecio á tus pies sus abrazos, y, pagando el beso con la mano, no malbarataste la menor prenda de la estimación? Y ¿cuántas también, habiéndote largado casi tan lexos como tu fama, llegaban los enemigos y, á escala vista,

(1) En la edición original, *deuan*.

trepaban por los muros de tu ciudad (sagrado cruel de sangrientas presas), adonde de sus estrados acudían las mujeres, trocando las agujas en lanzas? ¿Qué mucho, si en la batalla también el sol pasa plaza de soldado? Veíase entre las almenas cuanto merece amor y respeto. Hallábanse de repente los bárbaros en aquel deleitoso peligro, presos con los ojos y muertos con las manos, y dos glorias repartidas, en ellas, porque los acababan vencedoras, y en ellos, porque acababan (1) siendo vencidos: porque no tenían menos armados los ojos que las manos. Rayo, que á un tiempo alumbra y mata. Peones hechos damas, que todo lo llevan abarrisco (2). ¡Oh valentísima belleza, agravio de la competencia, ley de los ojos, término del deseo, en quien no fué dicha quexosa la hermosura! Cuando os veo henchir el aire de estrellas, y con varias plumas dar alas á los vientos, y con error galano vestirlos de prados; cuando os veo (tan cargadas de glorias como de armas) ganar tantos despojos, que pudiérades empobrecer á la Fortuna, y dar tan prestos golpes, que después de morir llega la muerte, y, desmintiendo la delicadeza al valor, ahajar el cabello con celada, no puedo dejar de pediros licencia para admirarme de vuestro enojo. Porque dar Santiago, y quitar la vida, y perseguir lo que se favorece, no sé que sea buena razón de estado en la voluntad. Para dar la muerte, ¿de qué sirve despojar primero de la libertad? ¿Es razón traer en la una mano el amor y en la otra la venganza, y los que parecen abrazos sean heridas? Mas ¡oh dulce aumento del sol, qué bien apadrináis el crédito de las mujeres! Pues, sacando á naturaleza de sus quicios, sois tan varoniles como muchos hombres afeminados, y las primeras damas que se han visto sin melindres y barros; tan discretas, que pudiérades ser feas; tan hermosas, que pudiérades ser necias. Ya mujer y valor sólo se diferencian en el nombre. El que buscaba en todo el mundo una fuerte, aquí las hallara todas. Perdónese este rasgo á la pluma. Pasaron estos enojos plaza de cortesía. Con tales oficiales,

(1) En la edición original, *acauan*.
(2) *Ibid.*, *a barrisco*.

ociosa estaría la muerte, si bien contradecían las caras lo que hacían las manos, y estaban en duda á quién debían las heridas: á los ojos, ó á las armas. Mas, de cualquier manera, morían á manos del favor y de la dicha. Mas ¿por qué un moro ha de morir de tan buen gusto, que deba su muerte á tan sabrosa furia? Cuando los hombres volvían, hallaban al Amor niño y al Valor gigante: tantos muertos como traían cautivos; lo mismo vencían ellas que peleaban ellos, mereciendo conservando lo que ellos adquiriendo. Que los ojos, siendo diferentes en los sitios, son uno en el acto. Nunca se vieron mujeres tan hombres ni hombres tan héroes. En llegando, sacaba el Amor á la cara las señales de su valentía: en ellas, haciéndoles merced de la vida, á lo valiente; y en ellos, arrojando á sus plantas los laureles de su frente (que Amor es hijo de Marte); librando en sus brazos el descanso de sus fatigas. Y ¡cuántas veces también, solicitada de los gritos de los cautivos que llevaban los moros de otras tierras, y por ultraje pasaban por las tuyas (fiados en su multitud), saliste, ardiendo en saña santa, fatigando los atajos con polvo y carrera! Que la mayor parte de los grandes hechos es la determinación. Y, llamando (con maravillas suspensiones), entregaste á los bárbaros al castigo de su insolencia. Que no es fuerte el que en la dificultad no aumenta el ánimo. Eclipsaste sus lunas, arrastraste sus banderas, quitándoles las presas y las vidas, de que todos los años (con voto) en himnos públicos, renuevas los agradecimientos al Dios de los exércitos.

¡Oh ANTEQUERA mía, hija destas dos valentías, entonces aprendiste lo que ahora nos enseñas! Cosas se dicen de ti que no pueden cuadrar á otros ningunos: ¿qué mucho, si en tus vitorias tanta parte tenía tu fama como tus armas? Ninguna cosa se alaba bastantemente si no se compara con otra. Ofréceseme ahora cuán clamorosamente cacarean sus huevos las gallinas: aquellos valientes extranjeros, aquellos Césares que dieron (á costa de la modestia) tósigo á la verdad; que para tener honra hicieron mucho, y para merecerla nada; de cuya cobardía no hay otra señal más cierta que sus triunfos, en quien no hay cosa que entretenga la paciencia, sí que la esamine. Que siempre á la ostentación acompaña

la mentira; mas la perfeta virtud fácilmente se escapa de los ojos. ¡Oh gloria de España, Patria mía, cuántas hazañas tuyas olvidaste, sabiendo que la sombra del capitán no es mayor cuando ha vencido! ¡Cuántas gloras desperdiciaste, que yacen en silencio escuro (si bien elocuente), escondidas en polvo, contentándote con sólo merecerlas! En quien no sólo perdió la imitación su esperanza, sino la admiración su esfera; con quien pudieran honrarse reinos enteros. ¡Oh, cómo cosas muy grandes suceden á muy pocos! ¡Oh, cómo eres lo que los más famosos desean ser, como lo dicen los tiempos con unas palabras y la fortuna con unos sucesos! ¡Oh, cómo tu virtud, nobleza y felicidad agotan no sólo á la imaginación, sino á lo posible! Díganlo esas venerables ruinas en quien hallan descanso y misterio los más estrechos y achacosos anticuarios, aquellos que en las tinieblas mendigan sus aciertos, que fían mucho de cortesías ajenas; esos elegantes espectáculos desmantelados con la carga de los trofeos, más que de los años, con que alimentas á los ojos y satisfaces á los deseos; esas inscripciones tan mal borradas de la invidia del tiempo como bien escritas, porque no las favorezcamos con dudallas. Dígalo también ese claro arnés que vistes, grabado de tus hechos, en que te ves y acuerdas de ti misma, con que juntamente espantas y maravillas. Díganlo las corónicas de tus vegas, sembradas de cuerpos muertos (señas aun á los bueitres lastimosas), blanqueando con huesos, manchadas con vitorias, ahogadas en tu sudor y su sangre; tantos yelmos y lanzas que desentierran los arados (1) (indigna cosecha) y lleva Guadalhorce, coronado de camuesos, volcando á la mar, con que parece no pagarle tributo, sino darle guerra. Tus armas, que son un castillo, custodia de la reputación de España, un león rapante de doradas lanas, que defiende una provincia de virginales lilios, que en el candor ponen en riesgo á la blancura. Tus templos, que salen por los campos del aire á recebir las nubes (hablando las campanas alegrías), cuyos concentuosos coros, destinados á tanto

(1) En la edición original, *arrados*.

misterio, tantas veces han quitado á Dios los rayos de la mano, dignado de sus afectos puros. Tu trono imperial de la majestad de los Remedios, fecundo tálamo de la virginidad, la repartidora de todos los tesoros de Dios, por quien tantas veces ha depuesto sus iras; la que vence á los santos en piedad y á los ángeles en pureza; el prodigio y monstro sacratísimo de santidad; el luzero, dádiva de los rayos de su sol; la que, siendo fatigados sus oídos con las voces del dolor y con los clamores del silencio, cuando la necesidad acomula motivos á los ruegos, satisface los agravios de las tribulaciones; la que da posesión á las esperanzas. En cuya presencia respeta el silencio á la verdad, y el amor no se fía de los labios, y un punto de descuido es siglo de confusión, y ofensa de la razón cualquiera travesura de los ojos. Donde, si el llanto es testimonio de la pena, es también instrumento del alivio. Donde sólo se sabe aprovechar lo desdichado, tal, que es dicha serlo. Donde es merecimiento la cosa más cansada, que es la porfía, y quien más cansa más alcanza. Donde es la diligencia de los afectos de aquel verde linaje de esperanza que no peligra ni engaña. Donde se abrevia y facilita aquella jornada tan larga y dificultosa que hay desde el odio al amor. Donde se recompensan los pesares con alegrías y no pierde el sufrimiento su propio fruto, que es el descanso. Donde se previenen avisos á la enmienda y amenazas á la ruina al que, firme en sus yerros, solicita sus engaños; al que apaga la luz al discurso y anubla el beneficio de la razón. Donde el malo se desagrada y la nube del dolor se desata en lágrimas. Donde siempre está pagando satisfaciones el agradecimiento, y desempeñando prendas la devoción. Donde no es falta de memoria la ventura, ni la dicha en la mano descuido en la atención. Porque (conformándose los votos con los llantos) satisfacen promesas y tributan honores. ¿Quién puede dexar de querer á quien no puede dexar de ser querida, á quien, por querer, dexa quererse y es todos los remedios, aun á los descuidados de su remedio? A cuyos hermosos ojos, patria del agrado, de quien el sol es un reflejo, que tienen más almas que han rendido, que hablan piedades, que persuaden premios, envío el corazón, ardiendo en clara

llama, por mensajero de sí mismo, para que siempre la alabe entre los infinitos trofeos de su templo y entre las imágenes de cera de su sagrario.

Tu fortaleza, á quien la edad apena dexa ser castillo, que, coronada de antigüedad, desmoronadamente estando quedo, dice las mudanzas del tiempo, devorador sacrílego, que con igual pie la ha visitado con pasos desiguales; á quien ha sido lícito mucho en sus grandezas. Tus murallas, engastadas en plata y aprisionadas en cristal, que se miran en una medio fuente, medio río, que confunde los términos de ambos y en Guadalhorce muere de sí mismo. Tus edificios suntuosos, en cuyas reales fábricas se retratan los ánimos, gloriosas pesadumbres, construídas de diferentes jaspes, que inmenso sitio ocupan de los vientos, y el sol luce con su licencia. Tus alcaicerías y lonjas, enlazadas con ambos mundos, donde los caudalosos empleos presumen competir con la infalible verdad de los mercadantes, de quien no ha sido ni aun sospechoso el crédito. Tus jardines, donde, persuadido de tempestad de rosas (que purpurean vanidades arrogantes), nace el día, y en una muchas flores, por verdad de las estrellas: tantas, que alcanzan de cuenta á la Aritmética; donde falta olfato á tanta Siria y adonde la curiosidad agradece el cuidado á los ojos, puertas de la admiración. Tus campiñas, logro de tantas perfeciones, ondeantes de agradecidas mieses, á las injurias de los surcos fieles, tapizadas de pacíficas olivas que Minerva traduxo de su Atenas, de vides, de dulces pesos; cuyas generosas sandías (1) acometen un tiento á los pies del más gallardo. Tus montes, que manan dulces premios de retesadas tetas y oro líquido, decendiente de sus flores, que perezosamente se desata de las celdas de sus panales (2), cuya verdura se esconde en los números de mal contado ganado: de ovejas, mentidos los vellones de grana; de cabras (3) que resisten al tacto

(1) En la edición original, *Candias*.

(2) *Ibid.*, de las celdas panales; pero añadido de mano, *de sus*.

(3) *Ibid.*, por evidente errata, los vellones de *Granada:* cabras, que resisten...

con el yerto pelo; de vacas que recogen en las anchas narices viento que otro no ha resollado, ni con blasfemias ofendido; de caballos corpulentos, abiertos de narices, de anchos pechos, lados altos, ojos vivos, cuello corto, cerviz esenta, pies estrechos, que no saben un lugar, y una vez y otra hieren el hueco suelo, y en la carrera ponen límite á su padre el Zéfiro. Tus fuentes, que lavan más flores que arenas, y no menos sirven á la salud que al deleite (como se ve en la de la Piedra, que en una inmensa laguna habla mil sales), y granjeándose paso en los estorbos con apacible uso, son pompa de los arroyos, herederos de su plata, que, cantando cristales, con más almas que voces, dan música á los ojos, y, corriendo liberales, florecen juventudes y atrevimientos verdes. Tus ríos, enturbiados con oro, hijos de tus montes, que útilmente tiranizan tus vegas y dan á su libertad la bienvenida guarnecidos de frutales que asimismo se engendran en las aguas que caminan con irrevocable planta al mar donde el sol hace noche. Tus huertas, cuartos aderezados de Pomona, con esperanzas de huéspedes. Tus frutas, elogios de la naturaleza, despojos de la mano, que (no menos brindando al gusto que al olfato) acumulan motivos al apetito, y la cudicia de los ojos parece que las hurta cuando las mira; tan suaves, que saben á sus alabanzas. Tus sierras, dedicadas para las tempestades, que blanquean con obstinadas nieves, árbitros de ambos mundos, cuyos riscos, puntales del cielo, coronados de estrellas, azulean milagros en cada precipicio y tiranizan muchas horas á la noche, y ganan las primeras albricias al día. Tus cuevas, no menos ocultadoras de peregrinos que confusos secretos; á quien la curiosidad ha llamado á esamen, asida al hilo de Teseo. Mas ¿cómo sin él saldré de mi confusión? Comencé agradecido; acabo admirado; no hay pasar adelante, si no es para anegarme en este Océano de alabanzas, pues son agravios de las grandes virtudes los moderados encarecimientos. No la eleción, sino el caso de forzosas obligaciones, me privaron del bien de gozarte; no del deseo de servirte. Tu ausencia no la consiento, sino la sufro. Y, como al enfermo que niegan el agua dexan enjaguar la boca, así con este papel entretengo á la esperanza (imagen

de lo ausente), que, desazonado el gusto, mendiga entretenimientos; y así, tanto me ocupa tu gloria (mientras traslado los pensamientos á la pluma), que no dexa lugar al sentimiento. En tu ausencia me hallo tan contento de estar triste, que me hiciera triste estar contento. Pégueseme la voz á la garganta, sacro desierto mío de la Magdalena, si no te pusiere siempre por principio de mis alegrías. Primero que te olvide volverán los ríos á sus fuentes y andarán por los montes los delfines; y así, mientras los pasos te encamino, te envío los cuidados, contento con amar más que con merecer; pues con la fe no puede ausencia: que ésta no lo es si no hay olvido; y así, viviré lo que durare el engañarme una esperanza tramposa, que tanto tiempo me ha desperdiciado. Y porque, como el humo de la Patria es más estimado que el fuego de la ajena, que ésta tiene lugar después de Dios y antes que los padres, á quien negarse es desterrarse della, no cumplo con mi obligación si no es confesándola. Que deseos son moneda con que pagan los menesterosos, si bien desear y no poder acaban á un obligado. Date por satisfecha de mis propósitos, pues he procurado librar tus dones de ingratitudes. Apadríneme tu gracia. Ama en mí lo que es hacienda tuya y vive los felicísimos años en que se conforman tus propios deseos y las ajenas necesidades. Desta Ciudad del Gran Duque, cercada de los bramidos del mar: cuello que junta el cuerpo del mundo con su cabeza España. Octubre de 1626.

De Vuestra Señoría:
El menor de sus capellanes,

PEDRO ESPINOSA.

PRONOSTICO
IVDICIARIO
DE LOS SVCESOS DESTE

Año de mil i feifcientos i veinte i fiete
hafta la fin del mũdo, por donde fe
podra fauer, i euitar por
lo acontecido, lo
amenaçado.

AL MERIDIANO DE SEUILLA

Autor Pedro Efpinofa, natural de la
Ciudad Antequera, Capellan del Excelentifsimo Señor Duque de Medina Sidonia, i Rector del Colegio
de San Ilefonfo de la Ciudad Sanlucar.

*Al muy Reverendo Padre Fray Hieronimo
Pancoruo, infigne Predicador Carmelita.*

Impreffo con licencia en Malaga por
Iuan Rene, Año de 1627.

AL MUY REVERENDO PADRE

FR. HIERÓNIMO PANCORVO,

INSIGNE PREDICADOR CARMELITA

La deuda en que me hallo no se sanea con fiador menos abonado que con hacer una confesión de molde, y así, sea ésta la primera verdad de mi *Pronóstico.* Vuestra Paternidad lo reciba, pues luego que hizo pinos y supo andar (con sus dixes), salió del palacio del gran Duque, donde había nacido, y se acogió á la Religión, á buscar su remedio en la celda de vuestra Paternidad. Guarde nuestro Señor, etc.

Pedro Espinosa.



PRONÓSTICO JUDICIARIO

CON QUE SE PUEDE SABER Y EVITAR POR LO SUCEDIDO LO AMENAZADO

—

JUICIO DEL AÑO, QUE YA HASTA EL AÑO OSTENTA JUICIO

Es el tiempo la serpiente de Saturno, que se muerde la cola; círculo de falsa eternidad: no podrá dar á uno sin morder á otro. La cabeza come la cola; el grande al pequeño. Escóndela, porque inoremos sus fines. A Cesar da por aceitunas puñaladas, y aun suele servir los postres á los principios, y juntar la punta con el pomo; la cuna con el túmulo. Come su cola, porque se sustenta de sí mismo, y así, cuanto viniere será cola mordida. Está en el círculo, y no será pequeña necedad edificar sobre redondo, que siempre rueda. Quitará las cosas antes de poseerlas, y antes de ser se dirán.

Este presente año de mil y seiscientos y veinte y siete hará cuartos la luna todos los meses, el verdugo algunos días, y los extranjeros todo el año.

Todas son fiestas movibles, porque las del mundo tienen poca firmeza. Áureo número no parece, ni parecerá, hasta que no parezca cobre. De Epata tenemos doce, aunque las mujeres dicen que no más de cinco (y lo dan de corto). Los hombres se alargan

á once, y de un pie á otro consumen tres puntos. No sé para qué quieren tantos, que se los quitan al calzado y se los cogen á las medias. La septuagésima procurará desmentir tanta edad, y la ceniza se consolará con que aún tiene flor. Habrá abundancia de trigo y grande falta de cebada. El aceite tendrá valor, y el que no lo guardare comerá sin gusto y cenará á escuras. Cogeráse mucho vino y bueno; con él se efectuarán muchas paces; por él se aguarán pocas fiestas; sus amigos lo trairán entre dientes, le darán mortales tragos, y lo persiguirán de suerte, que no lo dejen llegar á viejo. Los ganados serán pocos, si muchos los perdidos, aunque del cabruno promete Venus buena cría. Habrá buena cosecha de grana, que para unos será grana de polvo, pues del polvo de la tierra subirán á granados, y para otros será grana entrapada, que, como antaño la arrastraban, se les ha convertido en trapos viejos. La Primavera será fértil en buen romance y, por andarse toda la vida en flores, morirá en la flor de su vida. Habrá en cualquiera parte buen olor al quitar y huevos frescos al poner. En el Estío habrá enfermedades agudas que causen sed y se curarán con medicinas botas. En el Otoño los labradores y mercaderes llevarán al escribano el pleito homenaje de sus casas. El Invierno los poderosos señores destos reinos harán guerra á sangre y fuego á los etíopes que andan amontados como los cimarrones del Brasil, cuyos cuerpos sangrientos y despedazados por las armas de los cristianos viejos pondrán horror y miedo á los que no lo son. Dios sobre todo.

ENERO tiene treinta y un dias. La luna, treinta. Veránse en él sesenta cosas admirables.

1. Viernes, primer día, habrá hombres de dos caras; que, como este mes las tiene, se alegra con sus semejantes; correrán éstos todo el mundo como moneda corriente, supliendo las veces de los doblones, que los tiene la avaricia miserablemente aprisionados.

2. Las amistades serán de gato: uñas y dientes; achacosas como costal de carbonero, y más caras que regalo de monja. An-

darán los lacayos con botas por la mañana, y á la tarde en cueros vivos.

3. Algunos llegarán á ser sabios, si ya, por su desgracia, no se dan á entender que lo son. El primer grado de la locura será tenerse por discreto. A todos olerá bien su sudor.

4. Escucharánse los lisonjeros de sí mismos, y, contentándose á sí, agradarán á unos grandes necios.

5. Habrá unos que se llamen *cultos*, de quien se derivarán las chanzas, carambolas y chilindrinas, que todo su cuidado gastarán en apartarse de lo que quieren decir. Otros, cigarras habladoras, que atruenen y no deleiten.

6. Habrá otros entremetidos que querrán dar punto á todas las ollas. Los agravios quebrarán el espejo á la prudencia.

7. Los presumidos guardarán las espaldas á su engaño. Los vanos harán pompa de su miseria y empreñarán su deseo en el viento.

8. Los sabidos conocerán lo mejor y aprobarán lo peor. Los hipócritas encarecerán los quilates de una voluntad sin liga.

9. Los ambiciosos serán mártires de sus imposibles. Los tramposos recibirán prestado lo que pagarán para siempre.

10. Los criados no se olvidarán del tema de sus quejas. Los podridos serán parciales del desagrado.

11. Los ruines juntarán el nombre de ingratos al de olvidadizos. Los amantes tropezarán en sus diligencias.

12. Los aturdidos desabrocharán los apetitos angustiados. Los logreros no tendrán aun esperanza que perder.

13. Los grandes tendrán grandes competencias. Los poderosos serán poderosamente atormentados.

14. Los apacibles señalarán alteza, con argumentos forzosos. Los confiados perderán la esperanza en la posesión.

15. Los tiranos harán mérito y honor de la fuerza. Los solamente hermosos serán los más feos.

16. Los porfiados harán delito de su celebro. Los mansos lo que habían de echar en hiel gastarán en orejas.

17. Los ruines médicos curarán sin tiento; y los doctos, á

tiento. Los suegros y los hurones darán el fruto debajo de la tierra.

18. Los necios esperarán hasta caerse la casa; aun no escarmentarán en los sucesos: tendrán su antojo por ley; su reputación, en poder de la muerte. ¡Ojalá debieran al escarmiento lo que al desengaño! Dilatarán la jurisdición al gusto; aunque dejen de ser pobres, no dejarán de ser ellos.

19. En ellos estará violenta la bizarría; siempre tendrán la mofa de su mano.

20. Desenredarse han de los cuidados, para enlazarse en los vicios. No se aconsejarán con la moderación.

21. Estarán las lisonjas avecindadas en sus orejas. Trairán la verdad ociosa.

22. Cuanto les pareciere (1) bien, lo agradecerán á su ignorancia; y cuanto mal, á su malicia.

23. Hallaránse con la muerte, antes venida que esperada, y antes pasada que venida. Tonto quien toda la vida se muere de miedo de morirse. Malo quien pasa tan sin miedo como si no la hubiese. Sabio quien vive cada día como quien cada hora puede morir.

24. El necio sólo sabrá lo que le aprovechare; y el virtuoso nada ignorará de cuanto le conviniere.

25. Andaráse entre los conocidos la calabaza. Habrá buena pesquería con anzuelo de oro.

26. Podrán más diablos de plata que ángeles de marfil. No habrá perro que tanto ladre, que con un hueso no calle.

27. Trairán luto los ratones por la muerte del gato; si bien apena se hallará hijo que no desee la muerte de su padre.

28. Andará entre los congregados muy valido el melindre de no comer puerco, porque gruñe, y no será por eso, sino por esotro; y los gatos se irán sin trabajo á la asadura.

29. Téngase por cierto (como tos de vieja) que habrá mu-

(1) En la edición original, *pereciere*.

chos platos donde se peguen las uñas; y á los más sucios acudirán las moscas.

30. Todos tomarán á pechos su negocio, digo, su jarro, y trago á trago lo azumbrarán.

31. El vinagre frito y el sonsonete de lo caro harán gárgaras con los ojos, llorando con la humareda de cepas. Las costumbres serán sorbidas, y toda la vida tragos de muerte.

FEBRERO tiene veinte y ocho días. La luna, veinte y nueve. Cumpliránse algunos sucesos que deseaba alcanzar el Marqués de Villena.

1. Lunes, primer día del mes, las almas devotas visitarán ermitas, y con sus medidas se apretarán las sienes.

2. Con los brindis turbados andarán los bureos, y los discursos moscateles hablarán abollado palabras vecinas del estómago.

3. Andarán las pesadumbres zumosas con acedías, y las carcajadas, las manos en las arcas, con remedos de quebrado reduciendo potra.

4. Toda la vida del alguacil será un soplo, quiero decir, un cañutazo. Habrá gran corazón contra huevos blandos. Será lo mismo castigar una vieja que espulgar un zamarro prieto.

5. Muchas ancianas venderán por suya la cara con que juran falso, siendo de la salsera, y ellas severa corrección del apetito.

6. La vejez no tendrá convalecencia: será puerto de los males. Más se conocerá en las enfermedades que en la prudencia.

7. Las canas serán blanco de la muerte. ¡Oh ancianos míos, desafuciados de razón, injuria de la prudencia! ¿Por qué pensáis que vuestro pensamiento es Jordán, siendo vosotros epítomes de todos los siglos, amén? Mas cuanto el lobo más viejo, tanto peor. Vosotros, pues (mártires de noche, confesores de día), adelantaréis el castigo á vuestra muerte.

8. Lo que se debiere al rico se cobrará el mismo día; y lo que se prometiere al pobre, dos días antes.

9. Los forasteros escogerán linajes á medida de sus bocas, que, por ser de cuero, darán de sí.

10. La hacienda de todos será de ninguno. Engañaránse los hombres á sí, como si engañasen á sus hados.

11. Las amistades reconciliadas serán como madera podrida dorada y olla fría vuelta á calentar.

12. Tanto beberá la candiota como el dueño, y no habrá despensa sin ratón.

13. La mayor parte de las riquezas servirá más para los ojos ajenos que para el uso del dueño.

14. Habrá cejas ayudadas con humo de sartén.

15. Con peligro cantarán los pasajeros donde los puedan oir los escribanos.

16. La boca que oliere mal será privada de la conversación.

17. El olvido consumirá lo hecho, y la lisonja dirá lo que no se hizo.

18. La avaricia no envejecerá con los años. Los más errados irán mas contentos y seguros.

19. Sobre las riquezas estarán parados los desvelos, y así tendrán por cortesía hurtallas, porque duerman los ricos y los ladrones.

20. La paz forzada no será durable; y la más sospechosa, el beso del agraviado.

21. Punzados, trotarán los asnos, y tirará coces su paciencia ofendida.

22. Quebrada la paciencia, se derramará la virtud.

23. La imán atrairá al acero, y la paciencia al airado.

24. Dirán muchas cosas buenas de la paciencia; mas ella será una virtud ociosa, pues no la hallarán cuando la hayan menester, y entonces dirán que presten paciencia.

25. Con tanto trabajo se aprenderá lo impertinente como lo importante.

26. Las completas en ayunas harán mala cara.

27. El bien se hará mal, recibido con la mano zurda. Fortuna, á quien mucho halagare volverá loco.

28. Orejas que oyeren lisonjas no sufrirán desengaños.

MARZO tiene treinta y un días. La luna, treinta. Tiene cuarenta profecías, que sucederán como en ello se contiene.

1. Lunes, primer día del mes, habrá tan grandes necios, que, sabiendo que han de morir, se atrevan á reir.

2. Tanto hará un mal que no dañe como un bien que no aproveche.

3. Al que hubiere de pagar la Pascua, parecerá corta la Cuaresma. Lo muy lejos y lo muy cerca no se podrá ver.

4. La honra y la afrenta será de quien la hiciere. Sus obras serán de cada uno.

5. El deseo de tener no se amansará teniendo.

6. La ociosidad andará desacomodada, como criado despedido. Será orín del ingenio y se le aparejará vejez mendigante y arrepentida, porque Dios no empeñará su potencia para abonar flojedades.

7. El cuidado se cebará de sí mismo. Hará las dádivas (si no corrientes) líquidas las peñas.

8. El ornato demasiado será instrumento de soberbia.

9. La necesidad enseñará lo fácil; la abundancia, lo superfluo.

10. Todas las cosas marcharán á sus fines á largo paso.

11. A los delitos juveniles añadirán otros mayores, despreciándolos.

12. Necesidades fingidas á su tiempo le llenarán la manzana á la discreción. Andarán hechos hombres los colchones. En el precioso vaso de los ojos se beberá la más sabrosa ponzoña. En éstos se asomará el amor con dos varas de garabato.

13. La nobleza común será una opinión, porque no habrá otra sino la virtud; y la honra que naciere désta la misma virtud que la ganó la despreciará.

14. Lo bien pensado no será mal oído, como no sea pidiendo.

15. Negociará primero el que pusiere más diligencias que méritos.

16. La ocasión andará de priesa, y la celeridad se alzará con la mayor parte del buen suceso.

17. El dado, de cualquiera parte se sentará bien.

18. No habrá dignidad sin pensión.

19. Habrá negocios batanados y medicinas más graves que las enfermedades.

20. La costumbre, de un cuartillo hará un azumbre. Irále mal á la flor en la tarde; al privado, mañana; al truhán, á la vejez.

21. Habrá informaciones con alforzas; honras de anillo; damas con tramoyas; préstamos con ribetes; escribanos levantados, como testimonios; médicos que maten hasta sus mulas.

22. Los encarecimientos serán deudores de la verdad. Mas ¿qué mucho, si todo se ha encarecido? Sólo el tiempo bien gastado no será tiempo perdido.

23. El primer paso de la prudencia será no querer errar; mas un yerro y otro yerro harán cadena de hierro.

24. El error grande tendrá lugar de maldad. Los consejos serán tan propios de los tiempos como de los hombres. Los blandos serán daños suaves. Lo bueno no se medirá por lo grande.

25. Los convidados juzgarán mejor de los manjares que el cocinero. La ostentación andará al lado de la mentira; los deseos, delante de los engaños; y el castigo, á las espaldas del delito.

26. Con la tardanza cobrará fuerzas el consejo, y con el ímpetu, la maldad.

27. A la priesa (aunque tarde) alcanzará el arrepentimiento.

28. La llaneza y liberalidad, no siendo moderadas, se tornarán en ruina de sus dueños; porque mejor se siembra con la mano que con todo el costal.

29. Será muy discreta la desconfianza. Pensarán que el malo viene á engañar y el bueno viene engañado, y así, á pocos dará crédito; mas por la simulación, á todos.

30. Los premios darán cordelejo á los méritos. Habrá gracias mastines, con dientes, y desgracias emperradas.

31. El que quisiere un año bueno, se casará; y el que quisiere dos, no se casará, porque irá poco de casado á cansado. Los muertos y los casados se velarán.

ABRIL tiene treinta días. La luna, veinte y nueve. ¡Ay de los enamorados! Abril males les pronostica.

1. Viernes, primer día del mes, será el afecto sin efecto asonante. Forzado el gusto, dejará de serlo.
2. Los yerros menos considerados serán más incurables.
3. Los menos agradecidos serán más beneficiados.
4. La voz desacreditará los quilates de la pena.
5. La verdad se deslucirá con el cuidado.
6. El honrado será recogedor de penas.
7. La vida servirá de ayudar á las pesadumbres.
8. Cuidado oído presumirá de favor.
9. La queja escuchada se fingirá esperanza.
10. Invidiar lo hermoso será bajeza cortés, y barato enemigo el no obligado.
11. La cosa más larga será la vida que no importe.
12. La temeridad será valiente necedad.
13. El discurso peleará más que la mano.
14. La prudencia vencerá con espada ajena.
15. La fiereza no será hermosura. El desdén ausentará más que la distancia.
16. No habrá ausencia si no hubiere olvido; mas al desdichado la vista le hará ausente.
17. Corto alivio de los males será la costumbre.
18. Por la puerta que el amor entrarán las penas.
19. Comenzará de burlas y acabará de veras.
20. El que se llegare á su fuego se quemará más que quiera.
21. Su llama se aumentará si la atizan celos.
22. Éstos le darán razón; deseando ver, se entrarán por los ojos.

23. Mas aunque rompa la venda, no verá su daño.

24. Será pródigo de hacienda y secretos. A nadie guardará respeto. Lo que más presto olvidará será la majestad. Esta representará en no rendirse á desiguales.

25. Como niño, temerá; y si le llevaren cuesta arriba, se cansará; y, como niño, no tendrá paciencia y será poco considerado.

26. Crecerá con el manjar del trato, y en llegando á ser grande será locura.

27. El fino se contentará de sí mismo. Tendrá manos y no lengua; hablará por él la inquietud.

28. En su república el oficio más aborrecido será el de los pregoneros. El costoso obligará á restitución; sus votos se comutarán en penitencia. Como desnudo, no tendrá más interés de su gusto.

29. Como la salud, saldrá á la cara. Como adelfa, será veneno y clavellinas. Como fuego, en tocando, levantará ampollas y llagas. A nadie pedirá licencia, aunque entrará llamando al alma. Desproporcionará los encarecimientos. Buscará fama en los males. Pasearse ha por los corredores de los ojos, y el que se pudiere encubrir no será él. Al fin, nada de su alma negará el que confesare su amor.

30. ¡Oh mortales! Desnudáos de los estorbos de hombres; no os desheredéis de vuestro nombre; no os entreguéis al albedrío de un ciego; fiad de la mudanza del aire la de vuestro sosiego; advertid que del hospital del Amor pasan á los Incurables.

MAYO tiene treinta y un días. La luna, treinta. Sucesos varios y cosas nuevas, que no me atreviera á escribirlas si no las supiera con certeza.

1. Sábado, primer día del mes. A la muerte no la sentirá el vivo ni el muerto, porque cuando es ella, no soy yo; y cuando yo soy, no es ella.

2. A las pérdidas excederán los sentimientos; mas ¡ay del dolor á quien negare el corazón el socorro de los ojos!

3. Lo que no la razón, acabará la tardanza. Pocas cosas admirarán á la experiencia, y ésta sazonará á los libros.

4. El estudio hará doctos; la esperiencia, discretos. El precio más caro serán ruegos. Mercedes tardías serán arrojadas, y la tardanza del beneficio quitará la flor al agradecimiento.

5. La ambición no mirará por dónde comenzó, sino adónde desea llegar. El vicio que fácilmente se oyere fácilmente se obrará.

6. Por pequeña que sea la queja, menguará la reputación. Lo que la naturaleza negare no convendrá.

7. La buena conciencia no hará caso de la murmuración. La inconstancia no será fiel. La injuria borrará las obligaciones en que había puesto el beneficio.

8. La fortuna no tendrá jurisdición en los que desprecian las riquezas. Al ejército no hará fuerte la muchedumbre, sino el orden.

9. Lo muy deseado enfadará conseguido. A los dones no los hará grandes la cantidad, sino el deseo.

10. La cudicia crecerá al paso que la riqueza. La prosperidad será prensa de la virtud y esponja de los vicios.

11. El entendimiento se envejecerá como el cuerpo. En la ocasión se tropezará fácilmente.

12. Voluntad subordinada no podrá tener elección. Aceptación de personas será el mayor padrastro del gobierno.

13. Mudar consejo con causa será prudencia; y sin ella, inconstancia. Ser temido será tiranía; despreciado, negligencia.

14. Compuesto de contrarios no durará. Cuando el río y el airado salieren de madre se llevarán las inmundicias.

15. Quien se apartare del camino, de breve lo hará largo.

16. El engaño andará con vestido holgado. Y muchos aturdidos se suspenderán en el aire, como el zancarrón de Mahoma.

17. Muchos, por ser ricos, se olvidarán de sus narices; y (antes que escampen) digo que estará el mundo lleno de esperanzas judías, trasijadas con tantos verdes. Tanto engañarán cuanto esperaren.

18. En casa de hidalgos se olvidarán los dientes del estómago. Habrá buena cosecha de majaderos, y sin éstos le irá mal á la cocina.

19. Donde no hubiere eco, probarán corneta.

20. A los pisaverdes se les irá todo el día en andar de noche.

21. Será miserable el que no tuviere enemigos.

22. El agraviado que pretendiere vengarse mostrará que tambien él sabe hacer mal.

23. La herida de uno no se remediará con la de otro.

24. Locura será querer que no sea hecho lo que está hecho.

25. El que se vengare comenzará luego á estar receloso.

26. El agraviado y el agraviador serán á la gente un espectáculo de fieras condenadas á muerte.

27. Donde estuviere el que se desea vengar, ocioso será el enemigo.

28. La venganza es cobardía, y la ira grande mal, pues ajena al hombre de sí cuando más se ha menester.

29. El que fuere con ella y cargado de armas, las armas irán sin él.

30. El ánimo heroico se vengará con sólo mostrar que se puede vengar.

31. Perdonáos, cansados; terrible cosa fuera mandaros vengar; salir de noche cargado de armas y gente, á matar ó herir. ¿Cuánto mejor es perdonar, cosa que se puede hacer cenando, en casa, acostado y con todo descanso?

JUNIO tiene treinta días. La luna, veinte y nueve. Contiene ciertas profecías: darán gusto, si no me engaño.

1. Miércoles, primer día del mes, tomarán los astrólogos á su cuidado las estrellas, y pondrán á su cargo sus caminos y acecharán sus jornadas, mientras con discursos cañaríes, mirando al cielo, caen en un caño.

2. Por más que se adelgacen en apear los secretos celestiales, no sabrán más de lo que ellos mismos inventaren; y aunque pro-

curen llegar á los días antes que asomen y parlar con las cabrillas, no las podrán decir lo que no saben.

3. ¡Ay del que lisonjeare! ¡Ay del que no lisonjeare! ¡Ay del que creyere! ¡Ay del que no creyere! ¡Ay del que fuere al uso! ¡Ay del que no fuere al uso!

4. Con peligro se hará concierto con los extraños. La noche, el amor y el vino persuadirán á los mozos.

5. La hartura brindará á la desvergüenza; mas las moscas huirán de la mano que se meneare, y el gato, de la olla hirviendo.

6. El oro no excusará de males, pues no librará de la cudicia de sí mismo. No tanto edificará á la Iglesia cuanto la destruirá. Al alma robará la paz y á los ojos el sueño.

7. La razón, el tiempo ó la muerte, sanarán todas las enfermedades; sólo el mal entendimiento será incurable.

8. El yeso y el muchacho se labrarán blandos; si el ollero no diere á la rueda, se endurecerá el barro.

9. La mujer amará, ó aborrecerá, y no habrá en ella tercera cosa, sino cosa tercera, cuando sea dueña.

10. A los muy vanos levantará el viento, y con los favores andarán errando por el aire.

11. Muchas palabras dirán poco seso, y donde la risa sobrare faltará juicio; mas el río profundo correrá sin ruido.

12. Habrá mucho de aquello: «Coronémonos de rosas; vivamos de espacio; olvidemos lo pasado; gocemos lo presente; no temamos lo futuro; vivamos hoy, que nadie vió á mañana; no salgamos al camino á recibir los males, sino al buen día. Hagámonos de su parte; que el malo él se entrará por las puertas.» ¡Ay, malaconsejados hijos de Adán! Albedríos descuadernados, no hallaréis gozo cumplido sin buena conciencia; reparad en que cuando Dios se tarda no se olvida.

13. Las yemas preñadas de vuestras esperanzas quemará el regañón, y trabajará á las encinas.

14. No os fiéis de la vida; que no hay cosa más llegada á la muerte; mientras más tiene, más se aleja; y ha rato que acabó cuando comienza. Comenzad por el fin, y (como el león) azorad

con la cola vuestro coraje. ¡Ay del que se saliere de la Iglesia por la puerta del perdón!

15. La bolsa de los enamorados se atará con hojas de puerro. Perdonarán la pena de padecer, por la gloria de hablar.

16. Aquél será miserable á quien ninguno agradare, y más miserable quien á ninguno agradare.

17. No importará mudar navío el que llevare consigo la cólera que le causa el vómito. Mudanzas dirán ánimo enfermo y espíritu atajado.

18. El que tirando á un perro diere á su madrastra, dirá: «Bien acerté.»

19. Venus vivirá en un mismo cuarto con Ceres y Baco; y en trabajando, no será ramera.

20. El primer servicio del niño será enloquecer al padre.

21. Vendrá tiempo en que el gran médico, cansado de curar, usará del hierro, y todos los elementos serán fuego; que hierro y fuego también son medicinas. ¡Ojalá no sean castigo! A enfermedad grave, medicina grave.

22. En el colmenar habrá panales y aguijones.

23. El vulgo será maestro de yerros; inventará nuevas y luego las temerá; y, no obedeciendo á la vergüenza, sino al miedo, será ligero al motín y cobarde á la defensa. Lo que sólo él alabare será digno de lástima.

24. En la guerra civil todas las cosas serán desdichadas; mas ninguna tanto como la victoria.

25. La paz injusta será más provechosa que la más justa guerra. La fortuna no podrá dar más que la discordia de los enemigos.

26. Con pequeña cuchara se reprimirán grandes hervores.

27. Habrá unos como descansos, que serán mudarse unos trabajos en otros.

28. No llorará la madre del medroso. Ningún vasallo será amigo ni enemigo del Príncipe.

29. Preguntar por qué se quiere bien lo hermoso será cues-

tión de ciegos. Ninguno estará más cerca de la traición (1) que el cruel.

30. Ninguno querrá ser bueno ni malo de balde. Ninguna cosa en el miedo se querrá manifestar menos que el miedo.

JULIO tiene treinta y un días. La luna, treinta. Los casos y sucesos deste mes darán gusto, si no me engaño.

1. Jueves (2), primer día del mes, los yerros de la imprenta y de la guerra no los enmendará el arrepentimiento.

2. El mal presente se aumentará con la memoria del bien pasado.

3. Los muy presurosos y los muy perezosos harán la cosa dos veces.

4. Será gran madrugador lo aborrecido.

5. La que fuere cuesta abajo, será cuesta arriba.

6. Dieta será el primer precepto de la salud y de la bolsa.

7. El freno, á la lengua, al talego, á la mula y á la mujer.

8. Los más serán los malos. El hombre será el mayor daño dél, y la peor queja, la que hubiere de sí mismo.

9. El oficio descubrirá á cada uno. Cosas desiguales no se ajustarán bien.

10. Toda falta ó sobra será viciosa, y mal entendimiento el desdichado.

11. La grande diligencia causará sospecha.

12. Al harto no pertenecerá el ejercicio.

13. Temerlo todo será cobardía; no temer nada, locura.

14. El postrer día alabará á toda la vida; y el Cielo tendrá cuidado de sus agravios.

15. La verdad se hallará en la ira, en el muchacho y en el vino.

(1) En la edición original, *triación*, por errata.

(2) *Ibid.*, asimismo por errata, *Iuves*.

16. La firmeza de las cosas será no tenerla.

17. La amistad será la sal de la vida.

18. El amor antiguo se aumentará con nuevos merecimientos.

19. Una hora corregirá los pecados de un año.

20. Amor de casa negociará á sus horas.

21. La ignorancia será madre de la osadía.

22. La autoridad muchas veces ocupará la silla de la razón.

23. En la guerra se juntará bien el engaño al valor.

24. El atrevimiento será principio de la victoria. A veces el socorro tropezará en la priesa.

25. La cara hermosa trairá mucho del cielo, si bien habrá algunos muy malos de buena cara.

26. La salud comenzará de la cabeza.

27. La confianza empeorará la causa.

28. Lo que más presto se enjugará serán las lágrimas; que, como corren, se cansan. Éstas acreditarán el arrepentimiento.

29. Las riquezas, á quien las gastare se acabarán, y no serán de quien las guardare (1).

30. La vergüenza hará sospechosa á la inocencia. La conformidad conservará á la afición (2).

AGOSTO tiene treinta y un días. La luna, treinta. Los privados hallarán aquí lo que han menester, y lo que no han menester también.

1. Domingo, primer día del mes, cuanto se tuuiere será aborrecido.

2. De la misma guarda vendrá el peligro. Éste no se temerá tanto cuando ya fuere cierto.

3. Primero llegará la fama que la posta.

4. La injuria será castigo de haberla hecho.

---

(1) En la edición original, *les* guardare.

(2) Á Espinosa se le quedó en el tintero, ó al impresor en la caja, el día 31 de Julio.

5. Lo que no las armas, rendirán los deleites.

6. El fruto de la muerte será no desear.

7. Lo más humilde será más seguro.

8. Donde hubiere riquezas habrá cudicia.

9. Sólo aquello será afrentoso que se mereciere padecer.

10. Lo mismo hará la gula que la hambre. La virtud estará en la obra. No habrá ingenio muy grande sin locura.

11. El fin de las amistades siempre será honroso.

12. Los halcones templados con hambre se vendrán á la mano; hartos, no serán cazadores.

13. Los que acompañaren á los señores con ruido y polvo canonizarán sus disparates y comprarán con méritos los favores; mas lo que alabaren en público murmurarán en secreto.

14. Acompañarán con los ojos los bocados hasta el estómago.

15. El menstruo secará las plantas, y la lisonja á la virtud. Ésta hará cosquillas en la llaga.

16. El privado discreto desmentirá á su evidencia, por creer al gusto de su dueño, con que dará satisfacción de su cordura.

17. Conocerán el natural del Príncipe antes que su amistad. Mediráse con su fortuna; no con la de su dueño. Para granjear su amor, le allanará los negocios y le dejará la honra de acabarlos.

18. Cuando le pidiere consejos, advertirá si es para aprobación ó para resolución.

19. Será su primer lance ser invidiado de los vanos. Mas aguárdenle á mañana; que el que hoy priva lleva la falda al que ayer cayó.

20. Consultando sus fines, no incitarán, sino escarmentarán.

21. Presto cairá el no fundado sobre la peña de sus propios méritos.

22. Desfallecerá el falto de prendas personales sobre que cargue el favor.

23. De los cuernos de la luna se hallará en los del toro.

24. Quebrado el coche, se pondrá del lodo la gravedad.

25. En cayendo el árbol grande, todos vendrán á hacer leña dél.

26. Todo privado vivo parecerá digno de muerte; muerto, parecerá digno de vida.

27. Lo que se acabare dejará de ser aborrecido, y con otro peor, lo echarán menos.

28. El mayor delito del privado no será lisonjear, sino merecer.

29. El gobierno comprado será vendido, y llamarán á las ventas buenas correspondencias.

30. El que le alcanzare con engaño gobernará con engaño.

31. Habrá jueces lagartos, con leyes y dientes de encaje, que no abrirán la boca sino con pan caliente.

SEPTIEMBRE tiene treinta días. La luna, veinte y nueve. Léase con atención, que tiene misterio.

1. Miércoles, primer día del mes. No se hallará hombre inocente, pues será culpa el ser acusado.

2. Estarán (como ruedas) aparejados á moverse á todas partes.

3. Aunque los berros nazcan en agua, si no les lloviere, no crecerán.

4. La regla se ajustará á las piedras; no las piedras á la regla.

5. Vara torcida no hará sombra derecha. El peso desigualará las balanzas.

6. Porque el soborno se atreverá á la vara, yerrarán las leyes contra el deber; y así, á casa del juez irán las manos en los pies, y las cabezas al revés y cacareando.

7. El lobo y el pastor comerán oveja, y al amo taparán la boca con su lana.

8. Nacerá el vicio del remedio, y éste vendrá á ser más duro que el daño.

9. Cuando mudare el tiempo estornudarán los asnos.

10. Cuando se quisiere caer la casa, huirán los ratones.

11. Cuando hubiere de haber peste, no vendrán (1) las golondrinas.

12. La sangre del muerto hervirá en presencia del matador.

13. A todos parecerá mayor la parte del compañero.

14. Un necio echará en la mar lo que no podrán sacar cien discretos.

15. Bien poco podrá quien no amenazare; mas las amenazas serán armas del amenazado; y la seguridad del ofensor, comodidad del ofendido.

16. La casa de doscientos años se allanará en un momento.

17. Los boticarios, en exprimiendo el zumo á las yerbas, las arrojarán en la calle.

18. En vaciando el licor, se henchirá el vaso de viento y sonará más campanudo.

19. Las espigas más altas tendrán menos granos.

20. La mariposa y el invidioso morirán en la llama que quisieren matar.

21. Por haber muchos que piden, habrá pocos que den.

22. Infame lengua será la que infamare al ausente; cobarde espada la que hiriere al rendido.

23. La ambición no volverá atrás la cabeza.

24. El deseo comenzará por el fin. No se perderá el honor mientras durare el secreto.

25. Para las unciones quedará el fondo del vaso de las mocedades.

26. La mala compañía guiará á la picota; y si no se perdiere la virtud, se manchará la fama.

27. Ninguna maravilla pasará de tres á cuatro días.

28. Algunos casados se emborracharán con su propio vino en probanzas.

29. Pequeña piedra detendrá gran carro.

30. A casas viejas arrimarán rogadores de palo.

---

(1) En la edición original, *non* vendrán.

OTUBRE tiene treinta y un días. La luna, treinta. Dios nos dexe llegar allá, para ver grandes cosas.

1. Viernes, primer día del mes. Al que poco bastare, mucho sobrará.
2. A la pobreza faltará mucho; á la cudicia, todo.
3. El garitero pluma á pluma pelará (1) sus grullas.
4. Con una y otra se acabará la hacienda.
5. Poca chimenea hará mucho humo: remedie Dios á los chicos.
6. El año de las bodas será enfermedad, ó deuda; y muchas estarán reñidas con el gusto, que es el que se casa.
7. El anillo apretado será prisión voluntaria.
8. La buena hambre no reparará en pan pintado.
9. Los traperos tendrán voz de Jacob y manos de Esaú.
10. Los mentirosos querrán que les traten verdad.
11. Las rameras, que sus hijas sean castas, y saldrán castizas.
12. Los invidiosos andarán alcoholados.
13. Los habladores, lloviendo á cántaros.
14. Los lisonjeros, rascando donde come.
15. Los linajudos irán á enfadar á otra parte.
16. Los mordaces serán escuchados y aborrecidos.
17. Hasta los mesoneros serán cristianos; hasta los farandaleros personas; hasta los corchetes hombres.
18. Y hasta los despenseros trairán orejas.
19. La malicia pasará por gracia.
20. Muchos maridos cañaríes, de noche.
21. El ingenio será delito.
22. De un necio trocado en menudos se harán dos porfiados.
23. Fiaránse los secretos de las trompetas.

---

(1) En la edición original, por errata, *pelerá*.

24. Habrá en la corte señores sin criado.

25. En las casas, puercas con gorguera.

26. En las visitas, conjunción de dueñas.

27. En los murmuradores se verá desaprovechada su dicha y la ajena; serán desenterradores de muertos y enterradores de vivos.

28. En las pendencias habrá lo mal reñido y bien remojado.

29. Prohijará el engerto hojas extranjeras.

30. Hollaránse á lo descocado las apariencias.

31. Las cabras errarán en daño de los parrones.

NOVIEMBRE tiene treinta días. La luna, veinte y nueve. De gusto y entretenimiento son los sucesos de este mes, según lo que habemos alcanzado por la Astrología.

1. Lunes, primer día de Noviembre. De los caballeros motilones la viznaga será de anillo; el oro, mate; la gentileza, gentilidad; la gala, galafate; el lecho, lechón; y la picadura, rotura.

2. Los reyes no ocuparán más del alcázar que el pastor de la cabaña.

3. Con demasiado disputar se perderá la verdad.

4. Al entrar en la corte, como en la cárcel, dejarán las armas, digo, el gusto y libertad; y sólo echarán mano de la paciencia y de la esperanza, en donde no hallarán grandes amistades ni pequeñas enemistades.

5. La aprobación será de gusto; la corrección, de provecho.

6. Lo que se temiere vendrá presto; lo que se deseare, tarde.

7. Al amante, una hora será un siglo.

8. Ayunarán bien los hartos.

9. Habrá unos gaznates en pena; unas gorras que se meterán en los huesos; unos añadidos á los manteles, zahoríes de la pringue, que restañarán el fluxo de la risa y derramarán la sal de la mesa.

10. El que tuviere mujer hermana, será dichoso.

11. El que tuviere mujer y burra, será servido; el que tuviere mujer y mula, tendrá invidia á los ahorcados.

12. El que tuviere mujer marido, andará sin calzones.

13. El que tuviere mujer y ama, trairá virote y cencerro.

14. La que se casare con pobre llevará á casa en un marido un criado.

15. Muchos dejarán de ser los mayores ciudadanos, por ser los menores maridos.

16. Dolor de mujer muerta, durará hasta la puerta.

17. Los infelicísimos mortales (aficionados á sus yerros) antes querrán lo ajeno con trabajo que lo propio con descanso.

18. Daráles más pena lo poco que se perdiere que contento lo mucho que les quedare.

19. Del amor del señor nacerá la obediencia del criado.

20. Los perros escaldados huirán del agua fría, y los que fueren viejos no ladrarán en vano.

21. Al rey en todo se permitirá mejoría, si no fuere en la justicia, que ha de ser igual con todos.

22. Por alambicar la honra se quebrarán los alambiques.

23. El que deseare de otro, desearán dél.

24. Tantas serán las burlas del tiempo (que vestirá brocado sobre dolores), que no sabrán los hombres qué desechar, ó qué apetecer.

25. Mucho vivir será mucho arrepentir, así como presto juzgar, presto mentir.

26. Engañaránse con lo malo á la sombra de lo bueno.

27. Serán muchos los llamados y pocos los escogidos.

28. Quien viviere como los muchos no irá donde van los pocos.

29. La salvación se fraguará entre recatos y miedos, porque es muy dificultoso acertar en la coyuntura; de una sola manera se acertará, y se errará de infinitas; así, que ninguno dé licencia á la costumbre; que quien hoy no quiere, mañana no puede.

30. Aunque no dé siempre el relox, poco á poco hará su hora.

DICIEMBRE tiene treinta y un días. La luna, treinta. Profetízanse cosas novísimas; certifico que no hay más que decir.

1. Domingo, primer día del mes, serán los nabos tan presumidos, que querrán suplir la falta del tocino.
2. La pobreza no quitará virtud, ni la dará la riqueza.
3. Reos perdonados serán jueces condenados.
4. Jugadores (1), cuanto mejores tanto peores.
5. El que despreciare su vida tendrá en su poder la ajena.
6. Habrá (2) unos ojos hambrientos de vidas ajenas, que, preguntando á los resquicios, darán traspiés por alcanzar lo que los otros hacen.
7. La boda de los pobres será enfermiza.
8. El baile, locura concertada.
9. El puerto también tendrá sus naufragios.
10. El bien que se hiciere por fuerza, no lo será.
11. El muy dichoso será cerca de grosero.
12. La opinión tendrá veces de verdad.
13. El que no estimare un cuarto, no lo valdrá.
14. El que no supiere fingir, no sabrá vivir.
15. A muchos trairá al puerto la tormenta; en éste (3) las promesas serán olvidos.
16. La honra se sujetará á lo que la necesitare el apetito.
17. ¡Oh mortales! lo más caro será lo fiado, y haber pecado será gran causa de pecar; si conocéis vuestro daño, no tardéis vuestro provecho.
18. No habrá malo sin día malo.
19. Un soplo os dió vida; una boqueada os dará muerte. Lo que hiciéredes, bueno ó malo, será vuestro.
20. La tierra y el cielo no se juntarán.

---

(1) En la edición original, *Iujadores*.
(2) *Ibid.*, *Arbá*.
(3) *Ibid.*, en *esta;* más paréceme errata.

21. Quien tiene tiempo no espere tiempo.

22. Quien tiene orejas, oya.

23. Quien debe, pague.

24. Quien hiciere lo que puede no será obligado á más.

25. Quien comiere de lo prestado pagará de lo suyo.

26. Mas quien así lo quisiere, así lo tendrá.

27. Herida ulcerada tendrá poco remedio.

28. Mal le irá al enfermo cuando le dejen comer de todo.

29. Tema el criado al señor cuando le habla con respeto.

30. Vano será el gozo del ave que comiere el grano en la red.

31. El hombre y el edificio cairán hacia la parte que estuvieren inclinados.

¶ DIOS SOBRE TODO

PANEGIRICO

Al Excmo. Sr. Don Manuel Alonso Perez de Guzman el Bueno, Duque de Medina Sidonia, Conde de Niebla, Marqués de Cazaza en Africa, Capitan general del mar Océano y costas de Andalucía, caballero de la insigne orden d'el Tuson de Oro: d'el Consejo de Estado y Guerra de S. M., gentilhombre de su Cámara, &c.

POR

PEDRO ESPINOSA

Rector del Colegio de San Ilefonso, natural de la ciudad de Antequera.



APROBACIÓN

Por mandado del señor don Luis Venegas de Figueroa, gobernador, provisor y vicario general deste Arzobispado de Sevilla, he leído con cuidadosa atención el *Panegírico* que compuso el licenciado Pedro de Espinosa, Rector del collegio de San Illefonso, de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, y no hallo en él cosa contraria á nuestra santa fee, ni contra las buenas costumbres; antes pone á nuestra consideración un claro espejo de príncipes, con estilo que lo estime el culto y lo admire el que no lo es. Éste es mi parecer; en Sevilla á 27 de Abril de 1629 años.

DOCTOR ESTEVAN DE VILLA REAL.

LICENCIA

El doctor don Luis Venegas de Figueroa, gobernador, provisor é vicario general de Sevilla y su Arzobispado, etc.

Doy licencia á cualquier impresor para que imprima este tratado sin incurrir en pena alguna. Fecha en Sevilla, á veinte y siete de Abril de mil y seiscientos y veinte y nueve.

EL DOCTOR DON LUIS
VENEGAS DE FIGUEROA.

CRISTÓBAL DE MIRANDA,
Notario.

EL LICENCIADO DIEGO LOPEZ DE SORIA,

CAPELLÁN DE SU MAJESTAD

Aunque liberal voló el deseo de vuestra merced, parece que la execución le dió alcance, si bien á ninguno ha ofrecido tanta ocasión la verdad. El asumpto se hurta á humano; el escrito atreve apuestas á divino. ¿Quién se podrá valer entre dos tan grandes admiraciones, siendo para cualquiera cuarto asaz estrecho la misma capacidad? Con todo eso, ó yo estoy mal cobrado á mi razón, ó vuestra merced temió escarmentar ajenos ardimientos; y, por lo menos, si no ha llegado su vuelo á su esperanza, le invidio la caída de pretensiones tan gloriosas. Guarde Dios á vuestra merced.

EL LICENCIADO JUAN GUERRERO

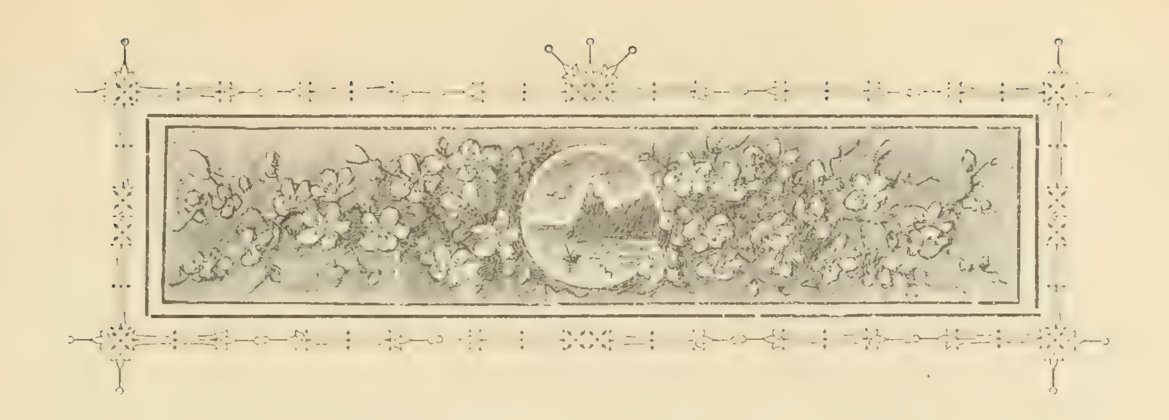
PREDICADOR DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE MEDINA SIDONIA

En la copia de este dos veces excelentísimo retrató la imitación, falseó los perfiles, perdió tintas, arrojó los pinceles á los pies de los imposibles, y para los siglos futuros queda profanado el respeto de la esperanza. Suplico á vuestra merced, señor licenciado Pedro de Espinosa, se deje hallar de mi voluntad, porque, rindiéndole de espacio los afectos de su sobrado sentir, no peque contra la fe del gusto.

DON JOSEF DE SARAVIA,

CABALLERO DE SANTIAGO, SEÑOR DE LA VILLA DE ERANSUS, SECRETARIO DEL EXCELENTÍSIMO DE MEDINA SIDONIA, MONTERO DE CÁMARA DE SU MAJESTAD

No ha mostrado vuestra merced lo más de su caudal en lo que escribe, sino en haber sabido conocer la razón de hacerlo. Confieso á vuestra merced ingenuamente que en los principios de su intento me pareció tan singular el camino que vuestra merced eligió, que, en fe de lo que le estimo y venero, le temí, y deseé que suspendiese vuestra merced su resolución, para suplicarle después que la excusase de todo punto. Bien creo que conoce vuestra merced de la verdad que profeso que si sintiera otra, si no la dixera, callara lo que digo. Mirado he con atención á Plinio, en su Panegírico á Traxano, y si bien confieso lo grande de aquél, no estimo poco ver éste; para que el más presumido romano conozca que saben nuestros españoles (si bien imitando) añadir á lo que ellos (tan altamente, por cierto) pensaron y executaron. Si el suplicarlo yo á vuestra merced puede servir de espuela para que con mayor brevedad le ponga vuestra merced á la censura del más atento, lo hago (sin duda) con mis mayores veras, esperando gracias de todos los doctos á cuyas manos llegare. Guarde Dios á vuestra merced muchos años, como deseo. En Sanlúcar, á diez y siete de Febrero de mill y seiscientos y veinte y nueve años.



PANEGÍRICO

Doy parabién á mi deseo de haberme empeñado en riesgos tan necesarios; porque, como impuso en mí tu benevolencia, Excelentísimo Señor, censo de alabanzas perpetuas (no al quitar), es razón cobres en mi voluntad los corridos de mis obligaciones. Y aunque conozco que este intento es mi mayor enemigo, pues me guía á imposibles, á que sume lo que no pueden todos los ceros de la Aritmética, tus grandezas, con todo, esfuerzo mi desconfianza por pagar lo que puedo á cuenta de lo que debo, y porque á la tuya queda suplir mis alcances. Válgame la osadía, ya que no la ejecución. Sea famosa mi ruina, pues es su causa famosa. Y á fe he de hallar en mi atrevimiento lo que menos deseo; mas en tanto que examino con pertinaces ojos, rayo á rayo, las fraguas de tu resplandor, si no legitimare mi vista por culpa de mi dicha, me socorreré cegando. Volaré, aunque me anegue; aunque me abrase. Ya sé no hay quien pregone grandezas como el silencio. Que las alabanzas son pequeñas si caben en palabras; mas la llama y la voluntad no saben ocio. Es muy niño el amor que no se atreve. El grande es un arrojado, nunca buen consejero. Agráviase si nos valemos de la cordura. Para volver no aguarda á que le perdonen la primera. Jamás halla cansada la pluma. Sigo á un ciego, loco, que me vuelve loco y ciego, y más que ciego, temerario; mas importa para llegar á la dicha pasar del atrevimiento.

Además, que muchos héroes famosos hubo antes de Agamenón, y éste vive en la *Iliada*; mas aquéllos son como si no hubieran sido, por falta de quien haga memorable la gloria que cubrió su sepultura. Esto me da ocasión á tan desculpado atrever como es anudar el hilo que quebró el paréntesis del *Elogio*, á que levante más el ánimo que el vuelo. Porque tarde llega la fama á las cenizas. Al fin, Señor, nos buscarán los que vienen por el rastro que dejamos, tú de luz y yo de plumas. Y aunque eres más conocido por grande que por tu nombre, más por las costumbres que por la cara, y los ojos que te merecen se ponen en paz con todos los sentidos, mas toda alabanza propia consta de labio ajeno. Y aunque tu virtud se contenta con serlo, no puedo apiolar el templado deseo de reducir á memoria algunas acciones tuyas, para enmienda de los siglos venideros y autoridad del presente; porque así que me obligaste, despedí mi libertad. La sangre, húmido y frío, hacen lánguidos. El flemático será hermoso (el flamenco), pero sin gracia. La adustión colérica destruye la materia de que se compone la hermosura. Á la sobrada estatura falta el garbo, por el calor divirtido. La melancolía favorece á la gracia y al donaire. La sal del habla es don; los pensamientos, estudio. El calor, instrumento del brío, lleva acierto á las acciones y palabras. El moreno y enjuto es el más elegante y gracioso. Ya di contigo. La viveza de ingenio es orla de tu discreción. Que ésta suele hallarse sin donaire. No es lo mismo discreto que apacible. Dices lindezas, y son sales; y con tanta presteza, que coges entre puertas el entendimiento. Tu gracia consiste en la bizarra proporción de tus acciones. La gentileza informa hermosura. Tres cosas grandes he dicho: hermosura, discreción y gracia; la última se lleva la manzana. Parece que se fabricó tu condición de la gentileza de tu persona, tesoro de todas las gracias naturales. Cualquiera te pronosticará por las enigmas del rostro, si atento las llamare á cómputo. Como Marcial, quieres grandezas y fogosidades; como melancólico, gobierno y discreciones. Deste humor nace la firmeza en tus propósitos. Es el que llaman heroico: dice verdades, desprecia peligros, pide reformaciones, ama hermosuras, de-

sea soledades, achaque (aunque discreto) verdugo de hombres de bien; que *ad laudes et per horas* los acuerda de sí mismo. Has establecido tu imperio en las voluntades, y así, tienes fianzas de todos en tu misma condición. Para nadie naciste menos que para ti. Y tanto es mayor el bien, cuanto más universal. Fortaleces á la virtud con tu ejemplo. No fías de la apariencia hazañera lo que de la sustancia; no te concedes á la opinión, sino á la esencia. Más nos defiende tu demostración que tu artillería. No consientes que remedie las cosas el tiempo, sino la razón. Á tu advertencia debes el no vivir acaso; y tienes los deseos tan tenaces en la verdad, que te has hecho inviolable aun á la misma sospecha. Joven, despreciaste á la fortuna como gallardo, y ahora, como entendido. Siempre que ésta tuvo encuentros con tu virtud, salió las manos en la cabeza. Quiero gozar de tus vitorias holgándome de ellas, y retroceder años.

¿Por qué te adelantas en ese barco por el mar de Huelva, mancebo generoso de diez y nueve abriles? No así quiebres con la priesa los cristales del siempre falso Ponto. Llevas pocos criados, y menos armas, si mucho valor. ¿Por qué te remontas tanto de la escolta de barcos que te sigue? Sospecha siquiera miedos. No te veo comprehendido en túnica de diamante, ni ahajado el cuello con yelmo; sí coronado de plumas el sombrero, que presto serán alas de la Fama. Aguarda á que asome, afectuoso amador de peligros. No te niegues á humano. Puedan contigo algún recato los desalumbramientos del miedo. Mira que no hay discreto confiado, ni confiado discreto. Repara en que estás acreditado de cana juventud. Que te madrugó la razón, que sólo pareces mozo en los pocos años, aun cuando los verdores de la adolescencia son disculpa de sí mismos. Mas ¿cómo puedo introducirte á temor, si en los primeros movimientos de tu cuna, con valor mucho y con invidia no poca, ahogaste los áspides revueltos á tu dicha? Al fin, naciste á contrastar dificultades. Ya estamos en la mayor. ¿Ves aquella velera paloma que vuela por las azules ondas marinas? Pues no trae oliva. Aquella galeota que llena el lino de segundos vientos (á cuyo escarnio dirige inquietos tafetanes) escándalo es

de Neptuno; terror y ruina de las playas españolas; hospedaje de vagabundos piratas, turcos fieros, tanto, que aun no saben consigo ser piadosos. Empeñadas traen sus esperanzas en tus despojos. Ya se divisan treinta y ocho. ¡Oh, lleguen en favor de su desdicha! Ya te hacen treinta y ocho salvas; ya les agradeces la cortesía; ya vibras rayos; ya apañas un cojín de terciopelo, á falta del pavés de siete hojas; ya sacan los alfanjes: ¡sea á la vergüenza! ¡Santo Dios, qué confusión! ¡Qué humo! ¡Qué algazara! Cálanse al profundo los plateados ciudadanos del mar. ¡Oh, cómo embistes! ¡Cómo hieres! ¡Cómo matas! Ecede á lo inventado y no creído. Tal mauricano león, azorando el coraje con la cola y erizando la engreñada pompa de sus quijadas, fulmina fatales aceros sobre la rabiosa defensa del tigre. En fe de un remo vence[s] la dificultad de la subida, á pesar de relámpagos, truenos y rayos estupendos. ¡Oh, cuántas fuerzas te repiten yunque, tantos ruidosos y anhelantes Brontes! No hay cosa que en sus manos no se convierta en tiro. Mas, con todo, primero se hallan heridos que amenazados; antes en el ánimo que en las personas. Esperimentan los mortales decretos de tu saña. Al filo delgado no recatean obediencia las ánimas carmesíes. Con tibia sangre vahea la profunda quilla y salpicas tus laureles. Por las heridas anchas se asoman las vidas á ver la muerte, á cuyas puertas das golpes tan atroces, que les defraudas el uso de las armas y el espanto se las olvida en las manos, sin socorrer con ellas la cabeza. Atentos á las tuyas, no hallan qué pedirte los deseos. El descolorido pavor los franquea [á] tus iras. Inhábiles de temor los nervios, solicitan refugios. Nadan en muerte los ojos. Lo que buscaron en tu atrevimiento hallaron en su castigo. Yace la perfidia rebelde á los pies del valor, en donde se honran sus labios y restituyen las mal ganadas victorias. Ya se han hecho dichas sus costosos agravios, decorados con tus cadenas y desposadas *(sic)* las manos. Más gloria aquistaron vencidos que ganaste venciendo. A los que en tres barcos te seguían y llegaron tarde, alto temor acometió su pecho. La más constante frente alteró el asombro; tanto peligraron en él cuanto los vencidos en tu ira. Ecedió el gozo á la capacidad. Y

viéndote comenzar en lo que no pudo acabar Hércules, hablaba el contento, sin saber acabar. Sincopando distancias el deseo, haciendo á los cristales bello ultraje, llegaste á Sanlúcar con veinticuatro Áfricas (que después presentaste al Rey) y, recibido en los ojos de tu padre y detenido en sus brazos, te repitió al pecho. La alegría suspendió de oficio á la lengua, humedeció el plateado respeto de su barba; encareció miedos, antes pasados que venidos. Trasladó afectos el corazón á las palabras. Mas reconociendo heridas en tu persona, disimuladas en tu bizarría, se dejó poseer de impaciente dolor. Hízose azaroso el nombre de vitoria. Obediente, pues, al imperio violento de su ruego suave, te permitiste á las vendas, asistido de su cuidado. Venid á ser discípulos todos los que aspiráis á famoscs, que impedís las sienes de sonantes hojas, si tanta tiranía de la atención dispensa que os acertéis á valer, y en tantas glorias no pierde pasos la advertencia. Veréis la mayor victoria; aprenderéis inmortalidad; sabréis á qué Marte habréis de invocar en las batallas, y cómo habéis de hacer de armas para herir alas para volar. Venid, antes que peligréis en la credulidad; asegurad vuestra memoria en la Fama, que está de camino para la eternidad de los siglos.

Tanto valiente, ¿se concede bastante á bizarro? Responda la Corte, donde tu admiración es deuda de todos; donde tu lucimiento no permitió distinción al sol, que de sus aumentos hizo agrávios. Ni aun allí se halló tu espada con más señas de nobleza que mellas de valentía; aun en la permisión de las sombras de la noche, donde no acusa la nota; mas dentro de una sima un coloso guarda su estatua. Cuidó el cielo de tus favores, y se declaró el aplauso agradecido por tu parte, con ojos, manos y palabras rendidas. Con todo eso, en medio de la Corte, estuviste lejos de ella. Porque no heciste grandeza de la ignorancia; ni (cautelosamente afable) ganaste gracia con la falsedad; ni obligaste con agravio; ni ofendiste con favores; ni mentiste la cautela en la pretensión, ni la invidia en la cortesía; ni cifraste engaños en finuras. No heciste menos satisfaciones que mercedes, ni ocasionaste en tus glorias tus vituperios, ni (por disimular servicios) premiaste mé-

ritos con castigos; que los que te sirvieron de veras no recibieron recompensas de burlas. Mas á ti te pagaste con lo que diste. Fuiste, finalmente, lisonja de todas las potencias y sentidos. Ejecutoriaste bronces, á pesar de la invidia, la más honrosa de las injurias. No menos de halcones que de voluntades fuiste cazador mayor. Este divertimiento real te hizo afectuoso amante destas aves. Tienen mucho de Fama: pluma y vuelo. Más acompañadas de ojos que de plumas, se desatan del guante, y de tal manera se pierden en el cielo, que la esperanza paga casa de vacío, en tanto que los planetas huyen del cascabel y la vista no acierta á volverse á los ojos. La enmienda de solícitos cuidados te arrebató, á suspiro de tu Huelva, y (reduciendo fácil á tu dulce consorte á obediencia de tu deseo) te apartas de aquel amado peligro, de aquella sabrosa furia, de aquel autorizado desatino, desestimando cuanto de privanza y favores encarecen los aprecios humanos. Porque (avisado del tiempo) lograste sus esperiencias y el desengaño fiel de esperanzas traidoras, aunque puesto de tan buen aire á los umbrales de la Fortuna. Consideraste que cualquiera puede ser felice con lo necesario, y que quien con menos se agrada, menos mal esperimenta. No se infamó el remedio en tu cordura; porque (juzgando el día presente por felice) repetiste la distancia que hay desde el hombre á sí mismo, que en la soledad es corta jornada, del alma á la razón, y cosa inocente no conocer uno lo que está de sus puertas adentro. Mas cuando afanaste el más bárbaro de los elementos, con tantos remos que sudaron palmas, entonces se acabaron de conocer los quilates de tu valor. Tu pensar fué ejecución; tu intentar, vencer. Con infinitas fatigas compraste el título de invencible, barato, aunque á tanto precio.

No fuiste menos temido por tu consejo que por tu acero. Díganlo las lágrimas aún no oreadas de Africa, á quien hiere más tu memoria que la espada de nuestra monarquía; que el temor es castigo cruel. Por mil testigos vale la confesión de la invidia. De las mayores dificultades tomaste armas contra ellas mismas, y de tal manera dispusiste de las ondas á tu elección como si mandaras al odre de Ulises, árbitro de las tormentas, y á tu obedien-

cia se vieron tan mansas como en el mapa. Y como no querer errar es el primer paso de la prudencia, y locura dorar al león la lana, tomaste al tiempo el pulso, y hallándole débil y oscuro (porque cuando pedías dinero te daban consejos), diste libertad al agua y al viento, cansados tres años de sufrir tanta majestad, y te retiraste con tres mil ducados de renta de tu hacienda menos, magnífico efecto de tu bizarría. Y entremediando en las fatigas ocios, gozabas del día desde su nacer, sin hurtar las fábricas vecinas del cielo; las que dudan los poetas si son torres ó estrellas. Ya, cetrero, despachabas á toda diligencia por cuantas aves hacen su temblor en el aire; ya, certero, nivelando plomos, descolgabas de las nubes al pensamiento desmentido en plumas; ya, montero, calzabas vientos y (sin lograr estampas las arenas) vencías las fatigas de los montes; seguías fieras que (volando plumas de flechas) hacían para huir cuanto era para alcanzar.

En esta ocasión, hallándose el Duque padre en la edad á que todos quisieran llegar y ninguno haber llegado, habiendo muchos años cultivado plata, cercado de gloriosas imitaciones, cumplió como humano. La tierra pidió lo que había dado. ¡Estrechó poca urna (que blanda oprime) mucha grandeza! Fué ocioso padrino la majestad. Licenciaste al corazón que se pasase á los ojos. Habló la pena y perdonó la razón, porque le hallaste muerto en la suerte y vivo en el deseo. Mal concedido á los arbitrios de la herencia, que no deseaste y mereciste. Serenaste el dolor en el semblante y sobraste á la desdicha. Jamás tuvo tanta valentía tu decoro. Comenzaste á pagar la pensión desvelada del gobierno en suspiros ahogados en su nacer, y habiendo venido toda la Religión y Nobleza de Andalucía, por la parte que á cada uno tocaba de su dolor, procediste á las exequias con tan aparatosa grandeza, que el exemplo no halló semejanza. Construiste pomposo aparador á tus obligaciones. Leyó de ostentación la magnificencia. No halló qué pedir el deseo; sí qué paralizar la invidia, porque, deslindando excelencia, pasaste de soberano á amagos de majestad. Cedieron á los efectos las esperanzas. Celebró cuanto llora como mejor pudo atinar el aplauso, porque de tanto padre recebiste no sólo la vida,

sino las costumbres della. La condición del artífice se retrató en su obra.

Es la prudencia más prestante que la fortaleza; el consejo, alma de la majestad; la tardanza, alma del consejo; la presteza, de la ejecución. Lo que se acertó sin consejo comenzó del error. Al que discurre bien y no ejecuta, doy ingenio, y no prudencia. Al que ejecuta bien y no juzga, doy prudencia, y no ingenio. Tú piensas en tiempo largo lo que ejecutas en breve. Desde la almohada vences. Buen consejo espera buen suceso. Y (porque ninguno puede ser para sí solo) tu primer consejo es no fiar de sólo tu consejo; que el que yerra para sí á todos engañará. Juzgas lo venidero por lo pasado. Miras las cosas de hoy con los ojos de ayer, y á ti, con los de mañana. No tomas después del yerro el consejo; antes muchos sellas con una firma. Y ejecutas bien, porque sabes recelar; que la confianza es antípoda de la prudencia. No de todo dudas, pero ni de todo confías; que en esta selva de hombres siempre hay lobos; y si falta el recelo, sobra el daño; y no es engañado sino el que confía.

¿Qué mucho que tu prudencia sea rayo del Padre de las lumbres, si desciendes del Cielo, emparentado con él? Premias tu ingenio en tus elecciones, así como nuestro daño desagravia á tus consejos. Admites al dosel judiciario, ó viejo, por la sustancia, ó colérico adusto, por la eficacia, ó melancólico, por la firmeza; y al flemático (que sólo en cólera suele ser menos necio) y al sanguíneo descartas. Consultas con muchos; resuelves con pocos, y tu epiqueya es el realce de la prudencia. Si cuando castigas muestras dolor (sal con que sazonas el escarmiento), no desobligarás con favores. A la pasión en aumento, picada de su espuela, aguardas que se amanse, por no alargar la carrera á sus necedades. Tal bebida fría, en declinación de calentura, la remite; y antes, la enciende. Del tiempo deseas lo mejor, esperas lo peor, y tomas lo que te da. No digo que te has librado de los sucesos, sino de los errores. Si no lo que deseaste, te sucede lo que pensaste. Traes á vista toda la licencia de la Fortuna, como la que ha de hacer cualquiera cosa que pueda hacer. Lo que á otros padeciendo te acon-

tece á ti pensando, porque miras lo sucedido con prudencia de esperado. Mas ¿qué pluma apuesta vado con el mar de tu discreción? Sólo diré un grano de su arena, considerable, á mi sentir. Insinúas tu cordura haciéndote alcanzadizo; no dándote por entendido de cosas, que la mayor prudencia es hacerse á ratos desentendido. Porque en ser prudente suele haber imprudencia. La solercia y agudeza en penetrar imaginaciones pone en sospecha y recato. Es intolerable dueño el que preside á los pensamientos. Como tan sabio, no quieres estar en todo. Háceste corto de vista. Átomos y menudencias dejas á las disputas analíticas; que el gobierno quiere hilaza más gruesa, y en no remediar lo advertido se pierde reputación. Paso de tu prudencia á tu templanza.

Mas ¿cómo diré la moderación de tus afectos? Tus apetitos no pasan de los ojos. Las deudas de la razón mandas que pague el gusto. Tu antojo no disimula obligaciones. No das con el albedrío á los pies del deseo; no con el interés atropellas á la reputación; no con tiranías solicitas indignas adoraciones. Sabes que fuiste criado para sólo usar bien de cuanto te dieron. Aquel Alejandro que era para el mundo grande y el mundo para él pequeño, mostró que llamarse grande y serlo no es todo uno; porque, habiendo vencido tantas naciones, desmantelado tantos muros contumaces á los siglos, escondido tantos campos con el número, desentumido ibiernos, hollado aguas macizas, agotado ríos derivados de ignorados países, apurado tantos laureles con victorias, las tazas repetidas lo encerraron temprano en indecente urna. El que venció al mundo yace vencido de una tinaja, oliendo á quien lo venció: los destemplados se ausentan de sí á otra región. Fabrican escarmientos á la cordura; locos voluntarios, colman el estómago de cuanto afanaron los elementos; hospedan en sus entrañas un pago; con ojos inciertos, ven más figuras que hay en la pretina del cielo; con brindis turbados (vertiendo las espumas, alegrías de Baco, por las tazas alisadas con la costumbre), hacen la razón (así llaman á su desvarío); derrámanse como tinaja que estalla vencida de las mocedades del mosto. Errar contra sí mismo, si no es el mayor pecado, es la mayor bobería. En tu mesa, viéndose la mayor

grandeza, se ve la mayor templanza. Ignoran los maestresalas qué te sabe bien ó mal. Ahorras de estudio á la curia de los cocineros. Sin la gula te viene el sabor. En el gusto se premia su templanza. Con el ejercicio no te pide dulces el sueño, aunque es tan corto como la comida.

El poderoso tirano (mas todo lo dije en poderoso), el juez útil á su cudicia, tendrá tantos ofendidos como litigantes. Vara torcida no hará sombra recta. Por ventura, ¿verá el derecho vendados los ojos con faja de oro, y no le torcerá en desigual Astrea? La pasión antes condena que juzgue. Ociosas son las leyes al soborno, y más con glosas. El juez malo desagrada á Dios; el bueno, á los hombres. ¿Qué mucho venda la justicia quien compra el gobierno? Mala es la medicina donde perece algo de la naturaleza. Sabes que tu hacienda puedes dar á quien quisieres; la justicia no, sino á cuya es, por lo cual le intimas estos cánones: que no vea con ojos dormidos, ni oiga con oídos infieles; que no sentencie el poder; que no sea fácil de oído, ni los gane ambos el que llega primero; que no mire los males ajenos como tales. Que en todo corte, dando parte á la gracia, pues lo que más enmienda es el castigo cortés; que tal vez perdone sin riesgo, con que no se atrevan en su piedad; que los males, ya que no despedidos, sean enmendados. Para el buen efecto desto das los oficios á las personas; no las personas á los oficios. En esto no tienen parte las obligaciones, sino los méritos. Tu elección es efecto de tu conocimiento. Persuadiráte el engaño, pero no te engañará la persuasión; que ni te conoce ni la conoces. Nada crees de ligero, ni lo desprecias. Cuanto confías de caballero, desconfías de discreto. Para la confianza se fabricó el escarmiento. Visitas á tu costa tus estados, porque no tengas qué te perdone la distancia. Tu noticia no debe menos á los oídos que á los ojos. En el buen tirador no ha de ser acaso el acertar, sino el errar. En estas informaciones y en cualquiera otro manejo de negocios eres tan recatado, que parece que tus secretos guardas de ti mismo: no te hallan, aunque te busquen, tus pensamientos, ni la cudicia de la curiosidad, ni la misma sospecha, te debe un indicio. ¡Oh, señor, qué medido te veo á

tus obligaciones! No ocasionado por mozo, ni peligroso por rico. No como más poderoso, sino como más justo. Del más justo y poderoso será blasón el serte comparado.

Digo poco en que siempre te pareces á ti mismo, si no añado que muchas veces te opones. En aquella demasía de caballos que presentaste á su Majestad en presencia de la Alteza Inglesa, la misma ocasión que los pedía te los negaba, y tú, sin otra guía que tu ejemplo, te enviaste á imposibles, que dispusiste á obediencia de tus deseos. No quedaste á deber paso á la diligencia, ni número al interés, porque se hallaron tus manos muy vecinas de tu condición. Juzgaste á gran pedazo de dicha la priesa de lograrlos y la dificultad de hallarlos. Juntaste veinticuatro pensamientos, aunque vecinos del Betis, naturales de sí mismos, que es la patria más hermosa; y, con jaeces y otros tantos esclavos con librea rica, llegaron en Madrid antes á los ojos que á la esperanza. El pueblo (arrebatado á admiraciones) todo era uno llegar y enmudecer, ver y cegar, sin poder sus encarecimientos dar alcance á la riqueza; que para ser la mayor, sobraba la media, y para admirable, lo recién llegada. Su atención se agradecía ser vencida de su grandeza, y se confesaba deudora de su buen gusto. No guardó la admiración respeto á los estados: rindióse la gravedad al gozo, que repetía tus segundas alabanzas, olvidado de las primeras, y tal vez la maravilla partía la voz en los labios. Y, siendo así que todos veinticuatro fuego y no viento perdían, viento y no tierra pisaban, y después que la espuela los daba en fiado al aire, absolviendo á los ojos de testigos, repetían cuerdos el freno, rindiendo á mansos amagos su libertad, y siendo tan hermosos, que con ellos lucían sus mismas galas y el sol era más claro por ellas que por sí mismo, y el oro (su sostituto) no parecía resplandor prestado; y porfiando los reflejos con los rayos se defendían de la vista, por más que el alma asistía á la atención, con todo eso, á los caballos desvaneciste con la ufanía de tanto oro, y el adorno era lo principal, y ellos lo accesorio, y al oro pusiste en empeños con el arte, y con el bordado desapareciste la tela, y á las piedras preciosas no dejaste hacer labor, sino algo. Tú que lo pintaste, le corriste la cor-

tina de los tellizes, que, á no ser tan ricos, se corrieran de andar tan descorteses. Señor, competidor de ti mismo, tus grandezas hallarás quién las alabe; no quién las imite: podrán dejar de ser nuevas; no primeras. Encomendadas quedan al diamante y en sus letras defendidas. Crédito hallarán en tu fama y reputación en tu nombre.

El planeta cuarto, el sol humano, el Rey, avisó su venida á tu Bosque Doñana *(sic)* un mes antes y previno escusases las demostraciones que presumía de tu condición. Faltaste á la obediencia por sobrar al respeto. Heciste en aquel yermo encantamentos tales, que apenas la verdad vale por testigo. Si no fué aquella ciudad, nada se ha hecho grande de repente. Hasta la salud trocaste por ánimo. Fué menos dicha, pero más valor. No te diste por entendido de los imposibles. Tu espíritu te persuadió que aun no eran dificultades. En ellas medraste valentía. Halló la Corte á la Corte, y seis mil personas todas sus delicias á su albedrío. Había estudiado sus fachadas la pompa. En porfiadas mesas serviste desde la cama á cuanto nada, corre y vuela, aun sin que la hambre lo demandase. No causó menos espanto que placer la no vedada corriente de los vinos. Vendió estimaciones la demasía. El desperdicio habló alto, á ley de desvanecido; juró en abono de tu grandeza. En gracia de la noche anegaste el aire en piélagos de fuego y notaste el cielo de luminosas rúbricas. Infinitas joyas ricas mejoraste en la posesión de nobles dueños. Hiciéronse ojos todos los sentidos, porque pedía su riqueza tantos ojos. Hasta la sinrazón de las bestias pasó plaza de entendida, pues no temieron á aquella deidad humana tanto por el arcabuz como por la majestad. Esponiánsele, á redimir su muerte con su fama. Tres días perseveró á las fieras; ni cueva escondió piel á su lanza. Traduxo á su mano cuanto vuela; ni las estrellas le hurtaron pluma. Cuanto vive mar entretuvo su vista; ni los abismos le negaron escama. Hollando veranos, agradeció á las flores el haber nacido en su nombre. En tantos milagros le embarazaste la admiración, que sacó pies el encarecimiento, embarazado no sé si de la demasía, si del orden. Por el oído corre peligro la estima; mas, considerando

que tus acciones tienen la aprobación en tu nombre, mejores en ser tuyas que en ser tantas, se aseguran los temores del crédito. Agravada, pues, la vuelta de la Corte con pesadumbre de oro, venían admirando tus grandezas, con atención, por ser tales; con gusto, por ser tuyas. Mandaste á la tierra que para recibir al Rey se arrojase mil pasos á la agua, por donde el mar se bebe el nombre al Betis. Recibiste en los brazos reales el retorno de tus cortesías, y en cortas palabras largas muestras de voluntad, honrando á tu casa con su vista, y con tu consejo al de su Estado.

A los señores no hace el poder, sino el ánimo. Claro está que debes tanto lucimiento menos al estado que á la condición. Alégrate, que todas tus acciones te parecen, y que serán gloriosas y primeras hasta que se cierren los siglos; mas ¿qué mucho, si siempre te llevas á las ocasiones de gastar y le[s] sales al camino sin temor de consecuencias? Fabricas de tu mano tu reputación. Confirmas el amor con beneficios, no sólo con agrado, sino con mano floja. Como el sol, naciste para todos. Falsificas la voz griega: «allí hay cudicia donde riqueza». El caudal, arrebatado de tu costumbre, ha mudado tus rentas en antaños, y tu mayor gloria al mayor daño de tu fisco. Juzga[s] que sobra mal cuanto no es forzoso, y que sólo no es torpe lo necesario. ¿De qué sirve lo que sobra? ¿Qué falta hace lo que no falta? Nada falta donde hay lo que basta. El uso se embaraza con la sobra. Muchas riquezas dicen mucha necesidad. No se adquieren por virtud, mas por virtud se gastan. Cuando se te fueran todas, no te llevarán más que á sí mismas. No sólo las tienes como ajenas, sino á ti como prestado; están en buen lugar cerca, y no dentro. Igualmente las guardas que las pierdes. En tu poder son esclavas; en el ajeno, señoras. No es mucho se te vayan, pues no les permites lo que ellas á otros permiten. No pródigo ni avaro, sino liberal; que todo eceso daña, ó no aprovecha. Así las gastas como ajenas. No padecen menos en poder de tu condición que de los cosarios. ¿En quién pudo la fortuna mejor depositarlas que en el que se las vuelve aun antes que se las pida? No lo dije: que las riquezas de ti las alcanzas; no de la fortuna. De aquí es no juzgarte manchado con los ojos de la nece-

sidad. No te gasta la paciencia de los oídos su prolija repetición. No le cuestas colores al ruego. Como dispensador, y no dueño, las restituyes al pobre, corrido de que sea precepto lo que habia de ser agradecimiento. Vuelves al cielo cuanto dél recibes. Gastas bien lo que mereces bien. ¿Por qué lo mereces? Porque lo gastas. ¿Cuándo lo tienes? Cuando lo das. No hay pobreza como gastar la vida en juntar para dejar con ella. No sólo no has tenido jamás una granjería con tan buena ocasión como se te ofrece, pero no has consentido á ninguno cerca de tu persona una sospecha; que no hay mayor distancia en lo criado que de tu condición al interés. Que no fueras mejor si no procuraras hacer á todos tus semejantes. Rotas tienes paces con el avariento, avariento exército de bárbaros, castigo de sí mismo, estéril abundante sepulcro de su oro, que lo que tiene lo detiene, como la cadena al preso; que lo que menos tiene es lo que más guarda, y sólo su caudal es su pobreza; que, teniendo lo superfluo, no alcanza lo bastante; que se aborrece más que le aborrecemos; que no fía de sus dientes lo que debe á su vientre. Y así, cuanto tiene y no tiene lo hace pobre, pues cuanto tiene teme, y cuanto no tiene desea, sin saber para qué, sólo rico de sospechas, ladrón de sí mismo; tan suyo es como mío su tesoro: el arca lo tiene, no él. Si á nadie menos que á él es de provecho, tasadamente le falta todo lo que tiene, pues de sí lo guarda como de todos; y si es con miedos, ellos nos vengan de él. Viva. No sea presto agradable sacrificio de su heredero. Mas tú, gran Señor, haces agradecidos de quejosos. Tienes por mejor que el beneficio se pierda en el ingrato que en ti. Y, aunque la ingratitud convierte en agravios los favores, pues no sólo no reconoce á qué sol debe sus rayos, mas introduce noche en su esfera, y al bienhechor borra el retrato con la mano que le dió, con todo, no depende tu liberalidad de ajena ingratitud. Perdonas agradecimientos (aunque para agradecer no es menester caudal), porque tienes por paga la gloria de haberlo hecho. ¿Qué mucho que no cojas agradecidos frutos, si no siembras con la mano, sino con todo el costal? Sólo el sabio sabe agradecer. Mas ¿dónde le hallaremos? Este conoce que la antigüedad del beneficio

no envejece al agradecimiento, y que la obligación tanto crece cuanto se dilata.

Tu dulce compañera, la media de tu alma (desmintiendo gloria humana), llegó al hospedaje forzoso de la última urna. Yace en pira no bárbara: en poca ceniza; no en poco esplendor. Quien por una parte es imagen de Dios, por otra es tierra. Ceniza de caña parece á la de cedro. Nacimos desiguales; morimos iguales. La pálida muerte no esentó humana deidad. Más quitó en el ejemplo que en la vida. Después de muerta, no hay cosa más hermosa que el sol. Lloró cuanto enviudó de su alegría. Todas las flores de las Musas se emplearon en su túmulo. Lloráronla mis papeles. Fué polvo de mis escritos. Ni á los pedernales perdonó el sentimiento. Honróse el crédito de la fe. Aquella tu ventura al quitar creció ornato al Cielo, para que el sol descanse mientras nos mira, y tú (heredero de su amor, fino en las penas, como en todo,) te mostraste tan amante como amado, porque te dejó el bien perdido ingratas memorias que desataste en fuentes, debidas á tan legítimos empleos. Mas ¿qué mucho, si llegaste á deseo sin esperanza? Y ¡ay de amor que ha de apelar para de la otra banda de la vida! El occidente de tu sol fué de tu contento. Ardiste en fuego sagrado; de tu muerta esperanza nació tu viva desdicha. Tu voluntad, herida de la dulce memoria, logra hoy muertes de por vida. Mueres á manos de tu cuidado, que, como de casa, negocia á sus horas. Tu mayor pena es no acabar con ella. Amor inmortal cobra obligaciones inmortales. Muestras que el querer bien no es para dos veces. No (como suele) se llevó el viento las defuntas cenizas, ni se enfriaron en tu estimación, porque no amaste á la comodidad, sino á la persona. Pasa tu amor de donde piensa obligar. No (como espejo) retratas lo presente. No amó quien dejó de amar. Agota, Señor, las diligencias mudas de tus ojos, pues aunque viertas el corazón por ellos, no ha de igualar el llanto á la pena, ni la pena á la falta, ni la falta al deseo, ni el deseo al amor. Si no la razón, éntre á moderar el tiempo los ecesos de la voluntad. No dure lo que á entrambos no aprovecha. Confieso que tienes corazón para sentir; confiesa que no tienes fuerza para sufrir. Medi-

cina de ausencia suele restituir la salud del amor más desafuciado. No hay gusto sin compañía. No añadas otros males al solo, solamente dichoso en lo que no goza. Que en medio lecho (campo de batalla impaciente á los halagos del común sosiego) desmiente á la noche títulos de quietud, y amanece cada día al lado de su disgusto. ¡Oh, gran madrugador lo aborrecido! Tú, Señor, espíritu diamante, pues cuanto amas desconfías, rompa la venda amor, y vea su daño.

Más se implica el ave aleando, en la liga. Repara en que el gusto es el corazón de la vida. Tan largo penar más parece costumbre que firmeza. Los peces del mar no sienten su amargura, y la costumbre embota el olor de la cárcel, y la tardanza hace incurable la dolencia. Si no puedes escapar, date á partido. Bracea contra el torrente de tus males, pues llegas á tanto bien como es no esperar (1) otros mayores. Tu ausente pisa estrellas, que le besan los pies, y viste gloria. Imita su color: no vistas penas (2). Mas ¿cómo quiero traer tu discurso á mi conclusión, si aquél es bárbaro amante de cautiva voluntad y libre juicio? Obstinada la

---

(1) En la edición original, no *esperas*.

(2) El lector habrá echado de ver mucho antes de llegar á esta página, así en el presente opúsculo como en el *Elogio al retrato...* y en el *Panegírico á la ciudad de Antequera*, que, como dije en mi estudio sobre Espinosa (páginas 393-94), se hallan con mucha frecuencia en estas obritas, «no ya versos *esporádicos* octosílabos, que á quien escribe se le escapan irremediablemente á cada paso, sino, lo que es más para extrañarse, versos endecasílabos, formando muy á menudo frases completas y cortadas, y tal cual vez, no uno tan solo, sino dos consecutivos». De esta rara particularidad conjeturé entonces «ó que el autor, adrede, por hacer más entonada y poética su prosa, los hubiese esparcido y como salpicado aquí y allí, ó, como más probable, que al principio pensase en escribir en verso tales obras, y aun así lo efectuara, mudando después de propósito y dejando, bien aposta, ó bien por descuido, algunos de tales versos». El pasaje que ha dado ocasión á esta nota es, con toda probabilidad, un breve fragmento de una composición poética:

Tu ausente pisa estrellas,
Que le besan los pies, y viste gloria.
Imita su color: no vistas penas.

Esto parece entresacado de alguna de aquellas composiciones perdidas hoy, por las cuales Espinosa había dicho renglones antes, empezando á tratar de la muerte de la Duquesa: «Lloráronla mis papeles. Fué polvo de mis escritos.»

voluntad en precipitarse, sólo se ha de desear que la torre sea baja. No puede ser amar mucho y saber poco. Mas ya veo que herida de amor no teme otra llaga, y que el dolor es pequeño si se puede encubrir; y no por sacar la saeta queda sana la herida. Quéjase tu prosperidad de tu melancolía, y quejas de desvalidos han de ser muy atinadas para no ser muy necias. Echa de ver que es vano el gozo del ave que come el grano en la red.

Quien no aprende méritos, estudia vanidades, como ciencia más fácil. Digo esto porque, lisonjeado el Inglés de sus verdes años, pobló el mar de hayas, vistió al viento Melinges. Las prendas de sus esperanzas empeñó en la Fortuna, y apareció sobre la bahía de Cádiz un día mal acondicionado de noviembre, en ciento y seis casas movibles, con armas no ajustadas, cuando el crepúsculo equívoco notificaba primeros agravios á las cosas y desmentía semblantes. Más enemigo cuando más obligado. No hay recibo en la cortesía que á la ingratitud no alcance. Quien dejó de ser amigo no fué amigo. Ya que fué necedad, todos pensamos que lo hubiera hecho dos meses antes. El aquilón victimario condujo en cóncavos linos aquella rubia res á la segur. ¡Ojalá debiera á su escarmiento lo que á su desengaño! Con rayos de plomo llamó alborotos. Crujieron los ejes de los nortes. Había proveído tu desconfiada prudencia aquella plaza de tanta defensa, que esta venida malogró las apuestas de la calumnia. Hasta el fin no se han de reprehender los consejos. El succeso desempeñó á tu recelo. Que la seguridad mucho promete al enemigo. Con las aguas de Escorpión se había descartado el presidio de gente y bastimentos, contra la porfía de tu dictamen. Estaba Marte enojado de paz, Siempre la dilación ofende al apercibido. Salteó el temor los pasos. El sobresalto echó grillos de yelo. Los alborotos que abortó el pueblo decían lo que no sabía la lengua. Las nuevas que se inventaba, él mismo se las creía. Grande número es el miedo, alto de cuerpo, persona de mucho bulto; lo que es cierto hace él dudoso. El mismo que obligaba á huir, impedía la huída. Faltaba todo lo que no era confusión. Duró la desconfianza hasta acordarse de ti. Lo que pudieras embarazarte en dudar echaste

en socorrer. Ni aun la priesa tropezó en el enojo. Peligro apresurado no quiere consulta espaciosa: deliberando qué sobrescrito pondrían en una carta, á una ciudad que pedía socorro la tomaron los enemigos. Tu presencia quebrantó las prisiones del miedo, y el orín, corónica del ocio, volvió á ser espada. Cuanto llegó á tu memoria convertiste en socorro. Del sobresalto heciste atrevimiento. Pensaras haber hecho nada si algo te quedara por hacer. A todos infundiste tu respeto. Tu honor envió los filos á las espadas. Envió las manos, envió los golpes, y envió la victoria.

Y, aunque tan sin gente, que uno sentías y otro mostrabas, aventajaste al peligro el remedio. Y, hallándote sin un real del Rey, de cincuenta mil ducados de tu donativo y de otras partes, enviaste cuarenta siglos de socorro en cuarenta días de cuidado. Quebraste los dientes á la fiera. Sacaste con su sangre la mancha del agravio. Con los alaridos de bronce, la negra blancura suya cayó en suceso. Con su arrepentimiento reparó lo inocente de rubio. Disimuló la huída con la obediencia del recoger. Dejó la vida en el aguijón. Potro por hacer pedía domador tan recio. Con alas vientos, huyendo de tus armas, daba en las Furias, que, ceñido el cuello con guirnaldas de víboras y manchando la luz con sus ojos, les impedía las chalupas. No es gustosa la liebre sino huyendo. A tu coraje satisfizo tu acero. Embarcándose apriesa, fué la primera necedad que dexó de hacer. Volvióse desacomodado de gusto; deshaciendo la razón por que vino; la vergüenza, enrojecida, le hizo la costa. Dos veces la venciste; con beneficios y con armas: con los caballos, dadivoso; y con las armas, valiente. Hoy el sañoso Neptuno (peinando las arenas con las olas, todavía coloradas) desentierra tantas lástimas, blanquean(1) tantos cadáveres entre las rugosas veneras, que parece no cesó la matanza con la batalla. La mejor sangre de España corrió en favor desta herida: á treinta y seis señores (doce grandes) diste tu mano derecha. No faltó el embarazo á los puntos de la cortesía: gran cosa es ser emi-

(1) Así en la edición original; quizás escribió Espinosa *blanquea*.

nente entre insignes. El mayor triunfo pedía la mayor pompa. Vióse un buen capitán buen compañero. Tantos y tales convidados te llenaron las manos del deseo; y tener huésped sin gemido es de muy necio, ó de muy amigo. Como en todo, ecedió tu condición á tu obligación. Que el cielo fructifica; no el campo. No por eso vendiste estimaciones. Diste al fiado tu majestad, y de barato el cortejo; que la ocasión muestra quién es cada uno. Heciste ostentación de despreciar la ostentación. Mayor es que lo grande quien lo desprecia: que trueca sus intereses por su fama. Que el que sabe dar á todos, mucho recibe de todos. Vendrán millares de años, y muchos pueblos y gentes que te alaben de balde á medida de la distancia. La presencia abarata la estimación y no tiene á mano la boca. Es muy de sabio dar fin á su felicidad. En Cádiz ganaste la vitoria; en Xerez, la corona. Por beneficio de la razón has llegado á no desear ni temer. Das á tu grandeza esplendores poco costosos; sufres esa magnífica pesadumbre, más por constancia que por voluntad; no como deseas, sino como comenzaste, y así, á la fortuna no haces menos aplauso que cuando favorable. Siendo tan liberal de tu hacienda, te veo tan aprovechado dispensador de la real y tan menudo, que pudieras ser prior ó mayordomo. En llegando á gastar la del Rey, aborreces á cuanto te parece á ti, y, pareciendo avaro, queda infamada la verdad.

Pues en razón de puntual en servirle te aventajas á aquel Alonso (más leal que padre), pues te matas á ti, ayudado de tu alma. En todo estás sino en ti, sin quedar á deber paso á la diligencia. Pues, Señor, ¿qué lealtad llega á hacer bizarría de la calentura, y á decir que mirar por la salud es de licenciados? Repara en que hoy te sangraron; estás en cuerpo, mejor diré en espíritu; llueve; el cielo se viene abajo; el Océano te embiste, para apagar tu ardimiento, ó por besarte los pies. Desde tu casa alistaras esos navíos de socorro y ajustaras las auras á los linos. No te atrevas á ti, para dar cabo de todos. Mas ¡oh eceso de ti mismo! menos cuidas de tu persona que de tu oficio. ¿Quién será suyo, si así te mira atento? Mas ¿quién podrá mirarte descuidado? Capitanes, ¿qué os pasmáis en esa playa? Pasad los ojos á las manos. Mirad

vuestro capitán doliente, lleno de mar. ¿Llamaréla demasía, ó fineza? Llámola fineza y demasía. Tal asistes á los despachos reales, á los presidios de África. No repartes con mañana, ni con ajeno cuidado. ¿Qué interesas? Más peligro que estima. Inquietas con tus atrevimientos tu salud y nuestra dicha. Nada dejas difícil á la muerte. Y ¡que quieras más sufrillo que remediallo! Pues á quien más importa tu vida es al Rey. No te olvides de ti á costa de tu gusto. No te des al rigor de tu aliento. Por manos mercenarias, ¿qué costa le tuvieran semejantes aprestos? No son lágrimas compradas las que gastan cabellos. No lloran, sino lo muestran. Cudicia mercader vende obligaciones y compra profesiones. ¡Infame razón de estado, no conocer otro respeto que al interés! Mira que no está bien á tu ánimo ser siempre desafiado de imposibles. Lleguemos el esamen á la sospecha. ¿Qué hace al caso que hayas enviado tantos y tan sazonados socorros, pacificado la hambre de aquellos estómagos de avestruces, tal, que faltando á Sevilla, sobrara á los presidios, brindándoles con vaso no medido, y (juntando tus deseos á sus desdichas) haber repetido aciertos con menos comodidad que gentileza; que hayas ofendido con lástimas tu noticia oyendo las lágrimas que delante de la voz te han enviado (que la necesidad es muy elocuente en la persuasión); que hayas llegado á cansar representando sus trabajos y que no es menos que su necesidad su peligro, hasta padescer naufragios en tormentas ajenas? ¿Qué importa, poco atento discípulo de tus esperiencias, que, mientras repites súplicas en vano, hayas empeñado el caudal y la esperanza en lo incierto, y aun las prendas de la reputación, pescando en agua turbia, hasta hacer sospechoso el crédito, y no sé si la conciencia? Porque ¿qué hacienda especial ó pública no has saqueado para enviar? Los bienes que el Cielo depositó en tu fe has ofrecido á aquellas necesidades, mejorados en tu condición. Tan pobre estás, que te podemos tener segunda vez por bueno. No desdicen tus obras de tu nombre, pues veo tu caudal degollado con las mismas víctimas, enviando á tu costa las compañías. ¿Qué importa, pues, que para fiar tantos socorros del albedrío de un soplo, de la cortesía de una contingencia, introduz-

gas racionales afectos á las ondas, tal, que jamás han cobrado las fianzas del viento, y todo ha llegado en las palmas de la dicha? Y siendo así que una ha menester á otra, y no hay poder que no necesite de otro poder, y lo que da la Fortuna no puede ser más firme que ella misma; si todo no ha ocasionado pasos al remedio ni pensamientos á la atención (supuesto que el yerro mayor es no remediar el yerro), habiendo llegado á tanto la necesidad, que (por falta de andrajos) se visten el esparto con que van rodeadas las botijas, y están sin esperanza de salir de aquel infierno, como condenados, ¿estos dolores han de ver tus ojos sin poderlo remediar? Bástante los tuyos, sin prohijar como árbol inserto hojas extranjeras. ¿Hasta cuándo milagros? Ya los pechos liberales pagan sangre. Por ventura, ¿bastará arrimar el ardid á la dificultad, vestir bríos y afectar diligencias, embargando, rogando, amenazando y temiendo? Ya no estamos en tiempo. No sólo remedios han faltado, sino minorativos.

Doy que socorras cuatro ó ocho meses, en fe de tus diligencias. Doy que haya dinero y tiempo. ¿Dónde están los bajeles? ¿Dónde los oficiales, manos de la voluntad? Tus vasallos y criados tienes apurados; infamado tu puerto. ¿Qué piensas que has sacado de tus no ultimados deseos? Que, alambicando finezas, has quebrado los alambiques. Doy que tu fatiga hubiera conseguido gloriosas recompensas; que el que obliga, cobra, y ninguno quiere ser bueno ni malo de balde, ni sudar en vano. Pregunto: cuando se pierda alguna de las plazas, ¿será bien se diga que cuidaba della el Duque de Medina? Fuera de que hasta ahora no te las han encargado. Y ¿hay cosa más miserable que temer lo que se espera? El ocupado es infelice; mas si la ocupación es sin premio, ó ajena, es infelicísimo; pues ¿qué será con daño? Confieso que la paciencia no cabe sino en ánimos grandes. Pues vives de prestado, presta paciencia, pues de tal manera sufres, que parece que no sientes. Deseos hay que parecen maldiciones de enemigos. ¿Para qué admites peso que desalentara á Atlante? La hambre no se aplaca con buenos deseos. Muchos días has servido á su Majestad con esas plazas, especialmente la Ma-

mora (en quien están heridos los que están por nacer), y de nuevo te la debe cada día. Si es honra, pase á otro, y si trabajo, también. Tuerce el ánimo á la atención. La llave de la honra no entregues á la fortuna. El médico sabio se despide antes que se le muera el enfermo. No perseveres en los imposibles: en guardar sin manos lo que está en poder ajeno. Mas ¿qué astucia querrá entrar á besar las manos á este león, si ve las pisadas de los que entran, y no de los que salen? Perder la salud y la hacienda, pase; la reputación, ¿por qué? Miro que el reparo es poco y el temor no poco, y que no peligran tanto en las armas como en la necesidad; y que, con un vendaval, ni aun el precio intercederá por la hambre; y que la falta empeora cada día á la condición de los manejos. He visto ya el relámpago, preámbulo del rayo. Pues, avisando el edificio con estremecimientos, ¿qué aguardamos (1)? Tengo á cordura (según esto) morarme en mi sentimiento, y no desasirme de mi opinión, y más reparando en que (habiendo ceñido, en una misma pérdida, tu caudal y tu vida) pidiéndote de nuevo, te hacen cargo de lo mismo que les has dado. Un solo exemplo desempeñe mi sentencia. Dexo los muchos del tiempo de Escovedo. Ayer el morabito Ayax (no escarmentado de los succesos) sitió á la Mamora, con tanta porfía, que casi igualó las obras á las promesas. Ostentó en su rabia las insignias de su santidad. Por poco anticipara el efeto á la pretensión. Más armado de saña que de acero, se rozó con el nuestro, asistido de la Fortuna. No con bárbaro Marte ni atajado discurso, perseveró pertinaz á nuestros ultrajes, más fixo que el Norte. Con algazara cubrió el cielo de cuarenta mil agravios. ¡Ojalá no se pierdan en tu oído! Ningún agareno déstos se le escondió en la oscuridad de su bajeza. Antes faltaban á su vida, por no faltar á su obediencia. Tanto apretó los cordeles, que los nuestros confesaron apagados los bríos del desmayo. Ningún día se privilegiaron de muertes. Discurrió por las venas inundación de sangre alterada. No hubo venenos vedados á su amarilla hambre. Comían para morir lo que, por medicina, no comieran

(1) En la edición original, *¿qué ahuardamos?*

para vivir. Llegaron á la última cobardía, que era desear la muerte. Su necesidad obró maravillas en tu cuidado. Reduciste *(sic)* á las manos las potencias. Para enviar socorrò heciste juntar caudales á la Naturaleza y la Fortuna. Amancillado con sol, profanado con polvo, echaste toda la tierra en la mar. Ahora lo dije. En gracia de tus afanes remitieron el ceño los vientos escuros y la mar se olvidó de que lo era. Entretanto, tú (más desconfiado que el mismo temor) te carcomías de sospechas, langosta de la esperanza, hasta saber del succeso. Los recelos (por lo que tienen de villanos) te madrugaban. Los buenos succesos tuyos y los malos ajenos te tenían (á fuer de amante) siempre gozoso ó triste, y así, traíamos hechos los pésames y los plácemes. Como cuando ciertos bajeles (que salieron de otros puertos ¡oh hasta en ajenas desgracias acertado!) en la barra de Mamora, rotos por las rimas los pinos, hicieron cortesía á mucho Océano. Tenías cohechada á la Fama en los vendibles avisos de los moros; que la fe bárbara es la primera que se va tras el interés. Y cuando aguardaban todos la irrevocable desgracia de «ya está hecho», sobraste con tu divino ingenio á la fuerza. Tanto se vale la guerra del tiempo como de las armas, y el consejo es más prestante que la fortaleza. Diste parte al castigo del delito; triunfando sin herida, venciste dos veces; que tuvieras á corta gentileza deslucir tu acero con su sangre. Dispusiste, con el general (presidente de la curia náutica) que luego se permitiese al viento á toda ropa, y los acometiese, con la apariencia de los galeones, sin arrojar áncora de la proa ni perder un soplo, al respeto de su marinaje. La piel de león remendó Hércules con la de raposa. Que gloriosamente se añade el engaño al valor. Desagraviaste los ecesos de tu confusión. Porque no fué menester más para que por mucho tiempo no fuesen de provecho sus pulsos y se les cayese el corazón á los pies, á cuya diligencia cometieron la de las manos, avergonzados que su carrera se prendiese en lazo tan floxo. Después hallaste la artillería enterrada. Entre los aciertos de la guerra, el primero es la ocasión, y luego la presteza. Sabio el que ase á la ocasión, aunque sea por un cabello. Tus fieles deseos merecieron fieles correspondencias.

Heciste la paz más agradable, alcanzada por sabiduría. Consideremos, pues, de cuántas dichas has necesitado para vadearte con esta sola. Fíate (según esto) de tus desconfianzas. Da crédito á tus recelos. No esperes de otro verdad que de tu razón. No te venzan los que no merecen ser vencidos de ti. No te engañes, á hurto de ti mismo, con amagos de Abraham, con ademanes sin efecto, con voluntades siempre encarecidas y nunca ejecutadas, legítimas consecuencias para presumir mayores yerros. No te hagas tratante de necesidades ajenas; que serán grandes tus intereses. Merezca tu atención mi deseo. Ya que no de oro, hubiera corona de laurel. La ingratitud (alquimista) convirtió largas obligaciones en cortas palabras, buenas para pésames ó visitas. Pasado el río, se olvidó el santo. Ecede á ingrato el que no se acuerda del beneficio, aun mientras le recibe. Quéjese, pues, de lo que le falta quien no se acuerda de lo que le sobra.

Siendo así que no es libre el cautivo de su oficio, á vuelta de tus fecundas ocupaciones, que de una nacen ciento, atareado al afán de tan magníficos títulos, por ventura, ¿tiranizan á tus propios cuidados del alma los ajenos? No, cierto. En medio de esos tropeles estudias tu sepulcro y te ensayas á la muerte. Con esa aguja labras su memoria. Cada día frecuentas tu monumento, vana pompa, aunque de cien alabastros. De aromáticos leños construyes nido, en que, fénix, te reserves y desmientas á esperanzas vanas. Bajas tu alteza á lo llano. No importa dónde se comienza, sino dónde se acaba. Sabes que lo que se siembra en la vida se coge en la muerte; que presto volverá el tiempo por lo que dió, y, habiendo de dejarte la vida, por no aguardar á esa injuria, con el afecto la dejas tú primero. Porque es la alhaja menos estimada al que sabe conocer su miseria. ¡Necio quien no logra desvelos á su muerte! ¡Infelice quien la aguarda toda junta! ¡Dichoso el que la repite cada día! Que la mucha conversación ocasiona su desprecio; que su miedo crece mucho arrimado á la ignorancia. Háceste de casa, porque cuando venga no quite más que la vida. Sabes que mueres desde que naciste, y que no hay hora en que la muerte no saque tierra de tu sepultura.

Ayúdaste de su azada mordaz, juntando las manos á la fe. Cierra tu prevención la puerta al miedo; que los medios se han de abrazar cuando el fin es conveniente. Causa donaire que todos traten de vida larga, y pocos que sea buena, pudiendo todos vivir bien y ninguno mucho. Lo menos de la muerte tememos, que es sólo aquel punto; lo más de la muerte reímos, que es toda la vida. Has aprendido en la escuela del sepulcro que construyes que la muerte no se siente. No daña al vivo ni al muerto; al vivo, porque no es ella; al muerto, porque no es él; que antes pasa que haya llegado. A todos los días alaba el último, y tú (memorioso dél) lo visitas cada día. Luego el día del entierro te alabamos, y, como muerto, despreciando tus alabanzas, haces que parezcan tuyas. Para repasar esta leción de Filosofía es tu soledad (menesteroso presidio del alma); en ésta, sellando el labio la paz, compones diferentes intentos debajo de un mismo silencio. Después de ser de provecho á todos, no quieres que te usurpen hora, pues no tiene recompensa equivalente. No hay cosa que más falte que el tiempo.

Pacificas las sediciosas borrascas del entendimiento; que lo turbio se aclara con reposo. Defiendes la fruta con la hoja, y con la cerradura la casa. Vid podada, más frutifica. Río, donde más manso, más profundo. Sin valientes impulsos divinos no pudiste dar en tan acertado secreto. No tanto por estar sin otros, cuanto por estar bien acompañado contigo, eres tu huésped y tu compañero. Quien ha de morir para sí es razón que viva para sí. Para este vivir se concedió la vida. Pasas cerca de ti con tu esperanza. Y lo que para ti deleite es para nosotros dotrina. Tú, que haces felices á tantos y cumples el deseo de todos, el tuyo es de soledad y de reclinar tus últimos años en su paz. ¿Qué más rica posesión que tan hermosa esperanza? Hablas con afecto del día que te desnudes de tu grandeza. Nosotros vemos que es altura; tú la juzgas despeñadero, de quien, si no es á espacio, no se puede bajar sino cayendo, y no deleita lo sublime que amenaza ruina. Fuera de que, aun ahora, esa dignidad y ilustrísima pesadumbre no te conoce. Plato es repetido. Viuda la recibiste; otro la gozó virgen. En dejándola tú, tomará otro marido; que siempre lo aguarda de la

mano del tiempo. No tiene más de bueno que el engaño de parecerlo. Por eso no guardas fe á quien ninguna te guarda. El que pone su felicidad en cosa temporal es miserable. Y también desprecias mandar; porque la virtud está en obedecer, y es locura hacer majestad de lo ajeno: de los que nos han menester y de su miseria. Preguntará el forense profano: «¿Para qué es la soledad? Por ventura, ¿escóndense allí á falsear los privilegios á los hados? ¿Halagan á la ociosidad, orín del ingenio? ¿Niéganse á los cuidados? ¿Sóbrales tiempo? ¿Juegan con el candelero á puerta cerrada? ¿Barajan en seco? ¿Desembarázanse de la nota? ¿Desabrochan los apetitos angustiados?» El que con eso se contenta agradézcalo á su ignorancia. Porque, aunque es verdad que este monte, arrabal del cielo, divisa lo que de cerca no se conoce, y se ve á un tiempo desflorecer lo mismo que florece; la mejor salud, enfermiza, hecha una botica; los juegos de la fortuna, quitar hoy lo que dió ayer; con una mano abrazar el trigo, y con otra arrimarle la hoz; apretar cuando abraza, y dar favores y no méritos, no se viene á gastar atención en eso. Ni á ver pasar por el camino á los forzados de sus pasiones, y con el ruido de sus cadenas hacer música á su llanto. Ni á los que buscan fama en su delito. No á ver los teatros hechos cadahalsos, infamados los remedios con la reincidencia, y mucho menos á no recatar atrevimientos, agraviando en poco lecho mucha primavera, ni á reparar en las lisonjas de cristal que granjean los ojos, ni á inquietar el vulgo lego de las aves, ni en los estanques los traviesos silencios escamados, sino á ser útil á todos, huyendo de todos; á estar en el mundo lejos dél; á tener á prisión los deseos; á no incurrir en desgracia del seso, y al alma que iba á dar de ojos, darle la razón la mano; á degollar los gustos en víctima de los yerros; á ser útil para sí con la memoria de su fin; á que las manos de Dios no estén sin testigos. Que sus obras no sólo quieren ser miradas, sino entendidas. Sólo el lugar no mejora; mas el hombre hace á la soledad de su condición. Es huída; no seguridad. Porque ¿dónde estará seguro el que se lleva consigo? ¡Peligroso compañero! Mal huye el corcillo de la flecha que lleva atravesada. Con todo, obligacio-

nes tuyas y de un padre de cien años retardan repetirme á su silencio. A alguno parecerá tu Jardín aliento de tu carrera. Porque su bruto cuidadoso desaliño rompe al año doce libreas; sus calles, de porfiados mayos, ofrecen á la mano floridas tiranías de la atención. Los árboles de constante verdor, moradores del viento, pagan su riego en sombras floridas á las fuentes, que, desatadas en quejoso cristal, persuaden gozos con discurso de perlas. Éstas, olvidadas de su principio, inciertas de su fin, acometen al cielo con diluvios y bajan, polvo de estrellas, á las tazas de mármol. Culta Flora, apeada del cielo en los azándares, crece ornato á las eras, y logra hermosuras en la variedad. Sobre riscos de aradas conchas y estriados nácares blanquean en alabastros elegantes milagros del cincel. Las pinturas porfían valientes contra la verdad del relieve. La porcelana y el cristal salen del camarín vendiendo estimaciones. La errante monarquía sin ley (en la jaula de mil pasos, volando prados y cantando flores) trinan músicas travesuras. ¿Quién dirá, pues, que aquí tus ojos no descansan del alma? Pues sepan que no son tus penas las que se visten de verde. Perdiste la esperanza en la posesión. Corto alivio del enfermo es el ¡ay!, y más al que del hospital del Amor lo pasaron á los Incurables. Ocupada el alma en sus penas, no pasa la hermosura de la vista; antes tanto le cansa el alivio como el daño, porque tan contenta se halla de estar triste, que la haría triste estar contenta. No digan que se entretiene el que corre fortuna en el mar de sus ojos; que tener buen gusto no es tener buena dicha, y los príncipes también beben lágrimas como los hombres. Allí te leemos el conmonitorio de Focílides, la doctrina de Epicteto (1) y Séneca, las cartas de San Pablo, los libros de Job, los Sapienciales de Salomón, y no permites segundo período hasta poseer el sentido del primero y pasarlo al entendimiento. De aquí sacas tu invencible paciencia, aunque provocado de ocasiones dentro y fuera. Esta virtud es vaso donde se juntan todas, y, quebrado, se pierden. Antes te falta la voluntad de quejarte que la

(1) En la edición original, por errata, *Epito*.

causa. Trabajo pierde, hiere el aire vacío quien pretende no dejar cosa por remediar.

La Fortaleza no ha menester á la Ira. Donde ésta se halla, sobra el enemigo. Es breve locura, peligro de la vida, valentía de cobardes, motín de la sangre, confusión de sí misma. Perdonas siempre á los otros, y á ti jamás. Admites disculpas, aun las indiciadas de inobedientes. Mas con que no se haga dolencia la medicina, merece la flaqueza perdón, no indignación, si ya no es la culpa de la voluntad. En tus dolores íntimos, á ninguna cosa indigna te permites. Háceste sordo á sus gritos, aunque la vida tienes de no bastante sangre entretenida, turbado el pecho y amarillo el vulto, y el sueño reñido con los ojos; que ni el marfil hace más acomodado á Morfeo, ni evita el panarizo la mano anegada en diamantes, ni ceñir un millón en cada artejo. Y, aunque lo que cada uno padece tiene por más grave, no te haces de parte de tus males para echar un borrón en tu discurso. Grande mal es no sufrir el mal. No sólo eres invencible con armas, sino con flaqueza. Perderías la fuerza; no el ánimo. La rosa huele bien florida y huele bien marchita. No amenazas con ojos perjuros, aun de su luz escasos. Los desabridos desaires, lo arrojadizo se retira de los placenteros labios al corazón; que lengua injuriosa dice ánimo vil. La cara dices que es para otros, y el corazón para ti. Parece que uno sufre y otro habla. ¡Heroica valentía negar la voz al tormento! Atrevidamente lo digo, con sentimiento de la esperiencia. Parece has declinado jurisdición de humano. Cuando (por ser puntual á tus obligaciones) sufriste que un mosquete se burlase con tus ojos, no sólo no te despojaste de tu semblante, mas te cobraste á tu magnánimo corazón y te vedaste á la ley del gemido. No cediste, mas sobraste al dolor, y nos animabas á que no lo sintiésemos nosotros, siendo así que, apretado el corazón de un duro yelo, no cabía desde el pecho á la boca. Y cuanto más (sin faltar á las compañías), trocaste por un lenzuelo los cirujanos, confiando á tantos ojos como asistían á tu semblante. Cierto, Señor, que en poca obligación te están los tuyos, pues en su riesgo mayor, te diste por desentendido de su dolor y hospedaste en tus entrañas un risco.

En tus dolencias ordinarias haces buen enfermo, porque ya eres bueno. No aguardas á aprenderlo al tiempo, que no sabes si verás; á la vejez, inhábil de briosas empresas. La edad ni la flor no mejoran en la tarde. El tiempo con el tiempo se empeora; y de la enfermedad ni del cuerpo no se aprende cosa buena.

¡Oh, sin socorro de hipérboles, admirable! Inspírame la gloria que te mereces; honra en mí lo que es tuyo. Apadríneme tu agrado, de quien son discípulas las auroras, que enfrena ríos y desata montes; cadena de oro con que atraes á ti (como Hércules) las gentes, engazadas de las orejas; cuyas luces, relación del alma, se esplican más retóricas que las más selectas voces. Que tu presencia (con ser tan útil) se busca más por afición que por interés. Tu agrado (yerba del pito, que abre cualquiera cerradura), la más temprana flor de tus mercedes. La calamita del acero, más presumido que el cielo; que aquél no ha intentado leyes al albedrío, ni tiranizar jurisdición á la voluntad, y tu agrado ha salido con ello. Lo más difícil es agradar á muchos, y el cielo no puede á todos. Mas tú, siendo tanto Príncipe, no tienes criados, sino amigos. Todos te aman derramadamente; no á tu fortuna, sino á tu persona, porque ven á tus palabras asomadas á tu voluntad, y delineada el alma en el semblante. Y para amar ó aborrecer no hay otro hechizo; que el que teme presente, ausente es enemigo. En tu casa ninguno halla defendida la entrada de portero, que con venal austeridad, desconfía de tus umbrales. No empeñado en cortinas corridas, te dispensas á precio de esperanzas: todos te hallan luego, alentados con tu voz ordinaria: «Entre quien quisiere». ¡Qué fácilmente nos vamos á lo natural! Y con todo esto, cuando te retiras á tu majestad, el respeto hace el papel del miedo. Los soldados te temen más que al enemigo. Mas quien te esperimenta formidable es el detractor que pretende profanar el sagrario de tu advertencia, trayendo ajenas acciones á su lima: éste se halla en tu severidad, ó lamido del fuego, ó fulminado. No entras en compañía del que peca. No te cohecha el gusto con la vianda ordinaria, cebo de la inclinación. Por las palabras que salen lastimadas de sus dientes descifras las enigmas de su intención, y así, le enrojeces, vitupe-

rándole, las orejas. Naturaleza puso freno solamente en el prepucio y la lengua. No es menos enfrenar la ajena que la propia. La del maldiciente, por de mayor de marca, merece perderla. Agrada gustos ajenos con riesgos propios. ¿Qué mejor ocasión espera el rayo?

No menos aborreces á la lisonja. Aquella que frecuenta, no á la colmena, sino á la miel; agua que toma la color del vaso, harpón que mira adonde corre el viento; cautela contra la presunción. Hace cosquillas donde come. Su voz suena á una parte, y á otra el eco, imagen de la voz. Que el que alaba, murmura. Yedra que abraza y chupa. Con su vendible lengua (haciendo granjería de sus afrentas) regosta los oídos á sus almíbares, y tanto los enmiela, que no pueden pasar los desengaños; y los necios amantes de sus defectos, creyendo más á quien los alaba que á sí mismos, se admiran de sus mentidas virtudes. Y bien sabe el fingimiento que no ha de pasar de la semejanza. Por esta puerta falsa se entra en el menor mérito la mayor presunción. Tu modestia me niega el fruto de tus mismas flores, y, melindrosa, dice que no es más ó menos mala ó buena la cosa por callarse. ¿Qué ha de escribir, según esto, pluma que no toma tinta? Voluntad subordinada, ¿qué elección puede tener? Pues á mi calentura quitas el agua, dexa que me enjagüe la boca, pues en ella no tiene venda el amor, y diga lo que está en la calle: los colegios que has erigido á los sagrarios que con tanto bulto de plata abruman á la admiración y á la devoción; los templos de la Descalcez Mercenaria, absolución de las mazmorras africanas y del pasaje de la estigia góndola; de aquella Caridad, bien lograda semejanza de Dios, cuya presencia virginal adelanta la dicha á la esperanza, manda á los ojos retirar el agua, que se ausenten los gemidos y se revoquen á templanza los mal cuerdos propósitos; los hospitales que sustentas y visitas, sirviendo á Dios con todo cuanto te sirve; tus santísimos ejercicios... Íbalo á decir. Pasaré á otra cosa.

Todos los deudores de tu buen gusto en traer á Sanlúcar la Compañía no podemos servir merced tanta si no es confesándola. Así que la elección se declaró tuya, se rotuló por buena. Esta re-

ligión (que en candor vence á las nieves scíticas, voz de los conceptos divinos) instruye en respectos no sólo cristianos, sino políticos, á quien debe mucho el más descasado de su alma. El peligro de todos duerme con los ojos de su cuidado. Manténgase, pues, á brazos con la dicha de doctísima. Sufra invidia, ó no lo sea. Avéngase discreta con esta furia, sombra de la virtud, tan antigua como el mérito; que mendiga ajenas ruinas para propios aumentos; vicio residenciado de la venganza divina, y sepa que, aunque el invidiado es lo que quiere el invidioso, con todo eso, en esta materia no hay cosa más diferente que su hablar de su sentir. Conténtese con ser, como otros con que se diga, y con haber revocado el fallo de la ruina universal, y no se maraville, pues cuanto es de esplendor al ejemplo es de carga á la imitación. Esta no es lisonja; su gloria sí, que exprime mi conocimiento. No cohecho, sino restitución. La verdad pone el sentir; yo, el decirlo, que es menos; porque no hurto secretos á los siglos futuros; sino alimento el gusto de memorias pasadas y enjoyo el ánimo de ejemplos presentes. Y perdónese este rasgo á la pluma, que sufrirá hasta cortés; no hasta ignorante.

Como digo, Señor, tu piedad (fuerte obligación de tu respeto) ha estrechado el aire con fábricas. En mármol, informa el arte afectos racionales. Las puntas se embotan en el cielo. La distinción se queda en el camino. Una alma vive cada piedra. La religión, riqueza y curiosidad son hartura de los ojos, posada de los deseos, desdén y olvido de cuanto encarece lo forastero. Lo que vale otro estado gastas en lisonjas de los oídos. Al dictamen de copas sonorosas, primer halago del viento, sale Dios de ordinario, asistido de tu magnificencia, con tanta majestad, que las comparaciones la deslucen. Los oídos y los ojos quedan obligados á su advertencia, y se repiten al objeto. Colmados los encensarios de gomas, consumes en poco tiempo lo que Arabia produce en mucho. Escondes el aire en humos sabeos de los pebetes, desatados en sierpes; varias fragancias redimes de la tiranía de brasas lentas. Mucha esfera hurtas al sol con la rodeada cera que bebe el caliente algodón. En tan divinas demonstraciones, primero se cansan los

sentidos que los deseos. En razón de limosnas, menos sabidas, no menos verdaderas, mal se fían de los ojos ponderaciones del alma, cuanto más de la pluma. Sólo digo que de seguro crédito fías tus prendas sobre la cédula de tu fe. Deme, Señor, tu majestad licencia para que me acierte á maravillar, no de Roma triunfante, sino de tu humildad barriendo un sagrario. ¡Qué bien acomodada está tu grandeza en esa escoba! Del polvo levantas inmensa luz á las estrellas. Permítenos tus pies, porque nos iguales con el cielo. Desprecias al mundo, porque mal se edifica sobre redondo. Bajas tus armas al pie del altar, porque la humildad no ha menester padres. La cogujada, para volar alto, toca primero el pecho á la tierra. El ramo con más fruta, más se humilla. De la provincia del propio conocimiento hay cortas jornadas á la humildad. Entre algo y nada no hay comparación. Persuádeste á que ha poco que no eras (que es la última miseria), y que ahora, con tanta pompa, eres poco, y que presto no serás. ¡Oh, así prosigas y acabes! ¡Vivas para ti, para la virtud, para nosotros y para los siglos! Donde quiera que vayas, te guíe la salud, blando sueño te descanse, brilles en urna de lucero. Que no importa próspera navegación al que se anega en la barra.

No se ofenda tu templanza que trueque los ojos á las voces, porque no me infame el defecto de la reportación, viendo que reduces cada día á tu tabla doce vejeces, asistido de muchos criados caballeros, que no desmienten su nombre, pues, marcados los pechos de la honrosa púrpura, son discípulos de tu piedad. En poco rato de vianda das mucho siglo de admiración, pues lo sirves tú solo, divulgando juventudes, y en tanto que traduces los elementos al halago de su gusto, das pasto al de tu voluntad. A los que coronamos este teatro con aplauso, informas de nuestras obligaciones, y (medrando valentía la confusión) nadan los rostros círculos de grana. Roba el objeto al sentido; que sacara lágrimas al bárbaro Rifeo, y acusara lazos ociosos á la lengua más empeñada en Peanes y Panegyris, y más acordándose que cada semana tres días perseveras á la abstinencia de Scitia y todas las ferias sextas al rigor del Miserere. Y aunque mal se entra en la esperanza quien

sale del secreto, diré algún eceso de tu costumbre en acomodar con tus manos cena, fuego y lecho á los mendigos de tu albergue, no comprehendido en los límites del decoro. Perdona, si es culpa acecharte; que no se puede mi curiosidad enmendar, y el gusto atropella las leyes del estilo. Es muy atrevido el favor, y no sabe paciencia en los labios. No sólo tienes descubierta la cabeza siempre al templo, al nombre del Santísimo y á los sacerdotes, pero ni los mendigos tienen queja de tu sombrero. No oyen de tu boca un *vos*. A todos llamas padres, tal, que tu piedad ha intentado no serlo con tu grandeza. Cuando te vi sin capa, con alfileres, martillo y tachuelas, acomodar el altar de los ermitaños en aquella gruta retirada, bostezo del monte, pagaron mis ojos con una misma moneda á la confusión y al gozo, y eché de ver que no hay cosa tan grande como atreverse á no serlo.

No consientes que lo menos perfecto pase por tus manos á otras. Disimulas lo usado con lo mejor. La antigüedad mejora al vino; no al yerro. Perdido el camino, lo que más aparta dél son los pasos. No te guía, pues, el estruendo de las opiniones, ni aventuras aciertos en las huellas trilladas de la multitud. Despides por la razón á la imitación; que es muy de ovejas seguir á las primeras, ciegas del beneficio del discurso. Este alumbra á qué parte se ha de tender la mano. De aquí nace que seas en todo excelentísimamente singular. Tu celo santo, que afana el pecho de su huésped, paga el hospedaje alzándose con la posada. Así acudes al peligro con ojos, y al remedio con pies y manos. Condenas á la licencia á destierro. Franqueas los mantos al exámen; que un medio ojo, una tentación tapada, hiere á la cordura por saetera y desmiente argólicos desvelos. Más quieres dar causa de queja que ocasión de engaño, y que se infame la verdad de necia. Llámense estaciones santas, ó como quisieren; que las tinieblas nada persuaden modesto. Aun en los concursos abiertos á la luz vistes tu cuidado de los ojos del pavón. Temes más que confías. No es tan honesto confiar como seguro no confiar. Inocente el que le cuesta cada escarmiento un engaño. Digna de tribunal juzgas á la sospecha como á la culpa. Porque es muy veloz la carrera á lo peor, y

así, reduciendo á la vista las potencias, con el poder desacreditas á la ocasión. Cuanto el príncipe hace parece que lo manda, y así, tus criados se acuerdan que lo son. No se aprende tanto de la escuela como del exemplo. Más se imita á éste que á las palabras. La nobleza fué una suerte que te cupo; la virtud, una hacienda que te trabajaste, notificando leyes á los deseos. ¿Cómo? Yo lo diré. Cuando hacen venta en el sueño las acciones humanas, antes que aparte al Caos la Aurora, despachas al cielo tus afectos píos, mientras las estrellas consultan qué lugar te harán, ó que seas destierro de la noche, ó sostitución del sol. Y desde los primeros pasos del día, no te consientes un instante ocioso: un día de ociosidad es uno menos en la vida, y muchos en la costumbre. Pues ¿cómo no serás más dueño de los corazones que del estado, si das todo tu cuidado á la república, tu tiempo á los negocios y tu corazón á Dios, si te ven acompañado de nobleza por tu sangre, de majestad por tu persona, de gloria por tus hechos, de reputación por la excelencia dellos, de valor para no omitirte al camino de la virtud, de gentil disposición con que el alma hace bien sus oficios, y, finalmente, de tan iguales prendas, que no se desmienten unas á otras? Y aunque la discreción de los ojos hace bárbaros á los labios, tu trato aún es más fiel testigo que tu presencia, porque sientes lo que hablas y hablas lo que sientes. ¡Cosa real! Eres lo mismo que oído: hoy lo que ayer. El día y la noche del equinocio no son más iguales que tus palabras y tu vida. Y (como de hombre entero) son juramentos tus palabras, y así tratas con los hombres como con Dios. Temes más á la conciencia que á la fama. Nada tienes por mejor por sólo ser más útil. Lo malo tienes por dañoso; no por hacienda. Al fin, cuanto eres te debes, y, aunque no puedes ser más, no puedes cumplir con menos. En reconocer acreedora tu virtud es de nuestras alabanzas: somos para ti lo que eres para nosotros; lo uno, porque no habiendo visto en cosa humana tantas prendas divinas, esta verdad (en cuanto tal) no es dignamente alabada. Lo otro, porque alabamos á Dios, autor de todo lo bueno, y, añado, porque la navegación de la virtud necesita de fieles auras, si bien hasta el puerto no hay áncora que asegure.

Señor, yo he hablado á mi gusto; hable cada cual al suyo. Bástanme doctos. Bástanme pocos. Bástame uno. A tus pies se ha parado mi fortuna. Conozco que la abundancia me ha hecho pobre, porque la voluntad no da la suficiencia. Mas consuélome con que, si sé tu valor, sabes mi deseo, y con amor no hay don pequeño. Tus mercedes son mis méritos; que naturalmente nos holgamos de ver y apadrinar á los que hemos favorecido. Hice lo posible, si no lo condigno. Y mientras más humilde, más parte tengo en tu amparo. Acuérdome que Licurgo instituyó sacrificios pequeños, porque fácilmente se hallasen á mano; y es muy de césares y deidades admitir con frente jovial semejantes menudencias. No la cantidad, sino la voluntad.

Recibe, pues, en la mía las segundas prendas de tuyo, y vive en la dicha que á ley de tal te deseo.



ADICIONES Y ENMIENDAS

AL ESTUDIO BIOGRAFICO, BIBLIOGRAFICO Y CRITICO

SOBRE

PEDRO ESPINOSA

La familia de ESPINOSA (págs. 14 y 15).

En uno de los libros de matrículas de la Universidad de Alcalá, hoy en el *Archivo Histórico Nacional*, encontré asentado entre los *menores* del Colegio de San Isidoro que se matricularon por Octubre de 1563 á un

ju.º de espinosa de sepulueda, yden [*diócesis de Segovia*], 14 [*años*].

Por si la coincidencia de apellidarse Espinosa y ser natural de Sepúlveda, nombre que llevaba por apellido el padre de nuestro escritor, pudiese abrir camino á alguna investigación afortunada, rogué al Sr. D. Eugenio Laorden, arcipreste de la dicha villa, que hiciese buscar la partida de bautismo del mencionado estudiante gramático. Tarea inútil: los libros bautismales de las antiguas parroquias de Sepúlveda empiezan en el año de 1593, y en el único que contiene algunas anteriores á este tiempo, y que abarca desde 1538 á 1700, no está la que buscábamos.

Igual mala fortuna han tenido las pesquisas hechas en Segovia para hallar las partidas de bautismo de los ascendientes de ESPINOSA: en las más de las parroquias son de tiempo posterior al año de 1540 los libros que se conservan.

Muy sinceramente agradezco, no obstante, los buenos deseos con que intentaron complacerme el Sr. D. José Cardeñoso

Monge, provisor de aquel obispado, y el sobredicho arcipreste Sr. Laorden.

El opúsculo arqueológico de Juan de Mora (pág 14).

Á lo que parece, fué este mismo tratadito el que D. José Maldonado de Saavedra atribuyó al maestro Juan de Aguilar, al folio 12 de su *Discvrso geographico de la villa antigva de Peñaflor, que consvlta a los peritos en esta materia, sobre su antigvo y verdadero nombre* (Sin l. ni i., pero Sevilla, 1673). Dice Maldonado:

En la Ciudad de Antequera, por orden del Cabildo, están colocadas en partes publicas muchas inscripciones, traidas de las ruinas de Singilia, Nescania, Antio, y otros lugares, de que hizo vn tratado Iuan de Aguilar el Manco, Preceptor de Gramatica.

Bernardo de la Torre (pág. 32, nota).

No sé con certeza si un canónigo llamado Bernardo de la Torre, que vino por pasajero de Nueva España en 1556 *(Archivo general de Indias*, Registros de venida de naos, 22, 6, 3/17, ramo 1.º), sería el escritor antequerano del propio nombre; pero sí parece el mismo un Bernaldo de la Torre que, con el licenciado Gaspar de Jaén, Baltasar de Jaén y Ana de Ortega, viuda de Juan de Jaén, todos vecinos de Sevilla, el Baltasar en nombre de su hermano Alonso Hernández de la Torre y como tutor y curador de Violante de Sanabria y Juana Bautista, menores hijas de la dicha viuda, otorgó á 24 de Marzo de 1562, ante Juan de Portes, escribano de la mencionada ciudad, un poder á favor de Gonzalo Hernández, escribano público de Antequera, para administrar los bienes que allí tenían. Otro poder habían conferido, á 10 de Enero del mismo año, á favor de Juan de Cárcamo, hermano de los otorgantes *(Archivo Histórico Nacional*, Papeles que fueron de D. Juan Quirós de los Ríos, y que regaló D. José Enrique Serrano y Morales, legajo 14).

Pedro de Aguilar (pág. 32, nota).

En los índices correspondientes al oficio 1.º del *Archivo de protocolos de Sevilla* encontré la indicación de una escritura otorgada por su hija Elvira de Godoy y el impresor Fernando Díaz en los primeros meses de 1588; pero por faltar algunos cuadernos

al libro, no alcanza al folio 1144, en que había de estar tal documento.

Luis de Godoy, hermano de Pedro de Aguilar, escritor como él y contador que fué en el Cuzco, se despachó para el Perú en 1556 *(Archivo general de Indias,* Licencias de pasajeros, 45, 1, 2/18, libro I, fol. 139 vto.).

Luis de godoy vz° e natural de la çibdad de antequera hijo de p° de aguilar y de mya [María] de pro su muger se despacho al perú por criado de gomez çerō de moscoso y por solt.° por lic.ª de su m.ᵗ en la nao de baltasar de jaē.

El maestro Luis Gómez de Tapia (pág. 33, nota).

Expuse allí mi vehemente sospecha de que Luis Gómez de Tapia y el *don Gómez de Tapia* autor de cierta *Égloga* publicada por Gonzalo Argote de Molina en Sevilla, año de 1582, fuesen un mismo sujeto, y robustécela ahora una escritura que hallé después, en virtud de la cual, á 16 de Noviembre del mismo año de 1582, Argote de Molina, «provincial de la Santa Hermandad en el Andaluzía, señor de las villas de los Veros y Dagançuelo y de las torres de Gildolid y veinte y quatro desta ciudad», dió poder «al Ill.ᵉ señor luis de leon quintador del Il.ᵐᵒ s.ᵒʳ Conde de lançarote y vecino de la dicha ysla» para cobrar de Domingo Hernández, maestro y capitán del navío Santo Antonio, 315.000 mrs. que le debía de mercaderías, «rescibiendole en quenta lo que vbiere pagado al señor maestro luis gomes de tapia *(Archivo de protocolos de Sevilla,* oficio 21, Juan Bernal de Heredia, libro 6.° de 1582, fol. 498).

Tal como se le llama en esta escritura que acabo de extractar, «el maestro Luis Gomez de Tapia», encuéntrolo en 1583 como capellán de la iglesia de San Isidro, á quien, entre otros, se devuelve la blanca de la carne (*Archivo Municipal de Sevilla,* libro de Propios del dicho año, asientos de 24 de Mayo), y pocos años después, en el de 1588, llamándose Luis de Tapia, como se le nombró en los preliminares de su traducción de *Os Lusiadas* (Salamanca, 1580), vuelvo á hallarle cobrando la blanca de la carne entre los clérigos, curas y capellanes de la iglesia de Omnium Sanctorum (Libros de Propios, asientos de 21 de Junio de 1588), y nombrando por heredera de las casas de su habitación, para una vida que le quedaba sobre ellas, á su sobrina D.ª María de Tapia, mujer de Luis Valenzuela (*Archivo de protocolos de Sevilla,* oficio 1.°, Diego de la Barrera Farfán, libro 2.° de 1588, fol. 1020).

No debe confundirse á Luis Gómez de Tapia con un Luis Gómez, antequerano como él, pero hijo de Juan Gómez y de Inés Núñez, que se despachó al Perú en 22 de Diciembre de 1559 (*Archivo general de Indias*, Asientos de pasajeros, 45, 1, 2/18, libro 2.º, fol. 55 vto.), ni menos con otro Luis Gómez que, como cura de la iglesia de San Gil, cobraba la blanca de carne en 1597 (*Archivo Municipal de Sevilla*, libros de Propios, asientos de 21 de Mayo de este año), y que, siendo ya clérigo presbítero, había estudiado Cánones en la Universidad hispalense y bachilleárdose en esta facultad á 11 de Mayo de 1580 (*Archivo Universitario de Sevilla*, libro 3.º de Matrículas de todas fatultades, 1569-77), folios 102 vto., 132 y 160, y libro 4.º de Grados mayores y menores (1579-93) fol. 17. Este Luis Gómez era natural de Álora.

Homónimos de Espinosa (pág. 58, nota).

Del mismo nombre de nuestro Pedro Espinosa he encontrado en el curso de mis indagaciones algunos sujetos coetáneos suyos, además del estudiante teólogo, natural de Baena, y del capellán mayor del ejército de Andalucía, que mencioné en las págs. 360-61. Conviene citarlos, para evitar á otros investigadores que le confundan con el antequerano. Son éstos:

Pedro de Espinosa, natural de Espinosa de los Monteros, que en la Universidad complutense probó (20 de Abril de 1543) haber oído un curso de Cánones (*Archivo Universitario de Alcalá*, Actos y grados de 1582 á 1603, fol. 90).

Pedro de Espinosa, mercader de libros, vecino de Medina del Campo en 1563 (Pérez Pastor, *La Imprenta en Medina del Campo*, pág. 150).

Pedro de Espinosa, vecino de Úbeda, graduado de bachiller en Artes á 20 de Diciembre de 1575 (*Archivo Universitario de Granada*, libro 2.º de Claustros, fol. 155).

Pedro de Espinosa, racionero de la Iglesia Mayor hispalense (*Archivo Municipal de Sevilla*, libro de Propios de 1600-601, 23 de Junio de este último año).

El licenciado Pedro de Espinosa, fundador de una capellanía en la iglesia parroquial de Santiago, de Baza. Este sujeto era natural de Castro del Río (Gallardo, *Ensayo de una Biblioteca española...*, tomo II, col. 348).

El licenciado D. Pedro de Espinosa, que abogaba en Granada por los años de 1658, y de quien he visto impreso algún alegato

(*Biblioteca Capitular y Colombina* de Sevilla, Varios, 101, 9, folio 543).

Juan de Aguilar el Manco (pág. 61, nota).

Los renglones «escritos *de su industria*, que no *de su mano*», á que me referí en la nota primera de la pág. 61 son una certificación de estudios. Dice así:

El M.º Ju.º De Aguilar Racion.º de la s.ta igla. de Anteq.a i regente de su cath.a de latinidad certifico q̄ el s.r D. Ju.º Chacon hijo del S.r Don fernando Chacon es mi discip.º i q̄ acude a mi escuela, desde ·s· Ju.º de Junio pasado de este año i por ser verdad di esta certificacion firmada de mi nombre en Anteq.a 28. dias del mes de Setiem.e de este año de 633.

J.º De Aguilar.

Como, por buena traza que se diese para escribir, había de costarle más trabajo y más tiempo que suele costar á los demás, acudía á las abreviaturas para aminorar el uno y acortar el otro.

El pintor y poeta Antonio Mohedano (págs. 66-68).

Pintó sargas mucho tiempo y sobresalió en la pintura de las flores. Ambas cosas afirma Pacheco en su *Arte de la Pintura*, págs. 344 y 421 de la edición original: «I aun en este modo de pintura de las sargas se crió i la exercitó muchos dias Alonso Vazquez, siendo muchacho, i en Antequera Antonio Mohedano i Iuan Vazquez tambien...» — «Pintólas mui bien [las flores] Antonio Mohedano, como muestran los festones que hizo a fresco en el claustro de san Francisco [de Sevilla].»

D.ª Luciana y D.ª Hipólita de Narváez (pág. 69).

En la pág. 73 de su interesante libro intitulado *Noticias de una corte literaria* (Valladolid, 1906), dice D. Narciso Alonso A. Cortés, enumerando los escritores que florecieron en Valladolid en los primeros años del siglo XVII: «Tenemos indicios, que omitimos á reserva de comprobación más completa, de que las dos Narváez, doña Hipólita y doña Luciana, que tan brillantemente figuran en las *Flores* de Espinosa, nacieron en Valladolid.» Bien pudo ser. Los historiógrafos de Antequera prohijaron á su ciudad algunos ingenios que no nacieron allí, tales como Luis Gálvez de Montalvo y Barahona de Soto, y quizás á prohijarle asimismo estas

dos poetisas contribuirían dos circunstancias: la del apellido *Narváez*, muy extendido entre la nobleza antequerana, y la de ser colaboradores, como D.ª Cristobalina Fernández de Alarcón, en la antología de ESPINOSA.

Gregorio Morillo (pág. 81, nota última).

En el mismo manuscrito 6.437 de la *Biblioteca Nacional*, citado en la nota, hay una relación del viaje que el Arzobispo don Pedro de Castro hizo desde Granada á la ciudad de Ecija en Enero de 1621, y en tal relación, estas referencias al autor de la *Sátira de vicios comunes:*

Sabbado 16 salió su I. de s.ta Fe. entró en loxa a las seis de la tarde auiendo oido missa que la dixo Morillo.

. . . .

Domingo 24. Visitó la ig.ª de s.ta Cruz [en Écija]... estuuo debaxo del dosel en la missa al lado del Euangelio y a su lado izquierdo debaxo del mesmo dosel D. fr. º de ledesma juez de visita, con manteo, y morillo con la cruz en un banquillo Raso, tanbien con manteo.

Pedro Rodríguez de Ardila (págs. 82-83).

Unos Rodríguez de Ardila, coetáneos y probablemente deudos cercanos del poeta y librero, tenían bienes en Pedrera: Juan Rodríguez de Ardila, vecino de Osuna, dió poder á Alonso Martín Granado, en 12 de Mayo de 1590, para que cobrase el precio de cierta tierra á Hernán Gordillo el viejo, vecino de Pedrera (*Archivo de protocolos de Osuna*, oficio de Juan Sánchez Carrión, fol. 89 vto. del libro del dicho año).—A 3 de Enero de 1612, Diego Rodríguez de Ardila, clérigo presbítero, vecino de Sevilla, collación de Santa María la Blanca, dió poder á Bartolomé Fernández Flores y á Cristóbal Becerra, vecinos de la villa de Pedrera, en el marquesado de Estepa, para cobrar de Juan Hormigo cien reales, en virtud de un mandamiento de los jueces de la Cruzada (*Archivo de protocolos de Sevilla*, oficio 4.º, Pedro del Carpio, lib. 1.º de 1612, fol. 12).

Juan Jerónimo Serra (pág. 83).

Fué uno de los fundadores, en 1615, de la Santa Hermandad del Refugio y Piedad de la Corte (*Las calles de Madrid: noticias, tradiciones y curiosidades*, por D. Hilario Peñasco de la Puente y D. Carlos Cambronero, Madrid, 1889, pág. 408).

Gonzalo Mateo de Berrío (págs. 83 y 84).

Para que el autor de ciertos *Apuntes bio-bibliográficos de algunos poetas granadinos*, que sin citar mis libros acerca de Barahona y de Espinosa, se ha despachado á su gusto tomando de ellos cuanto le vino en ganas, para que este autor, digo, salga de la infundada sospecha de que deban atribuirse á Gonzalo Mateo de Berrío unas redondillas clarísimamente debidas á D. Gonzalo Berrío Barnuevo y referentes á la muerte del rey D. Felipe IV (1665), diré lo que no dije en aquellas obras, porque aún no lo tenía averiguado cuando las escribí, conviene á saber: que Berrío, que como *letrado del Reino* acompañó á la Corte en su mudanza de Valladolid á Madrid, y pidió, y no logró, ayuda de costa por la que tuvo en tal mudanza, murió antes del 24 de Octubre de 1609, pues en el acta de la sesión de Cortes celebrada este día, se dice: «Habiéndose entendido es muerto el licenciado Gonzalo de Berrío, y que ha vacado el salario que de letrado del reino tenía...» *(Actas de las Cortes de Castilla*, tomo XXV, pág. 488.) Tenía de salario 20.000 maravedís cada año. (*Ibid.*, tomo XXIV, pág. 546.)

D. Antonio Mira de Amescua (pág. 93, nota segunda).

No una canonjía, sino una capellanía de la Capilla real de Granada obtuvo Mira de Amescua en 1609 (Pérez Pastor, *Bibliografía Madrileña*, parte III (1621 al 1625), pág. 427).

El pintor Francisco Pacheco (págs. 109 y siguientes).

La fecha más antigua que se conoce de su estancia en Sevilla la apunta el mismo Pacheco en su *Arte de la Pintura* (pág. 216 de la edición príncipe):

El Padre Gaspar de Zamora, de la Compañia de Jesús, natural de Sevilla (que murió en la Casa-Professa della año 1621, de 78 años de edad, 53 de Religion) á quien yo comuniqué y tuve por Padre espiritual 40 años...

Es decir, se había confesado con él desde 1581.

Al estandarte de damasco de 50 varas de que hice mención en la pág. 112 se refiere el siguiente curioso documento del *Archivo general de Indias*, cuya signatura me olvidé de anotar; pero cuya cita, si mal no recuerdo, encontré en los tomos manuscritos de apuntes que formó D. Fernando Belmonte:

En seuilla a quinçe de hen^{o} de mill y seisçientos y un años me hago cargo por q^{ta} de su mag^{d} de vn estandarte de damasco carmesi que tiene cinquenta varas con su çanefa de seda amarilla y carmesi pintadas en el por vna parte las armas Reales y vn sanctiago a cauallo con despoxos de moros todo al olio y por la otra lo mismo y al derredor vna çanefa y Romano de oro y plata q̄ por orden de los ss^{s} Presidente y Juezes de la casa de la contr^{on} desta ciu^{d} me a entregado fran^{co} Pacheco Pintor vecino della para serui^{o} de la capitana de la flota de Tierra firme gen^{l} don fran^{co} del corral y t^{do} al qual dho Pintor en virtud desta no se le a de pagar mas de tan solamente la dha pintura por auerle entregado el dho estandarte hecho para el dho efecto.

Joan de larrea.

(Al respaldo:)

Ansi mismo certifico que el dho fran^{co} Pacheco Pintor doro y Pinto por orden de los dhos ss^{s} Presidente y Juezes de la dha casa vn farol grande para seru.^{o} de la dha nao cap^{na} *(y refrescar el dorado de otro...)*

Joan de larrea.

Concertose con nra ynterbencion la pintura del estandarte de cinq^{ta} baras de damasco y el dorado de los faroles contenidos en esta certif^{on} en ciento y cinq^{ta} duc^{s} en Rs.

(Siguen tres rúbricas, de los jueces de la Contratación.)

D. Juan de Arguijo (pág. 130, nota 1.ª).

Contra lo que allí asenté, Juan de la Cueva, al recordar en un soneto festivo

La hidra, el jabalí, el león nemeo,

no aludió al soneto de Arguijo *Á Hércules*, que empieza:

El jabalí de Arcadia, el león nemeo,
El toro á los cien pueblos pavoroso,
Cayeron á mis pies, y vitorioso
De la hidra me vió el lago Lerneo...,

sino al poema de Mal-lara intitulado *Los Trabajos de Hércules*, que se resumían de esta manera en la primera octava del canto I:

La fuerza, la destreza, la osadía,
La Diosa revestida en Euristeo,
Las fuertes Amazonas y su guía,
La Hidra, el Jabalí, el León Nemeo,

Las Aves, Gerïón, el rey Augía,
La Fruta de oro, el Carro Diomedeo,
El Toro, el Ciervo, el Cérbero rabioso
Quiero cantar de Alcides animoso.

D. Juan de Vera y Vargas (págs. 136-138).

Pueden verse los extractos de algunos documentos referentes á este poeta y escritor extremeño en la *Bibliografía Madrileña* de D. Cristóbal Pérez Pastor, parte III, pág. 133.

Antonio Ortiz Melgarejo (págs. 139 y 140).

En 20 de Mayo de 1606 sacó de pila á un niño hijo de la Iglesia, á quien se puso por nombre Juan Antonio *(Archivo parroquial de San Vicente* (Sevilla), libro 11.° de Bautismos, fol. 107).

Ortiz Melgarejo había nacido en 1580 ó 1581, y antes del año 1637 ingresó en la Orden de San Juan y se ordenó de presbítero, cosas que se echan de ver por la declaración que prestó en las pruebas de Juan Antonio del Alcázar y Zúñiga para obtener el hábito de Calatrava *(Archivo Histórico Nacional*, Pruebas de la dicha Orden, núm. 72, fols. 81 y 82):

En la dicha ciudad de sevilla a dicho dia [6] del mes de dicienbre del dicho año de mill y seiscientos y treinta y siete años para la dicha ynformacion examinamos por testigo a antonio ortis melgarejo del auito de s.n Iu° presvitero y aviendo jurado en berbo saserdotis de dezir verdad...

. . . .

— a las demas preguntas dijo en fauor del pretendiente y ques de hedad de sinq.ta y siete años y no le tocan las generales, fuele leydo su dicho Ratificose en el y lo firmó, f° vt supra.

D. Cristóbal de Villarroel (pág. 152).

D. Narciso Alonso A. Cortés, en la pág. 88 de su sobredicha obra intitulada *Noticias de una corte literaria*, dijo «que es difícil comprobar si el alcalde D. Cristóbal de Villarroel, que intervino en la causa de Ezpeleta es el mismo poeta de igual nombre y apellido que tiene versos en las *Flores* de Espinosa.» Y á continuación dió curiosas noticias del dicho alcalde, que era natural de Aguilar de Campos (Valladolid). Esto se publicaba en 1906; leyendo el Sr. Cortés lo que de Villarroel el poeta dije en mi estudio sobre Espinosa, dado á luz en 1907, habrá hallado fácil la comprobación de que el alcalde y el poeta son dos sujetos distintos, éste, andaluz, natural de Úbeda.

D. Francisco de Quevedo (págs. 159 y 160).

Encontró y sacó á luz curiosas noticias de Quevedo mi querido amigo D. Cristóbal Pérez Pastor (*Bibliografía Madrileña*, parte II, págs. 537-541). No son menos interesantes los datos que halló en Valladolid D. Narciso Alonso A. Cortés (obra citada, págs. 48 y siguientes), y entre ellos figura este asiento, copiado de la lista de los estudiantes que tuvieron voto para proveer en la Universidad de Valladolid (Abril de 1605) las cátedras de Durando y Vísperas de Teología:

48. Don F.co de quevedo n. de Madrid diocesis Toledo baruirojo, cojo. Juró ser boto y tener tres cursos y ser br. [en] artes por alcala tambien li.do [en] artes por Alcala.

Llama la atención que no se indique, al par que su cojera, su poca vista, defecto á que él aludió muchas veces en sus obras, especialmente en las poéticas de carácter festivo, y al cual, pocos años después de la tal votación de catedráticos, se refería, con su acostumbrada malevolencia, y haciendo para ambas cosas una sola palabra, el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, en el alivio IX de *El Passagero*, fol. 397 de la primera edición (Madrid, Luis Sánchez, 1617):

Desean autorizarse los a quien cierto antogicoxo llamó caualleros chanflones, con afirmar de sí muchas cosas tan nuevas como las del Hipocentauro, o Fenix, jamás vistos.

D. Luis de Góngora (págs. 161-168).

También encontró el Sr. Pérez Pastor algunos documentos referentes á Góngora, y los extractó en su *Bibliografía Madrileña*, parte III, pág. 377.

Vicente Espinel (págs. 168 y 169).

«Semipícaro en Sevilla (1578)», dije al resumir en pocos renglones la vida de Espinel anterior al siglo XVII, y á fe que no se me desmandó la pluma. Qué honestas amistades frecuentara Espinel en la ciudad del Betis indicólo él mismo con más que desenfadada libertad de expresión en su *Sátira contra las damas de Sevilla* (y sabido es á quiénes se llamaba *damas cortesanas*, y aun *damas*, á secas, en aquel tiempo), publicada en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, año VIII (1904), pág. 410. — En la parte II (1601 al 1620) de la *Bibliografía Madrileña* de Pérez Pas-

tor, pág. 450, pueden verse algunos otros documentos tocantes á Espinel, entre ellos su partida de defunción (En Madrid, San Andrés, 4 de Febrero de 1624).

Pedro Liñán de Riaza (págs. 171 y 172).

También de Liñán de Riaza halló y publicó muy curiosas noticias el autor de la *Bibliografía Madrileña*, parte III (1621 al 1625), págs. 412 y 413, y asimismo, entre ellas, su partida de sepelio (En Madrid, San Miguel, 25 de Julio de 1607).

D. Francisco de la Cueva y Silva (pág. 174).

Como más prueba de que no murió en 1621, sino en 1628, véanse el poder para testar hecho por su hermano D. Antonio de la Cueva y Silva y el testamento y fundación de mayorazgo otorgados en su consecuencia, según los cuales, en los bienes de D. Antonio había de suceder el D. Francisco en primer lugar (Pérez Pastor, *Bibliografía Madrileña*, parte II, págs. 138-140).

El Conde de Salinas (págs. 174 y 175).

El llamar á los nobles por solos sus títulos suele ser muy ocasionado á confundir sujetos diferentes. Y esto sucedió al sabio don Pascual de Gayangos con el conde de Salinas D. Diego de Silva y Mendoza: que, nombrándole por sólo el título Pinheiro da Veiga en cierto manuscrito, ya famoso entre los cervantistas, y en el cual se relatan sucesos del año de 1605, añade Gayangos por nota: «D. Rodrigo Sarmiento de Villandrando, cuarto Conde de Salinas y de Ribadeo» (*Cervantes en Valladolid*, apud *Revista de España*, pág. 503 del tomo XCVII: Marzo y Abril de 1884). Siguiendo tan equivocada indicación, D. Narciso Alonso A. Cortés, en la página 72 de sus *Noticias de una corte literaria*, dió por hecho que este conde de Salinas D. Rodrigo Sarmiento de Villandrando es el poeta que tiene en las *Flores* de Espinosa unas redondillas *Á la Esperanza*. No: el conde de Salinas á quien se refirió Pinheiro y á quien se debe tal composición fué D. Diego de Silva y Mendoza, de cuyo matrimonio con D.ª María Sarmiento, condesa de Salinas, había nacido D. Rodrigo Sarmiento de Villandrando, que en 1605 podía tener, á lo sumo, ocho ó nueve años de edad. Esto no obstante, el poeta, llamándosele D. Diego Sarmiento de Silva, conde de Salinas, juró como tutor y curador del dicho D. Ro-

drigo su hijo al príncipe D. Felipe, en 13 de Enero de 1608 (*Actas de las Cortes de Castilla*, tomo XXIII, pág. 707).

Nuestro Conde de Salinas, que desde el año de 1616 se llamó por su nuevo título de Marqués de Alenquer, murió en Lisboa, como dije en el estudio sobre Espinosa, á 15 de Junio de 1630, y dos días después, de orden del Presidente del Consejo, se mandó en Madrid que un alguacil de Corte «vaya acompañando el cuerpo del Sr. Marques de Alenquer (que Dios perdone)», el cual alguacil «aga el aposento y preuenga los mantenimientos neçesarios para las personas que van en su compañía, a preçios justos y moderados» (*Archivo Histórico Nacional*, Libros de Gobierno de la Sala de Alcaldes, tomo XIX, fol. 249).

D. Lope de Salinas (pág. 180).

Escribió, entre otras cosas, una *Suma de la vida de San Francisco, en estancias*, que dedicó á D.ª Antonia Pacheco, priora del monasterio de la Concepción de la villa de Escalona, obra que, publicada en 1587 (Toledo, Juan Rodríguez), reimprimió después Esteban de Villalobos en su *Primera parte del Tesoro de divina poesía* (Madrid, Luis Sánchez, 1604). De este poemita hay entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, (M. 230, hoy número 3938) una copia que hizo en 1749 D. Francisco de Arce y Lezamaeta.

Un D. Lope de Salinas, natural de Valdeosma, diócesis de Osma, de veinticinco años, se matriculó en la Universidad complutense á 18 de Noviembre de 1566, entre los *logici seu dialectici*. No lo hallo en el año anterior entre los *terministæ seu sumulistæ*, ni en el siguiente entre los *phisici seu philosophi naturales* (*Archivo Universitario de Alcalá*, Matrículas de 1564 á 1568). Bien puede ser éste nuestro poeta, que naciera en Valdeosma y se trasladara á Escalona, en donde escribió la *Suma de la vida de San Francisco*. El llamarlo D. Nicolás Antonio *escalonensis* no prueba que lo fuera, sino que vivía en Escalona, que es lo que consta y se averigua por su mencionado libro.

Juan López del Valle (pág. 184).

De la muerte de su suegro Miguel de Caviedes en los primeros años del siglo XVII hay otras pruebas. Debió de morir á principios de 1603, pues en Febrero de este año se confirió á D.ª Catalina Caro, su viuda, el cargo de tutora y curadora de sus hijos menores (*Archivo de protocolos de Sevilla*).

Luis Barahona de Soto (pág. 185).

Quizá sería deudo cercano suyo el sujeto á quien se refiere este asiento de pasaje del año 1555 (*Archivo general de Indias*, Libros depasajeros, 45, 1, 2/18, tomo 1, fol, 102 vto.):

n.º dxxj. Diego de sotto vº y natural de Sottillo que es en rrioja hijo de juº baraona y de maria de sotto. se despacho para el piru por soltero y con licª de su magd en la nao de ques maestre franco perez.

Publicación de las Flores de Poetas Ilustres (pág. 186).

Hecha la tasa de esta obra á 1.º de Abril de 1605, pocos días después debieron de ponerse en venta sus ejemplares. En la lista de la primera de cuatro cajas de libros que Diego Mexía, librero, vecino de Sevilla, registró en la nao Nuestra Señora del Juncal, para entregar en San Juan de Ulúa á Pablo de Ribera, y cuyo envío se aprobó por la Inquisición á 15 de Julio de 1605, figuran

Dieciseis poetas ilustres in 4 pergamino,

nueve más en la lista de la caja segunda y cuatro en la de la tercera (*Archivo general de Indias*, Registros de ida de naos, 18, 4, 68/18).

La ermita de la Virgen de Gracia (págs. 218-222).

Entre unos papeles tocantes á la administración de la Casa ducal de Osuna, encontré, mucho tiempo ha, los referentes al situado eclesiástico de Archidona desde 1604 hasta 1607 inclusive, y por ellos se viene en conocimiento de que el Duque pagaba á Alonso Morillo, «clérigo presbítero, capellan de la yglesia y ermita de nuestra señora de gracia estramuros desta villa [«en la villa alta», dice una carta de pago de 1604].... veinte y dos fanegas de trigo en grano» cada año; pero no hallo que se le pagara cosa alguna al ermitaño ó santero, el cual debía de mantenerse de las limosnas.

El licenciado Agustín Calderón (pág. 224).

Un sujeto así llamado, probablemente el mismo que había sido oidor del consejo del Duque de Medina Sidonia, fué nombrado fiscal de la Audiencia de los Charcas en 1625 ó 1626, y murió en el camino. Juan Velero, mercader de libros, lo había fiado en 500

ducados que se le dieron en la Casa de la Contratación, por cédula de S. M., por lo cual el Dr. Rodrigo Serrano y Trillo, fiscal de la dicha Casa, puso ejecución ante el tribunal de la misma contra los herederos del fiador, también fallecido poco antes (*Archivo general de Indias*, 15, 5, 9/4).

D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán, conde de Niebla (página 231).

En un cartapacio de varios papeles que fueron de García de Loaysa, preceptor del príncipe que había de llamarse D. Felipe III (*Biblioteca Nacional*, Ms. Q. 98, hoy núm. 5.785), se conserva original la primera carta que escribió el Conde de Niebla. Es de letra de plana de muchacho; el sobrescrito, de otra mano, dice: «† Al muy Ille. s.^or^ mi s.^or^ garçia de loaysa maestro del Príncipe n.^o^ s.^or^»; y al respaldo, de otra letra: «la primera carta q̄ scriuio el Conde de Niebla.» Precédela en el cartapacio una plana ordinaria de las que hacía el Conde, también suscrita por él, y cuyo texto empieza: AVE REGINA CELORV̄. *Ave domina angelorum*. Y dice la mencionada carta:

✠

*Muy Ille. S.^r^*

Mi padre me mostro la letra q̄. v. m. le embio de su Al.^a^ y queda en mi poder para tener la por materia, y desde aora quiero conoscer desde este principio a quien tengo de seruir toda mi vida como me ofresco por medio de v. m. á su Al.^a^ para q̄ me mande y admita por su criado, q̄ aunq̄ el no estar pres.^te^ me haze no merescer este nombre espero de acudir á seruir le á tpo. q̄ gane tanto como los q̄ me lleuan ventaja en el asistencia y aora quiero de mas de lo dicho suplicar a v. m. me tenga por tan su seruidor como lo es mi padre. Guarde nro. s.^r^ la muy Ille. persona de v. m. como dessea. De S.^t^ lucar . 6 . de Agosto.

B. l. m. á v. m.
Su seruidor

EL CONDE.

Aunque este papel carece de fecha, puede tenerse por escrito el año de 1586, del cual (5 de Julio) es una carta del Duque don

Alonso al mismo García de Loaysa, en que le decía, entre otras cosas:

La salud del principe nro. S.r sea muy enorabuena, que con ella y el buen yngenio que en su Alteza conoçe V. m. cultiuado por sus manos, siguro tenemos un muy gran principe, Hijo de tal padre y discipulo de tal Maestro.

Es de presumir que Loaysa, al responder al Duque, le enviase alguna muestra de la escritura del Príncipe (la á que se refiere la carta del Conde) y á tal fineza correspondería aquél mandando á su vez otra plana y la carta transcrita. Y siendo así, y ésta de la segunda mitad del año 1586, colígese que la escribió el Conde de Niebla cuando aún no había cumplido los ocho años y todavía no tenía nueve el príncipe D. Felipe.

La imagen de la Virgen de la Caridad (pág. 239).

Para dar más completa idea de lo que apuntado queda en el texto, entresacaré algunos párrafos del poema *La Caridad Guzmana*, escrito por Fr. Pedro Beltrán. En el canto I (fol. 3 vto.) llama á la imagen, entre muchas otras cosas:

Capitana, que ha llegado
á este paraje salado,
triunfando del Euro y Noto,
con un niño por piloto
y por defensa un soldado.
Por viento, la tempestad
de una sangrienta ocasión
que la arrojó á esta ciudad;
por insignia, un corazón,
armas de la Caridad.
Por vela, una toca al viento;
por lastre y jarcias, un cuento
de milagros admirables;
mil hebras de oro por cables
y por timón un *sarmiento*.

En el canto II (fol. 127):

De la iglesia de Sevilla
gobernaba la barquilla,
con la púrpura y armiño,
el primer cardenal Niño
que ha ocupado aquella silla.
En este tiempo vivía
allí una mujer devota

del rosario de María,
que era en su vital derrota
nao, balas y artillería.

Encarga esta mujer la escultura, y á quién (fol. 128):

Hizo, pues, un escultor
una imagen, tan atento,
con tal viveza y primor,
que su mismo pensamiento
no la esculpiera mejor.
Dióle de alto media vara,
con la más hermosa cara
y las manos más bien hechas
que han tirado al alma flechas
de amor y devoción rara.
. . . .
No pudo Alemania ó Flandes
con sus artífices grandes
igualar á esta labor,
cuyo dichoso escultor
se llamó Gregorio Hernández.

El pintor que la encarnó (fol. 132 vto.):

El nombre del pintor es
Bracamonte: venturoso
monte do nació la mies
de Job y el cedro oloroso
de Juan, enxerto en ciprés.

No contenta á la devota la imagen, déjala en poder de Bracamonte para que la venda, y manda hacer otra á Martínez Montañés,

que es el más vivo escultor
que pino y cedro ha pulido.

Y después aparece en escena Pedro de Rivera Sarmiento, malagueño, y no indiano:

Hubo en Málaga un soldado
tan desgarrado y rompido
cuanto bien emparentado,
galán, bizarro, atrevido,
bien nacido y mal criado.

Llega á Sanlúcar para ir á Cartagena y, recordando que su esposa le había encargado una imagen de la Virgen de Illescas, se

embarca para Sevilla, y allí la compra en casa de Bracamonte, vendiendo para ello, pues ya no le quedaba dinero ninguno, su capa y su espada. Le costó 100 reales. Vuelve á Sanlúcar, hiérenlo, etc.

D. Francisco Morovelli de Puebla (págs. 282-296).

Al cabo he podido enterarme bien de lás causas que motivaron la prisión que sufrió Morovelli por los años de 1625. Ya las había apuntado *Reginaldo Vicencio* en uno de sus papeles contra el avieso libelista sevillano; pero éste mismo nos va á contar ahora hasta las semínimas de ellas, claro que cortando el relato á la medida de su gusto.

Llamósele á declarar en Sevilla en las pruebas de D. Juan de Orozco y Ayala para un hábito (*Archivo Histórico Nacional*, Pruebas de Calatrava, núm. 1.857); comenzó su declaración en 19 de Octubre de 1630 (fol. 110), y al llegar á la pregunta cuarta, manifestó que había padecido persecuciones á causa de las pruebas de D. Nufio de Colindres, «y este testigo está muy retirado en su rrincón y no querría tener odios ni enemistarse en el lugar, y suplica al Consejo le reserve de decir atento á lo dicho, como él también lo suplicará con carta particular, y esto es lo que responde y que es de hedad de quarenta y seis años». Se le vuelve á examinar el día 25 del dicho mes (fol. 126), por haberle citado en su declaración su amigo y aprovechado discípulo D. Juan Ramírez de Guzmán (*otro que tale*), y dice «que no pasará más adelante si no es con orden particular del Consejo»; y aun requiriéndole con su propio juramento y con una real provisión antigua que hacía obligatorio el declarar, insistió en no seguir diciendo hasta tener orden particular del Consejo, por lo cual los caballeros que practicaban la información le protestaron los gastos de ésta en cuanto á los días que ellos se detuviesen á causa de la actitud del testigo. Al fin, en 7 de Noviembre, nuevamente apremiado con la real provisión dada á favor de las Ordenes en 1566, «y aviendole certificado del secreto», siguió declarando (fol. 147) como él sabía hacerlo. En esta declaración (fol. 150) contó lo que en seguida transcribo:

Pero lo que pasó en esto [en las pruebas de D. Nufio de Colindres] fué tan notorio al mundo por la notable prision que se yço deste testigo, que no es menester para prueba de lo dicho más calificación que ella; porque a de saber el Consejo que por el berano de 1625 le escriuió el

dicho don nuño a este testigo una carta dandole quenta deste avito, la qual carta se la trajo vn tio del dicho don nuño que se llama luis de tapia, canonigo desta iglesia, y no la quiso rreçivir; y aviendose alborotado mucho desto dió grandes quejas el dicho canonigo y bolvio a que la reçiuiese y el dicho testigo la rreçiuio y le rrespondio a ella delante del dicho canónigo y le leyo la rrespuesta que en sustançia era que no le aria agravio y no mas = tenia este testigo obligaciones en ley de ombre de bien a no decir mas = y quedando temerosos dél procuraron cohechalle ofreciendole mil escudos y porque no se atrevieron a decirselo se resolbieron a pensar que no podrian salir con el avito si él era vibo. = Con esto se juntaron todos los parientes y entre ellos don gaspar de monteser, del avito de santiago, ya difunto, y determinaron matalle fingiendo que quando viniese de noche, que suele venir tarde, se fingiesen vnas cuchilladas para esto. = Uno de la junta dijo que el dicho don francisco morbeli era mucho ombre para que con él se yçiese esto y que era mejor buscar cómo prendello y asi tomaron resuluçion de dar vn memorial a su mag^d^ sin firma diçiendo que este testigo estaba escriviendo vna ystoria de su tiempo en que ablaba mal deste govierno y del conde duque, el qual memorial se remitio al señor don francisco de contreras, presidente que hera de castilla, que invió orden al señor don fernando rramirez fariñas que es oy de la camara y era aqui asistente el qual vino a las seis de la mañana a la casa deste testigo con grande cantidad de ministros y le çercó la casa toda y lo prendió por el Rey allandole en la cama leyendo y le tomo asta dos mil pliegos de papel de mano y los libros que él quiso de los suyos y los ençerró en baules y lo llevó preso aviendo buscado quantos cofres avia en su casa, asta los de las esclavas. = llebolo a casa del alguaçil mayor desta dicha ciudad donde le tuvieron ochenta dias con las prisiones que a enseñado a nosotros los informantes, que son vnos grillos = encerrado en vn pequeño aposento con dos Alguaciles de guarda, cercado por de fuera y a escuras... = y en el tiempo que estuvo preso este testigo ninguna cosa se encargó mas á las guardas que no le dejasen ablar con nayde ni le diesen papel y tinta = y lo mismo se yço con él en la carcel de la contratacion donde estubo beynte dias, porque viniendo el yngles a cadiz fue fuerça que el dicho don sebastian de casaos fuese allá con su compañia, y asi le dejaron preso en la dicha contratacion con el mismo cuydado... = y en este tiempo se ycieron las pruebas del dicho don nuño..., y al punto que se supo el despacho del dicho avito en sevilla soltaron de la dicha carcel a este testigo ynviandolo a su casa, sin aberle hecho cargo, con aver pedido que se le hiçiesen, y le bolbieron todos sus papeles y libros sin aber allado en ellos cosa que no fuera digna de vn santo.»

Muerte de Morovelli (pág. 296, nota 1.ª).

Morovelli murió en Madrid, pero no pasado el año de 1650, como afirmó en sus apuntes el cura del Arahal D. Patricio Gutié-

rrez Bravo, y copió Gallardo (*Ensayo...*, tomo III, col. 928), y yo repetí. Encontró el asiento de su defunción, como tanta y tanta noticia peregrina de nuestra historia literaria y artística, el meritísimo bibliógrafo y cervantista D. Cristóbal Pérez Pastor, por cuya muerte está de duelo la sólida cultura netamente española. Dice así el asiento mencionado (*Bibliografía Madrileña*, parte III, pág. 434):

1645. En 6 de Agosto murió en las casas de Martín el barbero D. Francisco Morovelli de la Puebla. Testó ante Juan Onofre Salazar... —(Archivo parroquial de San Andrés.)

Las enfermedades del Duque de Medina Sidonia (págs. 299 y 300).

De los apuntes que para escribir una *Historia de Sanlúcar* hizo y recogió en el siglo XVIII D. Juan Pedro Velázquez Gaztelu, copié, con referencia al libro 12 de actas capitulares de aquella ciudad, esta nota:

Trofeo al Duque D. Manuel por la traída del agua á Sanlúcar, en parte pública, folios 393 y 395.

Evacué esta cita en Sanlúcar por el estío de 1899 y pensé en copiar asimismo lo que me hacía al caso cualquier otro día que volviese á manejar aquellos mamotretos; pero no me alcanzó el tiempo aquel verano, y, pedida copia años después, respondiéronme que en los sobredichos folios del libro 12 no se dice palabra de tal trofeo. Presumo que contarían como libro primero el que yo, con Velázquez Gaztelu, llamaba *anteprimero*, y así tomarían uno por otro. La noticia, en fin, no es de tanta importancia que no se pueda pasar sin ella, mayormente cuando una dichosa casualidad me dió á conocer en la riquísima biblioteca sevillana de mi buen amigo el Sr. Duque de T'Serclaes un pliego manuscrito, quizás de la mano del hispalense Blas de las Casas Alés, en que éste dió la traza para un trofeo al Duque de Medina Sidonia, bien fuera aquel mismo con que se solemnizó la traída de aguas, ó bien se destinara, y esto me parece más probable, para celebrar el restablecimiento de aquel príncipe tras algunas de sus graves dolencias, quizá de las tercianas que padeció en el invierno de 1629 y 1630. Transcribiré este curioso papel:

Geroglifico y efigie de el Exmo Invictissimo y famoso en todos siglos don Manuel perez de guzman el bueno, Duque de Medina sidonia, Conde de niebla, Marques de Caçaças, Caballero de la insigne horden de el tuson de Oro, de el consejo de estado y guerra de su mag.^{d}, su Capitan General de el Mar Oçeano y costas de el Andaluzia, &^{a}.

Ase de pintar la persona de el Duque armado de medio cuerpo arriba, botas y espuelas, bien plantado, Tuson al cuello, su baston de General en la mano derecha, y en la izquierda vna llaue como que está çerrando con ella vn candado, que pendiente de las gruesas armellas de vna puerta de vn muro, que atrauiese de vanda a vanda la barra de sant lucar, denote el mando y potestad que el Duque tiene en lo tocante al Mar.

Sobre esta figura de El duque a de estar vn sol muy hermoso de oro y que se vean por entre los rayos braços o rropaje de la figura dicha, de modo que no de el todo la oculta; este sol a de ser cortado de pergamino mas grueso que la vitela sobre que se a de pintar lo demas, clauado por vno de sus rrayos por çima de la caueça de el Duque, con su perno pequeñito de oro ó plata, a la traça que en las cartas de marear aquella reglita que apunta las prouincias, para que se pueda lebantar y lebantando[se] se uea en el otro lado de el mismo sol el blason de el Duque muy bien pinzelado con todos sus requisitos y timbres, y vna letra latina sobre la caueça que diga Exmo Duque de Medina Sidonia, dios de el Mar, defensa de españa, redime el tiempo en todo.

Y auiendo cumplido con esta figura en la forma que se a dicho se pintarán a la mano derecha de esta prinçipal otras diez que cada vna, saliendole su rotulo de la boca, diga vn verso en romançe, y todas concluyan vna deçima, que seran las siguientes:

1 El tiempo con las insignias y de la suerte que se suele pintar, que estara deteniendo a la muerte para que no execute su golpe.

2 La muerte, quebrando su guadaña inclinada al tiempo.

3 La fama, muy hermosa, vestida de ojos, pintando a san lucar, Cadiz, Larache y la Mamora, cada lugar con su titulo que lo diga, y otra letra que los comprehenda dira: *fuerça y duraçion nos dan los socorros de el Guzman;* y al otro lado tendrá la... [*roto*] escudos en blanco, como dando a entender que para este solo... [*roto*] posible, como lo dirá en su lugar otra letra que se le a de añadir y a cada vna figura de las dichas.

4 A la fama sigue el mundo, en la forma de Globo que se suele pintar; tendra su verso en medio.

5 Un clerigo sentado escriuiendo con sus insignias de juriscon-

sulto, cuyo nombre y letra latina dirá = Doctor Garibay, docto en las leyes y hijo de las Musas.

6 A la figura dicha se seguirá la de otro Clerigo, asimismo sentado escriuiendo sobre vn libro cuyo titulo, sobre las hojas, dira *Etojios*, y el nombre y letra en latin diran = Liçençiado P.º de espinosa, doctisimo Virgilio de este Eneas.

7 Septima figura sera vn Rey moro, muy temeroso y espantado.

8 Luego el Dios Neptuno arrodillado al Duque, arrojando el tridente a sus pies.

9 Nouena sera vn olandes muy arrogante, como que va huyendo empuñado en su espada.

10 Decima, Blas de las Casas Ales, en pie, descubierto, señalando al sol que cubre el retrato de el Duque, estara uestido de çiudadano, con vna pluma en el pecho y en la mano izquierda su baculo, y muchas resmas de papel junto a si.

Los versos seran los siguientes:

El tiempo a la muerte =	Si es inmortal, dónde vas?
La muerte al tiempo =	Siempre el tiempo verdad dize.
La fama =	Pues yo es bien que lo eternize.
El mundo á la fama =	Si te excede no podras.
Doctor Garibay =	Con la mayor fama es más.
Liçen^do^ P.º de Espinosa =	La suya no se termina.
Rey Moro =	[¡] Si es quien causa mi ruina [!].
Dios Neptuno =	Mis golfos quién es diran.
Olandés =	Pues yo temo, es el Guzman.
Blas de las cassas =	Y el sol su corta cortina.

Los versos en romançe, como se a dicho, en su rrotulo cada vno, que salga de la boca de cada figura, y los nombres de todas en latín y las letras que digan mas claro lo que denotan, asimesmo en latín, estaran escritas en sus tarjetas curiosas sobre las caueças y seran las siguientes:

Titulo sobre la caueça de el Duque = Invictiss^mo^ y ex^mo^ duque de Medina Sidonia, dios de el mar, defensa de españa, redime el tiempo en todo.

El tiempo = Ni me faltó, ni le falté.

La muerte = A la execuçion de mi golpe se opuso su valor.

La fama = A mi infinidad mayor materia.

El mundo = La verdad vence la embidia.

Dr. Garibay = A tan inmenso mar, bajel pequeño.

Lic^do^ espinosa = Sus justas alabanças se abrebian en mis *Elogios* seran mayores en la experiencia.

Rey moro = Ni puedo aborrecer su fama, ni de el suyo me asegura mi poder.

Dios Neptuno = Mi opresion se lebanta en su fortuna.

Olandés = Freno es de mi ossadia.

Blas de las casas Ales, que cerrará la decima referida, sera la letra vltima = Vmildad reconoçida, y Verdad sin artifiçio.

Y todas las onze letras dichas con el titulo primero de los dictados, tendran mas avtoridad en latín, con que se dara fin al Geroglifico.

El «Espejo de cristal» (págs. 392 y 393).

Otro de los libros con cuya lectura alimentaba su alma Espinosa cuando, llamándose *Pedro de Jesús* y siendo ermitaño, labró en su desierto el *Espejo de cristal*, fué el *Abecedario espiritual* de Fr. Francisco de Osuna, en donde hay tanto que admirar y aprender, y de cuya segunda parte (cap. III del tratado nono, fol. LXXX de la edición de Sevilla, Juan Varela, 1530), copió en sus meditaciones del *miércoles* y el *viernes* lugares enteros. Trasladaré todo el pasaje del insigne franciscano osunés, señalando las expresiones que de él tomó Espinosa:

En lugar de la hermosura que solían tener los que mueren, los dexa tan feos [la muerte] que les cubren el rostro por no verlos y avn mientra biuen son tan ynormes z afeados que parecen otros de lo que antes eran. Los pies se enfrian y paran yertos: *los dientes enegrecidos: afilanse las narizes: cieganse y sumense los ojos.* La frente se endurece cubierta solamente con el pellejo: *las orejas amarillas z sordas: la lengua gruessa y aspera* que ya no es para vso de hablar: *leuantase el pecho* con muy gran fatiga. Estrechasele la garganta: pierde se el conocimiento: muestrase hedor y espanto: y tanta difformidad, que si mucho dura aquel estado *es de los que mas lo aman aborrecido. Los amigos z hijos z parientes al tiempo del morir se tornan robadores z* como esculcas buscan los secretos rincones de la casa *riñendo sobre lo que han hallado y espantando se como no ay mas: diziendo que el defunto era gastador: z que tambien deuiera dexar algo escondido.* Los fauores passados de los señores z amigos en el poco cuydado que tienen del anima que passo de aquesta vida se bueluen al reues. Antes de muchos se dize auer hecho mandas que eran muy demasiadas. E de otros se pone dubda si las pudo hazer.

Los últimos momentos del vivir, tan de mano maestra pintados por Fr. Francisco de Osuna y por Espinosa desde su punto de vista religioso, no fueron menos bien representados desde el civil por Diego de Ribera, escribano de número de Granada, dando consejos á los remisos para testar, al fol. 16 de la *Segunda y Ter-*

cera parte de escrituras, y orden judicial... (Madrid, Juan de la Cuesta, 1605):

Jamas vide yo ceguedad ygual como es tener el medico y el amigo silencio en aconsejar al enfermo que con tiempo se remedie: es grande mal, dignissimo de ser llorado, que setenta años de vida desordenada se quieran concertar en vna hora, mayormente si en la tal la calentura se va acrecentando, y el juycio menoscabando, y entonces se llama al confessor que lo confiesse, y al escriuano que haga el testamento: y quando vienen ambos juntos, hallan al enfermo (especialmente si es rico) cercado de sus pecados, que le piden el alma, y de su muger, que le pide la dote, y de sus hijos, que le pide cada qual el tercio y quinto, y de los yernos, que le dizen que se acuerde que quando casaron con sus hijas, prometieron de no mejorar, y de sus criados, que piden su salario y acostamiento, y de sus acreedores, que piden sus deudas, y de sus esclauos, que piden libertad, y que todos le aprietan tanto, que dessea que se abreuie y acabe su vida.

GLOSARIO

(Las voces y frases señaladas con * no están en el *Diccionario* de la Academia.)

***Acertero**. m. Ejercicio consistente en tirar al blanco. Pág. 293.
***Acidente**. m. *Accidente*. 40, 123.
***Acomular**. a. *Acumular*. 321.
Acotarse. r. ant. 181 (1).
Adufe. m. Pandero, en la significación figurada de *necio*, que falta en el *Diccionario* de la Academia, y en la cual se dijo *panderada*, que está en él. 169.
***Aflición**. f. *Aflicción*. 287.
***Agatirsos**. pl. Cierto pueblo antiguo de la Sarmacia, descendiente, según la mitología, de Agatirso, hijo de Hércules el Libio. 10.
Agro. adj. ant. 203.
Ajenar. a. ant. 338.
***Albañar**. m. *Albañal*. 104, 303.
***Albañir**. m. *Albañil*. 191.
***Alcarchofa**. f. *Alcachofa*, y es más conforme á la etimología. Aún lo dicen con *r* muchos campesinos andaluces. 282.
Alcuña. f. ant. 168.
Alférez. plural. 257.
Alhelís. plural. 125 (2).
Aligustre. adj. («De *aligustres* lirios.») 78.
***Alimanisco**. adj. ant. 203.
***Amapolero**. (V. *Borrico*.)
Andaluces. femenino. 270 (3).
***Anglio**. adj. *Anglo*. 73.

---

(1) También usó como reflexivo este verbo el autor de la *La Pícara Justina* (lib. III, cap. I): «Estos, para decir desvergüenzas, se aprovechan del privilegio de hermanos; para reprimir y quitar gustos, del oficio de padres; para regalar y hacer bienes *se acotan* á hombres...»

(2) Covarrubias *(Tesoro de la lengua castellana, ó española)* llama indistintamente á esta flor *alhelí*, *alelís* y *alheilil*, y al nombrarla en plural escribe *alelises*, en lo cual conviene con el Dr. Laguna, quien, en sus adiciones á Dioscórides, la llama en singular *alhelys*.

(3) Lo mismo Villaviciosa, en la octava 46 del canto XI de su *Mosquea*:

La soberbia *andaluz*, hecha una pella,
Por ser primera en el romper trabaja.

(1) Gallardo, en el número ó cuaderno primero de *El Criticón*, usó el verbo *anochecer* como activo: «... que jamás habían alcanzado á ver tal manuscrito en la Biblioteca, ni constaba registrado en sus índices, de donde, si es que allí en algún tiempo tocó, hubo de *anochecerle* D. Pedro Estala.» Y ya, tratando de este verbo, añadiré que como reflexivo se ha usado tal cual vez, aun fuera del lenguaje poético. Así, escribió Quevedo al fin de su *Breve compendio de los servicios de D. Francisco Gómez de Sandoval, Duque de Lerma*: «Adelgazábasele muy aprisa el aliento, *anocheciasele* la vista...»

(2) Este adjetivo, tomado del *argumentosus* latino, que usó, entre otros, Quintiliano, no se encuentra tan sólo en Espinosa, si bien no abunde en los libros de nuestros escritores. Hállolo en las *Obras de Anastasio Pantaleón de Ribera*, Madrid, Francisco Martínez, 1634, pág. 66:

Allí de los olores que, aún dormidos,
Traslada matutina
Argumentosa plebe de Cupidos
A su hiblea de corchos oficina...

Y fray Diego Niseno, en la aprobación del libro intitulado *Séneca y Nerón*, de don Juan Francisco Fernández de Heredia (Madrid, 1680): «Nunca se vió más solícita y *argumentosa* abeja...»

(3) Y así mismo, *arraihán*, en su forma árabe, lo he visto nombrado en el Archivo de protocolos de Sevilla, en muchas escrituras de los siglos XVI y XVII, pues sus bayas eran objeto de comercio, como materia colorante. Espinosa cítalo á bien diverso propósito, para el cual parece que lo usaban, por su calidad de astringente, ciertas mujeres *non sanctas*.

(4) Ya afeaba Espinosa como vieja y desechada esta forma del adverbio *así*, y ¡lo que puede la tradición! todavía hoy es de frecuente uso entre los campesinos andaluces.

(5) Garcilaso, en su égloga III:

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre...

El poeta toledano imitaba en esto á Virgilio, en su égloga III:

Populus Alcidæ gratissima...

*Batismo. m. *Bautismo.* 18.
*Bazahar. f. *¿Bacara?* 75 (1).
*Borondanga. f. Conjunto de cosas diversas y que no ligan bien. 196.
Borrena. f. ant. 258.
Borrico. m. ***Borrico amapolero.** Aquel al cual no dan pienso y sólo come lo que halla en el prado. Dícese mucho en Andalucía. 180.
*Boscarecha. f. Canción rústica ó pastoril. Díjose de *boschereccio* italiano. 11, 262.
Bruzas (De). m. adv. ant. 181.
*Bueitre. m. *Buitre.* 320 (2).
*Bufonizar. n. Decir bufonadas. 194.
Bulbo. m. Parece que Espinosa se refiere á la azucena. 12.
*Cabellado. adj. «Colorido castaño con algunos visos que semejan el cabello de esta color...» (*Diccionario de Autoridades.*) 206.
*Cachibolache. m. Rumbo, francachela. 196 (3).
Cairá. De *caer: caerá.* 343.
Cairán. De *caer: caerán.* 350.
Cairé. De *caer: caeré.* 138.
Calle. f. ***Estar colgadas las calles.** fr. fig. y fam. Acudir mucha gente á los balcones, puertas y ventanas al ruido de algún alboroto, como en los días de gran fiesta, en que se ponen colgaduras para el paso de las procesiones. 195 (4).
*Cambalada. f. Cada uno de los vaivenes del borracho, llamados *camballadas* en Andalucía. 196.
Campanudo. adv. m. ***Campanudamente.** 345.
*Cañarí. adj. (?) 178, 338, 346 (5).
Capa. f. ***Pelear á capa y espada.** fr. fig. y fam. *Defender á capa y espada.* 21.
*Carcañar. m. *Calcañar* ó *Carcañal.* 185.
Catar. a. ***Cuando no me cato.** m. adv. Inesperadamente, de improviso. 197.
*Catonizar. n. Hacer de Catón; amonestar, especialmente moralizando. 170.
*Caustro. m. *¿Claustro?* 66.
Cayas. De *caer: caigas.* 175.
*Cefirizar. a. Hacer una cosa sua-

(1) *Baçahar* he escrito en el texto, porque en el códice 33,180 de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla, único lugar en que se encuentra la *Soledad de Pedro de Jesús,* dice claramente *baçahar.* Mas como en nuestros antiguos botánicos no hallo esta palabra, paréceme que Espinosa quiso referirse á la *bacara,* hierba, en realidad, como él dijo, dos veces extranjera, por griega y por latina, y de la cual advirtió el Dr. Laguna, comentando á Dioscórides (lib. III, cap. XVLII), que los boticarios solían confundirla con otra de análogas propiedades, llamada *asarabacara.*

(2) El Arcipreste de Talavera, en el *Corvacho, ó reprobación del amor mundano,* pág. 57 de la edición de los Bibliófilos Españoles (Madrid, 1901): «... e aman mas paxaro de mano que *bueytre* volando...»

(3) G. del Castillo, en el *Médico poeta (Obras,* Cádiz, 1845-46), escribe *cachipolache.*

(4) Encareciendo la muchedumbre de personas que acudieron á las voces dadas al reñir algunos hombres ó mujeres, suelen decir en Andalucía: «*¡Se colgó la calle!*»

(5) No hallo esta voz en los glosarios especiales de palabras castellanas de origen arábigo. ¿Del mozárabe *cannária,* cardo, alcachofa, por la poca consistencia de su tallo ó caña?

ve y liviana como el céfiro. Es verbo puramente culterano. 123.
*****Cenagarse.** r. *Encenagarse*. 154.
Ceñoso. adj. ant. 310.
*****Ceptro.** m. *Cetro*. 257, 258.
*****Ceremoniero.** adj. *Ceremonioso*, últ. acep. 194.
*****Ceres.** f. Mies, especialmente la de trigo. 124 (1).
*****Cidrera.** f. Quizás lo que llaman en algunos pueblos de Andalucía *albahaca de limón*. 75.
Ciñiendo. De *ceñir: ciñendo*. 75.
*****Columbí.** adj. *Columbino*. 279.
Compás. m. ***Meter el compás.** fr. Accionar violentamente con brazo y mano, como músico que lleva el compás. 193.
Comprehender. a. ant. 105.
*****Comutar.** a. *Conmutar*. 336.
*****Concentuoso.** adj. Acordado, armonioso. 320.
*****Conflecto.** m. *¿Conflicto?* 66.
*****Constituición.** f. *Constitución*. 56.
*****Contradición.** f. *Contradicción*. 194.
*****Contranatura.** m. Supuesto contrario al orden de naturaleza. 99.
Corónica. f. ant. 320, 372.
Coronista. m. ant. 109.
Corridos. adj. pl. ant. 305, 355.
Cosario. m. ant. 367.
Crin, como masculino. 31.
Cuarto. m. ***Hacer cuartos.** fr. fig. y fam. *Hacer dinero*, en una acepción de *hacer* no registrada en el *Diccionario* y conforme á la cual se dice: «Estoy *haciendo ganas* de irme». «Fulano *hizo coraje* para acometerle.» 327.
*****Cubiertado.** adj. *Encubertado*, part. pas. de *Encubertar*. 258.
*****Cudicia.** m. *Codicia*. 78, 95, 263, 280.
*****Cudiciar.** a. *Codiciar*. 101.
*****Cudicioso.** adj. *Codicioso*. 13, 28, 38, 52, 94.
Cuenta. f. **Alcanzar de cuenta** á uno. fr. Hacerle quedar en déficit. Este es el sentido natural de la frase, y el figurado, el que se consigna en el *Diccionario: Alcanzarle de razones*. 322.
*****Chaquebarraque.** m. *Traquebarraque*. V. el art. *Traque* del *Diccionario*. 194.
*****Chascar.** n. Voz imitativa. Mascar ruidosamente. 194.
*****Chiculío.** m. ***Chicolío.** *Chicoleo*. 196 (2).

---

(1) Góngora había dicho en su *Soledad primera:*

> Mientras casero lino *Ceres* tanta
> Ofrece agora cuantos guardó el heno
> Dulces pomos...

Y Lope de Vega, en *La Dorotea*, acto IV, escena III, recuerda que «*Ceres* llamó Virgilio al trigo, por metonimia».

(2) La forma *chicolío*, que tampoco está inventariada en el *Diccionario*, encuéntrase á menudo en los escritores de la primera mitad del siglo XVII. En el alivio V de *El Pasajero* del Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa (fol. 224 de la edición primera, 1617), después de recitar *el Doctor* una ridícula carta amorosa que había escrito para que con ella declarase su amor cierto personaje «más que señoría»,

*__China.__ m. *Chino.* 60 (1).
*__Chinfarrada.__ f. Pinchazo. 195 (2).
*__Chizgate.__ m. *__Chisgate.__ *Chisguete.* Nombre que por metonimia solía darse á la jeringa. 75.
*__Chórchola.__ f. Adorno que suele ponerse en las linternas de las cúpulas. 128, 282 (3).
*__Debujo.__ m. *Dibujo.* 45, 265, 280.
__Decender.__ n. ant. 25, 159, 229, 307.
__Decendiente.__ p. a. ant. 322.
*__Defeto.__ m. *Defecto.* 164.

---

dice *el Maestro,* que es otro de los interlocutores: «¿Es possible no echasse de ver esse señor ser finíssimos *chicolíos* los que en el billete iba pintando la pluma?»

Tirso de Molina, en el acto II de *Marta la piadosa:*

PASTRANA. En fin, ¿nos hemos de amar?
D.ª INES. Sí.
PASTRANA. ¿A lo rubio?
D.ª INES. A lo mulato.
PASTRANA. ¿Habrá arrullo?
D.ª INES. Y chicolío.
PASTRANA. En fin, ¿soy tuyo?
D.ª INES. Y muy mío.
PASTRANA. *Mío* es requiebro de gato.

Por estos ejemplos se echa de ver que *chicolío* ó *chicoleo* significa algo más de lo que dice el *Diccionario* de la Academia.

(1) En el siglo XVI y en la primera mitad del siguiente se solía llamar *chinas* á los *chinos.* Lope de Vega, en el acto II de *El Príncipe perfecto* (parte 2.ª):

...Y que tiemblen vuestras quinas
Del mundo las cuatro partes,
Llegando sus estandartes
A los más remotos *chinas.*

Ruiz de Alarcón, en el acto último de *Siempre ayuda la verdad:*

TELLO. ...Y plegue á Dios que á tus quinas,
Pues ya por los mares corres,
Honren almenas y torres
De los más remotos *chinas.*

Anotando este pasaje Hartzenbusch, advirtió que todavía á fines del siglo XVIII se decía alguna vez *china* en lugar de *chino,* y citó estos versos de don Vicente García de la Huerta:

Verá el astuto *china*
Su primor en España mejorado.

(2) De *pinchar* dicen en Andalucía *pinchada, pincharrada* y *pincharrazo;* y de estas dos últimas voces debió de decirse por metátesis, y convirtiendo la *p* en *f, chinfarrada* y *chinfarrazo.* Ya en 1524 escribía un andaluz, Francisco Delicado, natural de Martos, en el mamotreto LIV de *La Lozana andaluza:*

«LOZANA. A tal persona podrías engañar con tus palabras antepensadas, que te *chinfarase* á ti y á ella...»

(3) Clairac, en su *Diccionario general de Arquitectura é Ingeniería,* artículo *chórchola,* cita este lugar de Fr. Lorenzo de San Nicolás *(Arte y uso de Arquitectura):* «Hará sus rincones en las pilastras que se adornan con *chórcholas.*»

Defunto. adj. ant. 257, 258, 369.
Demoniado. adj. ant. 172.
Demonstración. f. ant. 201, 207, 208, 286, 385.
Desafuciar. a. ant. 152, 331, 370.
Desapercebido. adj. ant. 150.
***Desculpa.** f. *Disculpa.* 296.
***Desculpar.** a. *Disculpar.* 356.
Desfrutar. a. ant. 128.
***Desparrancado.** adj. *Esparrancado.* 195.
Despidiente. p. a. ant. 181.
Desplayar. a. ant. 295.
***Destruición.** f. *Destrucción.* 309.
***Diablero.** adj. Que anda ó tiene que ver con el diablo ó los diablos. 172.
***Diacho.** m. fam. Dianche, diantre. 195 (1).
Diciplina. f. ant. 152.
***Dime diréte.** loc. fam. *Dimes y diretes.* 195.
Dios. m. ***Dios y norabuena.** fr. fig. y fam. *A la buena ventura.* 194 (2).
***Disinio.** m. *Designio.* 201, 205.
Distilar. a. ant. 123, 125, 288.
Distinto. m. ant. *Instinto.* 110.
Divirtido. De *divertir: divertido.* 356.
***Dizque.** m. (De *diz que: dicen que).* Hablilla, opinión vulgar. 196 (3).
***Don Gonzalo.** Nombre familiar que en algunos lugares suelen dar al gato. 169 (4).
Dotor. m. ant. 274.
***Dotorarse.** r. *Doctorarse.* 192.
Dotrina. f. ant. 237, 306, 379.
Dotrinar. a. ant. 265.
***Dozientos.** adj. pl. *Docientos,* ó *Doscientos.* 28, 202.
***Eceder.** a. *Exceder.* 106, 113, 253, 358.
***Ecelencia.** f. *Excelencia.* 245, 305, 309.
***Ecelente.** adj. *Excelente.* 248.
***Ecelso.** adj. *Excelso.* 263.
***Ecepción.** f. *Excepción.* 268.
***Eceso.** m. *Exceso.* 309, 367, 369, 373.

(1) Estas son formas *eufemísticas,* si vale decirlo así, de la palabra *diablo,* como *demonche* y *demontre* lo son de *demonio.* Es tan malo el diablo, piensa nuestro buen vulgo, que ni aun su nombre se puede decir á derechas; y de aquí el mudárselo por otros parecidos, y el nombrarle por alguna de sus cualidades ó señas: *el malo, el enemigo, patas de gallo, patas de pulla,* etc.

(2) Tampoco registra el Diccionario la otra forma *En Dios y en hora buena,* que empleó, verbigracia, fray Damián Cornejo, en el soneto que empieza así:

Esta mañana, *en Dios y en hora buena*...

(3) En el artículo *decir* incluye el *Diccionario* un *dizque* que no me parece enteramente el inventariado por Espinosa. Véanse tres ejemplos, todos tomados de los sabrosísimos diálogos de la *Agricultura Christiana* de Fr. Juan de Pineda (Salamanca, 1589): «... y en dezir vos que holgais de haber venido primero que él de miedo de su reprehensión, mostráis aguar el *dizque* del temor mundano...» (Diál. VII, § I.)—«Si por *dizques* os habéis de gobernar, pocas vezes pareceréis cuerdo, pues todos dizen, y son más los nescios...» (Diál. XII, § II.)—«Tampoco te has de acuitar mucho por *dizques* de deslenguados, como sea cierto que los rumores falsos presto se caen.» (Diál. XXIX, § IV.)

(4) En otros llaman *Ramiro* al carnero.

Echar. a. **Echar en.** Emplear, gastar, invertir. 133.
*__Edito__. m. *Edicto*. 112.
Efeto. m. ant. 306.
*__Eleción__. f. *Elección*. 304, 315, 323.
*__Elicriso__. m. 127, y
*__Elicrisio__. m. 67, y
*__Eliocriso__. m. 75, son una de las especies del *Helicriso* ó *Heliocriso* de los botánicos, llamada *perpetua* ó *siempreviva* en Andalucía.
*__Empirio__. adj. *Empíreo*. 20.
Encabalgamento. m. ant. 290.
*__Encensario__. m. *Incensario*. 385.
*__Encienso__. m. *Incienso*. 9, 20, 171.
Engerir. a. ant. 117.
Enigma, como femenino. 356.
*__Enjaguar__. a. *Enjuagar*. 323, 384 (1).
*__Entremediar__. a. Poner una cosa en medio de otras. 361.
*__Entretalle__. m. Cada uno de los pormenores de una obra trabajada á media talla. 61, 75.
*__Equinocio__. m. *Equinoccio*. 388.
*__Eregir__. a. *Erigir*. 243.
*__Error__. m. Acción y efecto de *errar*, en su acepción de *vagar*. 124, 127, 235.
*__Esamen__. m. *Examen*. 323, 374.
*__Esaminar__. a. *Examinar*. 286, 319.
Escapar. a. Librar, 1.ª acep. 33 (2).
Escorzo. m. fig. Melindre, última acep. 178.
*__Escrebir__. a. *Escribir*. 15.
Escuras (A). m. adv. ant. 328.
Escurecer. n. ant. 112, 238, 314.
Escuro. adj. ant. 275, 320, 377.
*__Escusar__. a. *Excusar*. 280, 285, 311, 366.
*__Esentar__. a. *Exentar*. 369.
*__Esento__. adj. *Exento*. 323.
*__Esequias__. f. pl. *Exequias*. 271, 287.
Espacio. m. *__De espacio__. m. adv. *Despacio*. 53, 306, 339.
*__Esperiencia__. f. *Experiencia*. 310, 337, 360.
*__Esperimentar__. a. *Experimentar*. 315, 358, 360.
Espeso. m. *Espesura*, últ. acep. 98.
Estimá. De *estimar: estimad*. 16 (3).
*__Esplicar__. a. *Explicar*. 383.
*__Esponer__. a. *Exponer*. 366.

(1) *Enjuagar* sólo pudo decirse, por metátesis, de *enjaguar*, forma corriente en nuestros escritores del buen tiempo: «... para *enjaguarme* los dientes con una consideración...» (*La Pícara Justina*, primera parte, capítulo último del libro I). «Los franceses ya *enjaguan* la taza...» (Baltasar Gracián, *El Criticón*, pág. 312 de la edición de Huesca, Juan Nogués, 1653.)

(2) Algunos ejemplos del empleo de *escapar* como verbo activo: «... et los que quisieron renegar et tornarse moros *escaparon* la vida. (*Crónica de D. Alfonso el Onceno*, cap. CCXLV).—«No puedo más; que me veo cercada de tantos enemigos, que no podré *escapar* la vida si no es perdiendo el seso...» (Lope de Vega, *La Dorotea*, acto I, esc. III).—«La sed que padecían era tan grande, que se vieron desesperados de las vidas; y, sin saber cómo *escaparlas*, ya se dexaban rendidos á la muerte» (Mateo Alemán, *San Antonio de Padua*, Sevilla, Clemente Hidalgo, 1604, fol. 55).—«*Escapólo* Dios [al pan] de piedra y niebla, y no de mano de la mala hornera, ó de puta vieja.» (Refrán castellano.)

(3) Aún se conservan estos imperativos sin *d* cuando llevan afijo: *callá-os, tené-os, despedí-os*.

---

(1) Lo mismo ahora, en el habla vulgar. En unas coplas populares acerca de los sacramentos:

El quinto, la estremaunción:
Estremo es lo que te quiero...

(2) El mismo significado tiene en este refrán, muy corriente en Andalucía: «Guarda doña Estrujada para doña Despilfarrada.»

(3) Consimilmente, para encarecer una cosa de mucho deleite, como nota Covarrubias, solía decirse: «*¡No hay más Flandes!*» Lope de Vega, en el acto I de *Por la puente, Juana,* hace decir á Esteban:

Vuesamerced ha venido
A una casa de las grandes
De España: *no habrá más Flandes*
De como será servido.

D. Jerónimo de Camargo y Zárate, en una de sus composiciones en verso:

Mari-Zápalos bajó una tarde
Al fresco sotillo de Vacia-Madrid,
Porque entonces, pisándole ella,
No hubiese más Flandes que ver su país.

Quevedo incluyó esta frase proverbial en una de sus *premáticas,* escrita en 1600.

(4) Otros ejemplos. Quevedo, en su *Memorial al rey D. Felipe IV*:

¿Qué honor, qué edificios, qué fiesta, qué sala
Como un reino alegre que *os cante la gala?*

Cervantes, en *La Gitanilla:* «Yo *cantaré la gala* al vencimiento de haber acertado en cuanto he dicho.»

(5) En el *Diccionario de Autoridades, génuli ó génoli.* Lope de Vega *(Mirad á quién alabáis,* acto I), *genolí.*

*__Gongorizar__. a. Escribir culteranamente, como Góngora. 181.
__Gracia__. f. *__Las siete gracias de la sopa__. 175 (1).
*__Grajear__. a. Voz imit. Cantar el grajo, ó hacer ciertas aves un ruido parecido al del grajo. 64 (2).
*__Grandecer__. a. *Engrandecer*, agrandar. 155.
*__Guardamangel.__ **Guardamangier*. m. 202, 203, 205 (3).
*__Güésped.__ m. *Huésped*. 216.
*__Güevo__. m. *Huevo*. 205.
*__Guizque__. m. Horquilla ó doble gancho de hierro fijo en la punta de un palo y del cual se sirven los tenderos para colgar y descolgar las prendas ú objetos en sitios

(1) El maestro Gonzalo Correas recogió del vulgo una formulilla análoga á la que en este lugar cita Espinosa, pero semirrimada, á lo refranesco (*Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, publicado en 1906 por la Real Academia Española, pág. 262):

Siete cosas hacen las sopas:
Quitan la hambre y la sed,
Llenan el vientre
Y limpian el diente,
Hacen sufrir y dormir
Y la mejilla roja venir.

Mas advierte Correas que esto ha de entenderse «de las sopas del vino».

Todavía hoy dura el encarecer festivamente las gracias ó bondades de cualquiera cosa diciendo: *Tiene más virtudes que la sopa*. Las cuales para nuestro vulgo de ahora son, *plus minusve*, las mismas de antaño:

Siete virtudes tiene la sopa:
Alimenta,
Sed da poca.
Hace dormir,
Digerir,
Sabe bien,
Nunca enfada
Y pone la cara colorada.

Esto, en tierras de Castilla y Aragón; que en Extremadura y Andalucía las gentes del campo atribuyen á las tostadas las siguientes excelencias:

Buenas para dormir,
Mejores para digerir,
Afilan el diente,
Enjugan el vientre,
Sacan los colores á la cara:
Estas son las cinco virtudes de las tostadas.

(2) Véase usado este verbo en un refrán andaluz: «Cuando el grajo *grajea*, si no es medio día, poco le *quea*.»

(3) Este vocablo, que, sin duda por extranjero, no halló cabida en las últimas ediciones del Diccionario, la tuvo en el *de Autoridades*, en el cual se dijo: «*Guardamangier*. La oficina en donde se reciben todas las viandas y provisiones que trahe el comprador para el servicio de Palacio. Es voz francesa, introducida con la casa de Borgoña. El jefe de esta oficina.»

á que no se alcanza con la mano. 169.

Hablar. n. ***Ni habla ni paula**. loc. fam. *Ni habla ni parla*. 196 (1).

***Hachote**. aum. de *Hacha*, 1.er art. 203.

***Hadrolla**. f. *Adrolla*. 196 (2).

Harbullista. com. ¿De *harbar* y *bulla*? 196.

***¡Harre!** interj. *¡Arre!* ‖ ***[Andar] á harre acá, cinchado**. fr. fig. y fam. Puesto en apuro, como quien trabajosa é infructuosamente porfía por conseguir algo. 195 (3).

***Harriero**. m. *Arriero*. 191, 204.

***Harrumaco**. m. *Arrumaco*. 196.

Heciste. De *hacer: hiciste*. 315, 359.

***Hénides**. f. pl. Ninfas de los prados. 26 (4).

***Herre á herre**. m. adv. fam. *Erre que erre*. 195 (5).

Hi. com. ***Hi de puja**. Eufemismo, por *hi de puta*. 195 (6).

***Hiblio**. adj. *Hibleo*. 80.

Hidria. f. *Hidra*. 241.

***Holán**. m. «Nombre que dan en Andalucía al lienzo que comúnmente se llama Cambray.» *(Diccionario de Autoridades.)* 166.

---

(1) En Andalucía dicen más comúnmente: *Ni habla ni pabla*, buscando la mejor consonancia, por amor de la cual no falta quien diga: *Ni jaula ni paula*.

(2) En el *Diccionario de Autoridades* todavía se encuentra con *h* esta voz, que el P. Guadix suponía originada de cierto verbo árabe; mas ha desaparecido tal letra al hallarse la etimología en *a* y el bajo latín *trulla*. Con todo, en Andalucía pronuncian *jadroya*, y esta particularidad de la aspiración merece estudio.

(3) Correas, en su ya citado *Vocabulario de refranes* (pág. 512) equipara esta frase con la otra *Andar á coche acá, cinchado*, que usó Cervantes por boca de Sancho Panza en la parte segunda del *Quijote*, cap. VIII, y dice acerca de su empleo: «Cuando uno no puede bien atraer á otros á hacer lo que deben ó trabajar, y le cuesta pesadumbre solicitarlos y acarrearlos.» En Andalucía son de frecuente uso otras dos frases equivalentes á la que ha motivado esta nota: *Andar á chiquitos míos; Andar como viejo que ataja lechones*.

En cuanto á escribir *harre* con *h*, como lo dijo siempre el vulgo andaluz, y como invariablemente se escribió en los siglos XVI y XVII, puede verse la nota 36 de mi edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*, pág. 361.

(4) En una *Fábula de Syringa y Pan*, de autor anónimo (Biblioteca Nacional, Ms. M. 2, fol. 135 v.):

Cuántos árboles guardan hamadrías,
Bosques dríades, *hénides* los prados,
Náyades de cristal las fuentes frías,
Napeas fugitivas los collados...

(5) También Quevedo dice *erre á erre*, en la introducción de su *Cuento de cuentos*. Y asimismo se solía decir *Estar, ó estarse* uno, *hecho herre*, en igual sentido de porfiar tercamente, ó de perseverar en una actitud, ó en una tarea:... «mas el señor Licenciado bien ahonda y bien monda los huesos, pues tiene delante más que todos nosotros, y con andar nosotros picando y salpicando de uno en otro, él *se está hecho herre* adentelleando aquel pavo.» (Fr. Juan de Pineda, *Agricultura Christiana*, diál. VIII, § XIII.)

(6) Más frecuentemente que *hi de puja* se solía decir y escribir *hi de pucha*.

Honoroso. adj. ant. 274.
*__Hyblo__. adj. *Hibleo*. 102, 127.
*__Ibierno__. m. *Invierno*. 363.
Idioma, como femenino. 124.
Imágines, por *imágenes*. 240.
Imán, como femenino. 332.
*__Imperfeción__. f. *Imperfección*. 163.
*__Inacesible__. adj. *Inaccesible*. 40, 110, 312.
*__Incensio__. m. *Incienso*. 66.
*__Indispusición__. f. *Indisposición*. 208 (1).
Inexplicable. adj. (De *plicare*.) *Indesplegable*. 27, 75, 269.
*__Inorancia__. f. *Ignorancia*. 306.
*__Inorante__. adj. *Ignorante*. 77, 151, 232.
*__Inorar__. a. *Ignorar*. 150, 262, 305, 327.
Inserto. adj. ant. *(injerto)*. 375.
*__Instrución__. f. *Instrucción*. 242.
Introduzgas. De *introducir: introduzcas*. 374.
*__Inumerable__. adj. *Innumerable*. 256.
Invidia. f. ant. 109, 233, 239, 278.
Invidiar. a. ant. 335, 343.
Invidioso. adj. ant. 277, 345, 346.
*__Ivierno__. m. *Invierno*. 126 (2).
*__Jacintino__. adj. Semejante en el color á la piedra llamada jacinto. 232.
*__Juno__. n. p. *__Pía de Juno__. loc. Pavón. 73, 126, 270, 280.
*__Jurisdición__. f. *Jurisdicción*. 108, 330, 337.
*__Laura__. f. *Laurel*. 76.
Leción. f. ant. 163.
Lejas. ad. pl. **Lejanas**. «*lejas palmas*». 58 (3).
Lenzuelo. m. ant. 382.
Letor. m. ant. 177.
Letura. f. *__Ir con letura__. fr. *Proceder con letura*. 194 (4).
Lilio. m. ant. 241, 250, 270, 320.
*__Litor__. m. *Lictor*. 171.
Magrujo. m. ant. 196.
*__Majote__. m. *Marmolillo*. 196.
*__Malgrado__. m. adv. **Mal de mi, de tu... grado**. 107, 312.
Manituerto. adj. Torcido de manos. 180.
Mano. f. *__Dejar dulce la mano__ una cosa ó suceso. fr. fig. Dejar el ánimo gustoso de alguna acción propia, y con deseo de reiterarla,

(1) Quizás tomó la *u* de alguno de los tiempos del verbo, *indispuso*, ó del participio pasivo, *indispuesto*.

(2) En el *Diccionario* están el adjetivo *ivernal* y el verbo *ivernar*, aunque como anticuados.

(3) Por aquí se echa de ver que no solamente se usó este adverbio en la expresión *de lejas tierras*.

(4) No dudo que habrá buenos escritores con quienes autorizar la frase *Proceder con letura*; pero esto no debe obstar para que á su lado figure en nuestro léxico *Ir con letura*, usado dos veces por Cervantes: en los versos de Urganda al libro de *Don Quijote*,

Si de llegarte á los bué-,
Libro, *fueres con letú-...*,

y en el *Viaje del Parnaso*:

Vayan, pues, los leyentes *con letura*,
Cual dice el vulgo mal limado y bronco;
Que yo soy un poeta de esta hechura.

á ser posible. 275 (1). ***Llevar uno la mano**. fr. Ser el primero, no sólo al jugar, sino en cualquiera otra cosa. 303.

Mar. amb. ***Mar de España**. poét. El Mediterráneo. 3, 30 (2). - ***Ser una cosa llover en mar**, ó **echar agua en la mar**. Ser inútil, por corta é insignificante. 107 (3).

Mármor. m. ant. 10.

***Martajado**. (?) 196.

(1) Más corriente era en la forma de *quedar* á uno *sabroso el brazo*, ó *la mano*. Lope de Vega, *Lo que ha de ser*, acto III:

Perol. Un hombre dicen que había
Que en las pendencias tiraba
Un plomo con un cordel,
Y luego, tirando dél,
Con el plomo se quedaba.
¡Oh! Si diésemos así,
¡Qué linda cosa que fuera,
Y que cuanto un hombre diera
Luego lo volviera á sí!
Deste dar *quedara el brazo*
Sabroso.

El emperador Carlos V, de su mano, en carta á su hijo D. Felipe II (Gachard, *Retraite et mort de Charles-Quint...*, Bruselas, 1855, tomo II, pág. 243): «*Os habrá quedado la mano sabrosa* de la toma de San Quintín.» Y Luis Quiñones de Benavente, en la segunda parte de *La Capeadora* (*Entremeses de...*, edición de *Libros de antaño*, tomo I, pág. 260):

Gusarapa. Yo la que á don Arrumaco,
De condición indigesta,
Le hice, entrándole los dedos,
Dos arcadas de moneda,
Quedándome, como dicen,
Sabrosa la mano y bella
De ver en aquestos lances
Afinarse mi agudeza.

(2) El mar que nombraba Tito Livio *mare nostrum*. Era muy frecuente llamar al Mediterráneo *mar de España*, especialmente en poesía. Góngora: en su hermoso romance del forzado de Dragut:

¡Oh sagrado *mar de España*,
Famosa playa y serena...!

Lope de Vega, en *La despreciada querida*, acto I:

Carlos. No vió tan grande hermosura
El sol, desde donde baña
Sus hebras *el mar de España*
Hasta la Noruega oscura.

(3) Así en una *Égloga* de Diego de Ávila (Gallardo, *El Criticón*, núm. 8.º, pág. 22):

Alonso Benito. ¿Aún no sabes bien tomar mariposas
Y quieres en esto decir ni hablar?
Sería gota d'agua echada en la mar
Si algo nosotros dijésemos della...

Se refiere á la fama del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba.

Martín Chapinero. n. p. Parece sujeto imaginario mencionado en alguna rima popular infantil, como el Antón Perulero que se invoca en aquel resabido juego de muchachos:

> Antón,
> Antón Perulero,
> Cada cual
> Atienda á su juego,
> Y el que no lo atienda
> Pagará una prenda. 194.

***Mauricano**. adj. *¿Mauritano?* 358.
***Meador**. m. Que mea. 170 (1).
Meaja. f. ***Como meaja en capilla de fraile**. fr. fig. y fam. En extremo holgado. 195.
Mediado. adj. *Mediano*. 120.
Medio. adj. Precedido de artículo, mitad, como se echa de ver en la fr. fig. *No saber* uno *de la misa la media*. 369.
***Mentecaptía**. f. *Mentecatez*. 185.
Merced. f. **La merced de Dios**. expr. fam. Lo que Dios quisiere; lo que á Dios plazca proveer. 190.
Mesmo. adj. ant. 208, 216.
Miel. f. ***Vender miel al colmenero**. fr. fig. y fam. Ir con tretas y astucias á quien es maestro en ellas. 192.
Mirar. a. ***Mirar de hincado**. fr. *Mirar de hito en hito*. 193.
***Monstro**. m. *Monstruo*. 321.
Monumento. m. Sepultura, aunque no sea la «obra pública y patente» á que se refiere el *Diccionario*. 45, 116.
***Mormollo**. m. *Mormullo* ó *Murmullo*. 281.
***Mortajar**. a. *Amortajar*. 158.
***Mostro**. m. *Monstruo*. 80.
***Muncho**. adj. *Mucho*. 218.
***Noturno**. adj. *Nocturno*. 80.
Obispo. m. fig. y fam. Encorozado. 168.
***Ocidente**. m. *Occidente*. 28.
***¡Ola!** interj. *¡Hola!* 178 (2).
Ondoso. adj. ant. 269, 280.
Orégano. m. ***Plega á Dios que orégano sea**. refr. que completo se dice así: *Plega á Dios que orégano sea, y no se nos vuelva alcarabea*. 196.

---

(1) Tampoco registra el *Diccionario* la palabra *meadura*, que empleó Rodrigo Fernández de Ribera en *Los antojos de mejor vista:* «...aguardar á que measen los esteros de la *meadura*.»

(2) En los siglos XVI y XVII solía escribirse sin *h* esta interjección, y en verdad que le sobra, si, como el Sr. Cejador afirma, proviene del éuskaro. Era el de *ola* ú *hola* un tratamiento despectivo, bueno sólo para de amos á criados de baja estofa. Entre un cazador y un rústico de la comedia de Calderón *Amor, honor y poder* (jornada I) se entabla el siguiente diálogo, que patentiza lo que acabo de indicar:

> CAZADOR. ¡*Ola*, aho, pastor!
> TOSCO. ¿A quién
> Dan estas voces?
> CAZADOR. A vos.
> TOSCO. Yo no só *ola*, juro á ños,
> Y avísole que habre bien.
> CAZADOR. ¡*Ola!* ¿Una palabra sola
> A un cazador no dirás?

Oro. m. ***Seis oros**. Naipe del seis de oros (1). || fig. y fam. Joyel vistoso de alquimia. 178.

***Ostia**. f. *Ostra*. 204 (2).

***Ostinación**. f. *Obstinación*. 182.

Oya. De *oir*: *oiga*. 160. ***Quien tiene orejas**, ú **oídos, oya**. 175, 350 (3).

Oyas. De *oir*: *oigas*. 246.

***Padescer**. a. *Padecer*. 374.

Pan. m. **Pan pintado**. Defínelo bien la Academia en la última edición de su *Diccionario*, copiando en parte lo que dijo el *de Autoridades*; pero quizás no habría holgado añadir, como en aquél, que las labores de este pan «se hacen con la carretilla ó pintadera». 346.

***Paparresolla**. f. *Paparrasolla*. 193.

***Papo**. adj. *Papandujo*. 179.

***¡Pardicas!** interj. fam. *¡Pardiez!* 195 (4).

Tosco. ¡Él es el *ola* no más,
Porque aquí no hay otro *ola*!
¿Piensa el lacayo que está
Con otro *ola* como él,
Que sólo es su nombre aquel
De *ola* acá y *ola* acullá?
¡Que no hay de aquestos criados
(¡Mirad qué dichosa gente!)
Quien muera sópitamente,
Pues todos mueren *oleados*!

(1) Como el *dos bastos*, nombre del naipe que hoy llamamos *dos de bastos* y de un procedimiento rateril. (V. mi edición de *Rinconete* y *Cortadillo*, pág. 201.)

(2) Y de *ostia* el aumentativo *ostión*, que registra el *Diccionario* como voz provincial de Andalucía. *Ostia*, por *ostra*, se dijo en toda España por nuestros abuelos, como se verá en los ejemplos siguientes. Juan de Valdés, *Diálogo de la Lengua*: «También sabéis que hay ciertos pescados de mar que llaman *ostias*.»—D. Antonio de Velasco, en la misma obra de Valdés:

Ostias pudiera enviar
De un pipote que ahora llega;
Pero pensara el de Vega
Que son para consagrar.

En unos *Aranceles de las rentas de la ciudad de Toledo*, hechos en 1562 (Biblioteca Nacional, Ms. 13.036, fol. 63 v.): «De cada carga de cedrón, cazón, *otsia*, pexo, ceches, pulpos, mielgas..., seis maravedís de la carga mayor, y de la menor, cuatro maravedís.»—Y, en fin, Lupercio Leonardo de Argensola, en su traducción de la oda II del *Epodo* de Horacio (apud *Flores de poetas ilustres* de Espinosa):

No las *ostias* lucrinas,
El rombo, ni otros peces...

(3) A veces, como en Andalucía la pronunciación vulgar de la *ll* se confunde con la de la *y*, se decía por burlona reconvención: *Quien tiene orejas, oya*, cogiendo de las suyas al reconvenido, como si una *olla* fuese. No en balde, en la parla de germanía se llamaba *asas* á las orejas y *desasado* al que por ladrón había dejado las suyas entre las manos del verdugo.

(4) Rara vez ha pasado de los labios á los libros esta rústica interjección. Yo no recuerdo haberla leído arriba de tres ó cuatro veces, una de ellas en la comedia inti-

Pared. f. ***Pared y medio**. m. adv. *Pared en medio*. 194.
Pasadía. f. ant. 94.
Pe. f. **De pe á pa**. m. adv. fig. y fam. 194. Así también en el *Diccionario;* mas parece que debiera decirse *De p, a, pa* (1).
***Pempinela**. f. *Pimpinela*. 75 (2).
***Percox**. (?). 196.
Peregrino. m. *Peregrinación*. 59.
***Perfeción**. f. *Perfección*. 129, 163, 180, 251, 314.
***Perfecionar**. f. *Perfeccionar*. 232.
Perfeto. adj. ant. 251, 320.
Persiguirán. De *perseguir: perseguirán*. 328.
***Pidiente**. p. a. de *Pedir*. 181.
Pie. m. ***No salir pie ni patada**. fr. fig. y fam. *No dar uno pie ni patada*. 194.
***Piedrazufre**. f. *Piedra azufre*. 161.
Piropo. m. *Centella*, 2.ª acep. 82.
***Pirulero**. adj. *Perulero*, 2.º art. 175.
***Pleonasmos**. m. *Pleonasmo*. 182.
Poblazón. f. ant. 122.
***Pobrísimo**. adj. sup. *Paupérrimo*. 161.
Poleo. m. ***Derramar el poleo**. fr. fig. *Echar plantas*. 195 (3).
***Ponte**. amb. *Puente*. 172 (4).
***Prático**. adj. *Práctico*. 274, 288.
Privilegiarse. r. Exceptuarse, eximirse, librarse. 376.
***Prompto**. adj. *Pronto*. 282.
Proprio. adj. ant. 88, 207, 208.

---

tulada *La reina Juana de Nápoles*, acto III *(Obras de Lope de Vega*, edición de la Real Academia Española, tomo VI, pág. 550):

> LUCÍA ¡Oh qué deseos tengo de ser novia,
> Por saber á qué sabe el matrimonio!
> Pero ya que no bebo en la taberna,
> *¡Pardicas*, que he de holgarme!..,

(1) Ya D. Francisco de Paula Seijas y Patiño, al comentar muy eruditamente el *Cuento de cuentos* de Quevedo, llegando al lugar de la introducción en que sale la frase «Voto á Dios, que *se lo dije de pe á pa*», interpretó este modismo por «desde el principio al fin, enteramente; y mejor y más exacto, con toda claridad, como se enseña á leer deletreando: *p a pa* (*pe a pa* que se dice, corrompida la ortografía verdadera).» Paréceme muy plausible esta última observación, y con buscar y estudiar algunos pasajes de buenos autores en que salga el curioso modismo, podrá con facilidad colegirse si significa más bien *claramente, letra por letra*, que *enteramente*. Entretanto, bueno será advertir que en el capítulo I del libro III de *La Pícara Justina*, aparece escrito *de p a pa*, y de la misma manera creo haberlo visto en *La Lena* del capitán Velázquez de Velasco (Milán, 1602).

(2) En el *Diccionario de Autoridades*, *pempinela*, como en ESPINOSA. É igualmente en el *Dioscórides* comentado por el Dr. Laguna.

(3) Quevedo, en unas quintillas de la Musa VI de su *Parnaso Español*:

> Los lectores del toreo,
> Graduados de balcón,
> Que en salvo *vierten poleo*...

(4) Consérvase este sustantivo en un refrán: «Ni tan monte ni tan *ponte*.» Y ¡á saber si *pontón* vendrá de este *ponte* castellano, más bien que del *ponto, pontonis*, latino!

***Psalmo**. m. *Salmo*. 74, 130, 131, 160.

¡Puf! interj. ***Hacer la puf**. fr. fam. Heder. 185.

Punto. m. ***Dar punto** á una cosa. fr. Ponerla en sazón. 329.

***Pusible**. adj. *Posible*. 162.

Quincuagésimo. adj. fam. *Cincuentón*. 169.

***Quistión**. f. *Cuestión*. 284.

***Racimado**. adj. *Arracimado*. 154.

Rato. m. ***Al cabo de rato, Andújar**. fr. fig. con que se reconviene al que llega tarde, ó cuando ya no hace falta, al punto de cita ó reunión. 197 (1).

***Recebir**. a. *Recibir*, 108, 109, 122, 125, 160, 175.

***Recocaje**. m. (?) 196.

***Redemptor**. m. *Redentor*. 133.

***Reduto**. m. *Reducto*. 290.

Regostar. a. Aficionar, empicar. 384.

***Regucijo**. m. *Regocijo*. 47.

***Rehiarta**. f. *Reyerta*. 195.

***Relievo**. m. *Relieve*. 280.

***Resculas (A)**. m. adv. fam. *A reculones*, que en Andalucía dicen *A reculas*. 196.

Respecto. m. *Respeto*. 385.

Respeto. m. *Respecto*. 155.

***Retartalillas**. f. pl. Cortapisas ó requisitos que impiden ó dificultan alguna cosa. 196 (2).

Rima. f. (?) 377.

Roleo. m. Sobrepuesto ó bordado en forma de voluta. 280.

***Ruseñol**. m. *Ruiseñor*. 114 (3).

***Sanctificar**. a. *Santificar*. 178.

***Sanguisuela**. f. *Sanguijuela*. 294.

San Juan. n. p. ***Hacer San Juan**. Cambiar de amos los criados y viceversa. 69 (4).

***Santantón**. m. (?) 181.

¡Santiago! ***Dar Santiago, ó un Santiago**. fr. Acometer al enemigo al grito de «¡Santiago!» —fig. Embestir contra alguna persona,

---

(1) El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes* (pág. 14), explica así este dicho vulgar: «Porque los de Andújar llegaron tarde, después de vencida una batalla contra los moros de Granada, ó se lo achacan por matraca.»

(2) Por si, como es de esperar, entra esta voz en nuestro léxico, citaré algunos lugares en que buenos autores la usaron. El estudiante de Talavera Bartolomé de Albornoz, *Arte de los contractos* (Valencia, Pedro de Huete, 1573, fol. 52 v.), al tratar de las contracartas, dice que los escribamos defendían estas dobles escrituras á pretexto de «que no puede darse título con *retartalillas*, sino que sea puro». —Luis Barahona de Soto, en la pág. 208 de los *Diálogos de la Montería*, que como obra anónima sacó á luz en 1890 la Sociedad de Bibliófilos Españoles: «Solino. ¿Decís de veras que yo podría cazar á caballo? Montiano. Tan de veras os lo digo, que es una de las más fáciles formas que hay, y sin tantas *retartalillas*.»

(3) Otras formas: Fernando de Herrera, en su *Comento á Garcilaso* (1580), quería que se dijese *rusiñol*, de lo cual, como de otras cosas, tomó pie *Prete Jacopín* para maltratarlo. Mateo Alemán escribía *ruiseñol*: «Oigan á un silguero, una calandra, un *ruiseñol* ó mirla...» (*Ortografía castellana*, México, 1609, fol. 3 v.).

(4) Porque esto de irse los mozos de con unos amos para tomar otros se hacía y se hace comúnmente el día de San Juan Bautista. Ya decía el autor de *La vida de Lazarillo de Tormes*, tratado I: «Do hallaba buena acogida y ganancia,

ó caer sobre alguna cosa, para hurtar, ó con cualquier otro propósito siniestro. 318 (1).

***Satírico.** (De *sátiro).* adj. Perteneciente á los sátiros. 30.

***Satisfación.** f. *Satisfacción.* 321.

***Sceptro.** m. *Cetro.* 86.

***Scítico.** adj. *Escítico.* 12, 385.

Secreto. m. ***Tener, ó guardar secreto, por el alcabalero.** fr. fam. con que se advierte que suele haber peligro en descubrir lo que estaba callado. 167 (2).

***Segundario.** m. Candelero que sigue en tamaño al blandón. 262.

Selvaje. adj. ant. 18.

***Sigundo.** adj. *Segundo.* 55.

***Siguro.** adj. *Seguro.* 40, 69.

Sino. conj. adversat. Denotando la idea de excepción, úsase en sentido afirmativo, como en el ejemplo del *Diccionario: Nadie lo sabe* SINO *Antonio*; pero en sentido negativo no recuerdo haberlo visto empleado en otro lugar que este de ESPINOSA: «[*No hay que fiar*] *de mujer que en todo lugar mora,* SINO *en su casa.*» 191.

***Sostituto.** p. p. irreg. de *Sostituir. Sustituto.* 365.

---

deteníamonos; donde no, á tercero día *haciamos San Juan.*»—Dos coplas populares alusivas á la costumbre á que acabo de referirme:

A San Juan y á San Pedro
Cumplen los mozos:
A buscar amo nuevo
Se van mis ojos.

—

Las cerezas colorean;
San Juan viene por ahí:
Ajústeme usté la cuenta,
Que yo ya me quiero ir.

(1) Ejemplos. Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache,* parte II, libro II, cap. VIII: «Aquella noche toda se nos pasó de claro en trazas como luego por la mañana fuésemos con ellas á casa de otro mi deudo, mancebo rico, á *darle otro Santiago.*»—Un epigrama anónimo *A una moza por quien preguntó un romero para visitarla en un convento.* (Biblioteca Nacional, manuscrito 3.797, fol. 277):

Hizo el mundo tal estrago,
En Francisca, moza bella,
Que van romeros á vella;
No van á ver á Santiago:
Van *á dar Santiago* en ella.

También, en el mismo sentido, se decía *dar un cierra España.* Quiñones de Benavente, en su *Entremés de la muestra de los carros (Entremeses de...,* tomo II, pág. 295):

JUANA. Querrán los que sustentan la maraña
Dar en una taberna *un cierra España,*
Donde echando un polvillo y otro todos,
De aquellos polvos vengan estos lodos.

(2) El maestro Correas (*Vocabulario de refranes,* pág. 248) lo pone así: «Sea secreto, *por amor* [por causa] *de la alcabala.*» Estas frases guardan estrecha relación con el refrán que dice: «El que descubre la alcabala, ése la paga.»

(1) *Subtilizar* sí está en el *Diccionario,* como voz anticuada.

(2) *Tose,* en lugar de *tos,* aún se decía en el último tercio del siglo XVI, y no ya por el ignorante vulgo, sino hasta por los mismos médicos. Barahona de Soto, que lo era, en el canto IV de *La Angélica* (fol. 76 v.):

> Con mucha *tosse embuelto, y con tal saña...*
>
> Y todo á un tiempo fatigar se siente,
> De hambre, sed y *tosse,* y rabia fiera.

Hoy todavía dicen *tose* los campesinos de algunas comarcas andaluzas: los de Villanueva de San Juan, por ejemplo.

(3) En el *Tesoro* de Covarrubias, sólo *tresquilar;* en el *Diccionario de Autoridaes,* en ambas formas: *tresquilar* y *trasquilar.*

*Veninoso. adj. *Venenoso*. 74.
Veniste. De *venir: viniste*. 139. 142.
Verano. m. *Primavera*, conforme á su etimología. 38, 366.
Vido. De *ver: vió*. 22, 244.
Vidro. m. ant. 75, 117.
Virtiendo. De *verter: vertiendo*. 70, 71.
***Vítima**. f. *Sacrificio*. 10, 380.
Vitoria. f. ant. 17, 237, 250, 266, 357.
***Vitorio**. adj. ***Victorio**. Religioso de la Victoria, orden menor franciscana. 259.
Vitorioso. adj. ant. 160.
Vividor. adj. Perdurable. 86.
***Yelo**. m. *Hielo*. 51, 72, 371.
Yerba. f. ***Yerba del pito**. Hierba imaginaria con que se supone que el ave llamada pito ó pico real perfora cualquiera chapa de hierro. 383 (1).

---

(1) Fernán Caballero entendió equivocadamente (*La Gaviota*, pág. 162 de la edición de «Escritores castellanos») que *pito real* era el nombre de la hierba prodigiosa, y no del ave que suponen que se sirve de ella. He aquí cómo refiere el maestro Correas la leyenda de este pájaro, al explicar (pág. 99) el refrán que dice: «El *pito* piérdese por su pico». «El *pito*, que también se llama *picarazán* ó *pico*, es ave que hace el nido en el hueco de un árbol, rompiendo agujero con su pico, y porque de noche le cogen fácilmente dentro, parece que él hizo su cárcel. Dícese que cuando tiene hijos, tapando la boca del nido con una plancha de hierro, estando él fuera, va á buscar una hierba, que por instinto natural conoce, que tiene virtud de quebrar el hierro; aplicándola al pico, la arrima á la plancha y la quiebra, y socorre á sus hijos de comida, y que se deja caer la hierba al suelo en haciendo el efecto con ella; y los que le taparon el nido para este fin de haber esta hierba, la cogen y la guardan para romper candados y cadenas cuando se vean en cárceles. Paréceme—añade el buen maestro Correas—embeleco de gitanos y gente ignorante, y por tal hablilla de vulgo la pongo; aunque sé que en milagros de Naturaleza hay cosas de grande maravilla...»

Hierba de la cual se cuenta tan asombrosa virtud no podía dejar de ser nombrada acá y allá en nuestra literatura. Así Lope de Vega hace decir á uno de los personajes de su comedia *Pobreza no es vileza* (acto II), en elogio del oro:

Que aqueste metal bendito
Es como *yerba del pito*,
Que las cerraduras abre.

erónimo de Huerta, en su poema *Florando de Castilla* (*Biblioteca de Rivadeneyra*, tomo XXXVI, pág. 253):

Pitos verdes, de picos acerados,
Que en los duros troncones hacen nidos...

Y Anastasio Pantaleón de Ribera (*Obras de...*, Madrid, 1634, fol. 187 v.), «estando enfermo de bubas»:

Hierros ha obrado en mi cura
Un médico del perrillo,
Tales, que dexar pudieran
Qualquier abestruz ahito.

Yerro. m. *Error*, en el significado con que se inserta en el presente glosario. 75.
*·**Zanquetear.** n. *Zanquear*, segunda acep. 196.
***Zelidro.** m. (?) 75.
***Zorrumo.** (?) 195.
***Zurcirbullir.** a. Andar de acá para allá ocupándose en muchas cosas, sin hacer bien ninguna. 194.

¿Qué digo abestruz? *La yerba*
No los rompiera *del pito,*
Magüer que suele en los reos
Quebrar los bretes y grillos.

Ni de hierba tan maravillosa podía dejar de haber noticia en los archivos inquisitoriales. En la acusación que en 1576 puso el fiscal contra el licenciado Amador Velasco por el delito de hechicería, hacíale este cargo, entre otros: «Item, que para este mismo efecto [de hacerse invisible una persona] pone otra Recepta en que dize que busquen vn nido de cuerbo que tenga huebos, y tómale el vno, el qual cuece hasta que esté duro y luego buéluesele al nido y desde a poco traherá vna piedra para le ablandar y la dexará en el mismo nido, y tómala y embuélvela en vna oja de laurel y quando te quisieres hacer ynvisible apriétale en el puño y no te berá nayde; y si con esta yerua tocas al yerro, lo quebrará luego; y si la traes contigo, entenderás lo que las abes dizen; y para lo del quebrar hyerro pueden tanbien hazer lo de la yerua del pito poniendo en el nido vna herradura, digo en el agujero por donde entra, y al derredor del arbol vna sabana donde caherá la yerua, y para conocer si es ella échenla en vna corredera de agua, y si lo es subirá arriba, y si se ba por el agua abajo no lo es, y con ella tocando a cerrojos o herraduras luego se quiebran». *(Archivo Histórico Nacional,* Inquisición de Toledo, legajo 97, número 279.)

ÍNDICE

PARTE SEGUNDA (1605-1615)

PARTE TERCERA (1615-1650)

ERRATAS

PÁG.	LÍNEA.	DICE:	DEBE DECIR:
13	1.ª de las notas	En unas	En una
21	última	*adornara*	*adoraran*
57	6	muertos	muertos.
61	20	y el sol,	y sol,
75	16	Cerasta	cerasta
76	13	Privilegiáis	Privilegias
94	21	Si no que	Sino que
112	antepenúlt.ª	representas;	representas,
129	8	ausencia	ausencia.
144	18-19	Provervios,	Proverbios,
»	42	*Noti*	*Noli*
154	3	Angeles!	ángeles!
155	3	acechanzas,	asechanzas,
158	1.ª de la nota	Gallangos,	Gayangos,
167	13	puerta,	puerta
172	27	rebesando	revezando
232	6	javalina.	jabalina.
235	11	Huella,	Huella
246	5	ríndete,	ríndete
250	14	se altera	se altera,
264	15	á fuera,	afuera,
265	25	colijo,	colijo:
284	27	usurpen, sol,	usurpen sol
316	27	aquel	aquél
320	4	gloras	glorias

Fué impreso este libro en la villa y corte
de Madrid, en la oficina tipográfica de la
REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS,
calle de las Infantas, núm. 42,
y se acabó á los doce días
del mes de Noviembre,
año de 1909.
LAUS DEO.

